

Controversia
**Ecuador hoy:
cien miradas**

Milagros Aguirre



*Controversia
Ecuador hoy: cien miradas*

Milagros Aguirre A.

Flacso sede Ecuador

Páez N19-26 y av. Patria

Casilla 17-11-06362

Fax (593-2) 566 139

Email: flacso@flacso.org.ec

Quito-Ecuador

EL COMERCIO-Ediecuatorial

Maldonado 11515 y El Tablón

Casilla 170157

Teléfono: 679 999. Fax (593-2) 670 866

Email: elcomercio@elcomercio.com

Quito-Ecuador

Derechos de autor: 014497

ISBN: 9978-67-054-8

Primera edición: 1 000 ejemplares

Diseño de portada: Antonio Mena

Diseño de interiores: Diseño Editorial EL COMERCIO

Fotografías: EL COMERCIO

Impresión: Génesis Ediciones, teléfono: 449 308

QUITO-ECUADOR, 2000

Índice

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	• Milagros Aguirre 11

I PARTE

El Ecuador en el espejo

Somos un pueblo sin identidad	• Rafael Quintero 15
Hay que hacer una minga de conciencias	• Fabián Vásquez 18
La otra guerra de las naciones indígenas	• Jorge Trujillo 21
En la diversidad está la nacionalidad	• Nina Pacari 24
La crítica ha sido anecdótica	• Javier Vásconez 27
Los indígenas tienen derechos específicos	• Ramón Torres 30
El facilismo es parte de la cultura nacional	• Cornelio Marchán 33
La sociedad despertó del letargo	• Jorge Enrique Adoum 36
La mujer usada en la política	• Blanca Chancoso 39
No somos parricidas, somos huérfanos	• Peky Andino 42
La queja no funciona contra la mediocridad	• Iris Sánchez 45
Posmodernidad, un grillo en la boca	• Alexis Moreano 48
La misión, conservar la vida	• Miguel A. Cabodevilla 51
La nueva izquierda, un fantasma	• Bolívar Echeverría 54
Cultura de la mano tendida, una desviación	• Miguel Lluco 57
La diversidad parte del rediseño del país	• Carlos Viteri 60
Ecuatorianos de segunda: la ley no basta	• Andrés Guerrero 63
Hay que hacer mingas por la ciudadanía	• Diego Carrión 66
Ecuador no tiene voluntad de cambio	• Iván Carvajal 69
Al país hay que releerlo desde adentro	• Xavier Andrade 72
El regionalismo es igual a la intolerancia	• Mauro Cerbino 75
La corrupción es un problema de estructura	• Esteban Vega 78
El derrotismo es generalizado en el país	• Jaime Costales 81
La izquierda sin propuestas es conservadora	• César Montúfar 84
El éxito, un fetiche de la realidad actual	• Marlene Aguirre 87
Poder no es sinónimo de autoritarismo	• Gioconda Herrera 90
Los discursos se atrofiaron con la crisis	• María Fernanda Espinosa 93
Ecuador no tiene proyecto nacional	• Roque Espinosa 96
Al país le falta la ética de la responsabilidad	• Carlos Arcos 99
La crisis es la escuela para la ciudadanía	• María José Troya 102

Arriesgamos el futuro por este presente	• Cecilia Jaramillo	105
Ecuador ha perdido sus rituales cívicos	• Guillermo Bustos	108
La sociedad ecuatoriana es autoritaria	• Alexei Páez	111
La Amazonia ha vivido secuestrada	• Gonzalo López Marañón	114
La frustración, a un paso de un nuevo proyecto	• René Unda	117
El Ecuador parece una colcha de retazos	• Oscar Terán	120
Las prácticas políticas riñen con la ética	• Álvaro Carrión	123
La ciudadanía es un concepto que llegó tarde	• Hugo Burgos	126
La derecha no tiene ideas, tiene intereses	• Fabián Corral	129

II PARTE

De la política y las elites

Las elites se ocupan de sus problemas	• Marcelo Merlo	135
Los gobiernos usan y abusan de los militares	• Bertha García	138
Los militares no creen en cantos de sirena	• José Villamil	141
La Conaie no tiene proyecto convincente	• Jorge León	144
Los políticos caminan a otro compás	• Julio César Trujillo	147
La democracia ha sido de mala calidad	• Osvaldo Hurtado	150
No hay reglas claras para la inversión	• Gustavo Pinto	153
El Estado no es propiedad de los políticos	• Julio Echeverría	156
Las elites solo piensan en su beneficio	• Galo Ramón	159
Gobernabilidad, hebra de muchas cabezas	• Germánico Salgado	162
El acuerdo no será derrota sino ventaja	• Adrián Bonilla	165
Conaie más rápido que el Estado	• Diego Iturralde	168
Las FFAA. tienen rezagos tradicionalistas	• Freddy Rivera	171
El Ecuador sufre una crisis de identidad	• Enrique Ayala Mora	174
La clase política pierde su legitimidad	• Fernando Bustamante	177
La crisis ayuda al Estado Nación	• Patricia de la Torre	180
El cortoplacismo, otro mal de la política	• Simón Pachano	183
Al Gobierno le falta audacia e imaginación	• Felipe Burbano de Lara	186
No hay democracia sin ética ciudadana	• Natacha Reyes	189
El disenso fortalece la democracia	• Pablo Andrade	192
Ecuador tiene una democracia inmadura	• Alfredo Negrete	195
Las FFAA. no son árbitros de la democracia	• Valeria Merino	198
Ciudadanos y políticos, círculo perverso	• Francisco Rhon	201
El populismo está de vuelta	• Carlos de la Torre	204

III PARTE

La mirada desde afuera

La posmodernidad llegó a las cúpulas	• Charles Moskos	209
La posmodernidad ha destruido conceptos	• Michael Hendelsmann	212
La posmodernidad es un hecho vital	• Román de la Campa	215
La izquierda busca salidas de emergencia	• Arturo Roig	218
La revolución de pensamiento es urgente	• Juan Antonio Blanco	221
El buen líder no es autoritario	• Ronald Heifetz	224
Ni indios ni mestizos, más bien cholos	• Guillermo Mariaca	227
El consenso no significa unanimidad	• Gutenberg Martínez	230
La izquierda puso la agenda, la derecha nada	• Álvaro Vargas Llosa	233
La desconfianza puede bloquear a la sociedad	• J. Michel Vappereau	236
Los partidos tienen 4 peros	• Michel Coppedge	239
Hay que restituir el tejido social	• Manuel Torres	242
Medios, decodificarlos, no satanizarlos	• Dorte Wollrad	245
La sociedad ecuatoriana sí es excluyente	• Jean Muteba	248
En A.Latina no hay historia nacional	• Heraclio Bonilla	251
Un Estado menos paternalista	• Hans Ulrich Bunger	254
América Latina tiende hacia lo comunal	• Aníbal Quijano	257
El arte tiene que tocar el nervio del tiempo	• Kevin Power	260
Ecuador debe mirar fronteras adentro	• Eduardo Pizarro	263
En el capital humano están los cambios	• José Luis Coraggio	266
Migrantes, ilusión y nostalgia	• Teófilo Altamirano	269
Entre indios y mestizos hay recelo colonial	• Víctor Hugo Cárdenas	272
La democracia significa tender puentes	• Gunter Aschemann	275
En la diversidad está el desarrollo pleno	• Sergio Zubiría	278
La sociedad es cómplice de la impunidad	• Alejandro Teitelbaum	281
Los medios, pulso de la democracia	• Rodrigo Pardo	284
El fútbol representa el ideal nacionalista	• Sergio Villena	287
Ecuador no supera su compartimentación	• Francisco Delich	290
Sin confianza no hay democracia	• J. Paul Martin	293
América Latina perdió su memoria	• María Elena Pinto	296
No hay ética sin responsabilidad	• Victoria Camps	299
Equidad, condición para descentralizar	• Eloísa del Pino	302
Ecuador es voluble y debe estar atento	• Augusto Ramírez	305
Corrupción: la sociedad sí tiene su parte	• David Pezzulo	308
En el país no hay conciencia del racismo	• Amalia Pallares	311
América Latina es huérfana de la política	• Hans Dieterich	314
No hay que satanizar a los partidos	• Flavia Freidenberg	317

Presentación

La realidad ecuatoriana se volvió compleja en los últimos años. Ese difícil tejido social, económico y político necesita de múltiples lecturas. Y de voces que lo interpreten y que, sin convertirse en verdades absolutas, sean referentes para entenderlo.

Esa fue una de las motivaciones para publicar una selección de las entrevistas que aparecieron en el espacio dominical *Controversia*, de EL COMERCIO, desde septiembre de 1994 hasta la fecha.

Este producto editorial es un esfuerzo conjunto de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Flacso, y el diario EL COMERCIO. En realidad, la colaboración se dio silenciosamente desde el principio: no puede haber análisis sin analistas, no puede haber entrevista sin entrevistados... Una buena parte de los personajes que han aparecido en la entrevista dominical proviene de la Flacso o de los foros organizados por esa institución.

La publicación también quiere ser un ejemplo palpable de colaboración en un país que necesita aunar esfuerzos en una sola dirección. Ese ha sido el compromiso de ambas instituciones: sumar voces y criterios para dialogar y buscar soluciones.

En el Ecuador -vale repetirlo aunque se trata de un tema sobrediagnosticado- hay déficit de debate. En estas páginas, entre puntos de vista a veces coincidentes y a veces divergentes, el lector podrá encontrar parámetros para discutir el país que queremos.

Guadalupe Mantilla de Acquaviva

DIRECTORA Y PRESIDENTA EJECUTIVA DE EL COMERCIO

Fernando Carrión Mena

DIRECTOR DE LA FLACSO

Introducción

Un paréntesis frente al vértigo

Septiembre de 1994. EL COMERCIO remozaba sus convicciones éticas y periodísticas de décadas y ampliaba su abanico de contenidos. La comunidad ahora tenía a su alcance un Diario contemporáneo, con cambios no solo formales sino conceptuales. *Controversia* era una de las apuestas en la línea de un periodismo que le abra espacio a las ideas.

Rafael Argullol, narrador, poeta, ensayista y filósofo español, llegó al Ecuador para presentar su libro *El cansancio de occidente*. Una entrevista en la que tocaba temas como la posmodernidad, la democracia, la caída del muro de Berlín y las metrópolis, terminó por convertirse en el diálogo inaugural del nuevo espacio. Desde entonces no dejó de salir ningún domingo.

En principio, *Controversia* promovió los debates relacionados con la cultura y sus instituciones, la publicación de libros, las actividades del teatro, la danza, el cine, la música y la literatura y con los cuestionamientos a los actores de esos escenarios. Pero eso no resultaba suficiente. Queríamos entrar en el mundo de las ideas, analizar los procesos, desarmar lógicas, ver por detrás de la realidad y, al menos, dar pautas para descifrarla. En suma, darle un sentido ético y estético al caos.

Poco a poco con *Controversia* pasó lo que un grafito de una pared anónima de Quito retrata de cuerpo entero: "cuando tenía todas las respuestas me cambiaron las preguntas". Ya no era suficiente contar con un puñado de certezas, había que ir más allá: de la simple confrontación de ideas entre entrevistador y entrevistado se pasó al ejercicio de desmenuzar y tratar de entender lo inentendible en épocas en las que faltan las respuestas y las preguntas se multiplican.

Controversia se volvió un necesario paréntesis al vértigo de la noticia diaria. Se convirtió en un espacio de reflexión y análisis sobre el Ecuador contemporáneo. Semana a semana, enfrentó los más diversos temas que, vistos en perspectiva, se convierten en piezas para armar.

Esta selección de textos que ahora se presenta pretende ser el resumen de ese juego de preguntas y respuestas que ha ido configurando, a lo largo de seis años, un abanico de temas aunados bajo el mismo prisma pero al mismo tiempo diversos: la plurinacionalidad, la cultura de la mano tendida, el fútbol como parte del discurso nacionalista, las reflexiones sobre la posmodernidad, las fronteras que unen y desunen, el papel de las Fuerzas Armadas, de las izquierdas, de las derechas, el sentido de la democracia, la ética, la corrupción y, sobre todo, la necesidad de construir una nueva ciudadanía.

La entrevista es -sin duda- uno de los géneros más intensos del periodismo. Implica diálogo, respeto al criterio del otro y, por supuesto, confrontación. En ella se establece una suerte de lúdica que tiene que ver directamente con las ideas. En la entrevista siempre hay dos actores. Y ninguno es protagonista. Ambos tienen el mismo papel: discernir sobre la realidad, pensar sobre los acontecimientos y mostrar cierta sensibilidad sobre los problemas a tratar.

Eso es lo que dejan ver estas 100 miradas al Ecuador de hoy. 100 miradas distintas y distantes. 100 miradas que intentan desmenuzar, deshilar, explicar la historia reciente del país. Hay temas que se repiten. Porque la misma realidad los ha puesto en escena una y mil veces.

Controversia ha sido esa media página dominical en la que el papel protagónico la tienen las ideas y los conceptos.

"Ecuador hoy: cien miradas" es una selección de 100 entrevistas de más de 350 realizadas -no solo por la autora sino, en algunos casos, con el apoyo de las redacciones de Guayaquil, Cuenca y redactores de Quito- entre 1994 y el 2 000. Están aquellas que parecen cumplir la pretensión de trascender las coyunturas noticiosas y volverse una ancla mínima. En algunas de ellas se incluyen anotaciones al pie de página para explicar el contexto en el que fueron escritas.

Su presentación ha sido dividida en tres partes: aquellas que vienen desde el análisis de la sociedad misma y que reflejan la preocupación de los actores sobre la llamada "identidad ecuatoriana" o sobre la responsabilidad del ciudadano en el destino del país; las que revelan los problemas del Estado y sus instituciones.

Está, por último, aquella mirada del extranjero que, de paso por el país, funciona como referente y antena.

Vista en perspectiva, la tarea no ha sido fácil, pues cada entrevistado es un mundo por descubrir, un pensamiento por explorar, una propuesta que discernir. Pero tampoco habría sido posible si no se hubiera sustentado en el trabajo silencioso de las instituciones académicas del país. Éstas, en varios casos, compartieron el tiempo de sus profesores nacionales e invitados internacionales para dar cuerpo a este espacio periodístico. Sus voces se fueron plasmando casi inadvertidamente. ¿Por qué tamizarlas y unir las en un libro? Por la necesidad de referentes que nos hagan repensar al país. Y para enfrentar de algún modo la angustia que produce lo efímero del quehacer periodístico.

Esta antología es una manera de detenerse, de releer, de revisar aquello que ha pasado en los últimos años. "100 miradas" quiere ser, de alguna manera, el Ecuador contemporáneo frente al espejo.

Milagros Aguirre

Primera Parte

**El Ecuador
frente
al espejo**

La fecha de la fundación de Quito fue parte de un debate sobre la historia y la nueva historia. Las fiestas patrias tienen contenido ideológico.

Ecuador es un pueblo que no tiene identidad



Rafael Quintero es sociólogo. Entre sus obras más conocidas está 'Ecuador, una nación en ciernes' con Erika Silva.

Usted fue uno de los que encendió el debate sobre la fecha de la celebración de la ciudad. La discusión llevó incluso a cambiar la sesión conmemorativa del cabildo cuando usted era concejal que se celebraba el 6 de diciembre, al 1 de diciembre. ¿Qué se logró con el cambio de fecha?

Era inaudito que el Concejo tuviera su reunión conmemorativa en un día nefasto como lo es el día de la conquista. Nos preguntábamos por qué el cabildo quiteño, republicano, no monárquico, celebraba el día de Quito justamente en la fecha de su fundación española. Durante el debate se logró que ese cambio se realizara por lo menos en la fecha de la reunión conmemorativa. Conmemorar significa traer a la memoria. ¿A quién? Al pueblo al que representa. Por eso debatimos y decidimos cambiar la

fecha conmemorativa.

¿Al modificar la fecha se pretendió cambiar la concepción de las fiestas y su contenido ideológico?

Pretendimos cambiar el contenido de la celebración. Guayaquil celebra su independencia, Cuenca de igual manera y el pueblo de Quito en lugar de celebrar su independencia estaba celebrando la conquista, el día en que Benalcázar entró a hacer el reparto de los solares de los quiteños. Esa situación no podía continuar. ¿O es que tenemos vocación antilibertaria, vocación de vencidos? Solo un pueblo que ha renunciado a su identidad propia puede celebrarse la conquista. Se cambió entonces el eje filosófico.

¿Sigue celebrando la conquista? Para el pueblo, las fiestas siguen y seguirán siendo el 6 de Diciembre,

por tradición.

El pueblo no sabe qué es lo que festeja. La juventud no sabe por qué baila.

No se pretende hacer de las fiestas en una lección de civismo cotidiana, pero sí tiene que haber una simbología muy clara de la representación política del pueblo.

¿Entonces, el cambio de fecha no significó solamente eso, un cambio de fecha?

Lamentablemente, el Cabildo en lugar de seguir trabajando en esa tesis no lo hace. Los discursos continúan siendo el recuerdo a la fundación española o a las obras que ha hecho el Municipio, pero no se han orientado a defender la tesis de la celebración de la independencia. El alcalde sigue hablando de la fundación de Quito. El Cabildo tiene la obligación de ir constituyendo, en el imaginario y en la cultura del pueblo de Quito, una clara identidad cultural eminentemente terrigenista y no metropolitana.

La fecha que se conmemora el 1 de diciembre es la de la muerte de Rumiñahui. ¿Cómo se debatió el tema?

Debates hubo muchos. Rumiñahui es el símbolo -nuestro- de la resistencia indígena contra la conquista; es un símbolo libertario, es un héroe de nuestra identidad; es lo que había que rescatar.

En el debate se me atacó, se me dijo que yo era antiespañol. Al final, hubo consensos entre gente de diversas ideologías y partidos. No se trata de ser antiespañol. Nuestra antigüedad no está en mediterráneo sino aquí, en nuestra propia historia.

Los historiadores se han encargado de dividir nuestro pasado, nuestra antigüedad, en historia y pre-historia. Nuestra historia empieza mucho antes de los 500 años.

La rumba y las castañuelas, los toros y los sombreros españoles, son parte de las fiestas. ¿Se puede cambiar la actitud de la gente por una ordenanza?

No creo que ahí esté el problema. Somos un pueblo mestizo y nos reconocemos como poseedores de valores culturales que nos vinieron de Europa, pero que las asimilamos a una matriz que era la nuestra. No debemos ni divorciarnos de esa matriz ni debemos herirla. No estoy en contra de que se celebre sino de toda la corriente del criollismo hispánico de derecha que intenta borrar lo más importante de nuestra historia. Lo que no está bien es que se ignore lo que el Cabildo ya resolvió.

¿Por qué no se acepta? ¿Fue un proyecto demagógico o hace falta trabajo de base?

Trabajo de base sí se hace. Ejemplos de eso: la Conaie, los partidos de izquierda, la sociedad civil. Pero se trabaja contracorriente porque quienes están en el poder no lo permiten, porque a ellos no les interesa. El Estado es quien tiene esa responsabilidad. El cabildo actual -al aceptar la propuesta- debió continuar con esa gestión. El pensamiento de derecha impide ese desarrollo de la identidad mestiza. No hubo demagogia sino una clara conciencia de que los pueblos deben celebrar sus gestas libertarias y no su opresión y su anulación. ¿Acaso en México se celebra la llegada

de Hernán Cortez?

¿Si lo hispanista es una posición extrema, lo indigenista acaso no lo es?

Yo no soy indigenista, no hablo quichua, soy terrigenista. Creo en lo mestizo. Ahí, en la diversidad étnica y cultural está nuestra identidad nacional. Los hispanistas creen que nos debemos a los españoles, que nuestra historia empieza ahí. Lo mismo dicen los metropolitanistas. El hispanista quiere definir al Ecuador desde el vértice excluyente de que el país es hispánico y hace parte de la hispanidad.

¿Qué es lo terrigenista? ¿Una utopía más?

El terrigenismo es una identidad popular nacional. Nosotros tenemos nuestras propias raíces. Estas no están en Europa sino en la Pacha-Mama, no está en el neoclacisismo. El metropolitanismo, en cambio, sitúa al Ecuador en un país que transita por otras vías. No podemos blanquear la historia y avalar esa tesis. Terrigenistas fueron Benjamín Carrión, José de la Cuadra, Jorge Icaza.

Siempre se habla -en los discursos- de recuperar la identidad nacional. ¿Acaso nuestros pueblos no tienen identidad o la han perdido?

Así es. Esa tesis la mantenemos, junto a Erica Silva, en el libro "Ecuador, una nación en ciernes". Ahí decimos que el Ecuador es un país, no una nación. El país no sabe adónde ir, no hay un proyecto nacional, hay regionalismo, no hay integración.

¿Quién tiene la culpa de esa fal-

ta de identidad y cómo superarla?

No hablemos de culpas sino de responsabilidades. Esa responsabilidad fue de los políticos gobernantes, de los grupos de poder, las oligarquías regionales, porque el pueblo no es el que ha gobernado.

¿La izquierda queda libre de culpa?

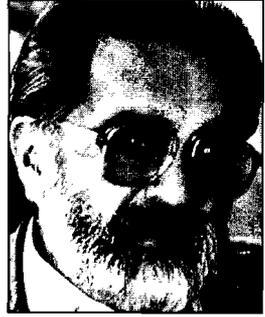
En la medida en que no ha gobernado, sí. En la izquierda están las tesis más avanzadas en cuanto a la identidad. Pero sí critico también a la izquierda lo que ha dejado de hacer. *

(14 de diciembre de 1994)

**A pesar de la ordenanza Municipal, Quito celebra todavía la Conquista y el Municipio es el que define el calendario de fiestas.*

Hay un malentendido entre la *solidaridad y el consumo. La Iglesia se ha replanteado la misión evangelizadora, con énfasis en el trabajo social.*

Hay que hacer una minga de conciencias



Fabián Vásquez es sacerdote y párroco de la Ferroviaria Baja de Quito. Perteneció al movimiento de la Nueva Iglesia.

Navidad es una palabra que lleva a pensar en el consumo y en los regalos; no en la justicia, la paz y la solidaridad. ¿Qué piensa al respecto?

Evidentemente es un malentendido. Hay que partir por ubicar el hecho histórico del nacimiento de Jesús que se hace presente en una familia, en un pueblo, en condiciones históricas determinadas: cuando su pueblo estaba oprimido bajo la dominación romana. Jesús nace en una pesebrera. Nace para los pobres. Si no se contextualiza eso se pierde el sentido de la Navidad. Ese malentendido, junto al capitalismo, llevan a pensar en la Navidad del consumo y no en el nacimiento de Cristo.

En esta época es cuando más se agudizan las contradicciones sociales. ¿La Iglesia qué está haciendo para combatir esa realidad?

Muy poco es lo que se puede hacer cualitativamente. Nos enfrentamos a un monstruo que es el aparataje publicitario y comercial demasiado grande y nos arrastra a todos.

¿Cómo enfrenta la Iglesia esa situación? ¿Cuál es el trabajo con la gente?

Trabajamos en grupos pequeños, en comunidades con grupos barriales, en un proceso de evangelización, de resistencia a toda esa manipulación que se aprovecha de la Navidad. Lo único que se puede hacer es dar elementos en la catequesis, para rescatar los valores y, sobre todo, dar esperanza de igualdad y de justicia. Cristo está en todo el pueblo. En los suburbios, en la gente. Esa es nuestra misión evangelizadora en la actualidad. Tenemos que hacer una verdadera minga de conciencias.

¿Esa minga de conciencias se puede hacer a través de la última ley de educación religiosa?

Yo personalmente, y muchos otros estamos en desacuerdo con esa ley. No se puede recuperar la fe cristiana a través del poder, de leyes y de decretos. Se quiere utilizar al laicismo como un término diabólico. No hay tal. Tenemos que respetar las conquistas de los pueblos. Si la ley de educación religiosa sirviera, ya se hubiera compuesto la situación mucho antes. No creo que sea una solución institucionalizar la religión. El tema es de gran debate. En mi experiencia pastoral he comprobado que la gente más comprometida está en los colegios laicos. Hay rechazo, una saturación frente a lo religioso, justamente entre quienes estudiaron en colegios religiosos. Una de las preocupaciones dentro de ese proyecto es desenmascarar incluso a quienes manipulan al pueblo utilizando a la Navidad políticamente.

¿Como quiénes?

Todos sabemos que incluso hay candidatos y políticos de diferentes partidos que se disfrazan de Papá Noel para jugar con los sentimientos del pueblo.

¿Es la Navidad el verdadero problema?

No. No son las fechas, lo que le tiene que preocupar a la Iglesia, sino la situación de vida de la gente. Y de la gente más pobre.

¿Vivimos un momento de desacralización de la sociedad?

Hay varias maneras de entender lo sacro y lo desacralizador. Lo sacro, en la religión, está en los elementos que buscan soluciones que no se pueden alcan-

zar aquí, en la Tierra. Pero también está en la raíz de nuestros pueblos, en nuestros símbolos propios. Lo sagrado se va perdiendo y se va sustituyendo por otras cosas también sagradas. El peligro, con el neoliberalismo, es que lo sacro es el gran capital. El gran capital es el dios. Esa sacralización del capital, del modelo económico, desde el poder es peligrosa, porque olvida lo íntegro del ser humano y sacrifica al pueblo.

¿Todo ese discurso de la paz, de la igualdad, de la justicia y del bienestar del pueblo es una utopía?

Depende de cómo se entienda la palabra utopía. Si se la entiende como algo irrealizable estaríamos fregados. Si se la entiende como una esperanza es realizable. Las utopías son necesarias. Todo lo que vaya en defensa de la vida vale la pena. Si no hubiera utopías o esperanzas no habría luchas. Y esas luchas son concretas: la salud, el bienestar del pueblo, la educación, son derechos por los que hay que luchar.

¿En ese trabajo de base, quienes forman parte de la nueva iglesia actúan junto a la iglesia de línea conservadora?

Somos una misma Iglesia conformada por gente que tiene diversas formas de pensar. Quienes pensamos más o menos igual trabajamos en comunión, con nuestra gente. Hay intereses que caminan juntos.

Hay quienes piensan en lo suyo y se olvidan de que la evangelización es una actividad más comunitaria, más social. Hay quienes tienen poder, incluso de decisión, dentro de la Iglesia como ocu-

ren en toda la sociedad.

¿Entonces está claro que hay divisiones dentro de la Iglesia?

Hay diversas posiciones ideológicas dentro de la Iglesia.

Hay una línea más conservadora, hasta rechazante. Hay otra línea de trabajo que se acerca más a los pobres, que no está en el poder.

La fuerza de la derecha y del conservadurismo no está solo en la Iglesia sino en toda las sociedades y en todas partes. La derecha tiene un poder globalizante de un tiempo acá. Pero hay resistencia. Eso no durará por siempre. Como dicen los indígenas, vendrá la época del Pachacutik, una nueva etapa. Los indígenas son muy sabios y resisten.

¿En dónde queda la Nueva Iglesia o la Teología de la Liberación, ahora que domina la tendencia conservadora de la que usted habla?

Creo que ha habido un avance dentro de la Nueva Iglesia. Si bien la Teología de la Liberación tuvo en sus inicios, ata-

ques de todos los sectores, ahora se ha permitido que haya esa y otras teologías: la teología de la mujer, del negro, del indio, del mestizo.

El concepto no solo fue atacado, sino también manoseado. Ahora siento que ha madurado, que el sentido de la Nueva Iglesia ha germinado, como un árbol, y que crece en el pueblo, en las comunidades, en los indígenas, en los necesitados.*

(25 de diciembre de 1994)

Las comunidades indígenas en la frontera sur enfrentaron su propia guerra durante el conflicto del Cenepa. Todas tenían parentescos entre sí.

La otra guerra de las naciones amazónicas

¿Las poblaciones indígenas binacionales están obligadas a enfrentarse entre sí?

El problema de poblaciones indígenas en situación binacional tiene su historia. Cuando llegan los españoles a la Amazonia encuentran nacionalidades indias a lo largo de toda la cuenca amazónica. Estas nacionalidades, autónomas, nacen de alianzas tribales. Una de estas es la shuar. A todo el conjunto étnico que domina la cabecera del Marañón, los misioneros jesuitas las denominaron Mainas. Pero en realidad son algunos grupos: los uuntsurishuar, los achuar de las palmeras, los pacamayents shuar que están al otro lado de la cordillera de Cutucú, y hacia lo que es el lado peruano se encuentran los aguarena, guambiza, piro y shapra.

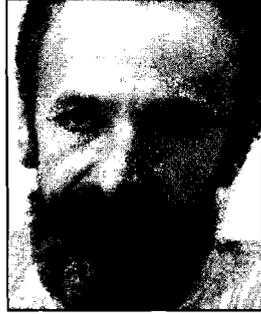
Ese conjunto étnico domina los alrededores del Marañón y es lo que se co-

noce como la gran nación shuar. Durante las misiones se redujeron a los grupos que estaban hacia el Marañón, pero no llegaron a reducirse los grupos que habitan la zona del Cenepa, Santiago y Pastaza. Todos ellos tienen relaciones entre sí, incluso de parentesco, por eso, y desde ese punto de vista, las fronteras son artificiales. Al sentirse de un país o de otro, esas fronteras se definen.

¿Cómo afecta el tomar partido por uno u otro país a las naciones que se consideran autónomas?

Los hitos provocan una situación evidente de separación de las poblaciones que habitan la cuenca del Marañón. El caso ecuatoriano -y el de la zona de conflicto- es parecido al de los yanomamis, que están en el hito fronterizo entre Venezuela y Brasil.

En el Ecuador, casi todas las poblaciones indígenas se encuentran en situa-



Jorge Trujillo es cientista social y analista político. Trabajó en varios estudios sobre las naciones indígenas desde el Cedime.

ción binacional. Los cofanes están en Colombia y en Ecuador, los siona-secoya en zonas ecuatoriana y peruana, los quichuas en el Napo, algunos záparas son quichuahablantes...

Los pobladores tienen relaciones de raza, de parentesco. Hay, entre esos pueblos, interrelaciones societales y políticas que los unen y que, al delimitar fronteras, se interrumpen. Los secoyas, por ejemplo, son acusados de ser espías peruanos y cuando bajan al Perú son acusados de ser espías ecuatorianos.

En Santa María de Guajoja, por ejemplo, los indígenas hacían una gran peregrinación en conmemoración a sus dioses. Esta conmemoración y otras en el sector han sido interrumpidas por la fijación de los puestos fronterizos.

¿Hay antecedentes de guerras étnicas en la zona?

Sí. Los pueblos de la Amazonia son pueblos guerreros. Hay dos puntos de conflicto a lo largo de la historia: el acceso a la sal en el Miasal -una de las más grandes minas de sal del lugar- y otra por el tayo, un pájaro muy apreciado por los indígenas, por la grasa que este produce.

En la zona del Pastaza, o zona jiborana, y la zona de los záparas, por ejemplo, se constituye, desde hace siglos, en una frontera de guerra y de confrontaciones permanentes.

Las luchas interétnicas han durado siglos, estas nuevas alianzas son motivo de estudio y de análisis.

Los shuaras están luchando contra sus hermanos. ¿Por qué?

Eso es lo paradójico de la guerra. La decisión de incorporarse a los ejércitos

significa formar parte de una lucha contra su propio pueblo. Pero el caso nuestro no es caso de excepción. Lo mismo ha pasado en las guerras en el Asia, en el África. En el caso peruano, los indígenas de la zona no son los que están luchando, porque a ellos se los utilizó para enfrentar una guerra de venganza en contra de Sendero Luminoso y los Túpac-amarus. Allí influye el problema de la guerrilla, del narcotráfico. En el Ejército peruano están más bien soldados de la zona andina. De ahí la ventaja que tiene el país y que radica en el conocimiento de la selva que tienen los shuaras y achuaras.

Últimamente se ha discutido acerca del estado multiétnico y pluricultural y acerca del reconocimiento de la autonomía de las étnias. ¿La participación en la defensa del territorio reafirma a las nacionalidades indígenas?

Lo que está pasando es un paso gigante en la política de las nacionalidades indígenas con relación a la nación ecuatoriana. Muchos críticos se levantaron cuando se habló de reconocer a las nacionalidades indígenas y su autonomía. Sin embargo, la respuesta ha sido directa: los indígenas han apoyado la tesis ecuatoriana en el terreno de los hechos, han participado activamente con el Ejército en mantener sus posiciones. Eso demuestra que las críticas que se hicieron carecen de fundamento y que la unidad es una realidad. La presencia de los indígenas desde el sentido de aquellos discursos pesimistas.

¿Por qué se habla ahora de la defensa de los shuaras al territo-

rio ecuatoriano y no durante los cincuenta años de conflictos en la zona no delimitada del Protocolo?

Los shuaras siempre han estado ahí, ellos han mantenido y defendido su territorio. Basta recordar los nombres de los puestos como Paquisha, Mayaicu y Machinaza, que son nombres shuaras.

En el 81, los shuaras tuvieron un rol protagónico en la misión de rescate a los soldados perdidos. Y esa ayuda fue muy importante. Luego, el Ejército tuvo la acertada decisión de incorporarlos a la carrera militar, por su dominio sobre la selva y por su capacidad de infiltración.

¿Ese es el caso de los iwias?

Los iwias eran seres míticos -gigantes- contra los que luchaban los guerreros shuaras. El ministro de Defensa, Jorge Gallardo, hace tiempo, se dio cuenta de la capacidad bélica de los shuaras y, rescatando el carácter de ferocidad de los iwias, creó un cuerpo especial del Ejército, integrado por shuaras, con ese nombre. Los iwias podrían ser comparados con los gurkas británicos, por su ferocidad, aunque los gurkas eran mercenarios y los iwias no lo son.

¿Una alianza necesaria?

En cierta medida sí. El conocimiento de la selva y de la supervivencia que tienen los shuaras han sido transmitidos a los soldados. Lo mismo sus estrategias de guerra. Los soldados han tenido que adaptarse a las condiciones de la selva apoyados por los indígenas. De no ser así, quizá las pérdidas de la guerra fuesen mayores.

¿Hay algún motivo ancestral para la lucha de los indígenas?

Por un lado, el hecho de haber estado siempre ahí. Por otro, lugares como el Cóndor o Cutucú son sitios sagrados para los shuaras. Ahí ejercen los jóvenes guerreros sus rituales de iniciación.

En el Cóndor y en Cutucú era donde los guerreros enfrentaban a los legendarios iwias y en las cascadas sagradas se hacen peregrinaciones de la población para ingerir las hierbas que los dioses les dan a los jóvenes para obtener la revelación de su destino y de su vida. Ahí se aparece el espíritu del Arutam, en forma de cualquier animal, para mostrar al iniciado sus triunfos en la guerra.

Defender el Cutucú y el Cóndor es para los shuaras defender sus símbolos y los de sus ancestros. Eso quizás les motiva a los jóvenes a enrolarse en los ejércitos. *

(12 de febrero de 1995)

**La guerra del Cenepa (enero-marzo 1995) había desatado un conflicto entre comunidades indígenas. La paz llegó en el 98.*

La guerra tuvo un saldo positivo: el reconocimiento de la participación indígena en defensa del territorio. ¿Un paso hacia la plurinacionalidad?

La diversidad es clave en la nacionalidad



Nina Pacari es dirigente de la Conale y diputada por Pachakutik Nuevo País y vicepresidenta alterna del Congreso.

Para los pueblos indios no hay fronteras. Ahora, los pueblos shuar y achuar han asumido una frontera, la ecuatoriana. ¿Defienden la nación o el territorio?

En esa defensa se conjugan los dos elementos. No necesariamente una nación tiene territorio y por otro lado, el ser naciones o nacionalidades, como nos hemos adoptado, es estar involucrados con todos los elementos que forman una nación, es decir, la historia, el idioma y la defensa del territorio. Los compañeros han manifestado que varias comunidades indígenas han decidido no salir de su territorio y defender su hábitat, su espacio, su territorio, su vida.

¿Los pueblos indígenas están por el cierre de fronteras definitivas? ¿Qué son las fronteras vivas de las que hablan en sus manifiestos?

Nosotros no queremos caer en el pa-

trioterismo, estamos preocupados por los pueblos shuar y achuar, por la legalización de sus territorios y por una solución definitiva al problema. Por eso las gestiones que hemos hecho ante las ONGs y las Naciones Unidas para que intervengan y a eso tenemos que sumarnos. Creemos que es el momento para poner los hitos definitivos y de acuerdo a la realidad puede plantearse el desarrollar toda esa área entre los dos gobiernos, como en Colombia, con los aguás. Se debe contar con fronteras vivas para dar atención y espacio a esos pueblos. La solidaridad no tiene que ser solo de ahora, sino de hoy en adelante.

¿Cómo definen los pueblos indígenas a la nación?

Hablar de una sola nación, una sola cultura, un solo idioma, es hablar de concepto occidental de nación. Eso no se adapta con la realidad ecuatoriana.

Pienso que no debemos encerrarnos en los conceptos. En el Ecuador hay varios idiomas, hay una historia anterior a la de 1492 y no hay una sola cultura. Hay que cambiar el concepto. Creemos en la necesidad de reconceptualizar el término nación y en ese sentido, los pueblos indígenas lo hemos enriquecido, hemos aportado para que se entienda que la unidad está en la diversidad.

Ese concepto de plurinacionalidad -se ha dicho- cambiaría la estructura del Estado. Ahora que se habla de unidad y que los pueblos indígenas han participado de ella, ¿ha cambiado el concepto de lo plurinacional?

Ese concepto plurinacional no le quita nada a la cohesión nacional, al contrario, la fortalece. No atenta contra la integración territorial, también la fortalece. Tenemos que asumir la necesidad de ciertas cohesiones para que la realidad sea la que prime. La participación de los pueblos shuar y achuar, desde su territorio y desde su identidad, es una prueba, es una reafirmación de la necesidad de reconocernos como un Estado plurinacional.

¿Es fenómeno de unidad es coyuntural?

A raíz de estos hechos -lamentables y repudiables como lo son las guerras- al pueblo y al Gobierno les consta cómo los pueblos shuar y achuar han participado en la defensa del territorio. Esa es una muestra de unidad. Este momento más bien nos da un ejemplo de que sí es posible construir esa unidad con esa diversidad y con esos derechos que venimos reclamando.

¿Esa reafirmación de la que usted habla -unidad por las circunstancias- ayudará a ese reconocimiento en el contexto de las reformas a la Constitución?

Estos momentos que estamos atravesando vienen a constituir un elemento de prueba plena de que nuestros planteamientos y nuestros pedidos no son atentatorios a la integridad nacional sino que la fortalecen.

La manera en que se ha planteado el problema a la comunidad internacional y ante el Perú para defender el territorio, es decir, enarbolando la presencia ancestral de los pueblos shuar y achuar en esas áreas, es ya reconocer a esas naciones. Si los indígenas somos incluso fundamento para la defensa de ese territorio es hora de que a nivel interno del país se den salidas como el de reconocimiento de un Estado plurinacional. El hecho de que los jóvenes se integren a las Fuerzas Armadas, y que las madres y los hijos estén firmes en defensa de la soberanía, es un aporte a nuestros planteamientos. A nivel de reformas constitucionales y en el plano y jurídico debe plasmarse eso y darse el paso al reconocimiento de la plurinacionalidad.

¿Confían en ese reconocimiento?

Confiamos que con lo que ha pasado en estos días y con la suficiente voluntad política se dé paso a esas reformas. De nuestra parte seguiremos presionando y luchando porque estas reformas a nivel constitucional, sean aceptadas en el Congreso.

¿Cómo está actuando -frente a esta propuesta- la Secretaría de Asuntos Indígenas?

Se sabe que la Secretaría de Asuntos Indígenas ha señalado que pueblos de posesión ancestral están involucrados en lo que es esa defensa territorial.

No se creó esa Secretaría con un consenso de parte de las organizaciones. Sabemos -y lo ha dicho el arquitecto Duchicela por su parte- que la Secretaría es un espacio gubernamental y como tal tiene sus políticas. Pero también creemos que nuestros pueblos no necesitan intermediarios, sobre todo si estamos armados de una organización nacional. Está claro para nosotros lo que es una representación a nivel de organización y lo que es a nivel estatal.

Las reformas a la ley agraria fueron un triunfo político para la Conaie. ¿En la práctica, se ha consolidado?

Una de las dificultades o de los retos es que se ejecuten esas reformas. El gran problema es la aplicabilidad. Tenemos dificultades. Solo en el tema de las capacitación -partiendo desde la realidad de los pueblos indígenas y su tecnología apropiada- tenemos problemas. Se logró esa reforma pero a nivel de voluntad se quiere seguir haciéndola como antes, desde el Ministerio de Agricultura y Ganadería. Eso tiene que ver con un problema de prejuicio, de racismo, de menosprecio a los pueblos indígenas. Lo que no logramos romper -sea desde el Gobierno o desde la población civil- son los prejuicios frente a los pueblos indígenas que impiden hacer una minga para el desarrollo.

¿Cómo romper esos prejuicios?

La única manera de reconocer esa diversidad cultural y de romper esos pre-

juicios es la educación que lleva a una toma de conciencia y aun revalorización de la riqueza de los pueblos indígenas.

¿En ese mismo marco, las reformas de plurinacionalidad que se plantean en el Congreso no correrían el mismo riesgo de inejecutabilidad que las reformas a la Ley de Desarrollo Agrario, es decir, que queden en el papel?

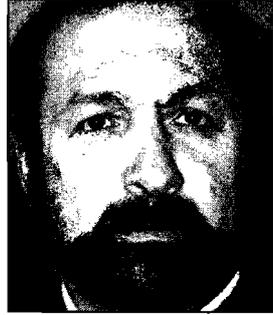
No, tendríamos que avanzar. No podemos quedarnos en el mero reconocimiento. Las reformas son profundas: hablamos de la oficialización de los idiomas, hemos señalado la necesidad de incorporar en la Constitución los derechos colectivos de los pueblos indígenas, territorios, las políticas de desarrollo económicos, cultural, social, la administración de la justicia, etc. El cambio tiene que ser estructural. *

(19 de febrero de 1995)

**Los pueblos shuar y achuar de la frontera apoyaron la defensa territorial ecuatoriana. Era el gobierno de Sixto Durán Ballén.*

Que la literatura ecuatoriana *no figure en el extranjero se debe a la ausencia de crítica y a la poca promoción. Los lamentos artísticos influyen.*

La crítica ha sido anecdótica y poco seria



Javier Vásconez es narrador. Ha publicado dos novelas en el sello Alfaguara: *El viajero de Praga* y *La sombra del apostador*.

¿Por qué la literatura ecuatoriana ha perdido interés en el extranjero?

No creo que haya el mismo interés en Europa por los latinoamericanos que hubo en los 60 y 70. Eso es un hecho. Tampoco creo que exista un complot contra el escritor latinoamericano ni ecuatoriano. Habría que preguntarse por qué los ecuatorianos esperamos que un crítico francés o español venga a valorar nuestra literatura. Hay que tomar en cuenta que desde aquí tampoco hemos sabido valorar lo nuestro.

¿Por qué esa categórica afirmación?

Es obvio. ¿Dónde están los libros de nuestros artistas? ¿Dónde está el libro sobre Gangotena, César Dávila Andrade, Jorge Carrera Andrade o Pablo Palacio, escrito por un ecuatoriano?

Y con esto me refiero a un libro verdaderamente bien escrito que pueda ser valorado por una editorial del exterior o incluso ser traducido.

¿De dónde nace esa ausencia? ¿De la idiosincrasia ecuatoriana?

Es penoso que los ecuatorianos no valoremos lo nuestro, ni en literatura ni en otros ámbitos. No hay libros ni siquiera de nuestros héroes como Eloy Alfaro o Eugenio Espejo. Ni de los artistas plásticos. Esto se extiende a otros campos.

El arte de la literatura tiene representantes dignos, unos mejores que otros. Hay poetas y cuentistas de primer orden, quizá en la novela esté menos representada, pero hay. Es penoso ese permanente lamento con el que esperamos que nos vengan a descubrir y a valorar desde afuera.

¿Un complejo?

Sí. Y no sé de dónde viene.

¿Responsables de esa falta de interés por lo nuestro?

Es la crítica la que de alguna manera está muy por detrás de la literatura. Una cosa son los comentaristas de libros, los críticos esporádicos, otra, la de una crítica sostenida y profesional como la de un Ángel Rama, un José María Oviedo y otros más, que han sabido ver en los escritores de sus respectivos países, talentos y han sabido valorarlos. Han escrito en revistas, han promovido sus obras e incluso los han traducido. Acá no.

¿No hay crítica o hay pereza crítica?

Diría que en la crítica aquí hay muchos elementos ajenos a la literatura, lo que hace una crítica aldeana, anecdótica... También hay que señalar que en general nuestras universidades poco han hecho por la investigación. No hay una facultad o departamento que facilite a un crítico trabajar varios años sobre un autor. Esto significa tiempo y dinero. No hay ese incentivo.

¿Y en la Universidad Católica?

Ese es un departamento de pedagogía con especialización en literatura, pero no hay lugar para estudios de fondo y más especializados sobre el tema.

¿Las traducciones de Ediciones Libri-Mundi no se quedan en acciones solitarias?

En Ediciones Libri-Mundi se ha hecho un esfuerzo como nadie en el país. Se han traducido 45 cuentos de diferentes autores, 10 al inglés, 12 al alemán y ahora 21, al francés.

Estos libros han sido mejor recibidos en el exterior que aquí, lo cual hace pensar que nos falta una dosis de generosidad por las cosas que en general hacemos. En todo caso es un esfuerzo, sí, solitario y sistemático. La traducción se ha hecho aquí igual que la selección y poco se ha recogido en los medios de comunicación, sobre el tema.

¿Por qué los escritores ecuatorianos no han llegado a los grandes movimientos del mercado? ¿Factor calidad?

Yo no puedo hablar en nombre de todos. Lo que sí puedo señalar es que la calidad y la jerarquización de la literatura no la han hecho los críticos desde aquí. Esperar que lo hagan desde afuera es absurdo. Y cuando alguien lo quiera hacer, no hay registros ni señales de quiénes son buenos o no, de quiénes merecen venderse o no. La crítica se ensaña en lo anecdótico, populista, sentimental y no en jerarquizar o en buscar otros elementos más de fondo que son esenciales para ingresar en ese mercado.

Quedamos en que los críticos tienen buena parte de culpa... ¿Y los editores? Tampoco hay las grandes antologías de escritores ecuatorianos...

Cierto. No hay tampoco las obras completas de tal o cual autor. No están publicados los clásicos de nuestra literatura. Además de que hay dispersión y fragmentación. Lo que se publica acá no se conoce en Guayaquil y viceversa. Lo que se publica en Cuenca tampoco. Cada quien hace las cosas por su lado.

¿Falta de visión editorial?

Puede ser. Este es un país pobre. Existen pocas editoriales que estén dispuestas a arriesgarse y buscar nuevos valores. A parte de publicar hay que promover el libro. No hacerlo es una manera de condenarlos al olvido. Los medios tampoco ayudan mucho.

Creo que publicar los clásicos y las obras completas de nuestros autores ayudaría. Se los vendería en grandes tirajes y podrían estar en universidades, institutos y en las incipientes bibliotecas de nuestras embajadas. En otros países sí existen sellos editoriales especializados en las obras de sus autores.

Hay quienes le echan la culpa al Estado. Es decir, a la falta de políticas...

Acá siempre se le echa la culpa a alguien. Los libros, las revistas, los grupos literarios las hacen los individuos. Puede ser que las políticas de Estado no hayan sido de lo mejor, pero cuando el Estado daba dinero para que los artistas gocen de buena salud, tampoco ocurría nada. Lo que nos falta es muchísima creatividad, imaginación y capacidad de trabajo.

¿Conformismo?

No. Hay una fascinación por la mediocridad.

Antes los escritores tenían espacios en revistas literarias. Eso ayudaba a que tengan más presencia, incluso en el análisis de la sociedad. ¿En ese sentido hemos retrocedido con respecto al pasado?

Pienso que sí. Antes existía una serie de revistas donde los escritores escribían. Se publicaba Letras del Ecuador, por

ejemplo. Dirán que no sale por falta de presupuestos.

Yo más bien creo que es falta de decisión y de organización. Es esperanzador que en el último tiempo hayan aparecido revistas como Contexto y Eskeletra.

Antes, además, los escritores se agrupaban. Había un sinnúmero de grupos literarios...

Sí pero la agrupación antes se debía a fenómenos exteriores a la literatura. Los escritores se agrupaban por afinidades políticas, como los tzánzicos, pero eso ya es prehistoria. Después ya no ha existido un grupo interesante. Yo no creo en los grupos. La literatura es una actividad solitaria.

¿Y los talleres literarios?

No son agrupaciones. Cumplen más bien un papel de enseñanza.

¿Con todo esto se deduce que la frase de Benjamín Carrión 'pequeña nación y potencia cultural' quedó en el vacío?

Esa fue una frase entusiasta que no tiene asidero en la realidad actual. 40 años después de que don Benjamín Carrión la dijera, sigue siendo utilizada en discursos de presentación de libros.

¿Por qué?

Porque en algunos casos tenemos que volver a comenzar con una visión diferente de las cosas y no repetir frases más o menos "pintorescas" en las que ya no cree nadie. *

(12 de noviembre de 1995)

**Cuatro años después Vásconez editó las obras poéticas de Gonzalo Escudero (99) y Jorge Carrera Andrade (2000) en el sello Acuario.*

El Estado no ha reconocido a los pueblos indígenas como tales. La condición de plurinacionalidad es clave a la hora de hablar de un nuevo modelo.

Los indígenas tienen derechos específicos



Ramón Torres Galarza es abogado. Es autor del libro 'Derechos jurídicos de los indígenas y ha trabajado en ONGs'

¿Por qué hablar de derechos jurídicos de los indígenas y no de los derechos ciudadanos?

Porque los indígenas en el Ecuador y en América Latina nunca han sido reconocidos como pueblos. El reconocer que los pueblos indígenas son iguales pero diferentes exige un tratamiento especial. A partir de su reconocimiento podrían hablarse de sus derechos indígenas que son también específicos.

¿Esa diferenciación no es discriminatoria?

No. Discriminatorio es lo que se ha venido haciendo, es decir, homogeneizar sus derechos. Esa homogeneización pretendió convertirlos de indígenas a campesinos, de indígenas a ciudadanos, de indígenas a ambientalistas, de mujeres indígenas a mujeres con enfoque de género. Esa fragmentación impide que el

Estado reconozca su existencia como pueblos indígenas.

¿No se han planteado las cosas de tal manera que los mismos indígenas alejan su discurso del resto de la sociedad, quizá, automarginándose?

En el caso ecuatoriano y en el de muchos países de América Latina, se impulsó formas de organización política, jurídica y económica que negaron la diversidad de los pueblos originarios de nuestro continente. Son formas de organización en ciernes. Por eso existe la necesidad de desarrollar el reconocimiento de derechos de los pueblos indígenas para garantizar la constitución de un estado nacional. Las organizaciones indígenas lo están haciendo.

En ese sentido, el reconocimiento de sus derechos enfrenta intentos de homo-

geneización que niegan esa diversidad. La modernidad intenta desarrollarse enfrentando lo tradicional. No creo que exista automarginalización sino reivindicaciones claves, a partir del reconocimiento de la diversidad.

¿En el discurso mismo de las organizaciones no se ha tratado de polarizar las cosas?

Evidentemente hay que superar una suerte de fundamentalismo indigenista que se expresa en ciertos sectores del movimiento indígena, pero también hay que superar una suerte de fundamentalismo mestizo neoliberal que intenta seguir organizando a la sociedad en la lógica del mercado. La lógica del mercado no tiene espacio para el reconocimiento a la plurinacionalidad. Hasta el momento ha existido algo así como un diálogo de sordos.

¿Ese reconocimiento cambiará en algo las cosas?

Por supuesto que sí. Permitirá legislar. Un pueblo solo existe como tal cuando jurídicamente son reconocidos sus derechos colectivos. Ahora se reconocen los derechos individuales. Lo otro significará reconocer formas de economía colectivas, formas de propiedad y de organización territorial colectivas... En ese sentido la principal naturaleza del derecho de los pueblos indígenas es el derecho de los pueblos indígenas.

La individualización lo único que garantiza es una integración sin identidad y, por tanto, la muerte de los pueblos indígenas.

¿Cuál es el interés que tienen las ONG en esto?

Habría que afirmar que el interés es

limitado todavía. El hecho de que los organismos no gubernamentales aporten en las definiciones de los contenidos de lo plurinacional evidentemente debe convocar al conjunto del Estado y de la sociedad para garantizar lo totalizador del término. Todo es cuestión de consensos. Las ONGs deberán respetar profundamente los espacios propios de los actores sociales, no negarlo.

Sin embargo, los propios indígenas han hecho pública su incomodidad a la intervención de las ONGs, en cuanto a asistencia técnica, por ejemplo... Ahora las cosas han cambiado un poco.

Hubo ciertas prácticas entre los organismos no gubernamentales, de irrespeto a los actores sociales, cierto, pero sería injusto no reconocer el rol que han tenido en algunos casos. Es cuestión de respeto de los objetivos. Pero es cierto también que para elaborar proyectos en cuanto a los derechos de los pueblos indígenas se necesita de una participación y de unos consensos más grandes. De lo contrario, las decisiones serían unilaterales y eso tampoco les haría bien a los mismos pueblos indígenas.

En su libro 'Derechos jurídicos de los indígenas' se habla de derechos fundamentales como el territorio. ¿De hacerse una reforma, cómo garantizar su aplicabilidad?

Todo es parte de una reforma política. La aplicabilidad de las leyes parte de las políticas de Estado y de la voluntad política de los gobernantes.

Los candidatos, desde ya, tienen que incluir en la agenda el tema para que se incluya el derecho jurídico de los indígenas en los planes de modernización

del Estado y en lo que significa la reforma política. Esa debe ser una de las primeras exigencias de esta campaña.

¿Cuáles son los principales derechos jurídicos, ya no las reivindicaciones de los indígenas?

Lo plurinacional y lo multiétnico debe permitir modificar una intolerancia cultural vigente que todavía promueve formas de discriminación, de exclusión de los pueblos indígenas como sujetos de derecho. El reconocimiento jurídico debe permitir situaciones absolutamente concretas.

¿Cuáles?

El reconocimiento a su derecho a la tierra, al territorio, al uso de recursos naturales, a las formas propias de organización, a la autonomía, gestión y competencia, a sus derechos culturales y a nuevas formas de desarrollo.

¿Cómo... para salirse del mero diagnóstico?

Como parte de las reformas políticas globales. Es parte de un proceso en el que debe involucrarse todo el mundo. Los diagnósticos son necesarios para trabajar sobre necesidades. Lo fundamental es reconocer el derecho de participación. En el taller, si bien hay un diagnóstico, hay un primer acercamiento a las propuestas concretas. En los grupos de trabajo que se seguirán haciendo, se elaborarán mecanismos más concretos para someterlos a nuevas discusiones.

¿O sea que el proyecto presentado al Congreso tuvo fallas? ¿Por qué el reparo a lo plurinacional?

Fallas... de consenso. Pero fue un pri-

mer gran paso. Con lo de plurinacional no se quiso decir que se fragmente el Estado. Al parecer hubo prejuicios.

Se ha dicho que los indígenas ya no tienen una relación tan utópica con el Estado. ¿Cómo es esa nueva relación?

La visión utópica del Estado era aquel Estado paternalista. Creo que eso ha cambiado. La creación de la Secretaría de Asuntos Indígenas, en este Gobierno, fue un paso más, aunque con pros y contras, lo mismo la legislación medioambiental.

¿Este Gobierno ha sentado bases para el reconocimiento de la plurinacionalidad?

Por lo menos los indígenas han tenido alguna representatividad... aunque se ha mantenido todavía la idea del Estado caritativo y asistencialista para con los indígenas.

¿Cómo ayudará en todo esto la participación política de los indígenas en las elecciones?

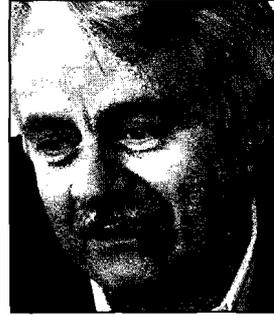
Mucho. Se van a ver a los líderes de las organizaciones indígenas y su verdadera representatividad dentro de la estructuras de la democracia.*

(28 de enero de 1996)

**La Secretaría de Asuntos Indígenas, ahora Consejo de Desarrollo de los Pueblos Indígenas, se creó en el gobierno de Durán Ballén.*

El Estado tiene la culpa del paternalismo y de la nula participación de la sociedad en los procesos de desarrollo. Ecuador es un país sin visión.

El facilismo se volvió parte de la cultura



Cornelio Marchán es economista. Presidente y fundador de la Fundación Esquel. Consultor de organismos internacionales.

¿El ser país pequeño es, para el Ecuador, un justificativo, un obstáculo para el desarrollo?

Es difícil definir qué es país pequeño. Hay países cuya extensión geográfica es pequeña y que tienen un alto producto interno bruto donde la población goza de altos niveles de vida. Hay otros que son geográficamente extensos y que son muy pobres. Lo que pasa es que hay un conjunto de factores que determinan la capacidad del país para estar en un proceso de desarrollo sostenido, un país que tenga un proyecto nacional a largo plazo, un país que sepa cómo insertarse en la globalización.

Eso es, por oposición, lo que debería ser el país. ¿Podría definir cómo somos?

Somos un país sin un proyecto nacional, no tenemos una utopía de desarro-

llo. Esta nueva magia del mercado y la globalización nos ha quitado el derecho a soñar en un mundo mejor. Somos un país que no tiene una cultura política basada en el consenso.

Somos un país en que el Estado ha servido a los grandes grupos económicos y no a los intereses nacionales. Somos un país que no invierte en sus recursos humanos ni en educación ni en salud. En definitiva, somos un país que no tiene visión de futuro. Un país subdesarrollado, con escaso nivel tecnológico, pero con inmensa potencialidad.

¿La raíz de esa mentalidad pequeña está en la relación Estado-sociedad civil?

En cierta forma, la raíz puede estar en el paternalismo. Los ecuatorianos nos hemos acostumbrado a que el Estado desempeñe o haga todas las actividades;

que nos asegure las posibilidades de desarrollo. Nos hemos acostumbrado a recibir regaladas las cosas.

Eso no es tanto culpa de la gente sino de que no se le ha dado la posibilidad de poner en práctica la potencialidad que tiene el ecuatoriano. No se ha dado posibilidades de participación. La mentalidad se vuelve, entonces, un poco perezosa. Los problemas se convierten en parte del paisaje social y creemos que ese es el estado natural de las cosas. Es una actitud conformista.

¿En manos de quién está el dar esas posibilidades?

En manos de todos. Hoy día estamos asistiendo, en el Ecuador y en América Latina, a un fenómeno donde la sociedad civil se está organizando alrededor de sus propios intereses. Hoy día tenemos actores importantes que no existían en el pasado, como el movimiento indígena, los ecologistas, mujeres, jóvenes, asociaciones de consumidores... No es antagónico que el Estado tenga una responsabilidad para fortalecer esos movimientos.

Eso significa repensar el Estado. ¿Cuál deberá ser su nuevo papel y cómo cambiarlo?

Así es. Es indispensable reformar el Estado. El Estado debe traspasar sus responsabilidades en las áreas económica, social y política, darle la oportunidad para que la población aumente su capacidad de gestión. En la sociedad civil existe un potencial de contribución al desarrollo y a la economía, existen ideas, recursos materiales, instrumentos de trabajo, tierras, habilidades y destrezas. Todo eso está contribuyendo a un pro-

ceso de desarrollo. Buena parte de la oferta de alimentos viene de pequeños productores.

Hoy día, con la globalización hay una tendencia hacia la homogeneidad en la política económica que hace que todos los ecuatorianos seamos iguales y no es así. El Estado debe atender a los sectores micro para insertarlos en los procesos de globalización.

Las ONG están haciendo eso... ¿no es esa otra actitud paternalista? ¿No es una muestra de que, de 'papá Estado' hemos pasado a 'papá fundación'?

Todo lo contrario. Hay ONGs que preconizan el desarrollo y no la calidad, que trabajamos los problemas de fondo, que estamos contra ese paternalismo que significaba regalar dinero para solucionar la pobreza. Con esa forma de actuar no se creaban capacidades para que la gente se vuelva actora de su propio desarrollo. Las ONGs deben ser el brazo técnico de las organizaciones de la sociedad civil. Su papel es dar forma, contribuir y asesorar a que se hagan realidad las aspiraciones de los grupos de la sociedad civil.

Se decía, por ejemplo, que el sector indígena no quería un ministerio porque perdía el apoyo económico de las ONG. ¿Cierto?

No creo. Los criterios para desechar el ministerio indígena son otros, expresados por la propia Conaie.

Es un hecho que en el pasado, ese tipo de cooperación que solo regala las cosas ha sido negativa para el país, para los indígenas, para los campesinos, para las mujeres. Ese tipo cooperación

no hace seguimiento. Es el caso de quien regala pescado y no enseña cómo pescar. Nosotros creemos que hay que pescar juntos. Esa es la consigna.

¿La alternativa al paternalismo es la autogestión?

Va tomando fuerza. Pero se necesita de un marco legal para concretarse. La empresa privada, por ejemplo, puede apoyar a procesos autogestionarios, con algún beneficio. El Estado tiene que ayudar a que estos procesos autogestionarios se potencien.

Si es el Estado es el que tiene que apoyar, volvemos al paternalismo, ¿no cree?

No, porque el Estado debe ser el facilitador para que la empresa privada o los organismos seccionales impulsen y avalen los procesos autogestionarios.

¿Eso implica un cambio de mentalidad?

Claro. Un cambio de mentalidad que tiene que ver incluso con la empresa privada que ha tenido una visión muy estrecha, muy particular y muy débil, como para presionar políticas coherentes y que no ha visto, en los procesos comunitarios, potenciales industriales o agrarios, por mencionar algunos.

La empresa privada tiene que mirar al país con una visión estratégica de largo plazo.

¿Todo eso demuestra que vivimos una cultura de conformismos, de sentirse siempre perdedores?

Más que eso, una cultura del facilismo. Los ganadores siempre son menos que los perdedores. Pero sí somos capa-

ces de hacer cosas grandes. Es falta de autoestima, que tiene que ver con que los distintos gobiernos no han tenido la fuerza para cambiar al país y sus instituciones y para elaborar un proyecto nacional.

¿La sociedad civil también tiene que reconocer sus culpas?

Todos. No hemos sido capaces de crear un tejido social y económico interno que nos permita saltar hacia el mercado internacional.

¿Por qué los movimientos últimos, nacidos de la sociedad civil (como Manos Limpias) han sido tan esporádicos y tan poco constantes? ¿También es eso parte de la cultura del facilismo?

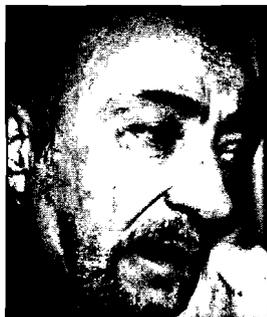
La falta de constancia tiene que ver con la falta de cultura ciudadana. Manos Limpias nació y emergió en su momento y estuvo bien. Su actuación fue un signo positivo en cuanto a la participación de la sociedad civil. Lo que pasa es que hay ciudadanos más militantes que otros. Su emerger es una muestra de que la mentalidad ciudadana puede cambiar. *

(29 de septiembre de 1996)

**Manos Limpias se creó a raíz del escándalo de gastos reservados en el que estuvo involucrado el vicepresidente Alberto Dahik.*

Los intelectuales que han señalado enmiendas al poder están en los medios de comunicación. Los otros, por humildad o irreflexión han callado...

La sociedad civil despertó del letargo...



Jorge Enrique Adoum es poeta, narrador y ensayista. Su novela más conocida es 'Entre Marx y una mujer desnuda'.

¿Qué salida encuentra a la crisis de gobernabilidad?

La única es una revisión de la política gubernamental. Sin embargo, parece difícil o imposible esperar que se dé ese paso. Se diría que el Gobierno está encaprichado en las medidas que ha tomado pese al rechazo prácticamente de todo el país. El Gobierno debería suspender la aplicación de las medidas económicas, las más graves que gobierno alguno haya tomado en muchos años. Tendría que revisar su lenguaje oficial que insulta y ofende a todos los sectores y que es de una violencia inusitada. Tendría que asumir la dignidad de Presidente para que no nos avergoncemos de ser ecuatorianos, para que no escriban, en la prensa extranjera, artículos que reducen la imagen del país a dimensiones de broma, chiste o escarnio.

¿Cree que el pueblo acepte las medidas compensatorias?

Son tan ridículas que no pueden compensar en lo absoluto ni la inflación que va a producir, contra todo lo que se dice, la convertibilidad. Esas medidas no van a compensar nada.

¿Cuál debe ser la participación de los intelectuales?

Se me ocurre que a los intelectuales siempre les ha correspondido un solo papel que es el de la crítica. La tarea del intelectual es el análisis, el llamar la atención hacia lo que está sucediendo y en algunos casos han sido capaces, algunos de ellos, de ser dirigentes políticos o ideólogos, líderes.

Pero, por el momento, no veo aquí a nadie capaz desempeñar ese papel, de modo que lo único que nos queda es dar la alerta como lo han hecho todos los

órganos de opinión del Ecuador y como lo han hecho prácticamente todos los periodistas del país que han tenido la lucidez necesaria como para señalar enmiendas indispensables, caminos únicos que nos pueden llevar a salir de esta situación.

¿Cómo explica la participación de los intelectuales de izquierda dentro del Gobierno?

¿Intelectuales de izquierda? ¿Quiénes?

Marco Antonio Rodríguez, Edgar Allan García, Nelson Estupiñán... dirigentes del Apre, ex integrantes del Fadi, LN...

¿Puede un intelectual de izquierda colaborar en el Gobierno que resultó ser el más atroz para los pobres, en un Gobierno que ofende a los trabajadores, a los campesinos, a las mujeres?

¿Pueden ser de izquierda quienes asisten a la mofa diaria, a la burla que se hace de los intelectuales del país, en especial de los periodistas? ¿Puede ser de izquierda un intelectual que no se sonroje al oír los disparates que el Gobierno dice cada vez que pretende darse aire de culto haciendo citas literarias erróneas? ¿Puede ser de izquierda quien coopera con un régimen absolutista con algunos de los caracteres del fascismo? ¿Puede un intelectual sumarse a un Gobierno que cree que los problemas se solucionan con limosnas en los gabinetes itinerantes?

¿Cuánta responsabilidad tiene la sociedad civil?

Ante todo yo creo que el haber permanecido tanto tiempo indiferente. El haberse dejado engañar pese a conocer por el desempeño de otros cargos ante-

riores, la poca credibilidad de quien hacía promesas durante la campaña, incluso a comienzos de su labor.

El haber esperado demasiado antes de salir al frente con su rechazo de todos los procedimientos ofensivos, inmorales, de algunos de los dirigentes más altos de la política gubernamental. El no haber sido capaz de solidarizarse con los trabajadores en los primeros ataques de que fueron víctimas. El no haberse solidarizado con las mujeres y otros trabajadores insultados y ofendidos por un ministro. El no haber sido más enérgica en la exigencia de cancelación de quienes han cometido actos delictuosos.

¿Es muy tarde para rever esa actitud de la sociedad civil?

No. La prueba es que ya ha revisado su actitud y ha dado muestras de un nuevo comportamiento en estas tres semanas. Esta es la demostración más grande que ha dado desde 1944.

Los movimientos sociales y los intelectuales en particular están atomizados. ¿No ahonda eso el problema?

La sociedad civil, en mayor grado que los intelectuales, ha tomado conciencia de su error y de su responsabilidad y está rectificando procedimientos. Están limando diferencias a fin de hacer un frente unido. Digo más la sociedad civil que los intelectuales, porque, evidentemente, no tenemos una organización ni profesional ni gremial y actuamos cada uno por nuestra cuenta, de ahí que sea muy difícil hablar en nombre de los intelectuales. No veo, exceptuando a los medios de comunicación, una actitud concertada en el sector intelectual.

¿Pesaron más los intereses individuales que los de país en los intelectuales?

La ya larga crisis ideológica de cuando yo decía que nos encontramos de pronto en una "vacancia ideológica" o como "perro en canoa", ha debido influir en una pérdida de sentido de la responsabilidad cívica. Nos hemos encerrado a hacer nuestras cosas, unos por humildad, otros por irreflexión.

¿La sociedad civil debe sumarse al llamado de concertación hecho por el Presidente?

Si uno pudiera creerle al Presidente, sí. Pero el Presidente (Bucaram) habla de diálogo y, en un solo monólogo, insulta y calumnia a quienes debieran haber sido interlocutores. Hace ofrecimientos y promesas y a renglón seguido se contradice. ¿Cómo sumarse a un engaño más si es incapaz de revisar su posición y sus ofensas contra el pueblo? Sabido es que se puede cambiar de carácter y no de temperamento. No veo de qué concertación es de la que se habla.

¿Si Bucaram no revé las medidas cómo ve el panorama?

No creo que él esté dispuesto a dar muestras de responsabilidad frente al país. Creo que todo el equipo de Gobierno recuperó con creces lo que invirtió en la campaña y ya han hecho una inmensa fortuna en apenas seis meses.

Se ha planteado una salida: una Asamblea Constituyente. ¿Qué opina usted al respecto?

No veo quién la vaya a convocar. El Presidente no la convocaría porque esa Asamblea lo destituiría. No creo que el Congreso la convoque porque eso im-

plicaría su disolución. Dejando de lado estas dudas sobre su viabilidad, podría ser una opción democrática a la crisis actual.

Los ex presidentes han hablado de destitución. El Presidente, de conspiración...

En primer lugar habría que atenerse a lo que dispone la Constitución. El temor es que nuevamente el actual Presidente vuelva a ser prófugo, mártir, víctima y que vaya al extranjero y que regrese a cantar y llorar en una futura campaña.

¿La Asamblea de Quito es meramente coyuntural o será un espacio para criticar incluso a la gestión municipal?

Estoy seguro de que será un espacio permanente. Ahí está canalizada la acción de la ciudadanía de Quito frente al desprecio permanente del poder central hacia la capital. Los chistes sobre las razones por las cuales el Presidente no vive en Quito, las excusas para no ocupar el despacho y la actitud contra el Alcalde provocan esa reacción. Por eso, la Asamblea será permanente. *

(2 de febrero de 1997)

**Los intelectuales a los que refiere la entrevista colaboraron con el gobierno de Bucaram. Jamil Mahuad era alcalde de Quito. La Asamblea del Pueblo no fue permanente. Tres días después de la entrevista cayó Bucaram.*

Las mujeres que han llegado al poder no se escapan de las críticas recibidas a toda la clase política. El discurso de género entró en contradicciones.

Las mujeres fueron usadas en la política



Blanca Chancoso es una de las dirigentes indígenas más representativas de la Conale. Ha trabajado para la Unesco.

El movimiento de mujeres se fraccionó después de los acontecimientos del 5 de febrero, con la caída de Abdalá Bucaram. Unas apoyaron a Rosalía Arteaga por ser mujer. Otras, se manifestaron contrarias a ese apoyo. ¿A qué le atribuye usted esa división?

El asunto es complejo. Hay que separar las cosas. Desde el punto de vista mujer, sabemos que es un derecho estar en un espacio de poder. Pero se juega con una cosa fundamental: los principios, la consecuencia. No creo que ser mujer sea una condición para estar en un puesto de poder. Y tampoco creo que eso haya sido motivo de una división aparente. No todas las mujeres pensamos que, por ser mujeres, tenemos que estar en puestos de poder. En todo caso, nosotros respetamos la diversidad.

¿Entonces, según usted no hay división, solo diversidad de criterios?

Sí. Yo creo que son respetables ambas posiciones porque llevan a cuestionar a los movimientos de mujeres y a ser autocríticas.

¿A qué se debe que las mujeres que han llegado a puestos de poder -Rosalía Arteaga, Sandra Correa, Elsa Bucaram, entre otras- hayan sido cuestionadas?

Es que no han llegado representando a la mujer. Ellas han representado a ciertos sectores políticos y a ciertos sectores sociales. Representan a intereses específicos. No representan ni son la voz de las mujeres. Ellas arrastran con todos los antecedentes de los políticos tradicionales. No han sido las mensajeras de las mujeres. Eso sí, utilizaron su imagen

como mujer. Pero no han llevado, tampoco, las propuestas de las mujeres.

¿Cree que ellas han utilizado su condición de mujeres para llegar a esos puestos?

Sí ha sucedido eso. Esa actitud sí existe, pero tampoco se puede generalizar. Han dicho ese discurso de género manejado como discurso político tradicional y con una base legal o constitucional, pero sin representar a las mujeres. El término género, por ejemplo, no existe para las mujeres indígenas.

Nosotros hablamos de un triángulo - hombre, mujer y naturaleza- que tiene derechos como un conjunto, no separados. En esa medida, nuestro discurso es diferente.

Ustedes tienen otro planteamiento en cuanto a la lucha de la mujer indígena al de la lucha de la mujer occidental. ¿No les interesa la igualdad de condiciones?

El asunto es que en el campo indígena, nosotros hemos acompañado a los hombres tanto en la alegría como en la tristeza. Las reivindicaciones son las mismas: las de todo el pueblo indígena. Es decir, caminamos paralelas. Somos compañeras del yachag, del líder, del presidente del cabildo. La mujer del líder indígena se convierte en líder de la comunidad. La mujer indígena está por la relación armónica entre hombre, mujer y naturaleza y por su equilibrio. Además, por el respeto a la diversidad. No queremos competir con los hombres en los puestos de poder. Eso no nos interesa.

¿Entonces no se sienten representadas tampoco por los movi-

mientos de mujeres como la Coordinadora Política de la Mujer?

No. La lucha es diferente. De hecho nuestras propuestas a las cumbres, por ejemplo, han sido distintas. Eso no quiere decir que no respetemos sus propias luchas. Es más, hemos intercambiado experiencias.

¿Cuestiona usted a los movimientos de mujeres occidentales y a sus propuestas?

Creo que hay cosas que son de discusión más bien interna. Necesitan, como necesitan otros sectores, cambiar su estrategia de lucha. La lucha de la mujer no debe ser la lucha contra los hombres. Ni tampoco ganar cuotas de poder. Hay que pensar en país, en comunidad y no tanto en beneficio de sectores si se quiere hacer un nuevo país.

¿A las mujeres indígenas les hace falta nuevas dirigencias?

Hay líderes. Lo que pasa es que en lo formal no se ve. Pero en la Conaie, por ejemplo, siempre estamos las mujeres, o dos o tres, junto con la lucha de todo el pueblo indígena. Muchas son líderes de las comunidades y líderes en la casa también. Eso sí, creo que hay que reclamar más formación, capacitación, para compartir con los hombres esa lucha.

¿Qué espacios de participación tuvo la mujer indígena en los acontecimientos del 5 de febrero?

El movimiento indígena estuvo movilizad, presente. Vimos con pena la desventaja que el sector indígena volvió a ser marginado. Los medios nos dejan de lado. Y nosotros fuimos parte importante de lo acontecido el 5 de febrero. Y vimos con pena los vacíos que, pese a que

se escuchó la voz del pueblo, quedaron después, sobre todo en el marco legal. Eso nos empuja hacia una nueva lucha. A estar siempre movilizados, presentes. Si no estamos bloqueando carreteras estamos en asamblea permanente. En nuestro caso, no siempre hay que hablar para actuar. Y estamos actuando.

Los movimientos sociales hablan de que se debe respetar el mandato del 5. ¿Cómo conciben ese mandato?

Nosotros estamos por el mandato por la vida. Estaremos vigilantes frente a los actos de corrupción y frente a las decisiones del actual Gobierno. Y actuaremos de ser necesario actuar.

¿Hacia dónde irá la lucha indígena? ¿Qué puntos van a exigir al Gobierno Interino de Fabián Alarcón?

Nosotros hemos sido claros: que se suscriba el convenio 169 de la OIT en el que se reconoce a los pueblos indígenas y su derecho a la educación. Además, vamos a formar el Consejo de Desarrollo de los Pueblos Indígenas y Negros. Ese es el compromiso.

¿Cuáles serán las acciones del pueblo indígena en el caso de comprobarse actos de corrupción en sus representantes?

La participación política de los pueblos indígenas es, y lo sabemos, como un juego de la ruleta rusa. Un reto y un riesgo. Pero confiamos en la integridad de nuestros representantes. Posiblemente les pongan trampas, pero no están solos... están vigilados por sus pueblos. Y los dirigentes lo saben. Si se encuentra algo, serán castigados con las normas

de los pueblos indígenas que son duras: desde un baño de ortiga hasta el cese inmediato a sus funciones o la expulsión de la comunidad.

Varias veces se ha hecho notar que grupos indígenas de la Amazonía manejan estrategias de negociación y que pueden ser 'corruptibles'

En todo campo hay ovejas negras. Respetamos la pluralidad y las estrategias, pero quien apuntó hacia allá no le funcionó esa estrategia. Tampoco se puede generalizar. Puede ser tentador, pero quien cae, se va en contra de su pueblo. Eso sucedió en el caso de dos diputados amazónicos.

¿Qué va a hacer el pueblo indígena para que no se vuelva a caer en dar votos a cambio de demagogias, de sueños baratos?

Mientras haya pueblos que sufran, que no tengan sustento, ni trabajo, ni oportunidades, es difícil pensar -u ordenar- que no crean en las ofertas tipo Abdalá Bucaram. Y si él vuelve, y no hay castigo, ni se demuestre que es culpable, no hay garantía de que el pueblo no vuelva a caer. *

(9 de marzo de 1997)

**Los indígenas tuvieron un papel protagónico el 5 de febrero. Rosalía Arteaga fue vicepresidenta de Bucaram y Presidenta por un día.*

El artista no tiene fórmulas mágicas para transformar la sociedad, como se pensaba en los 60. La izquierda tradicional se volvió reaccionaria.

El prototipo del intelectual está muerto...



Peko Andino Moscoso es escritor, dramaturgo, guionista de televisión y músico. Un joven militante de lo "underground".

En el Encuentro de Literatura de Ambato usted dijo que no se podía hablar de 'parricidas', porque 'somos huérfanos'. ¿Eso es negar una generación en la narrativa ecuatoriana? ¿Cómo define a su generación?

Como generación de huérfanos. Sí. Porque fuimos una generación híbrida, que nació de la nada. Llegamos tarde a todas las fiestas a recoger las botellas que sobraban. Todo se había acabado: la nota de los hippies, de mayo del 68, de los Tzánzicos o de las primeras insurgencias organizadas. De pronto, sea por represión o por intrascendencia o por la mentira cultural, no identificamos a nuestros padres. Más bien identificamos a nuestros abuelos o bisabuelos.

¿A quiénes? ¿Los poetas malditos?, ¿Los decapitados?

Sí. Puede ser. De pronto uno de ellos fue Pablo Palacio, que nos sacaba de las aburridas cosas que nos hacían leer y analizar en las clases de literatura de los setentas, que era, además, la literatura del realismo social. Generalmente nuestros profesores eran socialistas y a Pablo Palacio se lo leía de contrabando.

¿Comparte la definición de Douglas Coupland de 'Generación X', para aquella generación de los noventas?

Cuando se acabaron los hippies se jugó con el tema del no futuro, se destruyó la cuestión pacifista y se acogió a la violencia incluso como una posibilidad estética. La Generación X es una manera muy fácil para describir a la generación que nació con la televisión, que vio Plaza Sésamo, que leyó los cómics latinos como Condorito y El Santo, que es-

tá atrapada con la cantidad de información, que le tocó luego el Sida o Internet y que, para colmo chupó todas las broncas del fascismo y del bolcheviquismo de finales de los setentas. Fue la generación mía la que desapareció, la que fue torturada, la que fundó el primer movimiento subversivo en este país.

Es recurrente en su obra -en la literatura, en el teatro- hablar de una generación que fue torturada, desaparecida. Suena exagerado a la hora de pensar en lo que pasaron países como Chile, Argentina, Colombia. Lo que pasó con los AVC fue duro, pero no fue tampoco un exterminio...

La tortura no solamente se da por una institución represiva oficial, como la policial. Creo que fuimos los últimos herederos de la tortura educacional. Cuando digo de una generación desaparecida, torturada, no hablo solamente de lo que pasó durante la época de la Reconstrucción Nacional, sino mucho antes. La represión escolar es aceptada por la sociedad y, en ese esquema, nosotros caímos en manos de torturadores. Lo que pasó después, la tortura oficial, abierta, institucionalizada se mantiene todavía. Tuvimos nuestra propia y perfeccionada represión, nuestros propios torturadores. No sé si fue peor que lo que pasó en otras partes, pero vivir ese proceso fue tenaz. Y no solo para quienes fueron en algún momento agarrados por la Policía, sino para quienes estábamos inéditos, en nuestras casas, mordiéndonos la lengua para no hablar, para no escribir.

¿Una autocensura? ¿Por qué?

Porque no había posibilidades para la creación.

Al hablar de una generación perdida, muerta, se está negando la posibilidad de futuro.

¿Una generación ganada por la apatía, por la desidia?

Sí. Nosotros, individualmente, negamos la existencia del futuro. Había que vivir al margen de la realidad para sobrevivir. Muy tarde, tal vez demasiado tarde, nos dimos cuenta de que habían papeles históricos que no nos interesó o no nos dio la gana de asumir. Ahora no sé en qué medida esta generación tiene una responsabilidad histórica para cambiar las cosas.

¿Por qué no?

Porque el referente no es halagador. La generación del 60 fue contestataria, alternativa, pero la realidad es tan descarada que aquellos revolucionarios de ayer son los burócratas de ahora. Aquellos que exigían que la imaginación llegue al poder, cuándo llegaron a él, lo menos que aplicaron fue la imaginación. Si uno ve que el último Gobierno estuvo asesorado por revolucionarios del 68, por militantes de izquierda, da asco. Sus cuestionamientos se quedaron en las sábanas. Para ejemplo está toda la gama de colaboradores de los gobiernos de la última década.

Hay una especie de resentimiento, por qué no, de parricidio intelectual, en su discurso.

No, pero justo cuando nosotros empezábamos a escribir, ellos ya estaban en las editoriales, en las casas de las culturas, en los ministerios, en los asesoramientos, en las ONGs en todas esas ca-

retas que tiene esa izquierda exquisita. Ellos fueron también prohibicionistas y se convirtieron en asesores de imagen de la derecha.

La realidad ha cambiado. Ya no se puede pensar en blanco y negro. No hay verdades absolutas. Todo se volvió complejo. ¿Cuál es el compromiso del artista, del intelectual ahora?

De hecho hay una preocupación de tomar posiciones. Pero posiciones globales, no partidistas, ni burocráticas frente a la devastación política, frente a la devastación ecológica, frente a la devastación intelectual.

Esta generación quiere trascender lo telúrico. Y eso es lo válido, es estéticamente posible y humanamente necesario.

Nuestro papel es solamente el de reinterpretar la realidad y de legitimar o no ciertos procesos. No se puede creer, como los dinosaurios, que el creativo, que el artista, es el que tiene que dar las fórmulas mágicas para la transformación de la sociedad. Esa es una tarea política a la cual le preceden ideas políticas y militancias políticas. Además, a todos los creadores que han tomado el poder les ha ido pésimo. Los versos no se compran en Taiwan.

¿La muerte del prototipo de intelectual de la que habló Alain Finkelkraut?

Exacto. Lo intelectual ahora suena a momia, a verdad absoluta, a lugar común, a hipocresía. El ser intelectual es una negación de lo que pasa con una realidad globalizada. Lo máximo que podemos hacer, como decía Andy War-

hol, es ser famosos por 15 minutos. La única posición intelectual que se puede tener es la de rechazo a lo que está pasando con los 'intelectuales' en los salones de poder. Sí. El prototipo del intelectual, de hecho, murió hace mucho tiempo sino que acá, que todo nos llega con retraso, no se habían dado cuenta todavía.

El quemeimportismo, la intrascendencia, la marginalidad, lo underground... ¿No es ese otro tipo de militancia al mejor estilo de los sesentas?

No creo. No tenemos religión ni partido político ni institución a la que hay que serle fiel. La militancia ahora es decir no. Y posiblemente eso es de vanguardia. Hay vanguardistas de fines de semana y las hay a tiempo completo. Y los de tiempo completo también tienen fugas de statu quo. Pero eso siempre ha sido así. Los Beatles fueron vanguardia hasta que les condecoró Queen Elizabeth II. Los deathmetaleros se dedican una vez a la semana a regalarle flores a la mamá. El punk, que nació como lo peor, de pronto y gracias a un idiota llamado Malcom McLaren y remató un arsenal de insignias alemanas y creó el lo-
ok punk. Todo es ahora, tan loco, que la vanguardia es MTV, una transnacional en la que están los más alternativos. Antes, a ellos se los veía en los vídeos de los cristianos que los mostraban como ejemplo de lo que no se debe hacer. Vivimos el caos. Y ese puede ser el principio del cambio. *

La sociedad puede ser mirada desde el diván del psicoanálisis. Las sociedades postcoloniales enfrentan traumas. Ecuador no está de lado.

La queja no es remedio contra la mediocridad



Iris Sánchez es psicoanalista. Miembro de la Asociación Freudiana Internacional. Dirige la revista La Letra.

¿Cómo es que el psicoanálisis viene a interesarse en fenómenos de América Latina?

Ese interés parte de la práctica clínica en el Psicoanálisis, fundamentalmente de Charles Melmon y Marcel Czermak -ellos dos, entre otros- en la Asociación Freudiana Internacional. En su práctica clínica ellos han enfrentado ciertas particularidades de sus pacientes latinoamericanos que los hizo interrogarse sobre el tema. Otro punto de partida es el contacto, desde hace muchos años, que ellos han mantenido con psicoanalistas latinoamericanos, en Brasil, en Chile, Argentina y también en el Ecuador y también con psicoanalistas en Martinica. En una conferencia en el coloquio Franco-Brasileño, en el 89, en París, Melmon empieza a dar elementos teóricos de reflexión que vendrían a explicar esas particularidades. Lo fundamental del traba-

jo de Melmon es que la violencia de la colonización, el enfrentamiento entre los conquistadores y los pueblos indígenas que habitaban en América Latina provocó un fenómeno que pudiera ser considerado un traumatismo.

**¿Cómo se explica ese trauma de las sociedades poscoloniales?
¿Cuáles son sus efectos?**

El conquistador llega a nuestros territorios con la idea de implantar la cultura española. Ya habiendo acá culturas que vivían bajo sus propias reglas, regidos por su propia visión del mundo, de la vida, de las cosas. El conquistador no tuvo en cuenta que esa visión podría ser tan válida como la que ellos traían. Esa imposición no venía animada solamente en la idea de transplantar una cultura sino de apoderarse de territorios y de riquezas. Había también un objetivo de dominación. Ahí se provoca la ruptura.

Una ruptura en donde para imponer esa visión tenían que arrasar, acabar con lo que existía acá como visión. El mundo simbólico que sustentaba la visión de nuestros pobladores indígenas se derrumba. Pudiéramos marcar históricamente el momento de ese derrumbe con el asesinato de Atahualpa.

¿Cómo se refleja ese trauma de las sociedades poscoloniales en la contemporaneidad?

De manera general se refleja, por ejemplo, en el poco valor que tiene la palabra en un compromiso; en la relación al otro en la que el otro no es considerado como un semejante; en el rechazo a nuestro mestizaje y a cualquier manifestación que nos recuerde ese mestizaje en donde fundamentalmente se rechaza los orígenes indígenas.

También se refleja en las enormes diferencias que hay en las distintas clases sociales y económicas.

Si hay rechazo a los orígenes, ¿cómo es que en la vida cotidiana hay expresiones que dicen de esos orígenes -quichuismos, por ejemplo?

Eso podemos explicarlo como el retorno de lo reprimido. Es decir, el hecho de que se rechace no quiere decir que desaparezca totalmente de nosotros. Es decir, pasa a nivel inconsciente. Los vocablos quichuas en nuestro hablar vienen a dar cuenta del retorno de eso que se reprime y no solamente en los vocablos sino en ciertas frases en castellano construidas con una estructura del quichua como el 'dame pasando' o dame trayendo en nuestro hablar.

Usted habla del poco valor que

tiene la palabra como uno de los síntomas de esta sociedad. ¿Eso tiene que ver con la confianza y la credibilidad?

Sí, sobre todo a la palabra hablada. Es muy común darnos citas a una hora y no llegar, no llegar nunca, no dar explicaciones de por qué no llegamos o llegar con una hora de atraso. Ahí entra toda la cuestión de la concepción del tiempo que es algo muy complicado, pero, a nivel de un compromiso, es algo que conocemos. Somos muy susceptibles a faltar a esa palabra incluso tratándose de un compromiso de trabajo. Decir algo y después negar que se dijo. Generalmente no recurrimos a la explicación o a la disculpa sino que de entrada se dice 'yo no dije eso'.

¿Ese poco valor de la palabra es el reflejo también de lo que pasa entre quienes tienen poder y quienes no tienen poder?

Indudablemente. Se refleja de dos maneras, entre otras. Una sería en que aquellos que no tienen poder pueden confiar en ese otro, que tiene poder, como alguien que sí pudiera cumplir con sus expectativas. Pero aquel que tiene el poder hace uso de esa confianza de manera tal en que su palabra sirva únicamente para mantener ese poder. Ahí viene la decepción.

¿Es la relación amo-esclavo de la que habla Melmon?

Sí. Es en ese principio en el que se sustentan las relaciones en todas partes del mundo. Siempre están aquellos que están en lugar de los amos y aquellos que trabajan para los amos. Lo que pasa es que en ciertas sociedades lo que da

funcionalidad a este esquema es el valor que se le da al trabajo. En nuestras sociedades ese valor al trabajo está muy disminuido. Es decir, el trabajo no solo que no es bien remunerado, pero además está considerado como simple medio de subsistencia. El ser humano no solo quiere eso sino realizar otros deseos. Al no poderlos realizar uno se siente en una situación de insatisfacción que se contrapone con la satisfacción supone a aquellos que ocupan el poder. Uno de los efectos es la mediocridad de la que nos quejamos tanto.

¿Esa poca valoración hace que la mediocridad se convierta en un sello de identidad?

Yo no estoy de acuerdo. Hay valores extraordinarios en el pueblo ecuatoriano y en diferentes ámbitos de desenvolvimiento de los individuos de esta sociedad. Creo que esa mediocridad a la cual hacemos tanta referencia no quiere decir que el ecuatoriano sea mediocre sino que hay una cuestión muy particular que ocasiona que el producto del trabajo caiga en la mediocridad justamente por esa desvalorización.

¿La mediocridad, la queja, tendría que ver con el mito de la derrota o de la raza vencida de la que han hablado algunos?

Hay que tener en cuenta varias cosas, primero, el retorno de los efectos de ese traumatismo del que hablamos al principio, de la ruptura del mundo simbólico si retorna imaginariamente en ese sentimiento de derrota, de impotencia muchas veces. Pero también tendría que ver con esa gran dificultad que tenemos en integrar nuestro mestizaje co-

mo algo válido, como algo valioso.

¿El otro como deshecho?

Sí. Los ejemplos son a muchos niveles. Generalmente en nuestra sociedad el valor de una persona no está tan ligado a los méritos que hace en su trabajo, en su familia, sino que vienen a ser sus apellidos el elemento a través del cual esa persona sería susceptible de ser valorada. Otro ejemplo es, en el lenguaje común, que las palabras que vienen a designar las diferencias étnicas, raciales, son utilizadas como insulto.

Si se puede establecer un diagnóstico -el país como paciente- ¿qué cosas habría que trabajar para superar esos traumas?

Como psicoanalistas no nos planteamos hacer un diagnóstico de la sociedad. Sí nos planteamos descubrir cuál es la estructura que subyace en los fenómenos que nos preocupan. En cuanto a los puntos a trabajar en todos esos problemas creo que lo que podemos hacer es intentar conocer mejor que es lo que pasa, analizar todos estos fenómenos más allá de la tendencia a reconocer las fallas, darnos cualidades o defectos o a quejarnos de ellos. Porque de lo contrario continuaríamos en ese círculo vicioso de la desvalorización del que hablamos anteriormente. Sería importante plantearse la posibilidad de trabajar todos esos problemas en la profunda reflexión a través de la historia, la antropología, la lingüística y descubrir ahí maneras o elementos que nos lleven a comprender mejor qué es lo que sucede. Probablemente a partir de ahí, surja, por añadidura, la solución. *

(27 de julio de 1997)

Se teme lo que no se conoce, por eso el término posmodernidad todavía incomoda. Informática, globalización, velocidad, incertidumbre...

Hay que ver sin prejuicios a lo posmoderno



Alexis Moreano es un artista conceptual. Estudió en París y en Florencia pintura y grabado. Lo suyo es la teoría del arte.

Usted afirmaba que el término posmodernidad es un término que todavía estorba, que incomoda, que es 'como un grillo en la boca'. ¿Por qué?

Me fui a estudiar Teoría de la Cultura en La Habana y recién ahí me encontré con un discurso distinto de la posmodernidad. Me di cuenta de que yo también tenía el grillo en la boca porque no conocía a profundidad el tema. El término molesta, por lo que se ve acá en los foros, conferencias o el círculo académico. Cuando se menciona posmodernidad se lo hace entre comillas. Se hacen muecas. Es decir, se topa el tema con cierto prejuicio. Creo que en esta época es bastante inhábil tomar distancia de lo que se maneja a nivel de teoría crítica. Hay siempre la posibilidad de enfrentar la crítica con crítica. Y es lo que ha sucedido desde la posmoderni-

dad misma: ella se ha reinventado muchas veces. Hay múltiples posibilidades de entender el fenómeno y, entre tantas opciones, uno puede encontrar la que más le sirve, la que más lo explica. Hay que apuntar a mirarlo sin prejuicios.

¿Un prejuicio entonces de parte de los académicos?

Creo que sí. Estamos en una condición de cultura diferente y la metáfora de 'grillo en la boca', como dije, debe ser superada. Tal vez sea solo cuestión de atreverse a masticarlo -los mexicanos dicen que no sabe mal...- creo que hay bastante jugo que sacarle al tiempo que nos tocó vivir.

Frente al discurso de la posmodernidad está el discurso de una nostalgia que, en ciertos momentos, se vuelve totalitario. ¿No se ha entendido la posmodernidad?

En el debate hay todavía algunas posturas reaccionarias, a mi juicio, que empatan lo moderno con el compromiso, con la lucha por ideales, mientras que la posmodernidad resulta ser sinónimo de indiferencia e irresponsabilidad, de un individualismo desligado de lo social. Y eso no es así. Pero ese discurso de la nostalgia también es una de las partes de la posmodernidad y no es solo en el Ecuador donde se sucede. Creo que no hay nadie todavía, aquí, que esté enfrentando el tema con seriedad. Cuando se topa el tema se lo topa superficialmente, con juicios emitidos hace 20 años.

¿Faltan teóricos y referentes?

De hecho. Es un problema primero, de formación. Creo que urge tener teóricos acá. Yo mencionaba a García Canclini, Geeta Kapur, Bernardo Subercaseaux, Hommi Bhabba, Nelly Richard, Martín Barbero, Gerardo Mosquera, un montón de gente que ve la posmodernidad desde una óptica latinoamericana y con gran eficiencia para explicarla. El discurso de la posmodernidad en América Latina ha sido de gran utilidad. ¿Falta de referentes? Por supuesto, pero creo que cada vez estamos más informados. El problema es que en el país hay ciertas personas que son quienes legitiman el discurso cultural y al parecer, de un modo un poco ingenuo, se quedaron con aquellas primeras nociones de posmodernidad y no le siguieron la pista.

Cuando se habla de globalización pasa lo mismo. Se piensa en ella como una situación de homogeneización de las sociedades.

¿Otro prejuicio?

Hay un particular miedo a las palabras, a los términos. A la época nuestra se le puede llamar de mil modos: neobarroca, posindustrial, posmoderna, neomodernidad... no importa cuál término se aplique, siempre causa cierta repulsa. La globalización también es una de las palabras predilectas en esto de tomar distancia porque está muy asociada al fenómeno contemporáneo. La modernidad daba piso cuando se participaba de una condición de cultura en la que todo estaba resuelto porque había una teoría, una ideología suficientemente hábil para explicar las cosas. Había un Estado en el que se podía confiar, había muchas cosas a las que podías regresar a ver. Ahora ya no.

No hay certezas. Y eso confunde, inclusive da temor. De allí la distancia con los términos.

La visión del arte cambió a la luz de la posmodernidad. Pocos artistas están conscientes de ello. ¿También hay miedos, a pesar de que la posmodernidad es más entendida en el quehacer artístico?

Al arte se le encasilló, lo estudiamos como si fuera un tubo hermético en el que se suceden movimientos, artistas, tendencias, escuelas, sin ningún nexo con lo real. Sí se ve el arte como la óptica posmoderna propone, es decir, como un dato cultural más, uno se da cuenta de todas las implicaciones que tiene a nivel social.

Cuando Hegel proponía la muerte del arte hablaba del arte de su momento. Luego había que reinventar otro. Eso es lo que pasa ahora. La posmodernidad

nos permite una nueva lectura.

Acá todavía se habla del arte como incontaminado, espiritual, que sale de las tripas. Hay toda una teoría institucional que se encargó de legitimar eso. Y hoy ya no es así, a pesar de que la producción artística ha sido todavía más amplia. La historia del arte, la crítica y los artistas tienen que repensarse y ver, repito, al arte como un dato cultural.

¿Por qué los artistas tienen ese pavor a decirse conceptuales, a teorizar sobre su propia obra?

Por mantenerse en la teoría institucional que existe sobre el arte. Hay que romper esa idea aurática que existe de la producción artística y olvidarnos de que los artistas vivimos en una nube rosada y que no tenemos contacto con el piso. En el arte todavía nos lavamos la conciencia porque es nuestro contacto con ese mundo espiritual que existe elaborado por la teoría institucional.

La producción artística se torna ya posmoderna aunque no haya la conciencia de ello. Es decir, múltiples manifestaciones hablan de fragmentación, de apropiación de ideas, de recuperación de elementos pasados, de movilidad, el arte como texto... ¿La posmodernidad entonces la vivimos en la inconciencia?

En cierto modo sí. Yo veo obras en fotografía, por ejemplo, en las que María Teresa García, Lucía Chiriboga, José Avilés, están trabajando con lenguajes posmodernos. Es que la posmodernidad es el tiempo en que vivimos más allá del término. Yo mismo estaba trabajando en apropiaciones sin saber lo que esta-

ba haciendo. Vivimos esta cultura híbrida todos los días, participamos de la diversidad, de la incertidumbre, aceptamos lo que nos sirve y descartamos lo que no. Eso es vivir la posmodernidad.

A pesar de vivirla, y usted lo menciona en la ponencia, se mantiene el discurso totalizante, unitario, sobre todo a nivel político. ¿Por qué?

Creo que sigue siendo un problema de formación. Pero no me preocupa tanto. Ya nos llegará. Yo creo que no podemos desligarnos del mundo real y la clase política ha estado lejos del mundo real con un discurso que ya no cala. No podemos ignorar a las tecnologías, ni podemos seguir negando la existencia de minorías, de diferencias, de sociedades ricas en su diversidad.

Ya nos llegará... suena optimista... ¿Cuándo?

Yo creo que estamos viviendo otros códigos y que, entendámoslos o no, vivimos la incertidumbre, pero también la ansiedad de cambios. No creo que seamos tan reacios al cambio como para no incorporar estos nuevos elementos. De hecho, y también sin darnos cuenta, hay discursos fragmentarios y una urgencia de renovación. *

Ante el peligro de desaparición de minorías étnicas, las misiones religiosas cambiaron la evangelización por defender la cosmovisión amazónica.

El concepto de evangelización ya cambió



Miguel Ángel Cabodevilla es misionero capuchino. Trabajó casi 20 años en la Amazonia y dejó muchos libros sobre el tema.

¿Se puede hablar de pueblos totalmente primigenios en la Amazonia ecuatoriana?

Cuando en el año 84 llegué a la Amazonia acompañando a monseñor Alejandro Labaca, lo primero que evidencié es que allí están los pueblos más antiguos del Ecuador y que todavía están vivos. Eso me parece un valor muy importante para la Nación. Es decir que el Ecuador tiene raíces que, aunque sean muy pequeñas en número, son las raíces auténticas. En esos pueblos sí hay gente que, por circunstancias históricas, no tuvo mezcla con los conquistadores o esta se dio de una forma muy débil. Esos pueblos aportan -y no de una forma romántica sino realista- con valores indispensables para la cultura ecuatoriana y occidental.

Son pueblos que están en una situación límite -los sionas, los Secoyas, los

huaoranis- por circunstancias históricas actuales.

¿Hay conciencia de ello?

Nosotros hablamos muchas veces de recuperar un poquito la identidad, pero cuando se habla de ello no se habla de esos pueblos minoritarios. Creo que es bueno que una región respete a sus antepasados todavía vivos. Tenemos una historia viva y todavía capaz de seguir viviendo. Y no hay conciencia de ello, ni en el Estado ni en los organismos no gubernamentales.

¿Las misiones, al emprender procesos de evangelización, no contribuyen a la extinción de esos pueblos minoritarios?

El concepto de evangelización cambió. Con estos pueblos nosotros los católicos estamos utilizando una forma de accionar nueva y creo que más auténtica. No hay ningún secoya católico, no

hay ningún huaorani católico, no hemos hecho trabajo de proselitismo y hemos entendido que la misión es, ante todo, como dice el Evangelio, conservar la vida.

El tema del proselitismo no es el prioritario. Una buena parte de los huaoranis, por ejemplo, ha sido evangelizada. Los secoyas también, por misioneros evangélicos. Nosotros hemos mantenido con ellos (los evangélicos) una buena relación. Nuestra misión, en cambio, está centrada en tres cosas fundamentales: la defensa del territorio, la defensa de su propia organización y cultura y defensa de la lengua. Estos tres elementos son fundamentales para su supervivencia. Yo no he bautizado a nadie ni he oficiado ritos católicos.

¿Y ha participado en ritos propios de las culturas minoritarias?

He participado y conozco algo de esos rituales. Partiendo de esa experiencia hice un trabajo titulado 'El bebedor de yagé', con el último gran curandero o brujo, Fernando Payaguaje. Una parte fundamental de la misión, creo, es recoger la parte ideológica o religiosa más propia de los pueblos minoritarios. También he participado en los cultos evangélicos porque muchos de los secoyas son evangélicos.

¿Después de la muerte de monseñor Labaca, los misioneros cambiaron el modo de ver a las comunidades indígenas?

La muerte de Alejandro nos hizo pensar muchas cosas. Mi relación con los secoyas fue igual y con los huaoranis tal vez hubo tensión. Siempre he creído que Alejandro era una persona un po-

quito romántica y creía absolutamente en esos pueblos. Yo mantengo sobre ellos una distancia un poco mayor que la que tenía él.

¿Monseñor Alejandro Labaca se equivocó?

De alguna manera, sí, se equivocó. Desde el punto de vista indígena su muerte fue lógica porque él invadió un terreno. El problema de él, como de muchos misioneros, fue que la situación le coloca a uno entre dos mundos: entre defender los intereses de los trabajadores petroleros o defender a las comunidades del turismo, del desarrollo entre comillas. Alejandro Labaca corrió muchos riesgos. Él tuvo que hacer un trabajo que sabía que era prematuro.

Nosotros nunca hemos tenido ningún recelo contra las comunidades indígenas en ese sentido. He recogido testimonios. Una niña tagaeri, cuando mi obispo estaba lanzado, cuenta, por ejemplo, que el grupo entonaba un canto que decía de la supervivencia de su pueblo.

¿En ese sentido hay una versión, o una visión indígena que no ha sido comprendida por el mundo occidental?

Por supuesto. Fernando, el bebedor de yagé, por ejemplo, para el mundo occidental es un analfabeto... dentro de su mundo es un sabio que conoce a la perfección tres lenguas y piensa en esas tres lenguas. Hay concepciones míticas, religiosas, que se entienden diferente: la muerte, por ejemplo, para unos es considerada actos de salvajismo, para otros, sacrificios necesarios.

¿La historia que habla de esos pueblos indígenas entonces, está

contada de otra manera por cronistas y misioneros, muy distinta a la historia propia de los pueblos indígenas?

Claro. Hay visiones totalmente opuestas de unos y de otros. Por eso, en el Cícame hemos trabajado con testimonios de los habitantes de la zona en la reconstrucción de su propia historia en varios de los libros que se han publicado. Hay valores, éticos, estéticos y morales que, evidentemente son distintos pero que llegan a ser parte del equilibrio. Por otro lado hay experiencias religiosas que son universales. Fernando, por ejemplo, tenía cosas muy cercanas a aquellas de San Juan de la Cruz.

¿Qué es lo que más daño les hace a estas minorías en su afán de supervivencia?

Muchas cosas: los petroleros, los colonos, los turistas que están haciendo unas rutas que son peligrosas y que les está exponiendo la vida. Nosotros a veces nos cansamos de advertir a las autoridades que hay cosas que no se deben hacer porque estamos poniendo en peligro a la gente. La relación de los colonos con los indígenas ha sido muy tirante. La máxima tensión se dio en el gobierno de León Febres Cordero con muertos en la zona. La situación actual es mucho más apaciguada pero de todas formas la violencia es tremenda. Los pueblos minoritarios pierden poco a poco su capacidad de respuesta y se entregan. Tenemos unos pueblos muy pequeños cuya capacidad de resistencia mínima, tienen menos capacidad de vivir sus costumbres e incluso de insertarse, eso lleva mucho tiempo.

Usted es crítico frente a los organismos no gubernamentales. ¿Por qué?

Porque no hay conciencia de que estos pueblos minoritarios se están extinguiendo. Hay organismos de medio ambiente que algo han dicho, pero, en general, se destinan grandes recursos para salvar, por ejemplo, a las tortugas de las islas Galápagos, mientras tanto, hay grupos indígenas minoritarios que también están desapareciendo y es como que a nadie le importa.

¿Ni a las propias organizaciones indígenas?

El discurso que ellas manejan, de la plurinacionalidad, muchas veces es demagógico. Las organizaciones indígenas grandes más es lo que han aprovechado de estos grupos que lo que les han ayudado. Y es que todo recae sobre el asunto político: las minorías no dan votos. Por eso les han tratado de integrar, de sumar, a sus propias mayorías. En la Amazonia, yo creo, no ha llegado la democracia. *

Después de la crisis del socialismo real derecha e izquierda se redefinen. El discurso de la izquierda de los sesentas es, a fin de siglo, reaccionario.

La nueva izquierda es un fantasma



Bolívar Echeverría es filósofo. Entre sus textos más importantes está 'Las ilusiones de la modernidad'. Reside en México.

La izquierda y la derecha tienen que ser replanteadas. Sin embargo, ha pasado ya algún tiempo y se mantienen sus viejos conceptos. ¿Por qué?

Esa invención de la Revolución Francesa de que la sociedad tiene dos tendencias -la izquierda y la derecha- está siendo replanteadada. La izquierda, se supone que es la línea progresista, humanista, que se preocupa por los asuntos sociales, por la justicia; mientras que la derecha está más bien encauzada hacia la defensa de lo establecido. Es difícil deshacerse de ese esquema. Revolucionario y reaccionario se definían respecto a lo que podríamos llamar la autoafirmación de la clase proletaria o la negación de los derechos y de las pretensiones de esta clase proletaria. Ser de izquierda era compartir posiciones proletarias. Ya no es así.

La izquierda no rima con cambios y se ha anclado en lo que fueron los totalitarismos. Está negando la posibilidad de modernización. Es decir, su espíritu transformador se volvió reaccionario. ¿Cierto?

Es que una cosa es hablar de las gentes que se llamaban de izquierda y no la izquierda en sí. Hay los izquierdistas o los que definieron así en cierta época que siguen llamándose así. Son personas de izquierda que no están de acuerdo con las transformaciones de la definición de la izquierda. Creo que el concepto de izquierda se ha vuelto no menos, sino más radical.

Quienes fueron de izquierda siguen llamándose así. Ellos no han buscado redefiniciones.

Y seguirán autodenominándose así de la misma manera que a la derecha no

les gusta llamarse derecha. El término derecha siempre tuvo una cierta connotación peyorativa en el mundo político. Por eso muchos decidieron llamarse centro.

¿Cuáles serían esos principios de la nueva izquierda?

Izquierda es toda posición que afirme la necesidad de mantener un esquema civilizatorio real y que libere a este esquema civilizatorio moderno del anclaje de la hipoteca capitalista con la cual se ha desarrollado a lo largo de la historia. Ahora la izquierda ya no se define respecto de un sí o un no a las posiciones proletarias sino respecto de un sí o un no a la reorganización de la modernidad en un sentido no capitalista. Lo que está en juego no es tanto la repartición de la riqueza sino el esquema civilizatorio.

Usted dice que el concepto de izquierda se ha radicalizado. ¿Cómo?

Sí, porque ya no hace referencia solo a problemas económicos, a problemas de repartición social, de la riqueza o de justicia social sino que hace referencia a una encrucijada más profunda, más radical que es la del sí o no al esquema civilizatorio que ha venido prevaleciendo. Ser de izquierda es ser afirmativo de una modernidad.

¿Por qué afirmativo?

Porque no está de regreso a formas premodernas de la vida social o forma premodernas de la vida técnica. Afirmativo de la modernidad pero de una modernidad alternativa, capaz de cumplir una promesa que aparece en una historia humana con la revolución de

las fuerzas productivas. Es la promesa de la abundancia de bienes, por un lado, y de la emancipación, por otro.

¿Rima izquierda con modernización, con globalización?

Rima con las dos pero en un sentido no capitalista. Ser de izquierda es rescatar la promesa de la modernidad, es apostarle a la modernización y a la universalización de la vida social, económica y técnica. Es apostarle a la constitución de una sociedad universal, global, no encerrada en guetos, en comunidades arcaicas nacionales.

La derecha también tiene que redefinirse. Esta ha usado la modernización o globalización como pretextos pero tampoco ha resuelto nada.

El concepto de derecha también es un concepto que se amplía, que se alimenta de muchas posiciones que, hasta antes de la caída del muro de Berlín, se consideraron de izquierda y ahora son de derecha. Muchos de los que ahora insisten en ser de izquierda de acuerdo a la definición de antaño son en verdad posiciones de derecha.

¿Qué hace que izquierda y derecha sean reaccionarias?

El estatismo por ejemplo. Una izquierda que afirme que el único sujeto posible de la vida social debe ser el Estado paternal, es reaccionaria. Aquella que crea en un Estado capaz de velar sobre la vida de todos, es reaccionaria. Una izquierda que piense en totalitarismos, es reaccionaria.

¿Y la derecha?

Creo que hay dos versiones de la dere-

cha, una reaccionaria o retrógrada y una progresista. La una intenta salvarse de esa crisis volviendo al pasado, esa sería la derecha fundamentalista. Y la otra, poniendo como medicina aquello que es el veneno: el esquema del desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica del esquema civilizatorio, en el sueño americano.

En los últimos reacomodos políticos en el Ecuador, por ejemplo, se ve cómo el Partido Social Cristiano y la Democracia Popular, opositores de siempre, hoy están de acuerdo. ¿Ambos representan a la derecha, una más progresista que otra?

Todas las posiciones políticas quieren ubicarse del centroizquierda hacia el centro y hacia la derecha. Eso proviene del regodeo en la destrucción aparente de la izquierda. Una posición de izquierda nadie defiende porque ni siquiera sabría definir en qué consiste ese ser de izquierda.

¿Izquierdas como el MPD, por ejemplo, en qué quedan?

Son posiciones de derecha disfrazadas de izquierda que mantienen el traje folclórico que ya fue confeccionado hace 50 años y que ya no sirve para nada.

¿Entonces cuál sería la verdadera izquierda?

La izquierda está por construirse. Es un fantasma que quiere encarnar. Son muy escasas las posiciones políticas en el mundo actual que sean capaces de afirmar como programa político la construcción de una modernidad alternativa. Esa visión está poco presente en el mundo latinoamericano.

¿Por qué?

Porque la modernización en términos capitalistas parece ser una tarea todavía pendiente. Primero hay que llegar a la modernidad capitalista a la que ya accedieron los otros países del mundo para entonces planteamos una política de izquierda real.

¿Dónde ubicaría usted al discurso de los zapatistas?

En el esbozo de la nueva izquierda. Ellos están haciendo un llamado a construir una sociedad política en torno al individuo entendiéndolo como ciudadano y no como súbdito de un estado. Están hablando de diversidad.

¿Esa izquierda rima con democracia?

Es lo primero y lo fundamental. La emancipación, la libertad y la justicia implican justamente el ejercicio democrático del poder político. Creo que los movimientos sociales, aquellos que hablan de respeto, de libertad, de democracia, sumarán, tal vez sin darse cuenta, lo que es esa nueva izquierda.

Ningún político, sea cual sea su tendencia, podría hacer nada por las condiciones globales.

Cuando hablamos de una crisis de la modernidad capitalista hablamos de una crisis de los estados nacionales que se construyeron en esa modernidad. Clinton no es lo que fue Roosevelt. Clinton debe consultar y obedecer las disposiciones de entidades transnacionales. El famoso Estado imperialista ya no es tal. La capital imperialista tampoco es ubicable.*

(18 de enero de 1997)

La migración en fin de año se incrementa para pedir 'La Navidad'. Es un reflejo del paternalismo y cambiar de mentalidad es un proceso.

Cultura de la mano tendida: una desviación



Miguel Luco es miembro de la Conale y dirigente indígena del Chimborazo. Fue electo diputado por Pachakutik-Nuevo País.

En diciembre se registra una alta ola migratoria indígena a la ciudad para pedir 'La Navidad'. ¿Por qué?

Tenemos que ubicar que hay un sistema que ha venido incentivando que la Navidad no solo es el momento de la presencia de un ser supremo que es el Niño Dios, sino un sistema de consumo aberrante. Esto lleva a buscar los beneficios de ese consumo. En principio fueron los caramelos. Luego se convirtió en algo más. Esto nos muestra cómo se ha ido elevando el nivel de pobreza en el país. Hay mendicidad y eso no hay como negarlo. En diciembre podemos constatar el nivel de pobreza en el país. No podemos cerrar los ojos, hay desviaciones sobre este fenómeno.

¿El fenómeno de pedir 'la caridad' no atenta contra la dignidad de los pueblos indígenas?

Sí. Esto se ha venido deteriorando. Los

pueblos indígenas venimos tratando, como cualquier otro sector social, que el Estado nos preste la atención debida a través de sus instituciones. Cuando nosotros planteamos que queremos que el Estado nos permita realizarnos y cumplimos nuestras obligaciones, lo que queremos es que el Estado no sea excluyente. Todo eso es el resultado de una exclusión social, política y económica. No se puede mirar el fenómeno de la caridad superficialmente sino en todo su contexto.

Es un fenómeno que se hace más visible en la Sierra ecuatoriana. ¿Por qué?

Principalmente porque la Sierra es un sector más transitado, y también porque en la Sierra está el mayor número de habitantes de los pueblos indígenas. Esos habitantes no están atendidos, por eso se suelen ubicar en la Panamericana-

na. Es terrible ver a cantidad de niños que se ponen al borde de las vías. En lo que tiene que ver en la Amazonia quienes transitan son muy pocos y en lo que tiene que ver a la Costa no hay presencia significativa.

¿Cree usted que está arraigado en la cultura de algunas comunidades indígenas el pedir dinero casi como si fuera una tradición?

Hay varios aspectos. En los pueblos indígenas el asunto de la solidaridad es imperante. El pedir, en ese sentido, inconscientemente, está esa actitud solidaria. Pero creo que se nos está yendo de las manos. Este es un fenómeno que ha crecido en los últimos años, desde el 92. Pero también hay algo muy grave que se ha institucionalizado: el paternalismo. Los mismos políticos se han encargado de ofrecer a la comunidad cosas, regalos, beneficios para comprometer los votos, incluso el papel de la Iglesia ha colaborado en esa cultura del paternalismo. Son elementos estructurales que hacen pensar que los ricos tienen que regalar a los pobres. Incluso a nivel de país esperamos que los países ricos nos regalen cosas.

¿No es eso un acto denigrante para la persona humana?

Definitivamente, esto nos está haciendo mirar que hemos perdido la dignidad. El momento que uno pierde la posibilidad de tener uso de derechos, y pierde la autosuficiencia para construir sus propios beneficios y tiene que llegar a pedir caridad, está en juego la dignidad de los pueblos. Pero, como digo, es un problema de estructuras: es mucha gente pobre la que está extendiendo las

manos. Además, la situación se ahonda cuando se ve el interés de perder el trabajo y se ve como más fácil extender la mano.

¿Por qué son las mujeres y los niños quienes salen a las calles y carreteras a pedir limosna?

Porque es la imagen más sensible para quienes responden a su requerimiento. Es una mala costumbre. He visitado algunas comunidades y los justificativos son tremendos, incluso hay quienes no salen con sus propios hijos sino que piden prestado a los guaguas solo para conmovier. Hay que reconocer que hay desviaciones que convierten al problema en algo difícil de frenar. Hay que sentarnos y mirar la realidad con profundidad, tenemos que dar orientación.

¿Todo esto no se contradice con el discurso político de los pueblos indígenas que, desde el levantamiento, ha proclamado el respeto, el reconocimiento a sus derechos y la dignidad?

No se contradice. Simplemente estamos constatando una realidad de pobreza. Hemos sostenido que los pueblos indígenas han sido excluidos. Y estas son muestras de ello. Pero también hemos dicho que no debemos seguir con este comportamiento lastimero y limosnero y que es necesario un esfuerzo social general, para tratar de enfrentar esta gravísima realidad.

Desde el 86 hemos dado una voz de alerta con la Conaie y la Ecuvarunari, tenemos que hacer esfuerzo para enfrentar este gran problema.

¿Qué han hecho las organizaciones indígenas en sus bases para

cambiar esa mentalidad paternalista dominante?

El paternalismo no es un problema del Ecuador sino de los países subdesarrollados. A nivel nacional, la población indígena es una de las menos desarrolladas y de las menos atendidas. Nuestra reflexión está en ubicar el problema y sus soluciones. Hemos hablado en reiteradas ocasiones del tema, con las bases de la Conaie. Pero también hay que ver que no todo es homogéneo, que hay diversidad de criterios entre las comunidades. Hemos estado haciendo esa reflexión y de ahí el planteamiento oportuno y serio de buscar instrumentos legales para tener norte y cambiar.

¿Qué han hecho las organizaciones indígenas para detener la migración del campo a la ciudad no solo en estas fechas, sino en otros momentos?

Hemos delineado ciertas propuestas. Necesitamos urgentemente, en lo que tiene que ver con el presupuesto, incentivar cosas urgentes en el campo que además, aumenten la producción y entonces impidan que salga tanta gente a buscar suerte en la ciudad.

Hay prioridades como los sistemas de riego que son vitales. Eso paralelamente tiene que estar a la par con la reforestación. También hay que ubicar el asunto del mercado. Los agroproductores han hecho esfuerzos grandes con tecnologías de punta, pero para los pequeños productores no hay esas tecnologías. Como diputado estoy planteando la creación de la Corporación Financiera para el campo. Tiene que haber crédito oportuno, capacidad de suelo y

capacidad de pagar. Hay que crear una línea de crédito especializada para poder propugnar que el trabajo de campo le permita al campesino atender sus necesidades y no ir a denigrarse en las ciudades. Pero para esto se necesitan políticas de Estado.

¿Usted cree que hay que acabar con la cultura de las manos tendidas?

Por supuesto. Hay que dar un sacudón y tratar de buscar y exigir al Estado políticas y nosotros debemos cumplir también con nuestras obligaciones. Hay que priorizar la idea del trabajo frente a la idea de la caridad. Creo que todos los sectores sociales del país estamos tratando de encontrar las salidas a una crisis política y social.

Por eso hay que empezar a decir las cosas desde el sentimiento profundo de la gente, dar luces y cambiar de mentalidad. Creo que el Ecuador está en ese proceso de luchar contra la pobreza. Esa debe ser la meta. *

(4 de enero de 1998)

**Las propuestas de las que habla Llucó no se han tramitado hasta ahora (2000). La situación de la migración empeoró con la crisis.*

La organización indígena *privilegió el gremio por sobre las nacionalidades. Una sociedad que reconozca las diferencias será una sociedad nueva.*

La diversidad es clave en el diseño del país



Carlos Viteri Gualinga es dirigente de Pastaza. Es antropólogo y trabajó para la reforma constitucional. Es editorialista.

¿Por qué dice usted que el Ecuador un país ficticio?

La historia del Estado ecuatoriano es algo que tiene mucho en común con el resto de los estados latinoamericanos, una apropiación del modelo europeo. Siempre me pregunto cuál será el imaginario de lo que es el Ecuador para la sociedad no indígena. Y creo que es un Estado que tiene una dimensión eurocéntrica cuyos referentes son Francia, Alemania y ahora, Miami.

El Ecuador es ficticio en la medida en que se forma excluyendo todo lo relacionado con lo indígena. Este Estado resulta ficticio porque la realidad del país nunca ha sido homogénea. Un Estado nación no puede negar eso, ni puede demandar lealtad a quienes son excluidos en las decisiones políticas y de la vida nacional, pese a que las economías de estos estados colonialistas, que se basan

en la negación del otro, han estado gran parte sustentados por los pueblos indígenas y negros. Ese Ecuador de identidad única no existe. La dimensión del Ecuador ha sido y es la diversidad.

Usted habla del imaginario occidental... ¿cuál es el Ecuador del imaginario indígena?

El imaginario indígena del Ecuador está negado y excluido. Eso lo vemos en los actos cotidianos en los que la peor ofensa es decir longo, indio. El imaginario del Ecuador desde el punto de vista indígena es el de un Estado que respete la forma de ser de los pueblos indígenas, la libertad a decidir los aspectos relacionados con su vida, con su economía, con la educación de sus hijos. Un Estado que no aparezca el momento de juzgar sino que esté dialogando siempre. Resulta contradictorio, por ejemplo, cuando se trata de la explotación de re-

cursos naturales. Hay que buscar puntos de equilibrio, un Estado menos juez, menos arbitrario, un Estado en el que podamos conversar de igual a igual.

Cuando se habla de una sociedad excluyente no se refiere solamente a la exclusión de los indígenas sino a la de varios sectores. ¿Cómo superar esa estructura que no es solamente política sino que es parte de la idiosincrasia de la gente?

El sistema educativo es el llamado a cambiar. No creo que hay que pedir políticas con dedicatoria frente a tal o cual sector. El sistema educativo, entendido como intercultural, no tiene que ser dedicado a los indígenas, tiene que ser intercultural para todos. La dimensión de lo diverso debe atravesar todos los ángulos de la vida de este país. Y para eso no es necesario que se creen guetos institucionales, o ministerios y oficinas para indios, mujeres, negros. No. La educación tiene que estar atravesada por el respeto a la diferencia.

Los indígenas también son intolerantes respecto a los negros, a los homosexuales. Y también son machistas. ¿De qué diversidad es de la que se habla?

La intolerancia, el racismo, se imponen en la sociedad. Un racismo se responde con otro. Un prejuicio responde a otro. No se puede decir que en el movimiento indígena no exista intolerancia. Existe, como en toda la sociedad. Las identidades no son estáticas, van en interacción con el mundo y lo que somos es producto de esa interacción. Muchas generaciones indígenas estamos

formadas en un sistema intolerante, machista, racista. Frente a los homosexuales hay los mismos prejuicios que en las otras culturas, prejuicios que creo, los hemos adquirido con el tiempo.

¿O sea que antes los indígenas no tenían prejuicio frente a los homosexuales?

Así es porque antiguamente no había problema. Cuando vino la conquista los homosexuales fueron lanzados a los perros y asados en parrillas. Hay comunidades en las que ser homosexual no es sinónimo de ser oveja negra o extraterrestre.

Usted ha dicho sobre la plurinacionalidad que 'en casa de herrero cuchillo de palo'. El movimiento indígena ha querido homogeneizarse. ¿Por qué?

Siempre hay una tendencia a homogeneizar. Cuando yo escribo eso de 'en casa de herrero cuchillo de palo' me refiero a algunos momentos del movimiento indígena. Desde finales de los años 60 se reivindica como uno de los derechos fundamentales el derecho a la identidad cultural. En los 70 aparecen ya las organizaciones que han logrado unificarse frente al eje de la identidad. Por eso se llaman nacionalidades. Pero lastimosamente con el paso del tiempo esa diversidad interna empieza a no ser asimilada dentro de la gestión de las organizaciones. Por eso organizaciones con mayor número empiezan a mantener cierta hegemonía en la captación de puestos importantes dentro de las directivas. Cuando esto sucede se deterioran los niveles de participación y representación equitativa de las nacionalidades.

La tendencia entonces es de sobrevalorar las organizaciones antes que las nacionalidades y las propuestas asumen un rumbo gremial. Esto va de la mano de una enorme dependencia de los organismos internacionales. Eso provocó que las organizaciones se despreocupen de generar políticas que supongan solucionar problemas comunitarios cotidianos generando una crisis interna. Ahora estamos trabajando por cambiar eso y sacar las mejores experiencias de los errores.

El movimiento indígena entonces, no ha sido tan 'puro' y transparente como se creía.

El movimiento indígena tiene los mismos problemas que todo el resto de la sociedad. Nunca hemos sido puros y no hay porque exigir esa pureza. Hay las mismas ambiciones o corrupción que en toda la sociedad. Por eso los cambios tienen que ser globales, de toda la sociedad. Hay que rediseñar al país.

¿Ese rediseño está en la plurinacionalidad?

Sí. Yo creo que hay que salirse del modelo de Constitución moderna en el que todo era o blanco o negro. La plurinacionalidad no es más que el reconocimiento a lo diverso, la tolerancia. Ahora, a fin de milenio ya no se puede pensar en blanco y negro ni en absolutismos. La posmodernidad radica en el respeto a las diferencias.

Sin embargo, se entiende esa postura como divisionista...

Hay ahí un problema semántico, es cierto. Pero nosotros de lo que estamos planteando es más allá de lo declarativo. Hay una presencia indígena anterior

al Estado, con unos derechos plenos, específicos que tienen que ser reconocidos y para que haya mayor aporte al país, mayor participación, para que los gobiernos locales sean más eficientes, para que podamos utilizar con ética los recursos existentes. Esa es una tarea que nos compete a todos para ese rediseño que tanto necesita el Estado amorfo que tenemos ahora.

Para eso es necesario también cambiar aquella política de chantaje que hace que el país sea ingobernable. Los indígenas han paralizado al país muchas veces, como los sindicatos, o como los gobiernos locales. ¿Qué cambios puede haber entonces?

Estoy de acuerdo con que tiene que acabar la política del chantaje. Es cierto. Si estamos pidiendo democracia debemos ser demócratas y transparentes. Debemos ayudar a terminar con el cacicazgo. La propuesta es alcanzar una fórmula de convivencia basada en el diálogo para construir el tan cantado consenso. Hay que dejar de culpar al Estado y al gobierno de turno de todos los problemas y hacer un verdadero pacto social en el que cada uno aporte con su propia sabiduría. *

(5 de abril de 1998)

**El término plurinacionalidad fue incorporado en la última Constitución, después de amplios debates con posiciones extremas.*

Hay dos clases de ciudadanía, a pesar de que en la Constitución se proclama el igualitarismo. El problema responde al trauma poscolonial.

Ecuatorianos de segunda: la Ley no basta

Usted dice que en el Ecuador prevalece el sistema de dominación étnica. ¿Cuáles son las características de ese sistema?

La dominación étnica es un problema que no concierne solamente a los países latinoamericanos con población indígena o africana. Se puede recordar, como un antecedente, que las formas de discriminación de la población negra de los EE.UU. dentro del igualitarismo ciudadano se dan luego de la guerra de secesión, una vez eliminado el estado esclavista. En plena vigencia del igualitarismo ciudadano, paradójicamente se engendra, dentro del sistema, la discriminación. En el caso ecuatoriano la forma de dominación étnica tiene una característica particular porque no toma ninguna forma legal. Mientras que en los EE. UU. había la segregación de la



Andrés Guerrero es cientista social. Ha publicado 'Los oligarcas del cacao', 'La semántica de la dominación', entre otros textos.

población negra con leyes que los excluían, en el Ecuador la dominación étnica se da como un proceso en el cual, en 1857, cuando se elimina el tributo de indios, se eliminan todas las leyes que significan una forma jurídico política legalmente establecida de dominación. Sin embargo, la segregación existe.

La dominación étnica existe entonces fuera del sistema jurídico legal. ¿Por qué?

Es una situación paradójica en el sentido de que, por un lado, desaparece la noción misma de población indígena o india de los ciudadanos, pero, por otro, sigue existiendo la dominación étnica en el ámbito social.

El igualitarismo ciudadano creado a nivel de lo jurídico y político va a funcionar, en lo cotidiano, como un sistema de dominación étnica

¿Cómo se entiende ese doble discurso del Estado?

Por un lado hay un conjunto de subterfugios, de astucias legales por las cuales se discrimina a la población indígena o afroecuatoriana del acceso a los derechos ciudadanos plenos. Las grandes leyes no pueden de ninguna manera ir contra el principio de igualdad y peor establecer una discriminación hacia la población indígena. Pero, en el momento de la reglamentación y de la aplicación de las leyes, aparece un segundo discurso que es el de la dominación étnica. En las informaciones, comunicaciones, solicitudes y en la escala de administración hasta los tenientes políticos, ellos sí hablan de indios. El problema es que el Estado no sabe cómo administrar una población de sujetos diferentes dentro del sistema ciudadano, conservando la coherencia del igualitarismo.

El problema estaría resuelto en la aplicación de las leyes. Pero es también un problema de mentalidades ¿o no?

Hemos tenido un conjunto de leyes que no se aplican. Por ejemplo, este es el país en que más pronto da el derecho al sufragio de las mujeres y no se puede decir por ello que sea uno de los países más avanzados en la participación de las mujeres en el sistema político. En 1930 se estableció uno de los códigos de trabajo más avanzados que se aplicó después de cuarenta años. Tenemos una tendencia histórica en la cultura política en la cual centramos la resolución de los problemas en el sistema político y no en la sociedad civil. El sistema ciu-

dadano se crea como un sistema de correlación de fuerzas, de dominación étnica en lo cotidiano. Al discutir el problema de las repetidas constituciones de la República seguimos reproduciendo el que 'es la Constitución el ideal que va a conformar a la sociedad' y no lo contrario, partir de la sociedad para conformar las leyes.

¿El racismo, la discriminación, la exclusión a los diferentes, tiene que ver con el trauma poscolonial?

Desde que se eliminó el sistema de discriminación del Estado en cuanto a la discriminación étnica no se quiso nunca más ver que ese sistema de dominación se reproducía en la sociedad en lo más cotidiano y que eso se realizaba porque la ciudadanía se había constituido en un elemento de jerarquización y prestigio poscolonial.

El concepto del mestizo está basado en la negación del otro, en lo que no es indio. ¿Eso hace que, en sentido práctico como usted dice, haya dos conceptos de ciudadanía?

Hay un sistema de identificaciones por el cual siempre se rendía a los otros como los que no son indios. El sistema ciudadano esencializado con estas normativas de tipo universal hace que las poblaciones que no calzan dentro de esta noción de igualdad de sentido práctico sean relegadas como poblaciones no civilizadas que, hasta que no se transformen, no pueden acceder a la ciudadanía. El conjunto de ciudadanos legítimos es el que va a establecer quiénes son o no ciudadanos.

¿Cómo cambiar las reglas para que los derechos de ciudadanía sean los mismos?

Creando espacios de confrontación entre las diversas fuerzas, en un espacio público.

Eso significaría la creación de nuevos espacios de participación y de replantearse el sistema democrático.

Claro, significa descentrar de lo estatal la noción de la ciudadanía hacia la sociedad civil. El espacio público, en principio, debe aceptar todo principio de opinión y eso es una verdadera democracia. Actualmente hay los más ciudadanos y los menos ciudadanos. Eso no se resuelve con cambios de la Constitución.

La sociedad civil, representada por los movimientos sociales, tampoco ha buscado otros medios de cambiar las cosas. Es decir, los indígenas o las mujeres, han buscado cambios constitucionales o legales, mas no han luchado contra el racismo o el machismo. ¿Por qué?

Por ese sistema esencialista del que hablé antes. Los indígenas, por ejemplo, han planteado la plurinacionalidad pero, si bien puede ser importante, las nociones de ciudadanía práctica no van a cambiar sus derechos. El sistema ciudadano reivindica el igualitarismo ciudadano desde el siglo XIX y somos pioneros en eso. Pero la sociedad está marcada por la colonización y va a engendrar sistemas de dominación de poblaciones. Hay toda una geografía de la dominación étnica. Hay servicios básicos para

unos y no para otros. Hay los más y los menos en crisis.

En una sociedad marcada por la dominación, como usted dice, ¿cómo se puede cambiar el concepto de ciudadanía?

El problema es cómo transformar la percepción y las disposiciones de comportamiento cotidianos. Eso se ha ido dando en el Ecuador, pero el proceso es muy lento. Es claro que con la reforma agraria se da una transformación muy radical como por ejemplo, aunque haya sido tan criticada. Cambiaron las relaciones cotidianas. De ser poblaciones administradas por poderes privados pasaron a ser poblaciones autónomas. Se cambia la correlación de fuerzas y las estrategias cotidianas. El trato de la clase política con los indígenas después de los levantamientos, también es un cambio. Esta transformación de la ciudadanía en el sentido práctico tiene que ver con la capacidad de participación y reivindicación de la propia sociedad civil. En el caso de los homosexuales, por ejemplo, con su penalización se generaba el chantaje de parte de las autoridades. Ahora, con la ley en la mano y con su despenalización, ellos presionarán para que, en lo cotidiano, cambie los comportamientos ciudadanos. Ellos, después de la ley, van a usarla como arma para que sus derechos se respeten. *

La obligación del ciudadano *es más que el voto. Para construir una democracia participativa el ciudadano debe tener más responsabilidades.*

Hay que hacer mingas por la ciudadanía



Diego Carrión es arquitecto y urbanista. Ha trabajado en el Centro de Investigaciones Ciudad y en el Municipio de Quito.

¿Hay en el Ecuador una conciencia ciudadana y de responsabilidad social?

La noción de ciudadanía se acerca, una noción amplia de la política. Es decir el ciudadano ejerciendo derechos y obligaciones para vivir en sociedad. A partir de ahí, en el caso ecuatoriano hay una relativa ausencia de conciencia política y por tanto también una ausencia de conocimientos de lo que son derechos y obligaciones.

¿Ese desconocimiento de derechos y obligaciones es problema de la democracia representativa en la que se consigna al voto como una obligación casi única para ser ciudadano?

El derecho de la ciudadanía en el caso de una democracia representativa estaría en ejercer el voto. El tema es cómo esos derechos permiten pasar de lo que

puede ser una democracia representativa, delegativa, a una democracia participativa. En ese sentido daría la impresión de que en el país hay una dificultad de procesos políticos, sociales, económicos que hacen que se produzca una suerte de divorcio, una ciudadanía de primera clase, los que se representan y son representantes del resto y una de segunda.

¿En esa segunda clase, es decir, lo que se entiende como sociedad civil hay ejemplos de democracia participativa?

Soy optimista. Creo que hay procesos que no necesariamente circulan en la esfera de lo público. Hay cualquier cantidad de esfuerzos en el ámbito de la cultura, de la comercialización, relaciones familiares que están sucediendo por debajo, una especie de redes en las cuales da la impresión de que sí se ejercen

con más fuerza las acciones ciudadanas, cívicas. Hay movimientos sociales que están desencantados de ese espacio perdido en la política pública y han desarrollado otros espacios para subsistir. El divorcio entre sociedad política y sociedad civil plantea un problema: si bien pueden haber posiciones positivas como las que menciono hay otras, la delincuencia, la pérdida de identidades, la pérdida de controles como en el caso de la justicia por mano propia, frente a la pérdida de credibilidad en los sistemas.

¿A qué se deben esas reacciones tan diversas?

A una falta de apropiación respecto de lo que son sus derechos y obligaciones. Por un lado, aparecen los derechos consagrados en los convenios internacionales, derechos sociales, económicos, políticos y sociales refrendados en el país. Y por otro, está una práctica real y efectiva donde muchos de estos derechos han terminado siendo aniquilados por el populismo y el clientelismo que hacen que la gente pierda el verdadero sentido de sus derechos.

¿Eso tiene que ver con la concepción de un Estado desarrollista, paternalista?

Sí, con la concepción del Estado de Bienestar que ofrecía todo a cambio de nada y que fue parte de las conquistas sociales de principios de siglo y que provocó de alguna manera una especie de atrofia en el comportamiento social y que además obedece al principio de la democracia representativa que distancia al ciudadano del poder público que, en vez de convertir al ciudadano co-

rrresponsable de las soluciones de sus problemas espera soluciones desde arriba. Es más fácil para los sectores políticos tener el control desde arriba que esperar que existan iniciativas desde abajo. El momento en que la sociedad encuentra caminos propios estos tienden a ser limitados, como en el reciente caso entre Larrea y el Tribunal Supremo Electoral solo por poner un ejemplo.

Se ha dicho que la minga en el caso de los países andinos es una potencialidad esencial como para hacer una democracia participativa. ¿Cree en ella?

Sí, son instituciones que están en la tradición cultural de nuestros países y son instituciones ancestrales que están ahí para funcionar colectivamente y resolver cuestiones de solidaridad. La minga tiene que ver con un conjunto de relaciones sociales que permiten la identidad y supervivencia de la comunidad y con una relación fuerte entre gente y territorio. La minga es más que reemplazar al Estado en una cosa que este no puede hacer sino que es uno de los ejemplos más claros de lo que sería la posibilidad del ejercicio pleno de derechos ciudadanos.

En esto de la ciudadanía y la responsabilidad social hay una parte que se llevan las élites: no invierten en el país, no pagan impuestos. ¿Por qué?

Ahí entramos en un campo más bien ético. Si alguien que invierte su dinero en el país haciendo que la gente de este país ponga su esfuerzo para producir riqueza y que esa riqueza sea trasladada a otro lugar para lucrar de eso sí es éti-

camente irresponsable. Ahí uno funciona entre los senderos difíciles del capital, pero considerando la descapitalización del país sí hay irresponsabilidad ciudadana. En cuanto a la evasión tributaria, es un ejemplo de irresponsabilidad cívica pero todo el armado y el funcionamiento del sistema está diseñado para evadir. No es que evaden por ser 'mala gente' sino que hay facilidades y justificativos para ello. No hay una sanción social que lo impida. La opción de no pago de impuestos se vuelve una práctica normal. Eso sí, creo que hay que aclarar que no son todos, hay empresas que sí pagan.

Se podría trazar el perfil del ciudadano en función de una democracia participativa?

El ejercicio pleno de la ciudadanía puede darse con mayor fuerza en las escalas locales, a nivel municipal, barrial, etc. Una escala en donde las gentes se conocen unas a otras y se pueden pedir cuentas. Lo segundo es el ciudadano con conciencia, conocimiento y apropiación de sus derechos que implica el desarrollo de una cultura que eduque en lo que son los derechos ciudadanos. La tercera es la identificación y el amor por el sitio en el que uno vive. Otra cosa es la valoración de la autoestima: ciudadanos que no se valoran terminan en una situación amorfa. Y una última cosa es la organización. Sin organización, aunque sea informal, es difícil hablar de ciudadanía.

Según esto las soluciones serían descentralización y educación. Todo eso depende de una voluntad política. ¿Y entonces?

El tema educativo es esencial. Hay que construir ciudadanos del próximo siglo. El tema de descentralización, la formación de una suerte de autonomías regionales o locales permitiría generar ámbitos territoriales con todos estos valores que he mencionado antes. En un sistema descentralizado -y se ha hecho experiencias- por ejemplo las comunidades deciden sobre el uso de su presupuesto según sus necesidades. Y participan, eso facilita la gobernabilidad y facilita la rendición de cuentas.

¿Cómo hacerlo?

Hay dos maneras: la una desde los movimientos sociales -Colombia y Brasil son ejemplos-. La otra, desde el Estado, por decreto -Bolivia-. Acá me da la impresión de que estamos en la mitad. Por un lado hay reclamaciones de la sociedad y por otro hay una suerte de olfato de los sectores políticos que ven que también es necesario cambiar desde arriba. Hay una confluencia de los dos procesos que ha impedido el proceso de descentralización.

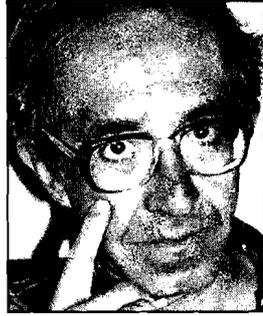
Pero... ¿y los líderes y dirigentes? ¿Y el desconocimiento de cómo administrar recursos?

Si no se empieza no se va a hacer nunca. Siempre habrá equívocos pero si no se pone en práctica, si no se le da a la sociedad civil responsabilidades, nunca se va a hacer nada. Es como cuando un niño aprende a caminar... tiene que hacerlo. No hay situación idílica frente a todo esto, pero tiene que haber la voluntad para, justamente, crear conciencia de una nueva ciudadanía participativa y responsable. *

(31 de mayo de 1998)

No hacen falta los acuerdos *sino los disensos. Es necesaria una revolución de pensamiento para combatir la apatía y el quemeimportismo.*

El Ecuador no tiene voluntad de cambio



Iván Carvajal es poeta, filósofo, catedrático de semiótica y lingüística de la PUCE. Su último libro: 'La ofrenda del cerezo'.

En el mundo globalizado parece ser que la vía para los cambios es el consenso. ¿Cómo entender ese consenso?

La palabra consenso está relacionada con el juego democrático en el que intervienen diferentes sectores e intereses. Pero más allá de que se ponga de moda o no el término, es importante encontrar acuerdos de puntos comunes como estrategia para todo un conjunto de la sociedad. La cuestión básica, filosófica, es tratar de alcanzar una integración de diferencias y encontrar que haya, en los aspectos fundamentales, coincidencias.

¿Los consensos son parte de una ilusión de convivencia?

Aquello de encontrar convergencias y acuerdos en sectores que muchas veces son radicalmente opuestos, en cualquier ámbito, es, por supuesto, parte de las utopías, de lo ilusorio. En realidad ha-

bría que debatir el hecho de que la sociedad cada vez es más compleja, con determinaciones mucho más complejas y conjugadas dentro de un proceso contemporáneo, en el que hay multiplicidad de grupos que intervienen con distintos intereses. Si se reconoce con el consenso la necesidad de establecer negociaciones, de tratar de evitar momentos de violencia extrema en conflictos, y encontrarse frente a la resolución de conflictos, hablamos, sí, de una utopía.

En sociedades tan fragmentadas y tan complejas no queda claro cuáles son los adversarios. ¿Cómo conseguir consensos?

Como que hay muchos adversarios en distintos planos, en distintos componentes. Antes había claras contradicciones entre que dos fuerzas se chocaban y que eran claramente antagónicas en el mundo entero. Ahora la cosa es más

compleja, hay varios sectores y varios puntos de encuentro con puntos de contacto. Si hay una efectiva democracia que señala la necesidad de alcanzar consensos se supone que los intereses tienen que ser expuestos y debatidos de algún modo. En el Ecuador, lastimosamente, no sucede eso. Si bien es imposible pedir absoluta transparencia sobre los intereses en juego se necesita abrir un espacio democrático de exposición de puntos de vista. Eso en el país no sucede.

¿Es decir, usted cree que antes del consenso en el Ecuador falta consenso?

Así es. No creo que el Ecuador, en este momento, haya disenso alguno, ni debate alguno sino lo contrario. Hay una especie de neblina del espíritu y, lo más grave no hay falta de consensos sino que hay un consenso radical: el de la pusilanimidad.

¿La apatía extrema?

Más que eso. No tenemos ni queremos tener voluntad ni fuerza para tomar ninguna decisión, ninguna acción. En esa falta de voluntad converge todo en todos los campos. En el campo político se toman medidas y se las levanta al día siguiente. En lo cotidiano pasa lo mismo. Cuando preguntamos '¿qué has hecho?' y respondemos 'nada', pasando, sobreviviendo, ya nos damos cuenta de esa falta de voluntad. Siempre decimos 'asomaste para hablar', y no nos asomamos. Y cuando hablamos, hablamos mucho, pero no llegamos a ninguna conclusión, a ninguna vía para cambiar ninguna instancia.

Es impresionante, por ejemplo, cómo

se hacen planes para reformar la educación y no se tiene nunca una decisión sobre los planteamientos en el sistema educativo.

¿Por qué no hay esa voluntad si todo el mundo está consciente de la necesidad de cambios?

No creo que haya conciencia real de los grandes problemas del país. Es como el enfermo que sabe los síntomas pero no sabe el nombre de la enfermedad. Sabemos que tenemos un mal pero no sabemos a qué se debe. Creo que ahí hay determinaciones históricas, para mí por ejemplo un hecho decisivo es el nombre, un país que se llame Ecuador es ya una línea imaginaria como el planteamiento del doctor Kronz en la novela de Javier Váscenez. Que el nombre del país sea el de una línea imaginaria hace que pese un carácter de indefinición. Después, la falta de integración entre Sierra y Costa que no tiene una resolución, lo tardío de la Constitución, lo tardío de la emergencia de la ideología nacional. Todo eso hace que sea muy frágil la concertación.

Esta es una nación inconsistente y lo grave es que ahora, en el mundo, estamos en el período en que las naciones comienzan a borrarse y las fronteras a desvanecerse.

Buscamos ser nación cuando todo el mundo está en la globalización. ¿Por qué?

Porque estamos atrasados. Si pensamos en Estados Unidos como un país que no responde a una nacionalidad definida sino a una mezcla de culturas en formas nacionales muy complejas o si en lo que está aconteciendo hoy en la

Unión Europea creo que nos topamos con el hecho de la emergencia de configuraciones que están más allá de la nación y el resurgimiento de formas también regionales. En ese sentido veo una profunda debilidad de la nación ecuatoriana. Y eso es un problema también, y principalmente, cultural.

Según usted, el hecho de que no existan grandes debates, hace imposibles los consensos. ¿Cuáles deben ser esos debates?

El primer debate es qué queremos ser como país y por qué nos negamos a esas posibilidades. No veo la voluntad de construir una identidad moderna y menos cultural. En eso conspira el sistema educativo, que todos sabemos que tal como está no va a cambiar la concepción misma del ciudadano moderno. De eso nadie debate. Además, tenemos terror a los cambios, a llegar a lo concreto, incluso, en las crisis individuales. Creo que somos demasiado abstractos y muy poco prácticos.

Si bien se han detectado problemas como el educativo, la seguridad social, la corrupción, no se han debatido las soluciones y, cuando se ha debatido, no se ha cambiado por presiones de sectores menores. ¿Por qué?

Creo que esa es la trampa del consenso. Todavía nos mantenemos en relación con los viejos y anacrónicos intereses que no responden a la contemporaneidad. La educación, que supuestamente por consensos debe cambiar, ha tenido como interlocutores a los mismos actores, con características del sindicato y la federación de los años cua-

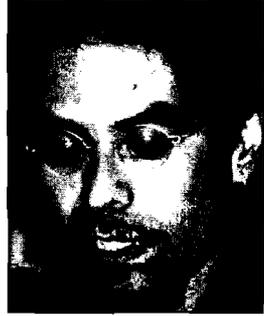
rentas. En algún momento hay que tomar decisiones y prescindir de esos sectores. Por lo general esos interlocutores están encabezados por la mediocridad del profesorado y no por los sabios y por los mejores educadores. Y ese es solo un ejemplo. Pero insisto, el país no tiene voluntad de cambio. Desde hace unos 10 años que los gobernantes tienen una incapacidad total de tomar decisiones, por otro lado, a la gente como que no le importa que no pase nada. Los intelectuales siguen discutiendo sobre si vale o no la posmodernidad cuando en realidad la estamos viviendo, los debates ahora, en el mundo son otros. Es como si no nos diéramos cuenta de que hay que asirse sobre formas planetarias, no nacionales.

¿Y entonces? ¿Hay alguna salida?

A veces pienso, y es duro lo que voy a decir, porque soy pesimista: en el país no pasa nada ni pasará en mucho tiempo, pero creo que los cambios tienen que ser individuales y, muchas veces, como artista, como literato, de espaldas al resto, a contracorriente. *

La antropología urbana sería la clave para explicar comportamientos electorales, votos vergonzantes o discriminaciones y prejuicios.

Al país hay que releerlo desde adentro



Xavier Andrade estudió antropología en la PUCE y en Estados Unidos. Ha trabajado sobre pandillas y masculinidad.

Los analistas se muestran sorprendidos por los resultados electorales. Hablan de regionalismo, de ingobernabilidad, de fragmentación. ¿Cuál puede ser el análisis antropológico del tema?

En momentos como en las elecciones hay un ambiente efervescente para el pensamiento social porque es un momento dramático. Estamos decidiendo el futuro del país. Nuevo presidente. Nuevos contactos en las instituciones. Si los analistas están 'sorprendidos' por ese análisis es porque se quiere dar un contenido más antropológico a ese acontecimiento. Gente de sociología, analistas, sociólogos, no tienen suficiente información antropológica, cultural, sobre la gente concreta. Se conoce más o menos bien cuál es el significado de un shuar para los shuar y de ser huaorani para el huaorani, pero es insuficiente para en-

tender cuáles son los significados de quiteñidad o guayaquileñidad. Ahí lo que falta es educación e investigación antropológica sobre formaciones sociales que no sean tradicionales.

La sensación de regocijo fraudulento por un lado y de sorpresas y votos vergonzantes por otro, son posiciones que no explican nada.

¿Las categorías antes mencionadas no son suficientes para explicar los resultados electorales?

El principal problema de categorías tales como nación, ciudadanía, estado, gobernabilidad y todas estas que están sobre el tapete en las ciencias sociales en el Ecuador, han sido incapaces de realmente entender cómo la gente piensa sobre sí misma y cómo actúan, sea política o culturalmente. Hay muchos límites en la capacidad explicativa de las ciencias sociales y, insisto, es un proble-

ma también de la academia estadounidense, que se supone que es desde donde se construyen los referentes teóricos sobre el país.

¿El regionalismo es una cortina de humo para el análisis?

El valor epistemológico del regionalismo nadie lo aclara. Nadie sabe si el regionalismo es una noción, un concepto, una bandera política, una bandera deportiva.

¿Qué es el regionalismo? ¿Una forma de movilización? Lo que creo que es necesario es trascender de esas categorías dominantes, incluidas la del regionalismo, y que permitan dar cuenta y ver cómo la gente se relaciona en términos de comunidad. Ahí hay diferentes opciones, desde formaciones sexuales o de identidad sexual hasta agrupaciones que tienen un sentido más de membresía corporativa, por ejemplo, los burócratas. El problema es encontrar nociones que permitan dar cuenta del microaccionar de la gente.

De alguna manera el análisis en el Ecuador está alejado de la realidad y solamente centrado en las teorías. ¿Cierto?

Sí. Básicamente el problema, desde lo académico, es que las perspectivas siguen siendo rígidas, rigidamente enseñadas, publicadas y reproducidas. Los sociólogos siguen pensando los mismos temas que se han convertido clásicos de la sociología. La gente de relaciones internacionales o ciencias políticas tiene un discurso autocontenido.

¿La antropología también ha estado limitada?

Sí. La antropología también está au-

tocontenida. La dominación de los temas indígenas -que, si bien han sido claves para descubrir la diversidad cultural del país-, ha limitado un pensamiento antropológico para entender qué somos, qué significa ser ecuatoriano, qué significa ser un macho ecuatoriano, qué significa tener un discurso regional.

¿La antropología, entonces, se quedó en el estudio de los indígenas y se olvidó de lo urbano?

Así es. Pero ojo, no es culpa o problema exclusivamente del Ecuador. La Academia estadounidense así lo ha impuesto, con una serie de estudios exotizantes de América Latina. No hay en el Ecuador un texto que hable de antropología urbana. Estamos hablando de un Ecuador de fines de los noventas, que efectivamente es diverso pero no solo en cuanto a etnias. Es diverso racialmente. Es diverso en términos de identidades sexuales. Lo poco que se ha hecho en antropología urbana es ir a lo exótico, estudiar las pandillas o lo marginal entre comillas. Más bien desde las artes, la literatura, la danza, el teatro, ha habido reflexiones más sistemáticas sobre la vida de la ciudad. A pesar de los sesgos de la literatura: una romantización negativa de la ciudad -pensar a la ciudad como un lugar frío, desolador, violento- esas son las únicas fuentes de información, los referentes que uno tiene de lo urbano.

Se ha dicho que el hecho de que esta sea una sociedad fragmentada o dividida es un problema. ¿Eso no se contradice con el concepto de diversidad?

El concepto de que la sociedad esté fragmentada no es necesariamente válido. Creo que lo que hay que hacer es ser mucho más tolerante culturalmente y eso incluye ser tolerante frente a otras razas, otras etnias, otras identidades sexuales, otros niveles socioeconómicos y frente a otras gentes con las que uno se relaciona cotidianamente.

Pero esa fragmentación da la idea de una nación en ciernes...

La idea de que la nación ecuatoriana no está suficientemente formada creo que es limitada en la forma de entender cómo la gente misma piensa del ser ecuatoriano. Cómo la idea de la nación existe en la mente de cada individuo para mí es suficiente indicio de que la nación existe. ¿Cuáles son las interpretaciones que la gente hace de esa idea de nación? Eso es lo que nos falta conocer más allá de lo que los productores culturales dicen sobre ecuatorianidad.

Pese a ese reconocimiento de lo diverso hay un prejuicio real, de comportamiento sobre lo diverso. ¿Por qué?

Así es. Eres racista, machista, intolerante. Aunque sea un lugar común, creo que esto tiene que ver con el hecho de ser una sociedad pequeña y cerrada no permite ver más allá de los estereotipos. Un problema clave es que las nociones de individualidad que se tienen no están enraizadas. El sentido de comunidad es un sentido muy pesado acá.

Es un modelo que presiona a tener estereotipos y que reduce la posibilidad de ser más abierto. No se puede exigir un abanico de diversidad y de tolerancia. Pero creo que eso está cambiando y no

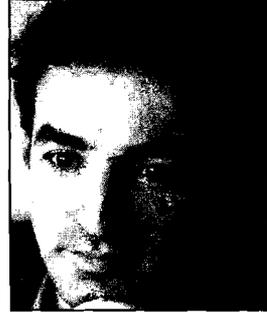
por fuerzas endógenas. Los cambios culturales en términos de tolerancia o de aceptación de la diversidad están viniendo desde industrias culturales foráneas: la moda, el tevé cable, MTV, Internet... ese nivel de cambio cultural, que tiene varias fuerzas que se mueven en distintas direcciones. La sociedad ecuatoriana es más abierta, más tolerante, menos chismosa frente a lo que es considerado desviado.

Para volver al tema de los análisis y los analistas... ¿Cómo avanzar en los estudios, los referentes, las metodologías?

El hecho de que haya más posgrados y becas en ciencias sociales es un buen indicio. Creo que el desafío de saber qué piensan los ecuatorianos sobre sí mismo es indispensable, es el reto de los nuevos cientistas sociales. Hay muchas monografías sobre cuestión étnica, campesinado etc., muy buenos estudios históricos pero en la cuestión urbana no hay nada. El problema ahora es cómo revertir esa tendencia o cómo balancear eso. Y sin eso es muy difícil entender realmente al país y a sus comportamientos. *

El regionalismo existe por *que no hay un proyecto nacional. Hay que construir una nación que respete las diferencias y las reconozca.*

Regionalismo es igual a intolerancia



Mauro Cerbino es antropólogo y semiólogo. Ha ejercido las cátedras de Antropología y Sociolingüística en Quito y Guayaquil.

¿El regionalismo es una cortina de humo para explicar el país?

Es una cortina de humo cuando relacionamos el problema del regionalismo con lo político, con las elecciones últimas, por ejemplo, con el aprovechamiento del fenómeno. Ahí sí creo que hay candidatos que han hecho uso del imaginario regionalista -que indudablemente existe- para poder producir un discurso electoral. Es el caso del candidato de la Costa que lo hizo muy evidente, con su eslogan de 'Mono vota por mono'. Se puede hablar de un aprovechamiento del candidato del tema regionalista. Para otros ámbitos, el regionalismo es algo existente que sería interesante matizarlo.

¿El hecho de que no exista un proyecto nacional es motivo para ahondar en el regionalismo?

Habrá regionalismo mientras no se

piense en un proyecto nacional. Leí por ahí, a alguien que considera todavía que el fenómeno del regionalismo o las diferencias regionales es una cuestión de hombres, de personas. Es decir, un editorialista de algún diario decía que cómo es posible pensar en proyectos nacionales si el Ministro de Finanzas es quiteño... quiteño es igual a centralismo. Estas ecuaciones son simplonas y denotan que el problema no reside en que las personas, sean de la Costa o de la Sierra, sino en la ausencia de un proyecto nacional. Tal vez hoy, en términos del contexto internacional, hablar de constitución de un estado -nación es demasiado tarde cuando en otros países eso ha entrado en crisis.

Hablar de regionalismo es siempre negativo. Pero se olvida el tema de la riqueza de la diversidad. ¿Por qué?

El regionalismo, como todos los ismos, se parecen y guardan una estrecha relación en imaginarios colectivos, reales. Cada uno lo usa para su propio provecho y para una ampliación semántica. Lo más increíble es que se lo ve siempre desde el punto de vista negativo. Si al regionalismo le sustituimos por la palabra dimensión regional ya las cosas cambian. La dimensión regional es un tema positivamente actual. Es evidente que las regiones tienen una importancia por ser territorios que guardan, que mantienen y pueden expresar identidades importantes a nivel de la posible constitución del Estado. El aspecto peyorativo del tema de la dimensión regional oscurece la posibilidad de aprovechar positivamente de las diferencias que existen en este país y que existen no solo acá, sino en todos los países. Debería llamarnos la atención el regionalismo en términos éticos, pero es normal que eso pase.

Pero de alguna manera el país ha creado fronteras imaginarias entre la Costa y la Sierra.

Es cierto que se produce una frontera imaginaria, existe. Las identidades regionales y quienes viven en estas identidades necesitan crear al otro distinto. Esto no sería por un problema. El problema es que se relaciona regionalismo con intolerancia.

Las más fuertes intolerancias son intolerancias no racionales, no pensadas, que no se apoyan en teoría alguna. Hay tolerancias hacia el otro que se determinan por el simple color de la piel. Estas son las más peligrosas.

Sin embargo, la noción de ecua-

torianidad sí es nacional, es decir, serranos o costeños no reniegan de su ecuatorianidad. ¿Por qué?

Curiosamente es un regionalismo que no se ha querido traducir jamás en autonomías o en empujes separatistas como en otros países. No hay este intento o proyecto de romper con el Estado. Lo que hay es, desde Guayaquil, esta exigencia de romper con el centralismo que, indudablemente, existe. Por parte de Quito, en cambio, el malestar se produce frente al populismo que es el elemento para juzgarlo negativamente o despreciarlo. Otro rasgo interesante es que el regionalismo es de dos ciudades: Quito y Guayaquil; no toda la Costa versus toda la Sierra. Y es que no hay grandes diferencias entre unos y otros. Los pocos elementos de diferencia, como el lingüístico, no son elementos radicales para determinar la distinción. En otras partes se hablan distintas lenguas incluso. Acá no, es la misma solo con matices de pronunciación. Como ya está bien radicado este imaginario de discriminación del otro, se aprovecha una diferencia fonética para identificar que se trata del otro.

¿Qué mecanismos activan esa intolerancia?

Esa intolerancia está tan interiorizada que cualquier evento que se pueda producir es leído con ese enfoque y se presta a generalizaciones simplonas. Por ejemplo, si a un guayaquileño le pasa algo -digamos, un asalto- en Guayaquil, no pasa nada. Pero si le pasa en Quito seguramente dirá "estos serranos ladrones". Eso se reproduce a todo nivel y en todas partes.

¿Cómo vender la idea de que el país tiene que consolidarse basado en las diferencias ?

Este país no podrá construirse o pensarse como un estado unitario que se constituya sobre las diferencias hasta que no asuma como propia la condición de mestizaje. Esa es una cuenta pendiente. El mestizaje no está asumido. Al indigenado en la Sierra se lo reconoce, pero desde esa visión romántica del siglo pasado, de las raíces, que es además una visión paternalista propia del Estado moderno.

La propuesta de autonomías, de plurinacionalidad, por ejemplo, generó la idea de divisionismo en lugar de un estado unitario que se base en las diferencias. Los indígenas se han cansado de repetir que la idea es crear un estado plurinacional, unitario pero que respete a las diferencias. Esto no ha sido entendido por ciertos sectores tradicionales.

¿Hay posibilidades de acabar con el regionalismo?

La educación es la única posibilidad de intervenir de manera oportuna para combatir esa intolerancia irracional. Desde los primeros años se podría interrumpir esa visión regionalista.

Los analistas, quienes leen la sociedad ecuatoriana y la explican, lo hacen siempre en términos del regionalismo. ¿Hay responsabilidades en esa visión?

Sí. Cuando se explica el voto regional, por ejemplo, no se lo explica en profundidad. No creo que el mono haya votado por mono... el candidato de la Costa tuvo muchos votos de la Sierra, de los indígenas. El voto no es una expresión

racional. Pero más allá de eso ahí juegan un papel definitivo los intelectuales. Los analistas explican las cosas de formas binarias, estadísticas.

Los intelectuales, y eso es más grave, leen al país desde el regionalismo. Ellos todavía piensan en el concepto de cultura como decimonónico y dicen que en la Costa no hay cultura, por ejemplo. Y eso produce cierto resentimiento en el otro lado. Los intelectuales reproducen y casi gozan con esta distinción regionalista, centrista. Ellos alimentan esa distinción.

Los medios de comunicación, la prensa, también tiene su responsabilidad ahí. No es poner dos "sets" de televisión, uno en Quito y otro en Guayaquil, acabar con el regionalismo. Todo lo contrario, es reproducir esos escenarios. Los medios no están mostrando el país real; lo presentan desde la visión regionalista. Por eso la educación, los intelectuales y los medios de comunicación, más un proyecto nacional, son indispensables para acabar con el problema. *

(2 de agosto de 1998)

**Los debates sobre regionalismo se activaron a propósito de las elecciones. Luego tomaron fuerza los temas de descentralización.*

No es posible erradicar la corrupción pero sí combatirla. El desconocimiento de las obligaciones del ciudadano es crucial en el tema.

La corrupción es un problema de estructura



Esteban Vega es economista e investigador. Desde Cordes ha trabajado temas de economía política y desarrollo económico.

¿La corrupción es un tema de moral, de ética, de cultura?

Creo que el problema va más allá de la moralidad o de la ética. Hay ciertos tipos de comportamiento social que hacen posible actos de corrupción. Es un problema estructural que se manifiesta en varias instancias. No hay una cultura de la responsabilidad social o del pago de impuestos, hay una cultura de la copia, por ejemplo, que es tácitamente aceptada por la sociedad desde la escuela misma. La corrupción se refleja en actos cotidianos. Cuando hacemos algún compromiso, por ejemplo, no necesariamente pensamos que lo debemos cumplir. La palabra vale poco por eso incumplimos compromisos y contratos. En ese sentido, no es un problema de moral ni ética.

¿Entonces es un problema de ineficacia de leyes y de los organis-

mos de control existentes?

No, es un asunto de actitud de la sociedad. Hay leyes, pero falta compromiso con las leyes. Esto que viene desde la época de la Colonia: se promulga una ley y lo primero que se piensa es en la forma de no acatarla, esa es parte de nuestra manera de ser, nuestra idiosincrasia, nuestra cultura. Siendo tan complejo el problema yo creo que es imposible erradicar la corrupción, eso es simplemente un ideal pero lo que sí es posible es ver la manera de combatirla, de afrontarla, de reducir el impacto que tiene la corrupción a nivel económico social.

Si es imposible erradicar la corrupción, como usted dice, ¿entonces es un problema inherente a la condición humana?

Creo que sí. Todos los hombres somos corruptibles de alguna manera. Pero

hay unas sociedades más permisivas que otras y sociedades más conscientes que otras. Por eso creo que es imposible erradicarla pero sí se puede combatirla.

Usted habla de ésta como una sociedad permisiva. ¿Esa permisividad o tolerancia no es efecto simplemente de la impunidad, del escepticismo, del poco valor que tiene la palabra?

Tiene relación con ese comportamiento sicosocial de los ecuatorianos, de acuerdo. Creo que hay factores que incluso son analizados desde el psicoanálisis que hacen pensar en un problema de una sociedad fragmentada, muy individualista, escéptica, con poca fe en el trabajo colectivo y con poca fe en los gobernantes. Esos factores influyen, por supuesto, en la gobernabilidad y en el desarrollo. Pero también tiene que ver con la ineficiencia de las entidades burocráticas, con su lentitud, con la actitud misma que, desde la escuela, impera. Ahora bien, todo eso influye y de ahí la permisividad con actos de corrupción colidanos que parecen inocentes pero que tienen mucho peso dentro del problema mismo de mentalidad. La corrupción está tanto a nivel privado como a nivel gubernamental, por eso es la sociedad la que tiene que buscar objetivos comunes para romper con esos círculos.

Una manera de combatirla sería el castigo... pero, a la vez, se ha demostrado que prima la impunidad y que las leyes no funcionan. ¿Entonces?

El castigo es una de las alternativas, pero es una alternativa de corto plazo y

es una alternativa autoritaria. La justicia ha demostrado su ineficiencia, es cierto, pero, antes que el castigo lo importante es el cambio de actitud.

En la nueva Constitución existe una serie de asuntos que han sido tomados en consideración para perseguir a la corrupción, pero es indudable que si nos quedamos solo en el asunto de leyes estaríamos haciendo muy poco.

El aspecto de educación y de una cultura ciudadana es parte fundamental de un proceso a mediano y largo plazos. En las clases de Cívica en las escuelas, por ejemplo, uno de los aspectos fundamentales debe ser el educar a un ciudadano para que cumpla con las leyes, con sus obligaciones.

Eso lleva a pensar que no hay una cultura ciudadana. ¿Cómo construirla?

Poniendo énfasis en los deberes y obligaciones de los ciudadanos. Hasta ahora se ha insistido mucho en los derechos de un ciudadano. Y está bien que se conozcan y se respeten los derechos, pero las obligaciones siempre han quedado de lado. Eso es fundamental para construir una ciudadanía responsable. El ejemplo más claro es el de la cultura del pago de impuestos. Nadie declara sus impuestos y hay mecanismos de evasión incluso legales porque nadie ve a cambio ningún beneficio por parte del Estado. Ese es un círculo vicioso en el que, si no se trabaja una cultura ciudadana no se podrá salir del atolladero.

Si los ciudadanos no conocen sus obligaciones y el Estado tampoco cumple con ellos... ¿una sociedad caótica?

Sí hay un cierto caos en ese sentido, pero no se trata de pérdida de valores sino de la ética y moral que cada quien, individualmente, tenga. Pero no es una característica del Ecuador, existe en todos los países. Y en América Latina es un problema central que se ha discutido en todos los foros internacionales como prioritario.

¿Un problema del sistema?

La corrupción ha existido siempre. Los hechos demuestran que en las sociedades totalitarias el problema de la corrupción es mucho mayor que en el de las sociedades democráticas. La democracia es el mejor sistema para combatirla. Por eso, Estado y ciudadanía deben buscar las estrategias para combatirla, en un gran objetivo común.

Usted se refiere a los efectos de la corrupción en el desarrollo y en la gobernabilidad. ¿Puede convertirse la corrupción en descargo de la conciencia de los gobiernos que no han podido satisfacer demandas de los pueblos?

No. Es un problema que nos atañe a todos. Debería investigarse en el Ecuador la influencia de los actos de corrupción en todo sentido: en la pobreza, en la mala calidad de los servicios, en los bajos niveles de educación y de salud, en la falta de vías y su rápido deterioro son efectos de la corrupción. En este tema han tenido que ver los gobiernos, las elites, los gobernados, las autoridades y quienes no lo son. Pero los efectos son nefastos para la construcción del país. Si no se pagan impuestos, no se pueden construir obras, si las obras se construyen con sobreprecios y negocia-

dos, no se puede hablar de desarrollo.

Si la sociedad en su conjunto debe impulsar la lucha contra la corrupción. ¿Dónde queda la responsabilidad del Estado?

La sociedad es fundamentalmente la que tiene que involucrarse en un combate cerrado contra la corrupción. Este no es un problema de un gobierno, es un problema de la sociedad. En el caso concreto de los ecuatorianos, se debe hacer una cruzada nacional donde todas las organizaciones civiles tienen que ser lo suficientemente inventivas para hacer posible que el Estado pueda elaborar ciertas estrategias para facilitar la lucha contra la corrupción.

En el caso de los ecuatorianos creo que hay un ejemplo para América Latina: después del gobierno de Abdalá Bucaram y por presión de la sociedad civil se conformó la comisión anticorrupción. En la nueva Constitución está aprobada. Es una instancia en la que gente respetada de la sociedad civil, sin compromisos políticos, está llamada a investigar las denuncias que cualquier ciudadano de este país haga sobre actos de corrupción. En esa estrategia debería presionar la sociedad civil para instaurarla a nivel local, seccional, de barrios, de organismos de desarrollo. El Ecuador, en ese sentido está dando una muestra interesante de que se pueden hacer luchas, estrategias de luchas contra la corrupción y puede constituirse en un ejemplo para otros países de América Latina. *

(18 de octubre de 1998)

La firma de paz con el Perú puso en escena dos actitudes: el sentimiento de derrota y el pacifismo 'light'. Un cambio de mentalidad es necesario.

El derrotismo es generalizado en el país



Jaime Costales Peñaherrera es psicólogo transpersonal y antropólogo. Catedrático de la U. San Francisco y de la PUCE.

Para unos, se ha ganado la paz. Para otros, el Ecuador ha sido derrotado y engañado. ¿A qué responden aquellas reacciones tan pesimistas en cuanto al acuerdo de paz entre Ecuador y Perú?

Primero, a que en realidad el resultado del acuerdo es una nueva mutilación, una nueva derrota desde el punto de vista territorial histórico. Segundo, a una estructura psicológica social de autodesprecio, de desconocimiento de los propios valores que le llevan a tener a la gente una pobre autoimagen. Y en tercer lugar, a que no hemos tenido un liderazgo suficientemente motivante y claro como para conducir positivamente los ánimos nacionales.

Todo el mundo, sobre todo en la clase política, sabía lo que iba a pasar con la negociación. ¿Por qué ahora es la misma clase política la

que ahonda en ese sentimiento de derrota?

Hay dos extremos, el extremo del pesimismo que cuestiona todo y que no mide que, de alguna manera, empezamos otra historia. Ese derrotismo generalizado también puede ser manipulado con fines, por supuesto políticos. Pero, en el otro extremo, hay un optimismo y un pacifismo superficiales, ingenuos, que piensan que la paz es una dádiva instantánea. Entre esos dos extremos -el del derrotismo y el del optimismo pacífico- se produce mucha confusión, lo cual impide ver tanto los logros del acuerdo como también el revés que se pueda sentir con respecto a él.

¿Cómo entender las lógicas como la de León Febres-Cordero, por ejemplo, que insiste y machaca en la derrota frente a las lógicas de la gente más joven que se ha pro-

nunciado a favor del acuerdo de paz? ¿Un problema generacional?

Hay que rescatar que en generaciones anteriores había una mayor conciencia de la raíz territorial, una mayor sensación de pertenencia sobre la base territorial histórica de nuestro país y, más de cerca, la historia de la invasión peruana del 41. Mi impresión es que en las generaciones jóvenes hay una desconexión fuerte con el país, un desinterés y pragmatismo muy fuerte y también un desconocimiento histórico. Sin embargo, los políticos tienen que asumir cuál fue su papel personal al mando del país y los gobiernos anteriores.

Todos ellos ayudaron a debilitar la economía, la cohesión social y la esperanza. Por lo cual son corresponsables de nuestros fracasos.

¿Qué es lo que se quiere conseguir con esa actitud tan derrotista? ¿Alimentar nuevamente el odio a los peruanos?

No. Creo que de parte de los políticos hay simplemente una precampaña electoral, un aprovechamiento de las circunstancias para ganar adeptos, para subir su imagen, aunque no niego que otros sectores políticos están en desacuerdo con los resultados sinceramente. Hemos evitado la guerra y eso es muy bueno, pero no es verdad que hayamos ganado la paz como tan fácilmente dice el Presidente y todo el sector que está de acuerdo con la firma del convenio final. No hemos ganado la paz. La paz es una construcción lenta. Esto es apenas una puerta que se abre.

¿Quienes hablan de paz, según usted, no están conscientes enton-

ces de que es un proceso?

Ese pacifismo 'ligh', superficial que tiene el país es un contrasentido. Yo entiendo el pacifismo y me adhiero a él, soy un convencido no violento, pero me adhiero al pacifismo que tiene un contenido creador revolucionario. El verdadero pacifismo nace de la valentía. La paz real solo se construye alimentada de la raíz de la justicia histórica para que sea una firme paz, una profunda paz. El acuerdo se ha nutrido de la injusticia. Puede ser que, como han explicado varios funcionarios, no había salida de ese callejón, pero eso no cambia la situación de injusticia en que se ha fundamentado el acuerdo. Por eso no hay plena satisfacción.

De esa misma injusticia habla el Perú... y reclama que el acuerdo no fue del todo satisfactorio para ellos...

A lo que me opongo es a que los ecuatorianos terminemos por culpabilizarlos de todo. Lo peligroso que está sucediendo ahora, por desinformación, es que muchos ecuatorianos están asumiendo las tesis geopolíticas peruanas, con un poco de sarcasmo diría, a algunos políticos y algunos dirigentes poco les falta para pedir perdón histórico al Perú.

Se nos ha enseñado, desde niños, a ver al peruano como enemigo y a vivir en un país que no es el real. Seguir ahondando en esos sentimientos hace daño a la sicología del país. ¿Hasta cuándo heridas abiertas? ¿Hasta cuándo el duelo?

La nueva educación y el nuevo lide-

razgo tienen la obligación moral de decirnos la verdad histórica y aceptar la mutilación del país, pero no con un tinte derrotista sino como haber cerrado una puerta dolorosa que nos permite, ahora, volver a edificar la patria y concentrarnos en la construcción de una democracia. Entonces tenemos la obligación moral de no quedarnos colgados de la nostalgia y, en vez de ello ocuparnos de vencer a los enemigos internos que tenemos los ecuatorianos, de soldar las heridas y brechas interiores de este país como el regionalismo, racismo, sexismo, la miseria, la corrupción.

Esos grandes ideales nos permitirán ir curando las heridas del pasado, solo esa actitud creadora y heroica nos va a permitir superar el duelo que estamos viviendo.

Cualquier decisión política siempre está enfrentada a actitudes negativas. ¿Por qué?

Tal vez por el miedo a los cambios, pero también por la tóxica costumbre de no encontrar alternativas. Si el Gobierno ha empezado su gestión con medidas que han fracasado en todas partes, es natural que haya reacciones en la población.

Pero no es la población la que reacciona... es más bien la clase política y el sector sindical...

Hay que reconocer dolorosamente que los dirigentes políticos tiene como deporte favorito demoler todas las iniciativas de quien está en el poder. Ese es su negocio. Han vivido de cuestionar sin proponer, de atacar sin señalar caminos y eso muestra, desde el punto de vista sociológico social la inmadurez de los po-

líticos. Pero también hay una actitud social muy generalizada, una especie de comodidad colectiva y apatía colectiva que se queja de todo pero poco hace por resolver y aportar soluciones.

Se necesita entonces, según usted, un cambio de mentalidad. ¿Cómo lograrlo?

Es imprescindible una estrategia de Estado intencionalmente dirigida a modificar la mentalidad de los ecuatorianos para desarrollar el sentido de corresponsabilidad social, para modificar la autoimagen desvalorizada. Hay que conseguir que los ecuatorianos descubramos que sí existen en nosotros valores, cualidades y potencialidades para aprender a tener un sano orgullo de ser ecuatorianos. Hay que provocar un desarrollo intenso de la creatividad para que busquemos nuestras propias soluciones.

¿Todo eso desde el Estado?

No, también de nosotros mismos. De lo contrario aunque nos regalaran la deuda externa, si no cambiamos de mentalidad seguiremos siendo pobres. Este es un país con actitud de mendigo, acostumbrado a estirar la mano, por eso, nos golpean y maltratan de todo lado. Mi impresión es que el mendigo de a poco ha empezado a despertar, ha empezado a tratar de utilizar sus propias manos para crear sus propias soluciones. Ese es el gran desafío. *

(1 de noviembre de 1998)

**La entrega de Twintza a propósito de la firma de la paz Ecuador-Perú, generó reacciones polarizadas en las elites políticas.*

Anclarse en el pasado *vuelve a la izquierda una fuerza conservadora. Del reino de las verdades absolutas, al reino de la incertidumbre.*

La izquierda sin propuestas es conservadora



César Montúfar es profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar. Es PHD en Ciencias Políticas y editorialista de EL COMERCIO.

¿Cómo definir la crisis de la izquierda en el Ecuador?

La crisis principal de la izquierda es la de carecer de una propuesta de transformación viable de la sociedad. La derecha puede sobrevivir sin propuesta, el centro puede sobrevivir sin propuesta puesto que son fuerzas que buscan precautelar o conservar lo que existe, pero una izquierda que no tiene una propuesta se convierte en una fuerza conservadora.

Bolívar Echeverría decía que la izquierda, al no renovarse, se volvió reaccionaria. ¿Está de acuerdo con ese concepto?

La autocomprensión de que la izquierda en este momento no constituye una fuerza de renovación de la sociedad ya existe. Las fuerzas que constituyen la tendencia son conscientes de ello. La izquierda dejó de ser un referente del

cambio, un referente de propuestas alternativas. Que la izquierda haya carecido de una propuesta de transformación del capitalismo es lo que le ha convertido en una fuerza más del statu quo. Ahí está quizás su tragedia principal: ser una fuerza del statu quo antes que una fuerza de la renovación.

¿Esa ausencia de propuestas de la izquierda ha dado pie a que sean las propuestas de la derecha las que dominen?

Creo que es verdad que la izquierda no tenía una propuesta pero tampoco la derecha. La derecha ecuatoriana lo que ha hecho es muchas veces copiar modelos, ideas, políticas que vienen de afuera y que muchas veces afuera han fracasado. No las ha procesado internamente ni las han procesado de acuerdo a la realidad del Ecuador y las han hecho pasar como propuestas propias.

Montaner, Apuleyo Mendoza y Vargas Llosa culpan a la izquierda del fracaso latinoamericano. ¿Ese fracaso tendría que ver, justamente, con esa carencia de propuestas y de alternativas?

Los intelectuales de derecha que felizmente ahora existen culpan a la mentalidad de izquierda como una de las causas del subdesarrollo latinoamericano. Creo que esta posición ya la han enmendado los autores de 'El Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano' en su último libro llamado 'Fabricantes de Miseria', cuando dicen que los fabricantes de miseria han sido justamente las elites. El problema con la izquierda es que esa propuesta de sus inicios no ha cambiado, se quedó estática, anclada. En ese sentido esta crítica tiene razón. Pero el que la izquierda tenga que abandonar su condición de fuerza de transformación sería un error.

Eso implica cambios de contenidos no solo en el discurso sino en la acción política. ¿Cómo entender esa fuerza de transformación?

Eso es parte del debate sobre la nueva izquierda, sobre la nueva centroizquierda, que existe en este momento en Europa donde esta tendencia está en el gobierno. Maximo D' Alem, socialista y actual primer ministro italiano, decía hace poco que en este momento la tarea principal de la izquierda está en definir dónde está la capacidad de maniobra, qué se puede hacer desde el poder. Y decía que desde el poder es posible establecer líneas demarcatorias que pueden dividir derecha e izquierda y esas líneas demarcatorias son políticas que van di-

rigidas hacia la equidad, hacia la integración política y social de la sociedad, hacia la redistribución. Es decir, el problema de la izquierda es redefinir su radicalismo, volverse a convertir en un referente del cambio pero con una propuesta que realmente esté a tono con las nuevas condiciones del mundo.

En el Ecuador la izquierda se ha vuelto no un referente de cambio sino más bien un referente de obstrucción. ¿Por qué?

La izquierda tiene derecho a oponerse a las iniciativas que no están dentro de su concepción de una sociedad justa, de una sociedad solidaria e integrada nacionalmente. Creo que ese no puede ser un error de la izquierda. La derecha también tiene el derecho a hacer lo mismo cuando viene una propuesta de la izquierda. Eso fortalece la democracia y está dentro de las reglas del juego aceptadas por todos. El problema es únicamente haberse quedado en eso e, insisto, no haber dado el salto hacia propuestas alternativas. Al haberse caído los referentes tradicionales de pensamiento de la izquierda, se perdió el piso desde donde hacer esas nuevas propuestas. El actual debate sobre la renovación de la izquierda tiene que ver con la redefinición de ese piso desde donde hacer las propuestas de transformación alternativas.

Alternativas... esa palabra se ha vuelto un comodín para no decir nada. ¿Cuáles serían esas alternativas?

D'Alema o Tony Blair, por ejemplo, han hablado del tema de la equidad como lo que separa a la izquierda y a la

derecha. Mientras que la derecha está más preocupada en el crecimiento macroeconómico, la izquierda está más preocupada por el tema de la equidad, el bienestar colectivo, sin dejar lo otro de lado.

Sin embargo, hay sectores de la izquierda que no han renovado su discurso y que han caído en el absolutismo...

Es que hay izquierdas e izquierdas. Hay izquierdas que están ancladas en los mismos discursos y hay izquierdas renovadas. Pero también creo que es un problema generacional. Hay voces nuevas y también hay voces que son expresión del pasado.

Muchos sectores de los movimientos sociales y de los sindicatos se sienten atacados cuando se habla de la necesidad de renovación de la izquierda. ¿Es el miedo a enfrentar los cambios?

Hay falta de referentes y una izquierda conservadora. Y, por supuesto, miedos. En este momento el mundo ha cambiado, el conocimiento adquiere una importancia mucho mayor. Existe un proceso general de renovación y todas las fuerzas políticas van a tener que transformarse necesariamente. Ya no puede quedarse anclada en el pasado.

Si algo tiene que superar y transformar es ese accionar político basado en dicotomías insalvables. La dicotomía capitalismo-socialismo, dictadura del proletariado-democracia burguesa... Para renovarse la izquierda tiene que superar esta forma de pensamiento dicotómico y pasar al reino de la flexibilidad, al reino de la distinción, de la in-

certidumbre. Esto es quizás lo más difícil porque implica un cambio en la estructura mental de cómo comprender la realidad. Ahí sí una interpretación reduccionista del marxismo ha sido el principal obstáculo. Pasar de las dicotomías al reino de la flexibilidad. Que exista una nueva izquierda renovada depende de una actitud vital distinta.

Si se habla de una actitud distinta, ¿por qué poner en el debate el Manifiesto Comunista de hace 150 años?

Una provocación. La discusión no es tanto sobre el Manifiesto del Partido Comunista sino sobre la vigencia del pensamiento crítico. De hecho el marxismo ha constituido uno de los pilares fundamentales de identificación política de la izquierda y este particular texto marcó la política moderna e identificó tanto al socialismo democrático como al socialismo leninista. Además, existe una discusión inmensa sobre el valor del Manifiesto por parte de intelectuales como Umberto Eco, Touraine, Sader, a propósito del cumpleaños número 150 del Manifiesto. *

La imagen pesa más *que la palabra. El arribismo, la doble moral, el racismo son perversiones que tienen que ver con el dominio de la imagen.*

El éxito es un fetiche de la sociedad actual



Marlene Aguirre es psicoanalista. Su título académico es socióloga clínica. Es miembro de la Escuela Freudiana del Ecuador.

Doble moral, doble discurso, ¿una muestra de que el ecuatoriano no asume lo que es?

El no asumir lo que somos puede ser planteado desde tres órdenes. Por un lado, la condición del lenguaje que nos somete al permanente equívoco y malentendido: al tener que hacer pasar por la palabra nuestros deseos las cosas se nos complican y las verdades se vuelven mentiras y viceversa. El otro orden es la posición subjetiva de cada quien que le hace ubicarse de una manera particular frente a la verdad. El tercero es el de la ética. La particularidad de cada uno no es ajena a lo que pasa en el colectivo al que pertenecemos. Hay una articulación entre uno y otro que nuevamente está marcada por el lenguaje, por la palabra.

¿Esa ética en cuanto al valor de la palabra implica una actitud

moralista?

La ética en el psicoanálisis no es equivalente a la moral kantiana que se pregunta respecto del bien y del mal sino que más bien está propuesta como un bien decir, un bien decir respecto de la verdad, hablar con la verdad de la palabra. Eso significa una exigencia vinculada con esa posición de sujeto en relación con la palabra y con su valor. Por otra parte no hay una verdad absoluta, hay una serie de verdades, particulares de cada uno.

¿Esa pérdida de valor de la palabra va a la par de un altísimo valor de los objetos de consumo, de las fantasías de un mundo que no es el que realmente se vive?

En ese sentido viene bien la metáfora religiosa de que los seres humanos hemos sido echados, erradicados de un paraíso que nos resulta perdido.

Como este objeto de satisfacción plena es inalcanzable nuestra vida la armamos a través de una serie de objetos imaginarios que hacen vivible, aceptable nuestra existencia. Una existencia que no es otra que la de sujetos divididos, sujetos incompletos, seres incompletos, seres insatisfechos.

¿Esa insatisfacción es la que hace que, por ejemplo, una elite cada vez más empobrecida viva en la fantasía, en la deuda, en la irrealidad, si se quiere, en el arribismo?

Sí. Como el momento actual está afectado por una pérdida de valor de la palabra y de la ley que nos organiza en el social -ya la ley no tiene el valor que tenía, por ejemplo, para los griegos- los valores simbólicos también cambian. El otro, por ejemplo, resulta no un interlocutor, sino un objeto al servicio del goce particular. El poder, el éxito, el dinero se vuelven fetiches y adquieren otro valor: el de la supuesta felicidad, el supuesto paraíso.

¿Ese 'éxito' del que usted habla puede ser considerado una perversión de la sociedad contemporánea?

Cuando hablo de fetichización de objetos, estoy hablando con preocupación de la condición actual social marcada por la perversión, la sicosis, que ya no están recluidas en hospitales psiquiátricos, sino que están circulando por ahí, incluso entre quienes tienen a su cargo lugares de autoridad, lugares que deberían ser de palabra, y que están transformados en lugares de autoritarismo. Esa perversión hace que, en vez de ejercicio

de producción exista abuso, en vez de ejercicio de palabra, ejercicio de poder.

¿Esa perversión no sustenta también la necesidad de escapar, de no reconocerse ni reconocer al otro simplemente por miedo?

Por supuesto. Cuando me refería a que estamos erradicados de un paraíso que no existe bien puedo referirme al sueño de la unidad, de que todos sean "iguales a mí". Nuestra realidad es más bien la de la diferencia, una diferencia marcada en el color de nuestra piel, en la diferencia de sexos, en la diferencia de culturas, en la diferencia de pensamientos, mire en cuanto a cosa está permanentemente definida o se está definiendo la diferencia. Asumir esa diferencia es tan difícil que muchas veces resulta más cómodo no hacerlo, eso es lo que los sicoanalistas llamamos la castración. Esa castración hace que la relación con los otros se convierta en una exigencia de que el otro sea igual a mí, de que piense como yo. Esto va desde la vida en pareja hasta a la vida institucional, la vida como país.

De esa falta de reconocimiento de la diferencia nacen los racismos, las xenofobias. Sin embargo, en lo teórico, se supone, están reconocidas las diferencias. ¿Por qué esa distancia entre lo teórico y la práctica individual?

Yo allí invocaría la responsabilidad de hacer pasar esas propuestas teóricas por la experiencia de cada uno. Para ese asunto el psicoanálisis no encuentra, no propone otro camino que no sea el análisis personal de cada uno. La articulación de teoría y práctica, solo puede

partir de la experiencia personal.

¿Por qué es tan difícil reconocer la diferencia si esta es parte de la identidad?

Porque es reconocerse en falta. El ser humano se debate entre la identidad, entendida como idéntico, y la diferencia. Cree solucionar ese conflicto de existencia anulando la diferencia o negando elementos de su identidad. La solución no está en ubicarse radicalmente en uno de los dos polos que producen el totalitarismo sicótico.

Hay situaciones actuales como las migraciones, la pobreza, la importancia del marketing, agudizan esa dificultad de entender la identidad y de entender la diferencia. Por otra parte, la primacía de la imagen sobre la palabra, hace más radical la brecha de la diferencia. A eso le añadiría, si, ese temor a la diferencia, porque la diferencia significa pérdida. Aceptar que soy diferente a otro es aceptar una pérdida, aceptar, por ejemplo, que hay otros mejores que uno, que hay propuestas mejores que las de uno, es de alguna manera sentir la derrota.

Usted habla de la primacía de la imagen por sobre la palabra. ¿Esa primacía de la imagen hace que el consumo sea una perversión?

Hay algo de perversión en el consumo. La primacía de la imagen es la que hace que el pobre no pueda decir que pobre, que se vivan las fantasías, los sueños, el poder como si fuera real.

Ese privilegio de la imagen hace que estemos viviendo bajo el imperativo de que la perfección es posible, de que ese objeto inalcanzable ahora se lo propu-

siera como es alcanzable. No importa si es por vía de la sicosis o de la perversión, el hombre aparece considerándose dueño absoluto de su entorno, sintiéndose capaz de transformarlo todo para ponerlo a su servicio sin preguntarse mucho por el costos de eso.

Arribismos, intolerancias, racismo... ¿un diagnóstico sicótico que puede ser planteado a toda la colectividad?

Creo que sí. Aunque yo sé que el campo en el que más pone juego su práctica en sicoanálisis es el campo clínico particular, puede decir y dar cuenta de lo que pasa en lo social para ver que hay particularidades que hacen a un país, que hay un recorrido de las gentes de ese país haciendo historia que van definiendo posiciones culturales.

Freud crea el sicoanálisis cuando escribe "Malestar en la civilización". Ese malestar del que él habla parecería estar más vinculado con ese malestar de la insatisfacción que caracteriza a la neurosis. Actualmente hay ciertos indicios de fenómenos dialécticos relacionados con la sicosis y con la perversión de una sociedad que no está trabajando individualmente su racismo, su machismo, sus frustraciones, sus imposibilidades. *

Los códigos de intimidación *dominan la sociedad civil en general. Los patrones de comportamiento vertical nacen de esa cultura autoritaria.*

Poder no es sinónimo de autoritarismo



Gioconda Herrera tiene un PhD en Sociología. Estudió en la Universidad de Columbia. Perteneció al cuerpo docente de Flaco.

¿Se puede hablar de una cultura autoritaria en el Ecuador?

Definitivamente. Creo que la dinámica política o la cultura política ecuatoriana nunca - o en momentos muy reducidos- ha logrado escaparse de una dinámica autoritaria en la forma cómo los distintos actores sociales se relacionan entre sí. Eso de una u otra manera está íntimamente relacionado con una cultura autoritaria en la vida cotidiana. Los grupos sociales y la sociedad política no logran escapar de una dinámica autoritaria y excluyente más que consensual, esa es su dinámica.

¿Una cultura enraizada como parte de la identidad del ecuatoriano?

Sí. Cómo pedir que nuestros políticos, que los movimientos sociales, que la sociedad civil no mantenga esa cultura autoritaria sí, muchas veces, a nivel de

la familia -las feministas lo han repetido hasta el cansancio- de la vida cotidiana, del espacio doméstico, no se reconocen las relaciones de poder existentes. Tampoco se reconoce las dinámicas de desigualdad que se dan y que dan lugar a patrones de comportamiento autoritarios. Esos patrones se reflejan en las relaciones familiares de conflicto, de violencia, entre generaciones, entre hombres y mujeres. Es una dinámica que nace de los procesos de socialización. La idea es pensar en el poder o en las dinámicas de poder ya no solo como las dinámicas de la esfera pública sino también como dinámicas muy presentes en el mundo de lo privado. Eso repercute a mediano y largo plazos en esa reproducción de patrones y comportamientos excluyentes autoritarios o de intimidación y chantaje, característico de la sociedad ecuatoriana.

Se piensa que el poder es la capacidad de intimidar al otro y de ejercer cierta autoridad sobre el otro. ¿Está malentendido el término poder?

Creo que hay una idea muy marcada de poder como una visión rígida y estrecha que se aleja del poder como algo productivo, como algo que potencie acciones. Hay una visión excluyente del poder, identificado con la imposición o dominación. El poder a quien le agrede, quién no contestó con una agresión se sitúa en el mismo código: no fue capaz de contestar... Yo diría que son códigos sexuados muy marcados, o sea que se identifica a la agresión como virilizada. Si la respuesta no se mantiene con los mismos códigos es considerada feminizada. El rato que uno se sale de ese código resulta a veces hasta más perjudicado. Se trata de una lógica perversa en la que se mueven no solo las elites de poder.

Esa política de la intimidación está fraccionando al país. ¿Imposible buscar cohesiones?

Yo tiendo a no dicotomizar necesariamente lo que serían cohesiones versus particularidades o fragmentaciones. Si bien por un lado hay que reconocer a la cultura autoritaria como un elemento que produce una permanente exclusión de ciertos grupos, por otro lado, creo que tampoco hay que tenerle miedo al disenso o a los conflictos y las diferencias. El punto sería encontrar los espacios en que esos disensos puedan ponerse en el tapete y no entren en una dinámica únicamente de resistencia. Es en el disenso, en el respeto a la diferencia

e incluso en el conflicto dónde se tiene que ver cierta luz. Una vez puestos sobre la mesa esos disensos hay que buscar un punto común, un marco común.

Sin embargo, se ha vuelto una constante que cada actor social culpe al otro del fracaso nacional. ¿Cómo romper esas lógicas de los guetos, de los egoísmos?

Hay que posicionar a cada actor en una dinámica política más clara. Muchas veces si bien funcionan esos guetos hay también relaciones de poder muy desiguales entre esos grupos que hacen que no puedan ceder espacios o intereses. Soy escéptica frente a salidas un poco ingenuas de sentarse a conversar únicamente. Hay que sentarse a conversar pero partiendo del reconocimiento de relaciones de poder desiguales existentes. Solo ahí esas lógicas pueden cambiar. Y solo pueden cambiar en la medida en que los distintos sectores tengan en sus manos la toma de decisiones.

¿Una sociedad civil sin ninguna injerencia política real?

El problema está en la estructura política del Ecuador. Tenemos una sociedad civil débil que no logra realmente legitimar sus posiciones en la esfera política, tenemos nuestra estructura política todavía muy cerrada que no permite esa participación que no permea realmente las demandas de una sociedad.

La política acude a la sociedad civil cuando necesita legitimarse pero no la consulta. Esa ha sido la lógica. La sociedad civil no llega a incidir en las grandes decisiones. Más bien siempre se acude a ella cuando se está buscando legi-

timar una u otra posición. La dinámica política actúa independientemente de lo que pueda o no plantear la sociedad civil y es por eso un poco todas estas voces de disenso que pueden salir desde los movimientos de mujeres, indígenas, ambientalistas, etc., casi no tienen visibilidad. Pueden haber tenido capacidad de negociación en coyunturas pero son básicamente reformas o conquistas. Esa ha sido su forma de supervivencia pero no se ha dado el salto en el que ese tipo de demandas sean legitimadas por el ciudadano común y que este las asuma como tales como parte de su identidad.

Esto implica una distancia enorme entre el poder y la sociedad civil, entre las elites y el resto. ¿Cómo romper esa brecha?

Definitivamente hay una brecha enorme todavía. Ese es uno de los motivos por los cuales es muy difícil pedir consensos. Es importante pensar en mecanismos de participación ciudadana, pero es un proceso de cambio cultural muy largo que tiene que hacerse desde lo cotidiano. Las personas tienen que aprender a pedir cuentas y a tener un sentido de lo público, de apropiación de lo público como algo suyo. Por otro la-

do hay que ampliar mecanismos de participación ciudadana y pedir que esos caminos sean también responsabilidad de la estructura política.

Si los códigos autoritarios y de poder están tan enraizados no es en la conciencia ciudadana donde está la solución...

Muchas veces la idea de crear una conciencia ciudadana me parece que es repetir el mismo esquema en que nos hemos movido: el de imponerle a la sociedad una conciencia ciudadana que antes no tenía. Tal vez la cosa es mucho más compleja: es un problema de transición cultural, de cambio en las estructuras que permitan que esa conciencia ciudadana tenga un asidero. Me parece que en el país hay una tendencia de cometer ese error: tratar de cambiarlas como que fuera un problema de educación y es mucho más complejo. *

(14 de febrero de 1999)

Los partidos satanizan los acuerdos mínimos. Y procuran salvaguardar pequeños intereses. El regionalismo y la fragmentación contribuyen.

Los discursos se atrofiaron con la crisis

La reciente crisis del país muestra que subsiste un problema de gobernabilidad. ¿Por qué?

Me da la impresión que hay ciertas palabras clave en el discurso y las prácticas políticas contemporáneas que lanzan una nube de humo, oscurecen las inequidades de la sociedad. Esa manía que tenemos de hablar acerca de establecer consensos, resolver conflictos y establecer plataformas de gobernabilidad. Ninguna de esas tres cosas es posible en una sociedad como la ecuatoriana donde el 70 por ciento de la población es pobre. Más allá incluso de la reflexión institucional, de las competencias del Estado, de la negociación del Estado con la sociedad civil, esa inequidad, la pobreza, la concentración del ingreso y el empleo en el país es lo que está latente y que cada vez que hay una pequeña fisura, emergen. Esto simple-



María Fernanda Espinosa es poeta, politóloga y cientista social. Pertenece al plantel docente de Flacso.

mente visibiliza la imposibilidad estructural de construir una plataforma de gobernabilidad.

Dicen que después de la tormenta viene la calma. ¿Visos de calma o escepticismo?

A pesar de lo doloroso, terrible de la crisis que estamos viviendo hay una cosa positiva: se ha permitido visibilizar las diferencias y la inequidad en la sociedad ecuatoriana. Del caos aprovechamos, en el sentido positivo, por ejemplo, la Conaie y las organizaciones indígenas para expresar su desconcierto, su falta de acuerdo. En muchas de las provincias hay levantamiento incluso independientemente de las negociaciones que a alto nivel se tienen con el Gobierno. Esto da cuenta de que entre la cúpula de la dirigencia indígena y las bases, las dirigencias locales, hay una especie

de desempate de intereses y plataformas. Es decir, ahí ya hay una fisura.

Como ese ejemplo se han evidenciado en los últimos días muchos más -mujeres, campesinos, sindicatos, etc. que indican una inconformidad general y local, dentro y fuera de su propio gremio. También empiezan a surgir otras ideas, como en el caso de las mujeres, que se reunieron y pidieron que se declare inconstitucional el congelamiento de los ahorros. Es decir, cada sector empieza a repensar la crisis.

¿Qué lecciones deja la crisis?

Primero, que hay una distancia tremenda entre los gobernantes y el tejido social. Segundo, queda la constatación de una sociedad heterogénea, diversa, mayoritariamente pobre que se rebela y dice ya basta. Tercero, queda una clara idea de cuáles son las reales esferas de poder que son incluso más allá del aparato gubernamental. Hemos visto, por ejemplo, el poder impresionante de la banca en el país. El sector bancario ha resultado ser -y recién nos enteramos- absolutamente ineficiente, corrupto e incluso echa mano de los ahorros de la clase media para subsistir. Y ha sido tan poderoso que es protegido por el Gobierno, el Congreso. Esa complicidad se evidencia en las medidas que se tomaron. Y cuarto, se vio el verdadero interés de los partidos políticos. La participación del PSC en esta crisis ha revelado cómo se construye un discurso doble. Resulta que el Gobierno era un aliado instrumental y beneficioso en la medida en que cumplía los requerimientos y las demandas del PSC. Cuando vieron que no se podía sostener eso, rompen

alianzas.

Por un lado se habla de la necesidad de pensar en el país. Por otro, se satanizan las alianzas. ¿El discurso político está anquilosado?

Así es. El discurso de los partidos está atrofiado. Los partidos en esta crisis han tenido un comportamiento penoso. En estos días se visibilizaron todas estas disfunciones de los partidos políticos en el país. Todo discurso político tiene relación con posteriores réditos políticos electorales. Cada cual trata de salvaguardar sus espacios de independencia no desde una perspectiva constructiva, sino todo lo contrario.

Un acuerdo para una decisión coyuntural se ve como una cosa antiética, terrible. Desde esa lectura equivocada, cada partido trata de salvaguardar su espacio de independencia pero no por preservar su independencia ideológica o de principios sino por una actitud meramente instrumental y electoral. Eso evidencia una falta de visión de país, de generosidad.

Dentro de esa fragmentación se puso en evidencia, una vez más, el discurso regionalista. ¿Tiene eso que ver con el discurso partidista atrofiado del que habla?

Sí. Existe centralismo y en todas las esferas. Eso es una especie de enfermedad que tenemos que curar. Pero no hay que dejar que el tema regional sea manipulado por las elites políticas. Hablábamos de la famosa herida abierta entre Ecuador y Perú. Yo creo que entre Costa y Sierra hay una herida no resuelta y si pudimos establecer un acuerdo

con el Perú tenemos que establecer un acuerdo intranacional.

¿Cómo establecer acuerdos mínimos en esas condiciones?

Creo que la primera forma para llegar a acuerdos mínimos para que el aparato institucional, las instituciones democráticas y el Estado en sí funcione es reconocer esa fragmentación, inequidad que hay en el Ecuador y no tratar de hacer tabla rasa de ello y decir todos somos iguales para llegar a consensos. En este país, aunque el término esté fuera de moda, son visibles la lucha de clases, de géneros, las luchas interétnicas. Es complicado resolver los conflictos sin reconocer esa atomización y estableciendo principios mínimos de acuerdo, de lo básico. Para eso son necesarios sacrificios de todos los sectores. Y resulta que en esta crisis hay sectores que no han sacrificado nada. ¿Cómo establecer consensos así? Con diálogos abiertos y transparentes en los que se sepa qué va a poner cada uno para afrontar la crisis. En las sociedades superavanzadas, como Suiza, hay un sector empresarial fuerte pero con sensibilidad social. Acá no. En ellas el Estado tiene control enorme sobre servicios económicos.

En ellas se pagan impuestos altísimos para garantizar servicios. Es como que no hay conciencia en las elites del mal negocio que están haciendo. No puede haber un sector empresarial ciego a las demandas sociales porque no es rentable. No puede ser que exista una banca corrupta porque tampoco es rentable. Es necesaria una especie de reingeniería de la cultura política y una recuperación del espíritu de solidaridad.

¿Un problema de las elites?

Creo que lo que ha pasado en estos días es una oportunidad para repensar las responsabilidades de las elites aunque, por las reacciones que ha habido parece ser que no se ha interiorizado sobre el tema siquiera. La única forma de que las elites cambien sus prácticas y su cultura es a través de la polarización de la sociedad. De todas maneras no se puede negar la existencia de la crisis y la obligación que tenemos los ciudadanos de poner algo de parte. El pago del costo de la crisis ha sido inequitativo y esto es solo un síntoma de que el sistema no funciona. Es una forma de autodestrucción. Es importante buscar nuevos modelos de sociedad, nuevas formas de convivencia, de relacionamiento social, de política.

Sin embargo, se ha visto, nadie quiere sacrificar nada. ¿No sabemos, los ecuatorianos, manejar una crisis? ¿O se necesita tocar fondo?

Es verdad que los niveles de la crisis han sido tibios en el Ecuador. Ni cabe comparar nuestra crisis con lo que han vivido los países vecinos como Perú, Colombia, Centroamérica. Pero me parece que es absurdo decir que hay que tocar fondo. Si el fondo es 8 millones de pobres, analfabetismo, una planificación ambiental caótica, un sistema de inequidad, hemos tocado ese fondo. Pero como no podemos determinar dónde está el fondo.*

(21 de marzo de 1999)

** La crisis bancaria había comenzado. El caso del Banco del Progreso fue el detonante. Jamil Mahuad estaba en el poder.*

Los intereses particulares truncan los intentos de llegar a un acuerdo nacional. Más que un problema de gobernabilidad son los egoísmos.

Ecuador no tiene proyecto un nacional



Roque Espinosa es economista y también trabaja en el ámbito de la sociología. Es catedrático de la PUCE y de la U. Andina.

Gobernabilidad y consenso. ¿Dos utopías en el país?

Para hablar de gobernabilidad y consenso hay que empezar rompiendo el mito de lo que es la gobernabilidad y lo que es el consenso. Estos son términos acuñados en los últimos años que apuntan a la idea de que en cualquier circunstancia y en cualquier condición se pueden lograr acuerdos y alianzas. Y esto no es del todo exacto. La sociedad ecuatoriana tiene una historia con altos y bajos y, actualmente, con una profunda crisis en todos los órdenes -económico, político y social-. En esa circunstancia la posibilidad de lograr acuerdos y a partir de eso hacer gobernable este país o definir la gobernabilidad, es muy difícil. La situación de crisis genera casi imposibilidades de generar consensos. Más bien desata todas las contradicciones sociales.

La historia de la democracia ecuatoriana ha sido marcada por la misma tónica: entra un gobernante, al poco tiempo cae su popularidad, nadie quiere hacer acuerdos para no ser 'cómplice'... ¿A qué se debe?

Parece ser que eso es parte de la cultura política del país. Pero en esta circunstancia de crisis eso es aún más agudo. Es agudo porque, entre otras cosas, un gobierno como el actual subió diciendo que sabía qué hacer y que sabía cómo hacerlo. A la vuelta de la esquina nos damos cuenta de que eso no era nada más que parte del discurso para acceder al poder y que en la práctica ha demostrado que puede hacer poco, que tiene pocas propuestas, poca capacidad de decisión y poca capacidad de resolver los problemas del país. El desgaste de este Gobierno ha sido muy acelerado y la

falta de compromiso con los otros sectores tanto políticos como económicos es muy limitada.

El Gobierno ha demostrado por sí mismo que tiene limitaciones y que no tiene respuestas para el país y que las respuestas que está generando son respuestas de compromiso. Pero hay que reconocer también que la clase política y los intelectuales tampoco tienen respuestas en el país. En esa imposibilidad de respuestas tanto del lado del Gobierno como del resto de los actores es difícil formar consensos.

¿Una cultura política de la negación?

Así es. Además, un entrampamiento institucional. Es medio loco enviar una ley donde ya van a subir los impuestos unida y vinculada a una ley que va a desconocer principios laborales y vinculado a un proceso de privatizaciones. Esa es una mala estrategia como para negociar y llegar a mediaciones. Por otro lado, los sectores económicos poderosos no tienen una oferta de país y solo están pensando en sus intereses. Las elites no han pensado en un proyecto de país. No hay un proyecto histórico de país. Y en una crisis como esta se ha vuelto evidente la falta de un proyecto histórico en todos los actores. Eso hace que solo estén pensando en su bolsillo, nieguen todo lo que les afecta directamente y que no haya condiciones para resolver la crisis. Es en ese sentido que no hay respuestas de parte de los distintos actores.

Chávez, en Venezuela, busca un esquema presidencialista. Fujimori optó por el autogolpe... ¿Proble-

mas de gobernabilidad en América Latina?

Creo que hay un tema de fondo que impide que nuestros países sean gobernables. Los informes internacionales del Banco Mundial como del Fondo señalan que América Latina en el 97 tiene la más alta concentración del ingreso. Los informes para el 98 ya señalan que en esta región inequitativa Ecuador, Venezuela y Brasil son de los países que más alta concentración del ingreso tienen, es decir la más inequitativa distribución. Ecuador, ya desde el 95 viene soportando, además, un proceso de deterioro de la calidad de vida e incremento de la pobreza salvaje. Se trata de una cuestión estructural: es una sociedad inequitativa y pobre. ¿De qué gobernabilidad se puede hablar si no hay una oferta para desarrollar lo elemental? La gobernabilidad no es un problema administrativo, no es un problema de acuerdos ni de consensos en una abstracta esfera política. Es la posibilidad de construir las alianzas sobre la base de enfrentar los problemas básicos del país. Y el problema básico del país es la pobreza. Esta es una falla extremadamente seria. ¿Cómo se puede garantizar niveles de calidad de vida cuando la crisis no es un problema de orden fiscal o de presupuesto sino mayor? Son fallas profundas a las que no hay respuestas inmediatas. Es difícil gobernar en países como estos.

El Ecuador, en ese sentido, está sobrediagnosticado. ¿Entonces por qué no pasar de los diagnósticos a los acuerdos?

El tema de gobernabilidad está también sujeto a la transparencia. No se

puede gobernar si no se confía en el otro porque el otro es corrupto. Esta coyuntura demuestra que el país no es transparente en términos políticos. No se puede pactar con el otro si no se cree en él. La sociedad ecuatoriana no tiene proyecto de futuro y ese es el problema más serio. Ningún gobierno nos ha embarcado hacia un horizonte hacia el que estemos convencidos de que debemos marchar.

¿Desde dónde generar ese proyecto del país?

Así como el tema regional, que se ha puesto ahora en el debate, debe surgir ya no exclusivamente desde la perspectiva política sino desde la sociedad, yo creo que un proyecto de país debe nacer de la misma sociedad. Primero, creando una agenda nacional. Un proyecto de país no puede estar alejado de lo que son políticas sociales vinculadas a políticas económicas, no puede ser al margen de un sistema de salud, educativo, de seguridad social, comunitaria, de manejo sustentable como no puede ser al margen de un control macroeconómico eficiente. Un proyecto de país se hace partiendo de que el futuro son las generaciones que vienen y no los intereses particulares de cada quien. Eso demuestra un fracaso histórico de lo que somos. Y necesitamos una agenda concreta de desarrollo en la que participe la sociedad civil.

Si se puede establecer acuerdos de concertación pero con una agenda mínima. Una agenda mínima no puede estar al margen de pensar que la educación es una buena inversión.

Se dice que para ello hay que to-

car fondo...

Hay que ser cínico para decir que nos falta llegar al fondo. En el fondo estamos. La teoría de tocar fondo parte del criterio que a todo punto de bajada tiene que haber un punto de subida. Pero eso no es exacto. Hay países que siguen viviendo en el fondo. Salir de esta crisis nos va a costar mucho esfuerzo, por lo tanto cada vez más nos obliga ir generando salidas a partir de definir temas cruciales para el país.

Usted ha dicho que para crear un proyecto de país hay que dejar los intereses particulares para pensar en los colectivos. ¿Eso implica un cambio de mentalidad desde las élites?

No creo que el país -los distintos sectores que participamos y somos parte de la crisis- hayamos buscado una mínima agenda para trabajar un proyecto de país. Para salir de esa mentalidad de guetos, hay que partir de reconocer nuestro propio fracaso. Este momento nadie tiene una respuesta a la crisis porque no hay una idea clara ni conocimiento mismo de lo que es el país. Es necesario reconocer nuestras propias limitaciones y pensar que esta agenda no va ni en beneficio de unos ni de otros sino del colectivo. Para eso hay que rehabilitar los espacios políticos de diálogo que se han clausurado. La posibilidad de avanzar está en pensar el país como diverso y en que los espacios locales se conviertan en las instancias para inaugurar un proyecto de país. * (18 de abril de 1999)

**Jamil Mahuad no logra consensos en su gobierno y comienza a desprestigiarse su gestión.*

Los intereses particulares hacen que el gobernante de turno sea el culpable de los males del país. El cambio en la noción de ciudadanía es clave.

Al país le falta la ética de la responsabilidad



Carlos Arcos Cabrera es sociólogo y se ha especializado en consultorías a ONG's. Es catedrático de Flacso y de la U. Andina.

Protestas, bloqueo, paros... son síntomas de ingobernabilidad. ¿Por qué el Ecuador no logra superar esta crisis?

Foucault contaba, en 'La historia de la locura: cómo se trataba a los leprosos en la Edad Media: reclusos en los leprocomios. Para ellos el mal, lo malo, estaba afuera. Hay una metáfora hermosa ahí, cuando los hombres procuran el mal fuera de sí. La política opera de esa forma: es más fácil para los grupos económicos, políticos, sindicales, poner en el otro las culpas, lo malo, lo podrido. Es decir, nadie asume su responsabilidad y nadie se pregunta en qué medida ayuda. Impera una lógica implacable en la que toda la responsabilidad de una situación la tiene una persona, un presidente, un ministro, un gobierno, cuando en realidad ellos no son sino uno más de los actores de la sociedad.

Hablar de alianzas en el país es casi como hablar de pecados. ¿Por qué es tan difícil lograr los consensos políticos?

Como no hay responsabilidad compartida no hay necesidad de una salida compartida. Más bien impera una lógica en la que el otro siempre es malo.

Eso nos lleva a la satanización de los acuerdos y de las alianzas: nadie quiere estar con el otro para salvaguardar sus propios intereses. El otro siempre tiene una culpa. El gobernante se vuelve siempre, en la historia democrática del país, un culpable más, un leproso al que nadie quiere acercarse para no contagiarse del mal.

¿Es decir que el ecuatoriano, en general, carece de sentido de responsabilidad social?

Hay una forma de cultura cívica en la que el tema de la responsabilidad sobre

los propios actos no existe. Como ejemplo está solamente el de la deuda. El Ecuador se endeudó. Todos fuimos cómplices del endeudamiento externo. Y ahora es como que 'hay maldad extrema' de parte de quienes se endeudaron y el Estado es el incapaz de hacer las cosas bien. Es decir, nosotros eludimos nuestra responsabilidad como individuos. Esa actitud de responsabilidad ciudadana no se ve solamente en las grandes decisiones del país sino en la cotidianidad. Es una actitud en la que todo ecuatoriano es cero grado responsable. Ejemplos hay un montón: el que se introduce dentro de una cola, el que se pasa sobre la vereda o se pasa el rojo del semáforo, incumple las leyes y saca provecho a costa del otro. Probablemente deberíamos trabajar en una ética ciudadana casi en el sentido que lo planteó Max Weber: como una conducta íntima y pública.

¿Esa ausencia de ética ciudadana es una falla propia de la democracia?

No. Lo que pasa es que somos democratas en lo externo -es decir, votamos, elegimos a nuestros representantes por las urnas- pero somos autoritarios en lo ciudadano. Las formas políticas tradicionales no están en esa línea de mostrar una conducta ética. Ahí es donde hay un desfase de gobernabilidad. Es como que la apuesta más íntima es la arbitrariedad en la crisis y no la contribución para afrontarla. Es el cálculo para saber qué se saca de la situación de crisis y no cómo lo afronta la colectividad. Prueba de ello es lo que hicieron los diputados incluso del Gobierno: no

votaron lo que afectaba a sus propios intereses. Eso no es responsabilidad con el país ni es ético con el país en tiempos de crisis.

¿Esa irresponsabilidad ciudadana es la que hace que se nieguen, por ejemplo, medidas impositivas? ¿Son las élites entonces las que no tienen sentido de ciudadanía?

Hay que pensar nuevamente los valores políticos en la sociedad ecuatoriana. Esos valores políticos están muy vinculados a la ética de la vivencia colectiva. Muchas de las personas que han salido a las calles a pedir no más impuestos seguramente tienen sus apartamentos en los Estados Unidos y ahí sí pagan religiosamente sus impuestos. Estoy seguro de que aquí se pasa un rojo, en otro país no lo hace y se comporta como buen ciudadano. Es una especie de conducta esquizofrénica en la que allá son responsables y acá no. Ante actitudes esquizoides la cultura política ecuatoriana es como si requiere obstáculos físicos para tener evidencia de la ley.

La impuestofobia, en el fondo, es mentirosa, porque todos sabemos que la mayoría de grandes empresas del país no paga impuestos, que declara menos gracias a las mismas trampas de la ley. Creo que esa impuestofobia de algunos sectores no es sino un acto de poder.

¿Un acto de poder con qué sentido si luego, el que tiene el poder tiene la culpa?

Un acto de poder primitivo que atiende a los más inmediatos e infantiles intereses. Claro que hay intereses económicos y políticos poderosos de ciertas élites pero a eso se suma una ausencia

real de propuestas, de fórmulas viables. La descentralización, por ejemplo, puede ser una renovación del país, puede darle un nuevo rostro, pero siempre y cuando no esté ligada a apetitos voraces de poder económico. Esa sería en cambio una fuerza destructiva.

¿Coincide con aquellos criterios de que no hay un proyecto de país, un proyecto nacional?

Mirando a Latinoamérica uno puede ver que hay países con fuerte personalidad. Pienso en Bolivia o México que, desde sus crisis profundas, han logrado construir una nación dentro de un proceso dramático.

Creo que el Ecuador nunca encontró un momento así. El viejo legado colonial no tuvo un crisol para, a partir de la crisis, crear un nuevo país. Es como que un sentimiento de vacío dominara en la construcción del país.

¿Cree que a partir de la crisis sí se pueda construir el país?

La historia de la democracia tiene dos valores: uno, el reconocer la diversidad a través del levantamiento indígena. Y dos, el tema del conflicto con el Perú. En la época del 41 el tema nacional excede al país y el país cobra conciencia de sí mismo, de tener piel. Si la sociedad tomó conciencia de estos dos hechos y los resolvió es una muestra de que sí se pueden dar pasos valientes y construir un sentido de país.

Para ese proyecto nacional se requieren liderazgos. ¿Los hay o son también muestra de la cultura política sin responsabilidad social o ciudadana?

Creo que hay dos tipos de liderazgos:

uno, el del tipo que grita, otro, el que tiene la serenidad para salir. No creo que ese es el problema. El problema está en cómo, desde los ciudadanos, asumir la responsabilidad en la definición de nuevas salidas.

Puede ser utópico pero creo que si cada quien hiciera bien su trabajo, desde su mínimo espacio individual, sin echar la culpa sobre otro, se podría sacar al país adelante.

¿Propone una salida que implique cambios en las formas éticas de conducta?

Hay una diferencia en la ética de la responsabilidad y la ética del compromiso. Mucha gente en el país se mueve en la ética del compromiso y no en la ética de la responsabilidad.

La ética del compromiso no mide las consecuencias, la ética de la responsabilidad sí. Tal vez una salida estaría en una mediación entre esas dos éticas. Pero creo que es importante resaltar que, en el último tiempo, sí se ha encontrado que la gente ya está cansada, que no quiere protestar, que quiere trabajar, que quiere contribuir con el país. Ese es potencialmente un cambio en la mentalidad y en la ética de la responsabilidad. *

El consumidor ecuatoriano *no conoce sus obligaciones. Hay desconfianza y falta de relación entre impuestos pagados y servicios recibidos.*

La crisis es la escuela para la ciudadanía



María José Troya es licenciada en derecho. Trabaja en la Tribuna del Consumidor y desde ahí ha hecho campañas de defensa.

A la hora de hablar del consumidor se habla de sus derechos y exigencias, pero no de sus obligaciones. ¿Eso hace parte de un malentendido de la cultura ciudadana?

Los consumidores tienen derechos y obligaciones. Entre las obligaciones está reclamar, el estar activo en relación a lo que son sus derechos, asociarse y juntarse para actuar en lo que está mal. Esto no se ve en el Ecuador porque los ciudadanos son muy pasivos, incrédulos ante cualquier reclamo y desconfiados de la justicia. De la misma manera que no hay una cultura del pago de impuestos, por ejemplo, no hay una cultura de exigencia frente a los derechos.

¿Se puede hacer un perfil del consumidor ecuatoriano?

Es muy desconfiado. No cree que se pueden solucionar los problemas. En este país la experiencia es que se presen-

tan quejas y difícilmente se dan soluciones. La colectividad no cree que el infractor va a ser sancionado. Al mismo tiempo es una actitud de comodidad, de no darse el trabajo de reclamar, de decir 'total, ya pasó'. No somos un pueblo exigente.

¿Por qué el ecuatoriano es pasivo como consumidor?

Creo que hay varios aspectos. Uno, tiene que ver con el desconocimiento de los derechos y otro con el tipo de sociedad que hemos vivido. Hemos vivido en un tipo de sociedad proveedora, un Estado proveedor que, hasta hace muy poco tiempo subsidiaba los servicios o los daba gratuitamente, y eso ha hecho que el enfoque siempre esté desde el proveedor y no desde la demanda o el consumidor. Las personas están muy vinculadas a la idea de que 'a caballo regalado no se le mira los dientes' o de 'lo que me

dan gratis o no me cuesta mucho no tengo por qué reclamar'. La gente reclama por lo que más le cuesta y le afecta. Eso le ha hecho pasivo al consumidor ecuatoriano.

¿Tiene algo que ver la autoestima del ecuatoriano con su falta de exigencia?

En parte sí. Pero el tema de la autoestima es muy complejo. Hay como un miedo al reclamo, como sentirse en situación de inferioridad frente al que le está vendiendo. Pero eso tiene que ver por qué en el Ecuador no ha existido mucha competencia. Es como en un pueblo chiquito en el que hay una única tienda. Ese dueño de la tienda es el jefe porque es quien es el único que provee de alimentos al pueblo. Ese dueño se puede dar el lujo de tratar mal al que le reclama y nunca volverle a vender... y el cliente no podía reclamar.

No existen los suficientes espacios de competencia que a uno le permitan escoger y tener a disposición bienes a buen precio y de buena calidad. Eso le pone en situación de poder al proveedor frente al consumidor.

En una sociedad en la que no se pagan impuestos -es decir, todo el mundo los evade o busca cómo evadirlos- ¿cómo crear una cultura tributaria?

Creo que eso tiene que ver con las características que tuvo el Estado ecuatoriano. El paternalismo y los subsidios que dio en algún momento, hizo que se descuidaran las recaudaciones de impuestos. Es decir, como no se necesitaba, no se creó una cultura tributaria ni se incentivó el pago de impuestos. Aho-

ra no existe ese recurso que era el petróleo y hace falta ir hacia los impuestos y empieza el problema. No se ha trabajado desde el Estado en lo que serían sistemas de control y recaudación por un lado y mecanismos de educación y sensibilización a la ciudadanía.

Hay desconfianza entre lo que el Estado recibe por tributos y lo que da en servicios. ¿Es tarea del Estado devolver esa confianza para cambiar esa cultura o es tarea de los ciudadanos exigir que se den mejores servicios?

En otros países hay una relación muy clara entre los servicios recibidos y los impuestos pagados. Acá no. Pero tampoco hay una cultura tributaria porque nadie siente que ha recibido nada del Estado habiendo pagado los impuestos. Para cambiar esa cultura tributaria solo hay una forma: la educación, el conocimiento. Quizá hay otros mecanismos de cambiar esa cultura con estímulos. Alguna vez, cuando se hablaba de la facturación, se intentó hacer campañas. Pero es un círculo vicioso en el que no hay confianza mientras no se vean los servicios.

¿Esa actitud paternalista del Estado de la que usted habla incide en que el consumidor no exija facturas, por ejemplo, o no pague sus impuestos?

Tanto Estado como sociedad civil tienen su responsabilidad en el tema. Son las dos caras de la misma moneda. Hay una discusión un poco teórica de cuándo estarían los sujetos amparados bajo un régimen de consumidores. Esa discusión dice que solamente hay am-

paros de derechos de consumidor cuando hay una situación onerosa, cuando se ha ejercido a un pago por un derecho o un servicio. Hay otra visión en la que los ciudadanos estamos consumiendo una serie de cosas que todavía son gratuitas o que las estamos recibiendo porque pagamos nuestros impuestos, es decir, que sí se ha ejercido un pago. Es decir, somos usuarios de vías, aguas, en fin, de lo que se supone que es tributario. No exigimos porque o tenemos la mala conciencia de que no hemos pagado o porque no tenemos conciencia de que estamos pagando. Una visión correcta del consumidor es el yo exijo porque yo pago mis impuestos. También estamos acostumbrados a que nos den las cosas y no hacer mucho por lo que hemos recibido.

Todo el mundo sabe que el Estado no tiene dinero. Y a la vez hubo una campaña política fuerte llamando al no pago de impuestos. ¿Dónde está la responsabilidad ciudadana?

Las responsabilidades ciudadanas van a empezar a surgir a partir de las necesidades que sienta la ciudadanía frente a la crisis. El momento que comiencen a costar más los servicios la gente va a ser más exigente con esos servicios. Quizá los ciudadanos vemos muy lejana la retribución del pago de impuestos. Los grandes impositores que no pagan sus impuestos han tenido una actitud muy cómoda y han pensado que eso es parte de un privilegio, hay muchos sectores informales que tampoco han pagado, y también hay muchos ciudadanos que sí pagan sus impuestos a tiempo y que no

ven servicios a cambio.

Ahora hay una serie de reglamentos tributarios que necesariamente requieren que el usuario tenga facturas sobre su mercadería. Pero en el Ecuador no hay esa costumbre. ¿Qué alternativas hay para que esos deberes del consumidor se cumplan?

Eso tiene que ver con el control y con los incentivos. En otros países han hecho loterías tributarias. Si se hicieran sorteos con las facturas de las personas que han pagado el IVA, por ejemplo, no solamente que la gente estaría exigiendo sus facturas sino que eso le serviría a los entes de control tributario para definir quiénes pagan y quiénes no. Es decir, eso funcionaría y no solo la amenaza de que le pueden quitar la mercadería si no tiene los papeles en regla. Más a largo plazo solo la eficiencia del Estado puede hacer cambiar esa cultura.*

(13 de junio de 1999)

**La Ley de Defensa del Consumidor entró en vigencia un año más tarde. Todavía no hay conciencia acerca de los derechos y deberes.*

El verbo que mejor sabemos *conjugarse* es *esperar*: *esperamos del Estado, de la política, de las instituciones. Se mantiene la visión paternalista.*

Arriesgamos el futuro por este presente

¿A qué se debe esa continua negación y ese constante pesimismo de los ecuatorianos? ¿Simple respuesta a la crisis?

No solo es el impacto de la crisis la causa del agobio emocional que estamos sufriendo los ecuatorianos. Existen muchísimos aspectos que se están conjugando ahora. Uno de estos puntos es el sistema de relaciones que tenemos con el Estado, con la política, con la historia, con la ética, con la estética de vida. Las relaciones que tenemos con la ciudad, con el barrio, con los conciudadanos. Entre las actitudes más comunes está aquella pasivo-dependiente con la que nos vinculamos con las instancias mencionadas y también es una actitud con la que nos vinculamos frente al mundo.

¿En qué se expresa esa pasivo-dependencia?



Cecilia Jaramillo es psicóloga. Ha trabajado en proyectos comunitarios y de desarrollo social. Tiene su consultorio particular.

Entre otras manifestaciones, creo que se expresa en eso de siempre tener una actitud de espera, de que nos 'den haciendo', nos 'den diciendo', nos 'den pasando las crisis', nos 'den representando en el Fondo Monetario', y hasta que 'nos den gritando'. El verbo esperar es el que mejor se conjuga en este país como un modo de hacer vida política de tipo clientelar. Con el clientelismo aceptamos ofertas y demandamos cumplimientos. Y de esta forma no creamos modalidades diferentes para construir, primero, relaciones diferentes para luego interactuar de modo distinto. Nos falta creatividad. Esta pasividad y la espera nos llevan a que, además, seamos tolerantes: toleramos el engaño, la mentira, el atropello. Porque también tenemos un modo engañoso de relacionarnos con la historia, con la geografía, con la pobreza, con la riqueza.

¿Un modo engañoso de ver también al Estado?

Así es. Le damos, en estas condiciones, al Estado características y cualidades que no tiene. Por ejemplo creemos que el Estado es omnipresente, omnipotente, omnisciente, cuando realmente no es nada de esto. Deberíamos considerarlo como una institución más de las tantas que hay e incluso deberíamos considerarlo una institución inoperante. Sin embargo seguimos esperando, unas veces con la mano extendida, que es algo vergonzoso, otras, con la mano recogida dando golpes, a que nos dé algo. Y si no se nos da algo, nos agobiamos, amenazamos o chantajeamos.

¿Cómo entender esa cultura de la amenaza, del chantaje, cuando, ni siquiera hay propuestas de caminos a seguir?

Es parte de la misma situación de pasividad. Estamos amenazando para que se nos dé algo, no estamos amenazando con un cambio de actitud. Lo hacemos con la idea de construir nuevas formas de relación. No pienso que es solo la desesperanza sino una especie de agresión que estamos devolviendo al Estado porque nos sentimos agredidos.

Ese negativismo, esa amenaza, no tiene ningún radio de acción para después. Es simplemente una negación a que nuevamente nos creemos una ilusión óptica y nos creamos en la necesidad de botar a otro gobierno para que venga uno nuevo que sí nos dé algo. Ese negativismo está siendo manejado políticamente, porque somos tremendamente inmediatistas, no vemos el futuro más allá y tenemos que recibir de for-

ma inmediata. A lo mejor eso no está siendo canalizado hacia las protestas contra el Gobierno porque la clase política se ha inventado una nueva forma de hacer campaña.

Detrás de todo eso siempre tiene la culpa un gobierno. ¿Por qué?

Eso corresponde a esta actitud pasiva. Como no me 'dan haciendo' el culpable es la instancia a la que hemos acudido y no nos cumple. Siempre hay un culpable: el político, el gobierno, la autoridad. Creo que este es un momento como para vernos a nosotros mismos, por dentro, y preguntarnos qué pasa con nosotros, por qué es que no podemos crear otras modalidades ya no de subsistencia sino de construcción de algo diferente.

Se dice que de las crisis salen las oportunidades. ¿No las podemos visualizar todavía?

Lo que pasa es que no vemos que nosotros mismos podemos hacer las cosas. Así la crisis se irá alargando, como se ha alargado hasta hoy. Vivimos en una crisis constante con mayor o menor sintomatología, porque no adoptamos una postura de reflexión sobre lo que hacemos sino que esperamos siempre la resolución desde afuera. Llegar a la crisis no es tan negativo como parece en tanto encontremos en ella respuestas. La crisis es un lenguaje, un código que muestra que no hemos estado haciendo las cosas bien y que nuestras estrategias ya no nos sirven, que esa actitud pasivo-dependiente debe cambiar.

¿Qué pasa con la clase política? ¿También enferma de pasivo-dependencia?

Al político también le falta lo que nos falta a todos los ecuatorianos: una visión comunitaria, de país, esa es la tragedia de este país. El político mientras un proyecto no le sea favorable a su partido o a sus intereses, simplemente no lo deja pasar. No lo hacen con sentido de país como dicen en los discursos demagógicos. Lo hacen por intereses. Mientras no tengamos ese sentimiento y preocupación nacional, comunitario, siempre vamos a estar divididos en grupos y defenderemos intereses particulares. No sabemos interrelacionarnos para funcionar integrados en un proyecto común. Mientras yo sienta que me perjudica una ley me voy a oponer... eso no es sino la oposición interesada.

Se dice que es casi imposible hacer consensos, acuerdos mínimos. ¿Una respuesta a ese gregarismo del que Ud. habla?

Insisto en que hay que aprender a manejar los disensos. El gran consenso es un poco necio, pero sí ayudaría al consenso, considerando los disensos, el hecho de tener una visión comunitaria. Lo que pasa es que actuamos de una manera excluyente.

En los días más agudos de la crisis los distintos sectores protestaban por cosas distintas hasta que se juntaron todas las demandas posibles. ¿Una posición egoísta e individualista?

La cultura del 'sálvate a ti mismo' que ya venimos mentalizando pero con la contradicción de que 'a mí me tienen que dar'. Esto lo explico desde eso de que 'es mi vida', 'mi supervivencia', 'mi conveniencia', 'mi proyecto', mi... y

mientras que a 'mi se me complazca', el resto no importa. Por eso cada grupo va tomando lo que más le conviene y en eso se va perdiendo la noción de lo que le conviene al país.

Queda la sensación de que se quisiera que las cosas permanezcan tal como están, que no estén ni mejor ni peor. ¿Miedo al cambio o a ceder posiciones?

Es parte de la postura pasivo dependiente. Nos habituamos a vivir de este modo y el hecho de tener que crear nuevas modalidades de vida significa alguna renuncia o alguna obligación.

El no cumplir con las obligaciones ciudadanas, el no ceder, ¿no es acaso una respuesta a la poca credibilidad que se le tiene a las instituciones?

No creo que sea falta de credibilidad. Más bien tenemos mucha credibilidad, por eso esperamos que "nos den haciendo". Creemos demasiado en las instituciones y les damos demasiadas cualidades. Donde no hay credibilidad es en nosotros mismos, no creemos en nuestros propios recursos, en nuestras posibilidades, en nuestros talentos, en nuestras habilidades. Tenemos ese sentimiento de que necesitamos que nos protejan, que nos cuiden, que nos guíen. Tenemos terror a tomar una decisión porque tenemos pánico al error. Sí queremos cambiar tenemos que arriesgarnos. Tampoco somos arriesgados hacia adelante, es decir, nos arriesgamos para atrás, nos arriesgamos a perder el futuro por mantener este presente. *

(25 de julio de 1999)

Un proyecto nacional no es inamovible. El análisis de los procesos en los que la nación ecuatoriana fue creada es indispensable para entenderla.

Ecuador ha perdido sus rituales cívicos



Guillermo Bustos es historiador. Estudió en Flaco, Ecuador y en Michigan. Es profesor de historia en la U. Andina.

¿A qué se debe el descrédito o la poca legitimidad frente a las instituciones en el Ecuador?

La crisis en la que ha entrado el Estado ecuatoriano no necesita de mayor argumentación. Sin embargo sí se pueden hacer algunas observaciones, especialmente en la medida en que el debate se concentra en el Estado. La dinámica política focaliza los conflictos en el Ejecutivo, en el Presidente de la República, como si fueran los únicos integrantes del Estado. Esa pérdida de legitimidad tiene que ver con el descrédito al que se ven abocados los gobernantes frente a sus ofrecimientos. Eso es hasta cierto punto comprensible pero el Estado no es solamente el Presidente. Encarna también a la Función Legislativa y la Función Judicial.

El ciudadano común ha dejado de creer no solamente en el gober-

nante sino en las funciones Judicial y Legislativa. ¿Por qué esa erosión?

Por la crisis. Lo que está sucediendo ahora en las cárceles ecuatorianas muestra una faceta peligrosa de la descomposición del Estado. Uno de los atributos fundamentales de cualquier Estado está en la administración de justicia. Cuando esa administración de justicia no está funcionando lo que viene es una pérdida de confianza en la autoridad, en las relaciones sociales. Es una evidencia de algo que ocurre más a fondo en la sociedad ecuatoriana y que es la erosión de una suerte de fundamento ético, moral, en la medida en que la gente pierde confianza porque se ve vulnerada en un conjunto de derechos fundamentales. Hay un conjunto de manifestaciones que expresan esta erosión del vínculo social en la cotidianidad y en el poder.

Algunos analistas hablan de la carencia de un proyecto nacional como la culpable de esa carencia de espíritu cívico de los ecuatorianos. ¿Cómo ve, desde la historia, ese punto?

Hay la idea de que el Ecuador carece de una identidad nacional. A veces se citan casos como el de México y Francia, países que tienen identidades nacionales sólidas, pero no es tan cierto. No es que el Ecuador sea el único en el contexto latinoamericano que carece de nacionalismos. La identidad nacional nunca se encuentra ya consolidada y siempre en un proceso de evolución histórico en el que interactúan fuerzas, grupos, ideologías. Cuando se funda el Estado Republicano en el siglo XIX, no existía tampoco un proyecto nacional estructurado.

Durante buena parte del siglo XIX la fundación del Estado nacional tiene un fundamento religioso. El proyecto de García Moreno, a quien se reconoce como uno de los que consolidó o estableció un nivel importante de integración en el Ecuador, su proyecto nacional descansaba sobre una base religiosa. Ese proyecto criollo religioso que pervive en el transcurso del siglo XIX es desafiado con la Revolución Liberal en donde se busca establecer un fundamento laico al Estado que está a su vez relacionado con la idea de mestizaje. La idea de la nación mestiza está estructurada en términos raciales y racistas porque la comprensión del mestizaje es una comprensión de base racial: una cuota indígena una cuota española. Hoy en día lo que estamos viendo es cómo ese proyecto ha sido desafiado por una visión que recla-

ma un pluralismo, un descentramiento que busca rever ese proyecto.

En el sector político no se ve una idea de nación... ¿Se está realmente rehaciendo esa nación?

Por un lado el Estado en crisis, por otro la idea de nación o del proyecto nacional cuestionada, creo que hace ver que estamos asistiendo no hacia un proceso de desintegración sino a un proceso de articulación. Aunque sea manida la frase de que los momentos de crisis son los que auguran porvenir, creo que es cierta. Creo que estamos asistiendo al cuestionamiento de todas las instituciones y eso implica también reconstitución del Estado. En ese sentido soy más bien optimista.

¿En qué momento se perdió esa legitimización de las instituciones del Estado?

Las instituciones pierden credibilidad cuando no funcionan de acuerdo a las expectativas que tienen los ciudadanos, por un lado. Por otro, cuando se revelan ineficientes. No únicamente el Estado se revela como ineficiente o como un espacio de la corrupción sino que también las instituciones privadas. La banca se ha revelado como ineficiente, y como un espacio donde ha campeado la corrupción. Esto no es un problema solo de un Estado al que la sociedad civil le acusa de impuro o corrupto sino que se ha trasladado a varios espacios que conforman la sociedad ecuatoriana.

Al hacer una revisión de los 20 años de vida democrática se ve que los ciclos se repiten: un Gobierno que se debilita a los pocos meses, un Congreso que se opone

a él y luego las alternativas que son casi siempre pensadas como créditos electorales. ¿Por qué? ¿Qué se ha construido en estos años de democracia?

Creo que uno de los problemas centrales tiene que ver con el ejercicio de la ciudadanía. ¿Qué ciudadanos hemos construido en estos 20 años? Y creo que ahí está uno de los principales problemas del país: un ciudadano que es producto de un Estado rentista, es decir, que ha vivido de las rentas del petróleo y un ciudadano que se niega a pagar impuestos, que no quiere hacer su parte. Un ciudadano que aprendió sus símbolos patrios de manera memorística y tradicional y que no encontró otros significados en los espacios rituales cívicos. Un sistema educativo que antes enseñaba de memoria fechas y hechos y que hoy acude a las famosas 'consultas' con aberraciones pedagógicas como que los niños en la primaria aprenden sobre las secuencias de los modos de producción...

¿La pérdida de los signos de ese ritual cívico implica la creación de otros signos que unifiquen a la nación?

No necesariamente. Pero sí se necesita reforzar la enseñanza de una historia que ayude a entender el paisaje social en el que se está inmerso. Es decir, a los signos hay que darles lecturas diferentes. Eso pasó con el tema Ecuador-Perú. Las distintas dinámicas enseñaron a que aquella historia de tratados se vuelva una historia más rica que ayude a comprender el paisaje social.

¿Eso ayudaría a la construcción

de una nueva ciudadanía?

Posiblemente. Creo que la redefinición de la ciudadanía y su ejercicio responsable y solidario en la democrática es una tarea colectiva. Esa tarea le compete a la educación en primer lugar, al ámbito político le compete trabajar las referencias simbólicas y a la opinión pública, a los medios de comunicación, orientar a esa ciudadanía como instituciones confiables. Estas tres instancias tienen la responsabilidad de sensibilizar y de trabajar en la redefinición de signos y símbolos y en la construcción de rituales cívicos que permitan la redefinición de la nación.

¿Qué se le puede pedir a la clase política cuando ha dado muestras de deslegitimación y descrédito como ahora?

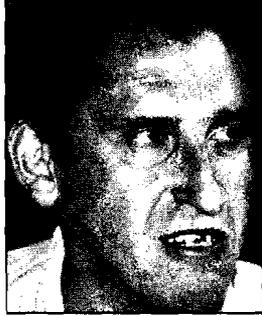
Los políticos y el Estado tienen una responsabilidad. Las elecciones son siempre momento privilegiado para que la gente sienta su conformidad o incomformidad con los partidos. Pero otras instancias, en términos de la sociedad civil, está en la rendición de cuentas, una manera de ejercer presión y de trabajar con cierta participación social y responsabilidad. *

(15 de agosto de 1999)

**El gobierno de Jamil Mahuad comenzaba a debilitarse. Paros, huelgas, protestas y acuerdos entre Congreso y Gobierno.*

Hay voces que se pronuncian por salidas 'estilo Chávez' para el país. Eso tiene que ver con una cultura política de tradición virulenta.

La sociedad ecuatoriana es autoritaria



Alexei Páez es sociólogo, profesor de Sociología Política de la Universidad San Francisco. Ha trabajado también en Flaco.

El país reclama, en los últimos años, un perfil de político de 'mano dura'. ¿Por qué?

El país a veces tiene una nostalgia por la antigua gran clase política, perdiendo de vista lo que ha sido la historia política. Si asistimos a lo que fueron los debates de la Asamblea del 67, encontraremos casos como el de Levy Castillo que saca dos tacos de dinamita -falsos, por cierto-, los pone sobre la mesa y los enciende provocando la desbandada de todo el mundo. Había balazos, golpes, agresiones. La política ecuatoriana ha sido virulenta. Si alguna característica particular han desarrollado los políticos como estilo propio es que todos han sido polemistas desde los orígenes de la República. Lo que pasa es que en el contexto actual eso se dramatiza porque los representantes de los distintos estratos carecen de cierta sutileza e ingenio intelectual de la que disponían los anti-

guos y grandes parlamentarios, pero el estilo y el cinismo es el mismo. Con un agravante: de acuerdo a cada región, el discurso político se reviste de nuevas características.

Quizás existe un estilo serrano y un estilo costeño. Entonces, ¿cómo hablar de unidades?

Hay varios subestilos regionales de político. El estilo costeño aparece y se legitima como más activo, más directo. Convoca más emociones que razonamientos, se posiciona desde perspectivas más viscerales que desde perspectivas analíticas. Se habla de la honestidad del político costeño y de la hipocresía del serrano. El político serrano clásico es más tradicional, adusto, formal, o se recubre de un discurso analítico. No digo que el político costeño carezca de análisis ni que el serrano carezca de visceralidad, sino que los elementos que discursivamente se priorizan para legiti-

marse como presencias políticas, son esos.

El discurso autoritario aparece como posibilidad de unificación en el imaginario colectivo. ¿Un problema en la cultura política ecuatoriana?

La sociedad ecuatoriana es una sociedad esencialmente autoritaria en el plano cultural y esencialmente fragmentada en lo social y en lo político. Ese reclamo de unidad detrás de una gran figura paternal, en el peor sentido autoritario y victoriano del término, forma parte del imaginario de una sociedad que ha sido incapaz de desarrollar dinámicas y procesos democráticos. El problema de autoritarismo no está en los dirigentes políticos sino en la raíz de la sociedad. Esa exigencia cultural de autoridad y de poder se contrapesa con una realidad social de fragmentación que imposibilita que esa autoridad pueda ser reconocida como legítima por todos los actores. Por lo tanto, cuando aparece un sujeto con el intento de ejercer el autoritarismo se topa con una sociedad fragmentada en varias sociedades, distintos grupos de presión y de interés. Todos piden un modelo autoritario pero un autoritarismo a su gusto, a su medida. Un modelo autoritario tradicional, napoleónico y bonapartista como dice la teoría política, o sea alguien que está por encima de las fracciones de clase, de los sectores y de los intereses y que pueda unificar a todos, es una utopía.

Se dice que León Febres Cordero es el dueño del país. La imagen del patriarca prevalece. Sin embargo,

cuando estuvo en el poder, su estilo autoritario fue cuestionado. ¿Por qué?

Febres Cordero logró gran nivel de consenso entre las elites con esa manera de ejercer el poder. Pero chocó con otros grupos sociales, levantó un proceso político virulento y, por sus propias manos cortó las bases sociales de apoyo a su ejercicio autoritario.

Su presencia como patriarca tendría que analizarse desde las culturas políticas locales. Cada sector regional ecuatoriano ha construido distintas formas de representación del poder. En el caso del quiteño, el poder está representado más en las instituciones del Estado. En el caso cuencano existe una mayor solidez o vinculación orgánica entre los distintos grupos sociales y elites que hacen sea una sociedad más abierta a nuevas formas de liderazgo. En el caso costeño, las elites oligárquicas y tradicionales han logrado construir una legitimidad y una centralidad representativa del poder. En ese sentido, Febres Cordero reproduce la lógica de la plantación cacaotera, una lógica que ha sido legitimada frente a la sociedad en la cultura política cotidiana.

En contraposición a ese estilo aparece Mahuad... Pero ese liderazgo teórico, académico, racionalista, no empuja a la sociedad. ¿Dónde está el desfase?

El problema de Mahuad no es un problema de discurso, es un problema de posiciones dentro del complejo campo de fuerzas políticas en una situación de crisis. El discurso de Mahuad lo conocíamos desde siempre y

los medios lo sacralizaron como un estilo moderno, contemporáneo, académico, sensato, digno de un país que va hacia el siglo XXI. El problema del discurso es que cae en un vacío societal en condiciones de crisis en las cuales todos los grupos sociales pelean por un espacio de poder y los grupos más poderosos, la bancocracia, la oligarquía, imponen su agenda. Un discurso de ese tipo podría tener resonancia en procesos de activación económica, en procesos de desarrollo del Estado debido a la existencia de recursos.

¿Cómo llenar ese vacío?

Construyendo sociedad. Eso implica buscar la confluencia, la convergencia de los actores, pero no una convergencia abstracta, no en el término que César Montúfar planteó acerca de la falacia de acuerdo y consenso. ¿Acuerdo y consenso para servir qué intereses? La única posibilidad de llenar ese vacío societal es servir los intereses de los sectores poblacionales más golpeados con la crisis y no a los intereses de los sectores económicos y las elites depredadoras de este país que han usurpado la representación y manejan radicalmente todas las estructuras de poder real de este país: la bancocracia, los exportadores, importadores, etc.

Muchos han planteado a voz en cuello la necesidad de un Chávez ecuatoriano en función de desbloquear al país. ¿Es posible en medio de un vacío, incluso de liderazgos?

El imaginario autoritario de la sociedad es una inercia contra la que tenemos que luchar totalmente. Aunque no creo en esa salida autoritaria, creo que

es posible. Por varias razones: por la misma redefinición de los papeles de las Fuerzas Armadas; por el descontento general y la desconfianza hacia la clase política tradicional. Pero la posibilidad de que un Chávez ecuatoriano triunfe son más limitadas que las de un Chávez venezolano que triunfó, no por un golpe radical, sino por el agotamiento de las políticas tradicionales. A pesar de estar llegando a ese agotamiento, no se ve, dado el grado de descoyuntamiento del sistema político, de disolución de la legitimidad del Estado, la falta de confianza en torno a sus líderes, un escenario de ese tipo no es imposible. Otro escenario es el emerger de un liderazgo carismático desde dentro de la sociedad, pero eso es más difícil.

¿Por qué es más difícil? ¿No hay líderes en los movimientos sociales?

Lamentablemente las elites emergentes, las elites de los movimientos sociales, las dirigencias sindicales, los partidos opositores, tienen exactamente las mismas lógicas, las mismas prácticas y los mismos enfoques de las políticas de las elites tradicionales. Es decir, son clientelares, patrimoniales, corruptas, salvo pocas excepciones. Desde la sociedad civil tendría que emerger algún personaje absolutamente mágico y carismático desconocido totalmente, espontáneo y que golpee las estructuras de una democracia electoral que está ya agotada. * (5 de septiembre de 1999)

**El estilo académico del Presidente Mahuad contribuyó a que su imagen se desprestigié. Cinco meses después salió del poder.*

La frontera norte se volvió el centro de atención y 'fortín de guerra'. Mientras la población no sea atendida habrá estallidos de violencia.

La Amazonia ha vivido años secuestrada

Colonos, comunidades indígenas, petroleras, guerrilla... ¿En la Amazonia se vive un estado de conflictividad permanente y nadie se ha percatado?

No creo que exista una realidad de una guerra permanente. Que la sociedad civil de Sucumbíos esté empeñada en ser atendida no significa un estado de guerra permanente. Significa que una sociedad hace uso de un reclamo justo. Un reclamo que le compete por ser una zona en la cual el país pone la confianza para hacer su presupuesto, una zona de la cual extrae, sin misericordia, los recursos y sin embargo nadie pone atención suficiente a las necesidades de esa población. La sociedad civil de Sucumbíos quiere avanzar, efectivamente conciliando los pareceres, avanzando a un futuro mejor. ¿Acaso no es justo que los Cofanes puedan ser aten-



Gonzalo López Marañón es obispo de Sucumbíos. Perteneció a la Orden Carmelita y trabaja con comunidades indígenas.

idos en un reclamo como ese donde fueron agredidos sus derechos históricos? Ejemplos de esos hay muchos, pero si no existiera reclamo sería no tener conciencia de la propia identidad.

¿Cómo se entiende esa participación? ¿Acaso se justifica el reclamo violento?

Yo creo que esa participación se entiende haciendo sentir a las instituciones del Estado y de Sucumbíos, que en Orellana, existen seres humanos que viven en la zona, y que no son únicamente un producto para dejarlo abandonado luego de explotar sin misericordia la región. No se justifica la violencia pero lo que ocurre es que esta sociedad quiere encontrar los caminos de diálogo y persuasión ante el Gobierno para poder tomar el futuro con más responsabilidad y hacerse cargo de su propio futuro. Los daños petroleros transcurren y la re-

gión de Sucumbíos y Orellana jamás fue consultada. Ahí está, por ejemplo, el tema del oleoducto nuevo: está el incremento petrolero, pero la población no estuvo de acuerdo. Hay un organismo en Sucumbíos que se llama la Asamblea de la Sociedad Civil, hay la Asamblea Popular, hay otro tipo de instancias que queremos que conjuntamente con las autoridades sean escuchados. El problema que tiene el Gobierno es que nuevamente se alarma ante un hecho como el actual de un secuestro, y ahí voltea los ojos a la zona.

Pero ya hace muchos años que está secuestrada la población de Sucumbíos y nadie se enteró. Lo que queremos es que se sienta este clamor porque es un clamor totalmente justo. Nosotros creemos que debemos ser atendidos, tenemos todos los medios para que el país y el Gobierno se enteren de que aquella población está secuestrada no por unos días, sino por muchos años.

En zonas tan susceptibles como ella se hace fácil la incursión de una violencia extrema. ¿Cómo evitarlo?

Yo creo que las propias FARC han dicho y reiterado que no tienen la pretensión de estar incursionando en el Ecuador. Una cosa es lo que se teje y se maneja en Quito, en los medios de comunicación, por medio de las autoridades ... y otra cosa es la vida real. Y la vida real es que entre ciudadanos ecuatorianos y colombianos existe una total armonía y paz, pero cuando surge una cosa de éstas de inmediato se dice que se montan operativos y aparecen unas nubes de humo impresionantes. La vida del

pueblo allí transcurre con los problemas habituales de un pueblo que ha sido especialmente marginado por gobiernos que no han tenido conciencia suficiente de estar viviendo del petróleo y de no querer hacer nada por la población.

¿Cómo evitarlo? Pues atendiendo a las poblaciones, a la sociedad civil, atendiendo a las necesidades de quienes viven en la zona. Hoy se discute el presupuesto del país en el Congreso, se confía en gran medida en el petróleo. Pero todo se discute desde lejos, como grandes teóricos, buscando el balance presupuestario sin que signifiquen nada las poblaciones de allá. Nosotros, como sociedad civil queremos tomar parte, porque así lo manda la Constitución, y porque se ha visto que si esto se confía solo a los políticos, estamos muy mal.

Las organizaciones no gubernamentales han estado ahí. Pero no se ve resultados concretos. ¿Cómo define su papel? ¿Ha sido la Amazonia un conejillo de Indias de las ONG?

Yo no sería tan riguroso. Hay algunas ONG's muy serias que trabajan con tenacidad y defienden con verdadera pasión una causa que es la Amazonia. Pero no niego que también pueden existir organizaciones que viven de presupuestos que vienen. Hay casos en los que hay un trabajo serio, sostenido y probado. La Amazonia es más conocida por el trabajo de las ONG's que por el trabajo del Estado ecuatoriano.

Las petroleras han mantenido ciertos 'canjes' con la población: infraestructura mínima a cambio

de petróleo. Eso ha generado actos violentos inclusive. ¿Por qué?

Yo creo que las petroleras están mal ubicadas. No deberían estar discutiendo las comunidades con las petroleras. El que tiene que plantear las bases del juego es el Estado, pero si el Estado no contempla en sus contratos a la población, obviamente se genera tensión. Con 30 años de petróleo todavía no tenemos carretera asfaltada. El fallo está en las comunidades y pudiera ser que ni siquiera en las petroleras. Es increíble la distancia que hay entre los políticos y la realidad. Está de por medio el derecho de la población amazónica a usufructuar esa riqueza de la cual el país se ha beneficiado si quiera con los 56 000 millones de dólares.

Las misiones religiosas se han vuelto intermediarias en esa serie de conflictos. ¿Están supliendo un vacío generado por el Estado?

No hay una línea uniforme en el trabajo de las misiones. Su función básica ha sido estar cerca de las comunidades cumpliendo una labor pastoral que va más allá de la pura prédica. En Lago Agrio hay un colegio que se llama Pacífico Zambrano y que posiblemente no tiene que envidiar a ninguno de este país. Pero de eso nadie habla. Ahora en cuanto a la relación con instituciones, no es nuestro oficio estar pasando la mano a nadie en sus propias responsabilidades.

Hay el temor de que con esta 'bola de humo' que ha sido el secuestro a 12 extranjeros, la frontera norte se vuelva un fortín, un frente de guerra.

Eso sería muy lamentable. Me parece lógico que las Fuerzas Armadas cumplan con una obligación que es, entre otras, mantener la democracia pero sería muy interesante que nadie se sobrepasara. A la final, eso no le beneficiará ni a los que están al otro lado del río ni a las FARC ni a las FFAA, ni a nadie.

Porque siempre sufrirá la gente más inocente que hay en la zona. Es natural que en este tipo de acciones se exalten los ánimos pero no es por ahí que hay que trabajar. Las propias Fuerzas Armadas han sido las más aliadas al diálogo con el pueblo. Evidentemente no es una situación fácil pero es una situación que debe conducirse con discreción. Yo reclamaría a todos los que estamos implicados en este país que no demos pie a esos estados de sitio, que no vivamos de miedos porque el pueblo que está allí es el que tiene que vivir cada día. Esto que ha sucedido se puede evitar mucho mejor si vamos construyendo una sociedad equilibrada, sin síntomas de venganza si no de buena comprensión y de buena amistad fronteriza. No son las fuerzas del orden o de la imposición las que van a asegurar el futuro en 500 kilómetros de frontera.

¿Se mantiene la idea de que el Oriente es un mito?

Ya es hora de que no se desconozca a la Amazonia ecuatoriana. A la hora de sacar petróleo parece que no lo desconocen. Después ya no existe nadie.*

(19 de septiembre de 1999)

**Esta entrevista se realizó a propósito del secuestro a técnicos petroleros en Tarapoa. La escena se repitió un año después, en Pompeya.*

Del whisky al norteño, del Levis al Pelileo, del Mall a la calle Ipiales...
Síntomas de la desaparición de la clase media y un efecto de la crisis.

La frustración, un paso a un nuevo proyecto



René Unda es sociólogo. Su tesis de masterado es sobre el movimiento rockero. Trabaja en la Universidad Salesiana.

Los efectos de pauperización de la clase media han sido notorios en esta época. ¿Qué significa su desaparición?

Dentro de los estratos medios aprecio una creciente polarización y la configuración de dos grandes frentes sobre la esfera del acceso a bienes y servicios. Los sectores medios que se han acomodado en las dos últimas décadas, tienen empleo, tienen garantizado un nivel de ingresos con el que pueden hacer frente a todas las vicisitudes actuales. Son profesionales y están en un espacio privilegiado de movilidad social, fluctuante entre las burguesías emergentes y las tradicionales. Ese podría ser el caso de industriales, de la banca y de gente vinculada a organismos internacionales. El otro polo está compuesto por esa gran mayoría que anteriormente se denominaba la clase media-media, incorpora-

da, vinculada con los sectores más pauperizados de la sociedad. Eso acarrea dificultades en cuanto a la readecuación de referentes simbólicos. Se están produciendo tensiones en lo simbólico, por el desfase de lo económico.

¿Esas tensiones implican traumas en el reacomodo de las clases medias?

Si bien en el terreno de lo económico toda reacomodación implica cambios traumáticos, en el terreno de lo simbólico puede ser que ese fenómeno no sea tan violento como la realidad impuesta por lo económico. Puede ser que ese desfase a nivel de producción o generación de sentido tenga procesos de significación dolorosos caracterizados básicamente por lo que sería una creciente frustración social, una frustración de expectativas. Hay que recordar que las clases medias históricamente nacen co-

mo las clases con mayor potencialidad de crecimiento en el ámbito económico para procesar el funcionamiento de los sistemas políticos.

La idea de clase media representa esa noción de equilibrio: ni mucho ni poco. Es una noción de clase media impuesta a partir de la ideología liberal y sobre todo consolidada con el postiluminismo. Hay que recordar que en Europa la decadencia de la aristocracia y del orden feudal y la aparición de las burguesías industriales, comerciales, especulativas, dieron esa noción de equilibrio. En el siglo XX, por ejemplo, países con tradición social demócrata en Europa, una persona que se enriquece mucho no es muy bien vista por sus vecinos. Sin esa noción de equilibrio y con la creciente inequidad, la movilidad social es menor.

El reacomodo de la clase media implica un cambio en sus referentes simbólicos. ¿Cómo definir ese cambio?

El despojo de referentes simbólicos tiene ritmos más lentos. En términos de reconocimiento social, por ejemplo, el trabajador intelectual no vinculado a grupos económicos y políticos de poder tiende a ver restringido su ámbito de participación en comparación con lo que sucedía en la década del 70, época de gran expansión espacial y económica de los sectores medios.

Lo que se percibe hoy es que hay una muy pobre o muy escasa elaboración y aprehensión de representaciones simbólicas. El mundo de las representaciones simbólicas se constituye simultáneamente con los procesos de producción

material. Si nos fijamos en los procesos de producción material esos procesos no han tenido el respaldo de un proyecto, no digo nacional, simplemente un proyecto de clase que sostenga esas elaboraciones simbólicas. No veo que haya una perspectiva para generar sentidos de vida o proyectos de vida con algún nivel de solidez.

¿Cómo se puede entender esa ausencia de espacio de movilidad del llamado equilibrio social?

La movilidad social está cada vez más limitada para aquellos sectores medios que accedieron o que se encaramaron, no necesariamente sobre la base de méritos sino específicamente sobre la base de acumulación de dinero, en los estratos de decisión y de representación de la sociedad ahora. Pero también hay movilidad en los sectores pauperizados medios: hay una movilización intracase, hay espacios denominados migraciones o espacios de movilidad social mundializantes.

De esa movilidad viene la noción de que en cualquier otro sitio se está mejor que en el Ecuador. Un sentimiento de frustración que ahonda la poca autoestima del ecuatoriano. ¿Un proceso de inercia?

Para los sectores que cotidianamente se van pauperizando el peso de la realidad no les permite ponerse a pensar mucho, no les permite abrir un espacio de reflexión para pensar si eso es traumático o no. La anomia social es otra manifestación de la carga de frustración individual y colectiva de las clases medias desplazadas a posiciones más bajas

en la escala de estratificación social. Desde el punto de vista histórico, los sectores medios afectados por las asimetrías económicas o políticas son los que han promovido y han actuado de manera decisiva en los procesos sociales, han agudizado los conflictos, por transgresiones del orden instituido han sido los que en definitiva como que han constituido la base material de todos los procesos de reordenamiento institucional. La carga de frustración social, a largo plazo, constituye un potencial detonante en el orden de la institucionalidad tanto en la esfera de las reformas políticas como de las reformas económicas. La propia cultura de la queja se podría considerar como un producto de este reacomodo. Por lo pronto, la necesidad de cambios hay, lo que no hay son propuestas concretas.

¿Es decir que pueden surgir nuevos líderes, nuevas instituciones, de toda esta crisis en la que no hay credibilidad frente a institucionalidad alguna?

Evidentemente la incapacidad de las elites dirigentes de ese pseudo corporativismo dirigencial en el país ha expresado en la crisis de legitimidad institucional y esa crisis de legitimidad que es también o se expresa a través de esa ausencia tendencial creciente por parte del ciudadano común ha contribuido y ha sido un elemento que ha impulsado la cultura de la queja. Pienso que en los estratos de trabajadores intelectuales con ingresos rígidos y en permanente deterioro, es donde las tensiones del desplazamiento pueden generar proyectos alternativos con gran potencialidad

de transformación social en el mediano y largo plazos porque por algún lado debe canalizarse el sentimiento de frustración. En esto, la educación juega un papel fundamental. Juegan un papel fundamental los intelectuales, que deberán tomar posiciones.

Del whisky al norteño; del Mall a la Ipiales, del Levis al Pelileo Jean. ¿Cuestión de supervivencia o el primer paso hacia un proyecto nacional?

Ahí está la readecuación de los referentes simbólicos. Si antes esas clases medias en Navidad podían comprarse un pavo, tomaban whisky o compraban productos suntuarios y ahora no pueden hacerlo, sufren, primero, el efecto de la inmediatez y del pragmatismo. Pero a largo plazo, son signos de refuncionalización. Los procesos de fragmentación se hacen mucho más evidentes, la cultura de la exclusión toma cuerpo. Esencialmente que ciertas fracciones, ciertas capas, ciertos núcleos, ciertas formas asociativas especialmente de las nuevas generaciones están desarrollando interesantes formas de concientización de lo que sería aquella visión un poco abstracta de "lo nuestro". El caso del movimiento rockero es un buen ejemplo: en sus producciones artísticas últimas se aprecia una suerte de fusión o revalorización de esa noción de lo nuestro. Hay formas ya de conciencia política que son primarias pero que están dentro de lo artístico y no tienen porqué ser manifiestos políticos. De ahí vienen aquellos sanjuanitos o albazos mezclados con rock, por ejemplo. *

(9 de enero del 2000)

Para negociar hay que jugar a la empatía, a ponerse en el lugar del otro. En el Ecuador nadie cede porque las posiciones son irrenunciables.

Ecuador parece una colcha de retazos



Oscar Terán Terán es abogado. Dicta clases de negociación en la Universidad Internacional. Preside la Fundación Integridad.

¿En el Ecuador no existe una cultura de la negociación?

La negociación que ha surgido como una cátedra de enseñanza en las universidades hace unos veinte años se origina en un cambio profundo de cultura. Busca pasar, de la cultura de la confrontación y de la cultura de la fuerza como mecanismo para la resolución de los problemas, a la cultura de la satisfacción de las necesidades a través de la búsqueda de los intereses. Antes -y en el Ecuador hasta ahora- la negociación se hacía a base de posiciones. En la nueva negociación por principios se busca identificar a las razones por las cuales las partes han asumido esas posiciones, es decir, a unas razones que están subyacentes, escondidas, detrás del reino de las posiciones.

En una cultura de confrontación de posiciones como la nuestra,

¿cómo mediar?

Desde que se acogió el sistema democrático es el Poder Judicial el que se encarga de resolver los problemas de la gente. Desgraciadamente no solo en el Ecuador sino en otros países la Función Judicial no es muy eficiente en resolver los problemas de la gente. Por eso, la sociedad civil ha ido desarrollando unos sistemas alternativos a la justicia tradicional y esos sistemas son la negociación, la mediación y el arbitraje. Pero esos sistemas son una cuestión de aprendizaje. La sociedad debe aprender a trabajar esos sistemas de negociación.

En la práctica política, al parecer, no existe la posibilidad de mediaciones...

El psicólogo Jung señala que se aprende por medio de varias etapas. En la primera etapa hay un desconocimiento inconsciente, (no se sabe que no se sabe),

la segunda es la del desconocimiento consciente, (se sabe que no se sabe). La tercera es la del conocimiento consciente (sabemos pero nos cuesta dificultad) y en la cuarta, a fuerza del hábito y de la repetición, es la del conocimiento inconsciente. Esas etapas son para cualquier aprendizaje y también para la negociación. En general, en el país se está en la primera etapa, la del desconocimiento inconsciente. En el plano de la política es muy notorio cómo el método de negociación que se utiliza es el tradicional, el de la negociación por posiciones. Y en la política sobre todo deberán aprender a negociar por principios.

¿Por qué parece imposible que los actores, sobre todo los políticos, en el Ecuador cedan en sus posiciones?

Desgraciadamente tenemos dentro de nuestra cultura una serie de paradigmas equivocados, las creencias generalizadas en una cultura determinada. Dentro de nuestra cultura tenemos la cultura del no. Es decir, un temor, un prejuicio a todo lo que es nuevo, distinto, a todo lo que en definitiva se aparta de una natural forma de ser conservador. Hay una actitud de fragmentación tan grande de intereses tan particulares que hace difícil que se piense como país.

¿Por qué cree usted que fallan los intentos de negociación, por ejemplo, entre la Conaie y el Gobierno?

Un requisito primordial para la negociación por principios es entender a la otra parte. Entender las razones, las necesidades que tiene la otra parte. Es de-

cir, desarrollar esto que se denomina la empatía, ponerse en el lugar del otro. Solamente de esa manera se puede dar un proceso de comunicación que nos lleve a una eficiente forma de satisfacer necesidades o de resolver los conflictos. En el tema de la Conaie y el Gobierno, ambos asumen unas posiciones que son absolutamente irreconciliables y que desde luego tanto los unos como los otros saben que son irrealizables, que no se pueden llevar a la práctica. Es decir se sigue negociando por posiciones y no por principios. Una posición de la Conaie, repetida en diversas voces de dirigentes, es que si no se atienden las demandas de esa organización se seguirán tumbando gobiernos. Esa es una declaración sobre la cual estoy absolutamente convencido que es de labios para afuera. No creo, a menos que la Conaie estuviera conformada por un conglomerado digno de estar en un hospicio, que piense de esa manera.

¿Qué se debe hacer?

Lo que se debe hacer es revisar lo que está detrás de esas posiciones. Hago énfasis en que hay que descubrir las necesidades de esas tres instancias porque seguramente no van a ser los mismos intereses de los unos y de los otros. A lo mejor mientras el gran conglomerado indígena lo que necesita es educación, infraestructura, vías adecuadas, los intereses de los dirigentes pueden ser obtener financiamiento para proyectos o adquirir cierto protagonismo y publicidad como una voz opositora y amenazante. Pero mientras se negocie a la manera tradicional, se seguirá en la estrategia de las posiciones extremas.

¿Será indispensable conocer más los desacuerdos que pensar en los acuerdos?

Por más diferentes que seamos los ecuatorianos necesitamos para todo intereses comunes. Y sin intereses comunes, sin objetivos compartidos, sin mística de nación, no podremos salir adelante. Desde luego, hay que tener en cuenta las diferencias. Y desde luego, entre intereses comunes, intereses en conflicto, se necesita alguien que vaya tejiendo una red de compromisos y de soluciones.

¿Quién? Necesitamos liderazgos. Ni hay liderazgos ni hay proyecto nacional...¿cómo?

Dentro de los intereses comunes habrá que distinguir aquellos que obedezcan a las necesidades materiales o a las necesidades económicas de los seres humanos pero también otro tipo de necesidades. Estas necesidades son más difíciles de identificar y mucho más difíciles de convencer si no se tiene personas que sinceramente procuren encontrar estos valores. Más bien lo que aparece muy claramente es que hay personas interesadas en negar todo lo que se acerque, se asemeje a valores nacionales, a historia, a hechos positivos que a lo largo de muchos siglos tendría que recordar el Ecuador como ejemplo para las futuras generaciones.

No hay una sociedad que quiera crear un proyecto nacional ni hay una clase política dispuesta a negociar ni unas élites dispuestas a ceder. ¿Un callejón sin salida?

Desgraciadamente es así porque se ha perdido la perspectiva nacional. Apenas

lo que queda son intereses mezquinos antagónicos de unos grupos contra otros grupos. Es como que nos hubiéramos trivializado y si a estos ingredientes de descomposición de intereses económicos o de poder añadimos el ingrediente de diferencias raciales, entonces estamos desgraciadamente gestando la balcanización del Ecuador. Esto ha sido un proceso: no es que de la noche a la mañana esto apareció de pronto. Es un proceso largo de descomposición al que nos ha llevado un liderazgo deficiente. Se ha confundido liderazgo con la fuerza que el capataz tenía en las haciendas pero no hay un liderazgo que asuma responsablemente los intereses comunes de todos.

A ratos parece como que el Ecuador fuera una gran colcha en el que cada grupo, cada organización, cada dirigencia pretendiera llevarse un retazo de esa colcha. Con esa actitud desgraciadamente vamos a seguir profundizando la crisis. Será indispensable cambiar los paradigmas equivocados que el Ecuador tiene y que es muy doloroso. *

(9 de abril del 2000)

**Después de la asonada que derrotó a Mahuad, los indígenas iniciaron un tenso diálogo con el gobierno de Gustavo Noboa.*

La crisis económica ha llevado a una crisis social e institucional. No hay democracia si no hay la suficiente capacidad de confrontación.

Las prácticas políticas riñen con la ética



Álvaro Carrión es psicoanalista y licenciado en psicología. Dicta cátedra en la PUCE y es candidato al doctorado en filosofía.

¿La inercia, la inmovilidad, el quememportismo, es solo parte de la crisis o puede ser calificada como una patología?

Todos estamos conscientes de lo que ha venido sucediendo, la situación económica ha detonado una situación crítica a nivel de lo social importante. Podemos revisar índices de delincuencia, maltrato infantil, etc. El tipo de patologías que están presentes y que llegan a nuestras consultas son patologías muy graves. En Argentina pasa lo mismo, incluso se ha organizado, en los espacios de reflexión desde el psicoanálisis, una serie de debates en cuanto a qué está pasando. Se ha visto una serie de herramientas conceptuales que tenemos y que posiblemente ya no sirven o no son suficientes para abordar los problemas actuales. Esta sociedad se ha complejizado y puede incidir de forma negativa

en la forma de ubicarse en esta realidad. No tenemos referentes.

Hay una crisis institucional en la que la falta de credibilidad frente a las instituciones es dramática. ¿Cómo lo explica?

La crisis institucional está vinculada con la nueva visión acerca de ellas. Ante los cuestionamientos a ellas hay todo un trabajo desde la perspectiva neoliberal para destruir las instituciones. Eso está más presente que el trabajar para construirlas. No podemos generalizar por generalizar, como por ejemplo cuando se habla de las instituciones judiciales en las que campea la corrupción. El problema es más estructural. Es que la ley, el orden, ese que nos hace factible la convivencia en sociedad a que nos preservemos como sujetos, cada vez se corrompe más. Una corrupción que va más allá del sentido de las

coimas sino que deja de ser un referente que organiza nuestra vida ciudadana.

En el imaginario popular queda la sensación de que no hay ética, de que nadie puede confiar en nadie... ¿Y ahora?

Lo que sucede es que esa ley que nos rige como sujetos internamente deja de tener una presencia. A ese fenómeno podríamos llamar desde el psicoanálisis "el nombre del padre". Todo aquello que tiene que ver con un orden legal, con lo simbólico, termina desvirtuándose y, a partir de eso se puede generar cualquier tipo de situación. A esa misma transgresión de la ley se la puede ligar con una ética que nos permite vivir en comunidad. Cada uno de estos actos de corrupción, nos lleva a pensar que todo el que tiene un puesto busca réditos personales. ¿Qué hacer? Restituirla, restituir las instituciones, buscar caminos de convivencia democrática.

¿Cómo se explica que en sociedades más complejas se pueden resolver problemas institucionales y en las latinoamericanas no?

En ese tipo de sociedades, en efecto, hay un orden que rige la vida social, pero también ahí hay problemas que tienen que ver con la perversión. Si bien allí los problemas son importantes, hay mecanismos que ha generado la sociedad para salir al paso de esas situaciones. Acá me da la impresión de que se nos viene encima una situación en la que vamos a perder simplemente el control. Nos estamos ubicando en el "todo vale", en el "así mismo es". No tenemos al momento posibilidades de salir de la crisis.

¿Hay salidas a la inercia?

Me da la impresión que todo este movimiento del cual no tenemos conciencia de representación, se impulsa una salida que no es la de un grupo humano. Más bien se tiende a pensar, a buscar, que la salida sea dentro de la órbita de lo individual. Si pensamos en cualquier área del Estado, sea educación, salud, finanzas, etc., se ubica la salida en lo individual sin pensar en la comunidad. Corremos el riesgo de perder la dimensión hacia lo que implica vivir en comunidad.

¿Es decir, hay una ética que está ausente? ¿Un espacio en el que nadie piensa en el otro?

El término de la pérdida de valores no creo que sea negativo. De una u otra manera la vida misma lleva a modificar los valores, de acuerdo a una dinámica social. De lo contrario nos sentaríamos en una perspectiva absolutamente conservadora en la que los valores que regían antes eran "los valores". Y eso no es así. El problema es cuando se pierde esa noción de ética en el sentido de poder incluir en nuestra relación con el otro, el espacio al otro. Si nuestra perspectiva se convierte en una ética meramente individual, simplemente desplazamos al otro. Es lo que nosotros pensamos, lo que poseemos, hacia donde vamos, es lo que prima y por eso podemos pasar por encima del otro. En ese sentido se pierde una ética que incluye al otro.

¿Una ética que tiene que ver con la democracia?

Así es, estoy justamente pensando en que pensar en el otro es parte de una

democracia liberal.

Y en una democracia liberal lo que vamos a encontrar es, justamente, que la noción mismo de la democracia está en el conflicto, en donde necesariamente las personas van a tener que confrontar determinado tipo de opiniones para llegar o no a un acuerdo. La democracia es precisamente eso. Si negamos la posibilidad al otro de que tenga un pensamiento propio o que sea considerado como un sujeto que puede aportar algo, estamos llegando a otro orden, nos convertiríamos realmente en fascistas.

¿Es decir que no hay consensos sin disensos?

Sí. Es importante trabajar los disensos. Sin ellos no hay democracia. Para lograr consensos se requiere de una cultura de la mediación, de la negociación. ¿Cómo construir esos espacios?

El tema de la negociación es un tema que se ha desgastado mucho. Por poner un ejemplo, en el tema de los sindicatos, quienes negocian con ellos, tienen muy poca capacidad negociadora. Simplemente se llegan a tranzas, en el sentido de algo que termina siendo por lo bajo: yo le subo los sueldos pero déjeme en paz... Esa incapacidad de negociar ha dado los problemas que ha dado en el país. Eso no es buscar consensos ni salidas juntos, es manejar esa óptica de los beneficios, del poder en mal sentido.

¿Eso tiene que ver con una clase política desprestigiada?

El tema de la política no es el que debe ser cuestionado sino las prácticas políticas que son reñidas totalmente con una ética.

Los representantes de la política, en esas condiciones, no pueden ser negociadores, simplemente, imponen reglas sin debate o negociación. ¿Se han alejado de la realidad?

Lo que sucede es que los políticos, de acuerdo al sistema en el que se rigen, perciben que tener poder es tener la potestad de tomar las decisiones y por eso no abren sus propuestas al gran debate. Hay determinados temas a nivel de país que necesitan ser debatidos -sin que esto signifique una apología al debate por que sí-, con respecto al problema económico a nuestra relación con organismos internacionales.

Pero la óptica con la que se maneja las cosas es ocultar información en función de evitarse problemas debatiendo.

¿Miedo al debate y al disenso?

Sí. Y creo que eso tiene que ver con la madurez. Tal vez no somos una sociedad suficientemente madura no solo en el ámbito político, sino en el ámbito universitario, en el ámbito de la familia, del grupo al que se pertenece. Tenemos miedo al debate, cada una de las personas que entra al debate siente que se le desautoriza. Esa idea es muy estrecha. En el campo empresarial pasa lo mismo, por buscar soluciones inmediatas se enfrenta luego terribles costos ocultos. No hay estrategias a largo plazo en ese sentido. *

¿Por qué la falta *de noción de derechos y responsabilidades? La poca conciencia ciudadana es una herencia de un sistema que entró en crisis.*

La ciudadanía es un concepto que llegó tarde



Hugo Burgos Guevara es antropólogo e historiador. Tiene un PHD en Antropología. Ha colaborado en varias publicaciones.

¿Cómo explicar la crisis del Estado actual?

El Estado-nación está en crisis debido a que los modelos con que se formó fueron modelos impuestos o recogidos en el siglo XIX, de los estados europeos. En nuestros países no existía la noción de nación porque en su interior había una sociedad jerarquizada por estamentos étnicos. La nación ecuatoriana se formó en función de los grupos dominantes, de unos territorios que no están delimitados, de una población reconocida únicamente por el predominio blanco en el color de la piel y de toda una masa de castas. En la Independencia, dentro de un proceso de militarismo, se dan los primeros derechos ciudadanos y se aboga por la libertad de los esclavos o la libertad de tributos de los indios. De ahí que el concepto de ciudadanía no esté claro hasta hoy en día.

¿Es decir que la fragmentación actual de la sociedad tiene que ver con aquella imposición de un modelo europeo?

La nación es un constructor imaginario bastante difícil de definir.

Actualmente hay dos posiciones: los fundamentalistas que creen que existen características típicas de la nación como son la pertenencia a un suelo común, a una herencia común, a una historia común y otros que piensan que la nación se esta conformando de acuerdo a los eventos políticos del momento. En este sentido nosotros, como pueblos andinos, participamos de los dos procesos. Nuestros países estuvieron formados de muchas naciones, pero estas naciones no tenían conciencia de ello. Por eso hay un proceso de homogeneización entre Nación y Estado a pesar de no ser lo mismo.

Usted dice que el concepto de ciudadanía no está claro incluso hasta hoy en día. ¿Por qué?

En América en los siglos XIV y XV, aparecen, tanto en Mesoamérica como en los Andes, estados aborígenes no tan complejos pero que ejercían el uso de la violencia para controlar a sus pobladores y darles un reconocimiento de "ciudadanos". El reconocimiento estaba dado por el tributo. Estos estados sentaron la base de un sistema económico parecido al feudal porque siguieron recolectando tributo.

En la conquista de otras civilizaciones se desarrollan una serie de procesos que van a dar pauta también para que los pueblos sean permanentes y sedentarios y se establezca la clase de normas que los virreynatos aquí establecían. Es cuando Europa implanta un modelo apropiado para Europa central pero inadecuado para una sociedad sumamente jerarquizada como las que existían acá, sociedades donde el discrimen, la desigualdad, la injusticia, impedían el uso de los derechos ciudadanos postulados por las primeras cartas estatísticas heredadas de la Revolución Francesa. Una primera nominación que se hizo de "ciudadano" fue en un decreto de Sucre en que se le restituían las tierras a un indígena que fue llamado ciudadano. En 1823, después de la Batalla de Pichincha, es cuando en el Ecuador se utiliza por primera vez el título de ciudadano.

¿El concepto de ciudadano es tardío en el país?

Por supuesto. Es tardío en la nomenclatura y mucho más tardío en el ejerci-

cio y participación de esos derechos y peor en el cumplimiento de obligaciones.

¿De allí se pudiera deducir que por más leyes en las que se beneficie el ciudadano, no hay una real conciencia de lo que significa la ciudadanía?

De hecho la palabra ciudadano debe utilizarse para el hombre de las ciudades. En el campo las estructuras prácticamente han estado dadas en función de las comunidades. Las comunidades han obtenido distintos grados de reconocimiento para sus miembros. Las mismas comunidades indígenas han sido jerarquizadas y jerarquizadas por una estructura de poder político-religioso que se llama el "sistema de cargo" por el cual las fiestas religiosas eran el período para que el individuo sea aceptado en la comunidad, como comunero, no como un ciudadano.

¿Entre comunero y ciudadano el sentido del cumplimiento del deber no es acaso el mismo?

No. El comunero cumple con los cargos religiosos pasando por un proceso largo hasta ser el prioste mayor. Por otro lado, los jurisconsultos de las ciudades durante 150 años luchan por constituir un Estado y dotar de una ciudadanía que también tiene que atravesar un vía crucis para su reconocimiento.

Pero no se puede ser ciudadano por decreto...

Así es. Los primeros decretos para ser ciudadano implicaban ser militar o haber participado en las guerras de independencia. De ahí pudiéramos decir que viene un sentido de militarismo hasta ahora imperante. En la época de

García Moreno para ser ciudadano se tenía que ser católico y tener una cantidad de dinero. En la época liberal se abría el sentido de ciudadanía hacia una contemplación y ejercicio de mayores derechos en los que la mujer, por ejemplo, ya podía educarse y los marginales hombres comuneros son integrados al trabajo, tienen derecho al trabajo. Los indígenas de las provincias de Cañar de Chimborazo por primera vez fueron a ganar un salario en la construcción de la línea férrea que inició García Moreno y que amplió y concluyó Eloy Alfaro. Por primera vez sienten que ganar cinco reales por esa vía es un derecho que no había sido contemplado por el anterior peonaje por deudas, que funcionaba en la tienda de raya donde se señalaban las situaciones del "salario no salariales" del huasipungo semifeudal.

¿Qué hay del reconocimiento de los deberes?

Acostumbrada a una falta de cumplimiento de sus derechos la gente nunca se creyó obligada a cumplir con sus obligaciones. Las obligaciones fueron tan tradicionales como cumplir con la Iglesia, con los diezmos y primicias, con el hacendado a quien se le obsequiaba un agrado llamado camarico y los regalos al Teniente Político. Por aquí viene ya el cohecho a las autoridades. Esta unión entre hacendado, cura y teniente político duró el siglo XVIII, todo el siglo XIX y casi llega al XX, cuando se separa el Estado, de la Iglesia. Aun eso no es suficiente porque las estructuras estatales vienen a ser sistemas adaptativos de política con varios sesgos: el compa-

drazgo, el sentido autoritario del ejercicio del poder y la laxitud en el cumplimiento de la ley.

¿Quiere decir que recién estaremos empezando un proceso de construcción de ciudadanía?

Estamos empezando un proceso de racionalización en el mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial, en el mundo entero hay una reformulación del concepto del estado patrimonial tradicional donde cuentan todavía los principios religiosos, el poder de la Iglesia, la familia. Somos todavía herederos de la vida rural, de los conceptos familiares, somos poco apegados al cumplimiento de las obligaciones ciudadanas, todavía respetamos a la Iglesia y el sistema de valores todavía es funcional.

En este esquema, ¿qué más hemos heredado?

Muchas cosas. Una grave es la de los militarismos dictatoriales en América Latina, por ejemplo, que son derivadas del populismo de viejo puño, desligado y descomprometido del cumplimiento de la ley o de las constituciones. Aquellos autoritarismos son muy similares a los de los primeros años de la conquista. Ahí han echado raíces los sistemas verticales, las órdenes para fundar los estados, los nacionalismos latinoamericanos, entre otras cosas. *

La izquierda se volvió conservadora y la derecha se inmovilizó. La derecha ha defendido un modelo de acuerdo a sus conveniencias y particularismos.

La derecha no tiene ideas, tiene intereses

Se ha dicho que la izquierda envejeció. ¿Qué pasa con la derecha? ¿También está en crisis?

Creo que hay que preguntarse si realmente tenemos opciones ideológicas. Me temo que no. Si se examina las pocas propuestas que hay, tanto en la izquierda como en la derecha, uno llega a la conclusión de que no hay ideas. Lo que hay es intereses. Intereses electorales, de poder, económicos, frente a espacios de poder, de gremios o de grupos. Me temo que en el Ecuador hoy, una derecha o izquierda formales, conceptuales, inspiradas en ideas, en valores, no existen. El debate en el Ecuador está empobrecido porque no hay ideas y cuando no hay ideas, no hay proyecto.

La derecha facilitó un modelo que se agotó. ¿No lo pensó?

Ahí está la gran debilidad de la derecha. No ha pensado los grandes temas



Fabián Corral es abogado y Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la U. San Francisco. Articulista de El Comercio.

del modelo. El tema de la modernización del Estado, por ejemplo, lo ha manejado como un asunto coyuntural que se reduce a vender unas cuantas empresas públicas y a despedir a algunos burócratas. Pero no ha habido ideas detrás. No se ha examinado a fondo el papel del Estado, el papel de la sociedad civil y el Estado, el papel de las empresas. El tema del modelo neoliberal tampoco ha sido debatido, ha sido resultado de unas cuantas medidas económicas detrás de las cuales se esconden intereses. Tampoco ha debatido el tema del libre mercado ni el mercado y la ética ni los monopolios ni la globalización ni ha habido una reflexión seria sobre el movimiento indígena desde la derecha. No se ha pensado a la libertad económica ni a la libertad humana ni la responsabilidad. Todo el análisis en el Ecuador ha sido terriblemente econo-

micista. Y eso le pasa al empresario, al político, a todos. No creo que el bienestar de la gente esté ni en los balances de las empresas ni en el presupuesto del Estado. Si la economía macro no se traduce en bienestar micro, algo está fallando.

El modelo neoliberal está en crisis. ¿Qué hace la derecha por defenderlo?

Sostengo que en el país no se han aplicado medidas liberales. Lo que estamos viviendo es el desmonte de una especie de estatismo anárquico. El liberalismo es una cosa demasiado compleja y que tiene que ver con el humanismo, con la libertad y con la responsabilidad. Y la derecha no está asumiendo su tarea de pensar los grandes temas.

¿No hay ideólogos?

Hemos entrado en una deriva de profunda mediocridad en la derecha, en el centro, en la izquierda, en todo lado. En esto obra la mediocridad, la crisis de la universidad, la mediatización de quienes pueden ser líderes de un pensamiento de derecha. Igual le ha pasado a la izquierda que se ha quedado con un inventario devaluado de cuatro ideas. ¿Cuál es el proyecto que se discute en el país? Ninguno porque no hay sustento ideológico detrás. Nos hemos quedado en la reiteración del lugar común, de la cosa subalterna, de la pelea chiquita. Hay demasiados grandes temas en qué pensar. Sin embargo uno va a foros y sale frustrado: como que todo está contaminado de un aburrimiento infinito.

¿Cuál es el país que piensa la derecha?

Creo que todas las fuerzas del país,

derechas, izquierdas, movimientos sociales, indígenas, adolecen de un mal: el particularismo. En ese particularismo, en el de la derecha, obra el interés. En la derecha ecuatoriana hay un excesivo y nocivo gremialismo.

¿Cuáles son las consecuencias de esa falta de ideas?

Es grave porque permite que se cambie fácilmente de posición. Si yo sostengo la tesis de que debe haber mercado libre tiene que haber competencia... eso entra en crisis cuando la competencia afecta "mi predominio en el mercado". En ese momento ya no soy un partidario del mercado libre... me mudo al mercantilismo y busco el amparo del Estado.

¿Una derecha inconsecuente?

Así es. Un liberalismo de conveniencia. Otro ejemplo: al Estado se le ha criticado y con razón, se ha dicho que el modelo está agotado, pero el momento en que necesito del Estado me olvido de las críticas del Estado.

Y otro: se dice que las empresas del Estado deben privatizarse. Esa tesis funciona hasta donde coincide con un determinado interés. El momento en que deja de coincidir, ya no funciona. La modernización, por ejemplo, implica a la larga que el Estado deje de percibir rentas sobre esos servicios. ¿Con qué sustituimos esa renta? Yo, personalmente, sostengo que con un buen sistema tributario. El momento en que alguien propone impuestos todos dicen no. Hay una falta de *sindéresis* y de consecuencia. El problema es que detrás de estos planteamientos no hay un análisis ideológico, no hay tesis, no hay proyecto.

No hay proyecto indígena, no hay proyecto regional, no hay proyecto nacional, no hay proyecto de la derecha ni de la izquierda. Este es un país con demasiados intereses y con déficit de proyectos intelectuales. Esa responsabilidad le es atribuible a todas las elites del Ecuador entre las cuales se incluyen, sin duda, las elites de la derecha. Toda la libertad pero ninguna responsabilidad, todas las privatizaciones pero sin pagar impuestos. La derecha no se puede pensar solo desde la ganancia económica. Eso es economicismo ciego.

Álvaro Vargas Llosa, Plinio Apuleyo y Carlos Montaner cuestionan, en Fabricantes de Miseria, a las elites. ¿Son ellas las culpables?

La crisis de América Latina es una crisis de ausencia de verdaderas elites. Más aún, de sustitución de elites por protagonistas de la noticia, del escándalo, de la política. Pero no son elites en el sentido ortegiano, donde había una minoría ejemplar que arrastra a una masa. Eso implica que las elites sean las más sacrificadas, las más éticas, las más comprometidas, las que mayores riesgos asumen. Eso no existe y explica el profundo desprecio a la política. No solo que no están pensando, están calculando. Del hombre que piensa pasamos al hombre que calcula, pero ni siquiera es el cálculo cínico del Príncipe de Maquiavelo, sino que es un cálculo subalterno, negociado y negociable.

El modelo imperante es impuesto por la derecha. Las izquierdas no han estado en el poder. Y sin embargo a ellas se les acusa...

Eso es relativo. Creo que la izquierda

tiene buena parte de la responsabilidad. Y sí ha habido en el país gobernantes de izquierda.

Socialdemócratas, pero no de izquierda...

Pero la izquierda ha gobernado desde otras instancias. Ha ejercido poderes fácticos: ha inducido conductas, ha manejado los grandes sindicatos del Estado, ha manejado ciertos foros como la Casa de la Cultura donde ha habido ejercicio de poder evidente, han ejercido el poder en el Consejo Superior del IESS, en la UNE, en los colegios secundarios, en la universidad. Ni la derecha ni la izquierda han estado excluidas del poder, cuando no han estado en el poder formal han estado en el poder informal. Por eso hay una responsabilidad compartida.

La izquierda se volvió conservadora. Y la derecha lo es. ¿Entonces?

Estamos entre dos conservadurismos: el de la vieja izquierda y el interesado de la derecha. Estamos en una especie de inmovilismo. Las dos corrientes confluyeron. La gente joven del país tendrá que combatir el conservadurismo de la izquierda inmovilista y la sesgada, economicista e interesada derecha. Frente a eso hay que plantear una opción liberal que comience por reconocer que lo principal es la persona, su libertad y su responsabilidad.

Segunda Parte

**De la política
y de las elites**

Con cada gobierno se inaugura el país. No hay políticas de Estado y las elites se lavan las manos, no observan del conjunto de la sociedad.

Las elites solo se ocupan de sus problemas

Christopher Lasch, en su libro 'La rebelión de las elites', muestra que éstas han traicionado sus valores. ¿Cree Ud. que las elites ecuatorianas han entendido su papel y son conscientes de su responsabilidad en la crisis actual?

Las elites, considerando como tales a los representantes de gremios, cámaras, sindicatos, iglesia, intelectuales, es decir, los ecuatorianos que están en mayor capacidad de dirigir la opinión nacional, han ido perdiendo presencia en los últimos años. Esto sucede, en gran medida, porque, desde el otro lado, los gobiernos les restaron importancia.

Ha habido un mal manejo de gobernantes y de las elites para reclamar los espacios que les corresponden. Salvo muy pocas circunstancias, como cuando Borja llamó a un debate nacional y uno que otro esfuerzo que hizo Durán Ballén para que la sociedad civil parti-



Marcelo Merlo es abogado. Asesor de empresas privadas y catedrático. Director ejecutivo del Centro de Estudios y Análisis.

cipe en los procesos de globalización económica, no se ha realizado ese intercambio. Cada cual se ha ido aislando.

Usted dice los gobiernos por un lado, las elites por otro. Eso podría significar que los gobiernos no han sido representantes de las elites; lo cual explicaría, en parte, el fenómeno del populismo. ¿Se podría concluir que la deserción de las elites lleva décadas?

Así es. Vivimos importantes espacios de populismo. El de Velasco Ibarra duró 40 años, han existido gobiernos militares intermedios y, la última experiencia democrática, no termina de ser estructural. Aquí las transferencias de poder no son normales. Con cada nuevo gobierno se inaugura el país. En el año 88 la transferencia de poder de Febres Cordero a Borja fue durísima. En el 92 también. La ley de Emetel se dictó el 8 de

agosto, justamente para que el nuevo Gobierno la aplique. Ahora hay el puente de dos o tres ministros o funcionarios del Gobierno anterior pero ya vemos en estos días que hay una reacción a lo que hizo Sixto Durán Ballén. Eso impide políticas de Estado coherentes.

Si no hay políticas de Estado es porque no hay proyectos de país. ¿Dónde está la responsabilidad específica de las elites ecuatorianas, dónde están sus valores, dónde sus referentes?

Yo diría que las elites en ciertos casos sí han tenido interés en defender importantes principios. Los han expuesto, quizás no con la debida fuerza con la que debe hacerse. Esa falta de fuerza se debe a la atomización de las elites.

Ecuador, junto con Argentina, son los únicos países de América que no tienen una cúpula empresarial. Al interior del sector privado existe una terrible atomización y hay una tendencia a dividirse. Cada sector vela por lo suyo. Esto le resta unidad primero, al sector empresarial. Y luego, hace más difícil que temas trascendentales, que siempre están en la carpeta básica, pierdan la fuerza de exposición.

¿Las elites son conscientes de la crisis? ¿Se puede hablar de una crisis de las elites aquí?

Yo diría que son semiconscientes. Algunas elites piensan que sí están desempeñando el papel que les corresponde con su presencia esporádica en temas coyunturales. Buena parte de las elites no están conscientes de que su papel no es ese. Su función es repensar el concepto de Estado: es decir, en la sociedad ju-

ricamente organizada en torno a una constitución y a unas leyes.

Ese es el marco jurídico. ¿Pero en torno a qué se organiza la sociedad? En el fondo, ¿qué país quieren las elites?

Las elites tienen que saber que, en una sociedad de 11 millones de ecuatorianos, no se puede hacerse valer individualmente. Deben asumir que son responsables de porqué la sociedad no marcha hacia su destino previsto. Pero las elites se lavan un poco las manos y miran exclusivamente a su problemita. Cada directorio se ocupa de su asunto y no de que el gobierno de turno es el administrador del Estado y de que la sociedad en conjunto forma parte de ese Estado. Se ha dejado de reflexionar en la transferencia de responsabilidades desde la administración hacia la sociedad civil. Esa transferencia obliga a las elites a asumir un patrón diferente.

Hay vacíos grandes en cuanto a los referentes ideológicos. No hay debates de ideas. ¿Por qué? No hay vasos comunicantes entre, por ejemplo, las cámaras y las universidades y entre las dos y la sociedad. Si se preguntara por los referentes y los valores de las elites, ¿usted qué diría?

Hay elites y elites. Hay algunas que sí están pensando en los grandes problemas nacionales y que están cumpliendo no solo con atender a sus propios asociados sino a la sociedad. Otras, están divorciadas de esos temas y no les preocupa. Eso se debe a la atomización de esas elites. Con una cúpula de esas elites se podría unificar posiciones, ha-

cer debates y proponer respuestas a las necesidades del país.

¿Dónde están los ideólogos de las elites ecuatorianas? ¿Dónde está la gente que ha planteado, a partir de los valores de las elites, los proyectos de país?

No hemos abandonado aquello de que tarde o temprano se forme una cúpula empeñada en la asistencia técnica para hacer un diagnóstico y proponer salidas. El Pacto Social, por ejemplo, no podrá funcionar si no se organiza un sistema de aglutinamiento de los distintos sectores.

Se dijo que el triunfo de Bucaram era un campanazo a las elites. ¿Comulga usted con esa formulación?

Sí. La mayoría de ecuatorianos desconfiaba de ciertos partidos tradicionales, de ciertos dirigentes ortodoxos y quería algo diferente. Frente a esa señal, las elites estamos obligadas a orientar acciones hacia la solución de los 10 grandes problemas del país y pensar que al gobierno de turno hay que pedirle que priorice esos problemas con políticas fundamentales de Estado: pobreza, salud, educación, infraestructura para la inversión, esquemas de crecimiento, alcoholismo, drogadicción, etc.

Las elites, dice usted, están semi-conscientes de la crisis. ¿Cómo salir de ella y quién lidera esa salida?

Hay líderes. Dentro de esta fragmentación sí se han perfilado líderes dentro de sus actividades ya sean financieras, mercantiles, agrícolas, sindicales. Pero no hay que confundir liderazgo con

protagonismo.

Quienes estamos en la parte ideológica de esto tenemos que evitar protagonismos. ¿Cómo? Diagnósticos sobran. Tenemos un menú de soluciones a los problemas, sobre todo las dos cámaras grandes. Solo hay que poner en práctica una serie de propuestas dadas. Por mencionar una, el uso del fondo de reserva para los trabajadores, creando un mecanismo de inversión para el sector de la construcción.

Todos están de acuerdo con hacer reformas, los diagnósticos sobran, pero ¿quién paga?

Todos los empleadores, desde el dueño de una empresa hasta el que contrata empleadas domésticas, deberían pagar el 10 por ciento al fondo de reserva del IESS, desde el primer mes de trabajo, para alimentarlo. El pago de tributos es una gran fuente de ingreso. El tributo que se paga al Municipio y los catastros, necesitan de otro tipo de recaudación, más transparente. Se podría empezar por una "Amnistía tributaria". Y el IVA, que es el impuesto de más fácil recaudación. Hay que crear una cultura del ahorro. *

(22 de septiembre de 1996)

**El triunfo de Abdalá Bucaram sobre Jaime Nebot en 1996 molestó a las elites. Ellas empujaron, un año después, su caída.*

La debilidad de los gobiernos civiles ha hecho que las FF.AA. juegue un papel que no les corresponden. Obediencia y desarrollo se contraponen.

Los gobiernos usan y abusan de los militares



Bertha García estudió Sociología Política en México. Su campo de estudio se centra en la relación entre sistema político y FF.AA.

¿Cuál es el papel de las Fuerzas Armadas?

Las Fuerzas Armadas son un punto fundamental en la organización del Estado. No se puede decir que esta institución tiene un papel único o definido. Su posición está ligada a la seguridad entendida como una necesidad básica la organización del Estado y la Nación. Y la defensa como conjunto de medidas para garantizar esa seguridad. Eso, en términos teóricos.

¿Y en la realidad?

Han tomado otros papeles. Se atribuye a la falencia de los sistemas políticos y civiles el hecho que las Fuerzas Armadas hayan asumido otros papeles. El del gobierno de un país directamente o el de copar puestos en el desarrollo.

¿Por qué este protagonismo?

En el Ecuador ha sido tradicional des-

de los años 20, esa relación de debilidad de la clase política frente al desarrollo orgánico de las Fuerzas Armadas. Por eso su papel protagónico. Su organización, su sistema jerárquico, basado en un punto de valores y de deberes, ha tenido un desarrollo más acertado que el resto de instituciones estatales. Desde la Revolución Liberal, se nota un grupo diferente en el sector. Y desde los años 70, las Fuerzas Armadas incursionan en actividades que tienen que ver con el desarrollo.

¿La debilidad de la clase política hace que mucha gente hable de su preferencia a una dictadura militar en el país?

Hay que tomar en cuenta que las Fuerzas Armadas Ecuatorianas comparativamente con el resto de Fuerzas Armadas en otros países de América Latina, nunca fueron tan represivas. En esa

medida, las FFAA. asumen un papel de dirigencia. En la historia ecuatoriana no lo han hecho mal. Y, en contraposición con las crisis políticas, no es extraño que mucha gente haya pensado en volver a una dictadura.

¿Eso no se contrapone con la necesidad de vivir en democracia?

En teoría, en una democracia sólida, las FFAA. tienden a subordinarse al poder civil. Eso, siempre y cuando el poder civil sepa cumplir con sus funciones.

¿Las FFAA. suplen el papel del poder civil en cuanto a desarrollo se refiere?

Sí. Hay necesidades o condiciones para el desarrollo como la reforma política y la necesidad de globalización o como la marginalidad y la pobreza extrema. Los militares han asumido eso desde los años setentas. Han dirigido el desarrollo comunitario, programas de vialidad, de desarrollo agrario, de educación y de salud. Tienen, sobre todo la Fuerza Terrestre, programas bastante avanzados principalmente en los sectores indígenas.

¿Bajo qué lógica operan? ¿Sacan rédito de su participación?

Los militares actúan bajo el concepto de seguridad. La insubordinación, la violencia son producto de las condiciones de la marginación de grandes sectores del país. ¿Cómo combatir eso? A partir de la represión o de la prevención de movimientos insurgentes. Parece ser que ahora han adoptado lo segundo, la prevención y, para eso, están los programas de desarrollo.

¿Ese concepto es nuevo?

Los militares han trabajado en el concepto de seguridad desde hace algún tiempo. El discurso de la institución ha cambiado, es mucho más progresista. Ellos han avanzado en su reorganización interna, en su modernización y en su cambio de roles.

A más del trabajo de desarrollo, los militares están presentes en una parte importante de empresas estatales. ¿Es esa una manera de cobrar su participación en el desarrollo?

No. El desarrollo de las empresas no ha sido permanente. En el 73 se crea la Dirección Nacional de Industrias del Ejército. Nace en un contexto bien específico. El país está, entonces, cambiando de modelo de desarrollo. El Ecuador no tenía empresarios consolidados y los militares podían apoyar en la organización de esas empresas. Los capitales no son netos de los militares, el gran capital es civil.

¿Entonces no hay ganancia para las FFAA.?

No hay una evaluación concreta de eso. Según los militares no compiten con las empresas privadas y sus frutos se rebuscan en los programas de desarrollo. No es solo acá que el Ejército tiene a su cargo líneas muy fuertes en las áreas estratégicas.

¿Por qué las Fuerzas Armadas están en toda acción gubernamental?

No creo que es una política de las Fuerzas Armadas. Ellos trabajan bajo una lógica: la obediencia al gobierno civil. Los gobiernos actúan de manera irresponsable para militarizar puertos o

esas cosas. Eso proviene de una falta de los gobiernos, de un abuso del uso de las Fuerzas Armadas. Es el gobierno civil el que debería ir madurando la política de seguridad y defensa. En el país ocurre lo contrario: ellos tienen la política de seguridad.

¿Qué gobiernos han abusado del uso de las FFAA?

Muchos. Velasco, cuando usó los comando paracaidistas para vapulear a estudiantes universitarios; León Febres Cordero como mecanismo antisubversión; Durán Ballén, con una ley de seguridad que no levantó después del conflicto. Ahora, Bucaram con la militarización de las aduanas o su intervención en el control de armas.

¿Si los militares son una fuerza mucho más organizada, por qué no se han impuesto rechazar ciertos papeles que no le corresponden?

Es que ellos actúan bajo el principio de obediencia de vida, entendiéndose éste como respeto hacia los gobiernos civiles y hacia la democracia.

¿Otro síntoma de debilidad del sistema democrático?

Evidentemente que sí. Es un problema de los gobiernos civiles de las últimas décadas. Hace falta revisar la legislación al respecto. En un país democrático, la militarización puede afectar.

No se puede abusar de la fuerza. A las Fuerzas Armadas hay que darles un voto de confianza porque tienen dirigencias lúcidas.

¿Quiere decir que la sociedad civil ha tenido temor de las Fuerzas

Armadas?

Desconocimiento, más que temor. Se piensa en los militares como obedientes y no deliberantes y eso no es verdad.

Es indispensable el diálogo civil-militar. Por un lado ha estado el prejuicio de parte de la sociedad civil, y por otro, la cerrazón de los militares. Eso tiene que ser superado.

En el campo de la seguridad como salvaguardia de la soberanía ha tomado un papel protagónico para resolver los conflictos que existen, por ejemplo, en el conflicto fronterizo.

¿Si se resuelve el conflicto con el Perú las Fuerzas Armadas perderían su razón de existir?

No, para nada. La seguridad tiene que ver no solo con los conflictos fronterizos, tiene que ver con el atraso tecnológico, con el desarrollo, con los desastres naturales. Toda sociedad necesita de fuerzas que sean una garantía de seguridad. *

(8 de septiembre de 1996)

**El tema del papel de las FFAA. siguió en el debate. Mediaron cuando cayó Bucaram (1997) e intervinieron cuando cayó Mabusad (2000), con papeles protagónicos. En el 96 empezaba el diálogo civil militar.*

Las FF.AA. tienen injerencia *en las decisiones políticas y económicas. Las propuestas golpistas han sido rechazadas en nombre de la democracia.*

Los militares, obligados a ser mediadores



José Villamil ha sido jefe de la Misión Militar en Washington, y director del Instituto de Altos Estudios Nacionales.

¿Por qué las Fuerzas Armadas Ecuatorianas tienen un papel protagonista, mayor que en otros países?

Las FF.AA., a través del proceso de formación histórica del país, siempre tuvieron una actitud de modernizar al Estado, de morigerar las ambiciones de ciertos grupos oligárquicos, de aliviar a los desposeídos.

El caso más conocido es el de la Revolución Juliana que termina con el gobierno de Alberto Enríquez Gallo, con cristalizaciones como el Código del Trabajo, un régimen adecuado para todos los obreros, la creación de entidades como el Banco Central o la Contraloría.

En 1941, a raíz del conflicto con el Perú, se adoctrinó a quienes veníamos detrás en lo que tenía que ver con una reivindicación histórica. Cuando Galo Plaza clausuró la escuela de Comandos y

Estado Mayor, muchos militares salieron y se formaron afuera. Ellos trajeron conceptos modernos de Seguridad Nacional en los que solo un pueblo desarrollado en términos culturales y económicos puede ser capaz de llamarse un Estado-Nación. El canciller Arana dijo, en el Brasil, que "primero aprendan a ser país antes de reclamar sus derechos". Todo eso obligó a un replanteo en el mando militar. Entonces empezamos a trabajar en Acción Cívica de Alianza para el Progreso y en sectores del desarrollo.

Esas acciones nacieron como una estrategia para impedir una eventual revolución, ¿cómo sucedió en otros países de América Latina?

En los años sesentas, el proceso de la Revolución Cubana y la insurgencia en el continente nos hacían ver que había que tener un país unificado, fuerte. Ha-

bía que ver cómo los ecuatorianos quedábamos liberados de esos procesos. Para eso no se requería que luchemos entre ecuatorianos para regar sangre ecuatoriana -como pasó en Centroamérica- sino que la estrategia fue la de Sun Tse: "es mejor guerrero aquel que vence sin luchar. La mejor lucha era enfrentando a los problemas del país. Ese es el resultado de tener unas FFAA. conscientes.

¿Las FFAA. son tutoras de los gobiernos?

Jamás pensamos en ser tutores, por el contrario, a veces nos han cantado esos 'cantos de sirena' en los que nos han dicho que somos la mejor opción para gobernar. Nosotros hemos creído en que la democracia madure, y nuestras recomendaciones han sido para cooperar con los gobiernos. Las FFAA son para cooperar, no para cubrir fallas.

¿Su intervención no demuestra debilidad en la clase política gobernante?

Creo que ha existido una cortedad de miras en los políticos. Se han manejado asuntos de Estado con base en intereses políticos sin mirar los intereses de todos los ecuatorianos. Por eso mediamos en el levantamiento indígena obteniendo una adecuada respuesta. Lo mismo sucedió en el incidente con los transportistas o en los paros educativos. Por otro lado hemos hecho recomendaciones respecto a concesiones que afectarían al país respondiendo a principios éticos.

Eso demuestra el poder y la injerencia de las FFAA en los asuntos políticos...

No es injerencia. Es una potestad que

está en la Constitución y en las leyes y que otorga a las FFAA la necesidad de dar criterios. El hecho es que las recomendaciones se hagan con toda responsabilidad en defensa de los destinos nacionales. Las FFAA. han mediado en conflictos, por ejemplo, entre los indígenas de la Amazonia y las empresas petroleras.

¿Entonces son árbitros entre la sociedad civil y el Gobierno?

Creo que el deber constitucional es precautelar el orden constituido. Con esa base -y a veces por pedido de los mandatarios- hemos tenido la obligación de mediar o intervenir en hechos como los mencionados y que requieran nuestra participación.

¿En Ecuador las FFAA. son un poder político y económico?

Entendiendo como poder político la capacidad de gestión por el bien común, sí. En cuanto a lo económico es relativo. Un tiempo se hicieron inversiones en los sectores de desarrollo, para incentivar, justamente, el crecimiento. Ahora las inversiones son como empresa mixta y eso también es un beneficio para los sectores del desarrollo.

¿Usted habla de un proyecto nacional. Hay quienes dicen que eso es lo que le falta al país. ¿Usted qué cree?

Yo dije -cuando estaba en servicio activo- que tenemos que construir un esquema de valores para el próximo milenio. Me mantengo en que la minga nacional impone la presencia de acciones de todos con un nuevo esquema.

Estoy convencido de que sí hay un proyecto nacional, unos objetivos na-

cionales, una visión de futuro. Ese proyecto nacional tiene que ver con solucionar la disputa territorial en forma negociada, digna y definitiva; propiciar y alcanzar los consensos para gobernar; fomentar la unidad nacional y eliminar el regionalismo; reorganizar el nuevo rol del estado; concientizar y fortalecer la participación de la población en la toma de decisiones; estabilizar la economía; priorizar la inversión; facilitar y apoyar a la empresa privada para nuevos proyectos de desarrollo; conducir a reforestar, por ejemplo.

Todo eso como políticas generales de un diagnóstico ya establecido, con fortalezas y debilidades.

¿Cómo insertar ese proyecto en un régimen populista?

Con la convocatoria a una asamblea, no necesariamente constituyente, en la que estén todos los sectores representados y, por consensos, aunar esfuerzos para sacar al país adelante. Todos tenemos que juntarnos y dejar de lado los resentimientos y la poca autoestima acerca del país, para conformar el Estado-Nación con una perspectiva incluso de supervivencia.

¿Cuándo?

Hoy. No podemos dilatarlos en la lucha estéril, en los insultos y en las confrontaciones.

Con esa mira desarrollista tan grande, ¿cómo se explica que el país marche para atrás?

Hemos estado estancados en la irresponsabilidad y en el hecho de que cada cual lleve el agua a su molino. La corrupción, los gastos reservados y todo eso ha llevado al país a la desazón. La-

mentablemente somos un país chico y con complejos pero con la esperanza de que alguien haga algo por nosotros.

Usted reconoce los abusos cometidos por la fuerza pública. ¿Las FF.AA. han sido utilizadas por los gobiernos?

En el pasado sí hubo abusos. Los abusos cada vez son menos. Hemos trabajado en eso para generar conciencia. A veces, por obediencia, han pasado cosas que ahora se denuncian por parte de los organismos de derechos humanos. Pero hay que entender las circunstancias y el contexto que era el de precautelar la seguridad nacional. En alguna ocasión en que se proponía que haya un golpe de Estado para impedir que Abdalá Bucaram llegue a la presidencia, durante el gobierno de Febres Cordero, quienes lo supimos hicimos notar a los altos mandos que habíamos jurado por la democracia y que no podíamos ser obedientes ante esa misión. *

(6 de octubre de 1996)

**Los militares, desde el 96, hablaban de tener un proyecto nacional. El tema se mantiene vigente hasta hoy en día.*

Las políticas clientelares *han estado mucho tiempo dentro de la organización indígena. De ahí la división entre grupos serranos y amazónicos.*

La Conaie no tiene proyecto convincente



Jorge León es politólogo e investigador de Flacso y Cedime. Sus trabajos han sido relacionados con los movimientos sociales.

¿Ha perdido credibilidad el movimiento indígena con la división actual de la Conaie?

La Conaie ha logrado reconocimiento de su propia gente y luego, reconocimiento público. Logró catalizar en gran medida el descontento popular por las medidas de ajuste cuando empezó a tomar fuerza. El levantamiento fue resultado de eso. Las debilidades, y la principal, es que es una organización novata, que no tiene un proyecto político claro. A ese nivel, ya en la participación política, también hay una debilidad.

Pero ellos han sido claros en sus reivindicaciones: la tierra o el reconocimiento a la plurinacionalidad, por ejemplo.

No ha sido la tierra el principal objetivo de la Conaie. En sus inicios, la principal reivindicación fue la educación y

la consideración de su ciudadanía y los recursos.

¿El divorcio entre los indígenas serranos y amazónicos tiene que ver con su ingreso a la institucionalidad política?

Existe un divorcio marcado en la Conaie, pero no de ahora, sino de mucho tiempo antes. Ese divorcio no es solamente entre serranos y amazónicos sino entre lo que es el poder local y lo que es la participación nacional.

Se pensó en la Conaie como un proyecto político diferente. ¿Cayó en la política tradicional?

Los debates anteriores entre un sector que quería la participación política local, y otro, que quería más poder, ha sido constante. La mayoría -Sierra- se proclamaba por ese poder local. Los amazónicos, y el grupo Pachakutik, le

apostaban al poder nacional.

Los amazónicos han estado más cerca de los gobiernos, de los políticos y de las negociaciones tradicionales. Por eso se les hace más fácil ahora seguir negociando y sacar ciertos réditos, que son menos para la comunidad y más para los dirigentes.

¿Esa ruptura no va en contra de la plurinacionalidad de la que tanto han hablado los indígenas?

No. Esa plurinacionalidad ha tenido bagajes diferentes. Son dos estilos, dos fenómenos. Por lo general, las cúpulas mismo de la organización han negociado y han hablado mucho del tema.

La directiva siempre tenía alguien de la Sierra y alguien de la Amazonia, para lograr cierta armonía dentro de la Conaie. Lo que pasa es que nunca han participado por fuera, ya a nivel nacional. Y eso debe estarles costando mucho.

¿Son entonces factores culturales los causantes de esa división de los indígenas de la Sierra y de la Amazonia?

Tal vez. Los pueblos han tenido luchas distintas. Los dirigentes amazónicos son más autónomos, y han negociado directamente con el Estado desde siempre. Entre los dirigentes de la Sierra más bien negociar con el Estado es como mal visto.

¿Entonces la actual ruptura era previsible?

Creo que sí. Las prácticas políticas de estos dos sectores fueron discutidas incluso antes de presentar candidatos a las diputaciones. Ese era uno de los debates de ese entonces.

Pero creo que esa ruptura es tempo-

ral. No es una ruptura desde las bases.

¿Freddy Ehlers aceleró un movimiento que no estuvo preparado para entrar a la política tradicional?

Sí. No él como persona, pero sí al armar todo un juego en el que los indígenas iban a ser el prototipo de una nueva forma de hacer política, cuando no era cierto. El problema es que todo surgió como muy circunstancial.

Se aceleró la participación política de los indígenas sin que ellos hayan estado preparados para enfrentarlo, sin que hayan tenido, tampoco, un proyecto coherente, y además, con diferencias internas. Es cosa de ideas y propuestas versus actitudes.

¿Por qué cayeron en la política tradicional?

Creo que en eso no hay que ser racistas. Es decir, no porque sean indígenas son diferentes al resto de seres humanos. Están las mismas ambiciones, las mismas preocupaciones, la misma relación con el poder que cualquier otro de los ecuatorianos. El clientelismo manda, y manda en general, con todos los sectores, sean indígenas o blancos, mestizos o negros. Es ya una práctica política consolidada en el país.

Pero se pensó que lo suyo era diferente, que iban a tomar distancia de la clase política.

Sí. Pero los indígenas rápidamente lo gran diferenciar entre lo que es la organización y lo que son los políticos. Tomar distancia es difícil, lo que tienen que hacer es articular sus propuestas.

¿Fue una estrategia del Gobier-

no de Bucaram el dividir al movimiento indígena como dividió al movimiento sindical?

No le doy tanto crédito al Gobierno. No creo que sea premeditado ni que ellos hayan armado la crisis premeditadamente. El asunto es que ellos (el Gobierno) manejan un juego político clientelar en el que todo es negociable y un sector de los indígenas ya se ha movido así desde hace mucho tiempo. Además, todos los gobiernos han dividido en lugar de sumar. Esa ha sido una práctica de la democracia. Rodrigo Borja, por ejemplo, negoció y dio tierras a los amazónicos... Osvaldo Hurtado también hizo lo mismo. No es la primera vez que eso ocurre.

La organización indígena se fractura justamente cuando estaba en su punto máximo de participación. ¿Por qué?

Creo que esa crisis es positiva, como todas las crisis de las organizaciones sociales, porque obliga a replantearse cosas. Cierto es que estaban en un puntal alto, pero que carecía de planteamientos claros, sobre todo, en el plano de la política nacional. Eso hace que se revelan las debilidades del movimiento. Justamente lo que necesitan las organizaciones sociales es de la autocrítica. Y la crisis les va a obligar a definir su propio proyecto con el tiempo. Además, creo que la división no está en las bases. En la Sierra, sobre todo, existe un tejido social muy fuerte, corporativo y comunitario y la división en las elites no va sino a aclarar las cosas, a poner los puntos sobre las íes.

Si los procesos no se revisan,

puede pasar lo contrario: que las organizaciones sociales se atomicen aún más. ¿No es eso peligroso?

Bueno, puede ser. Es decir, la crisis puede, o sacar adelante un movimiento más fuerte o acabar de destruirse. Pero creo que, como van las cosas, la crisis solo obligará a que, con transparencia, se ventilen los problemas de la Conaie, como los problemas del sindicalismo o de la izquierda, que tienen que replantearse.

¿Es este el mejor momento para que se haya sucedido la crisis de la Conaie?

Nunca es el mejor momento. Es decir, cierto es que ahora, cuando se reclama oposición y respuestas de la sociedad civil, ante posibles acciones de autoritarismo y ante un Gobierno populista, con un paquete de medidas neoliberales, es cuando más se necesita de un tejido social fuerte. Pero es mejor que sea ahora, que el movimiento indígena recién empieza su participación política y está a tiempo de rever actitudes.

Usted dice que los indígenas, los sindicatos, la izquierda, tienen que replantearse. ¿No es algo tarde para eso?

Bueno, ese es el riesgo. O las cosas se replantean o los problemas se agudizan. Pero es necesario. No creo que sean graves los disensos porque, como ya dije, los tejidos sociales son fuertes.

(29 de diciembre de 1996)

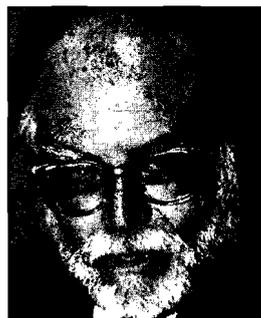
**Durante el Gobierno de Bucaram la Conaie se dividió. Rafael Pandam, dirigente de la Amazonia, se unió a las filas del Gobierno.*

Los movimientos sociales entregaron su victoria a los políticos con la salida de Bucaram. Los políticos deberán mostrar madurez y eficacia.

Los políticos caminan a otro compás...

La sociedad civil despertó del letargo... ¿Cómo explica usted ese paso de la abulia al estallido de protesta?

Creo que desde bastante tiempo atrás las organizaciones que emergen espontáneamente de la sociedad civil para ocuparse de problemas más o menos colectivos, se han hecho presentes y han estado activas. Cuando se hizo evidente la escandalosa corrupción -caso Dahik- surgió el movimiento "Manos limpias". Antes, y de modo más permanente, las mujeres se han organizado y han expresado sus demandas y aspiraciones a los órganos del Estado. Igual cosa ha ocurrido con las ONGs, los organismos de derechos humanos, de medioambiente y ecología y ha sido vigorosa la presencia de los indígenas desde 1992, a parte de los clásicos movimientos sindicales y estudiantiles.



Julio César Trujillo es experto en derecho laboral. Catedrático y militante de la Democracia Popular. Fue Defensor del Pueblo.

Pero se decía que los movimientos sociales estaban en crisis, atomizados...

No creo que estaban en crisis. Creo que los pronunciamientos y demandas fueron aislados y nunca fueron tomados en cuenta por los órganos del poder público y en especial por los partidos políticos que tenían el monopolio de la presencia en el poder.

¿Qué hace que a esos clásicos movimientos de protesta, como sindicatos y estudiantes, se sumen sectores antagónicos como empresarios?

La inconformidad frente al gobierno de Bucaram. La corrupción y la dignidad de la persona humana había sido atropellada por el presidente y sus colaboradores. Por eso es que se unen todos los sectores en el llamado Frente Patriótico. Los dirigentes políticos se suman,

pero se suman al último.

Curiosamente Bucaram desde que llegó al poder trató de dividir a las organizaciones. Lo hizo con sindicatos y con los indígenas. ¿Qué pasó?

Es que trató de dividir con atropellos, en un esfuerzo inútil. Quiso dividir a los trabajadores y a los indígenas con falsos acuerdos. Él mismo se fue labrando varios frentes de inconformidad, de descontento, incluso, con quienes le apoyaron. Se le pidió rectificar muchas veces y sus personeros llegaron a la insensatez de decir que como Abdalá Bucaram era así -procaz, grosero, atrabiliario- había que soportarlo y que su conducta no era censurable. El pueblo ecuatoriano demostró tener límites y querer respeto. Por eso, ni la derogatoria de las medidas le hicieron a la gente ceder ante el paro.

¿Cree que a la clase política le sobrepasaron los hechos del 5 de febrero?

Lo que pasa es que los hechos del 5 y 6 no fueron ni gestados ni acaudillados por los partidos políticos. Las propuestas de los movimientos sociales, desde hace un tiempo atrás, son más ricas que las de los partidos. Así por ejemplo, las reformas legislativas en materia de la mujer nacen de las organizaciones de las mujeres y no de iniciativas de los partidos políticos. Lo mismo ocurre en otros campos. Hace poco, las organizaciones de ambientalistas y ecologistas impidieron que se aprobara en el Congreso un tratado internacional que los partidos estaban dispuestos a aprobar, sin escuchar las voces que se expresa-

ban en la sociedad. Eso podemos multiplicar.

¿Entonces los políticos están desvinculados de la realidad social?

Sí. Totalmente.

Los partidos y los líderes dieron la vuelta a lo que pasó haciendo suyo el triunfo?

Lo que pasa es que habría que discutir lo que es la legitimidad de la representatividad. Los movimientos sociales sabían que no tenían las facultades legales para hacer realidad sus aspiraciones y en un gesto de gran madurez, en lugar de lanzarse a destruir, se propusieron ir al Congreso que tenía las facultades de la ley para hacer realidad lo que el pueblo quería. Tuvieron mucha influencia también los medios de comunicación social que insistieron en que la movilización debía conservar la legitimidad y que para eso era necesario que no se recurriera a la violencia. Mayor madurez de la sociedad civil no se podía esperar.

Los movimientos sociales propusieron la destitución de Abdalá Bucaram pero no propusieron nombres, es más, no descartaron a Rosalía Arteaga ni hablaron de la destitución del binomio que fuera electo...

En eso habría que pensar que lo que había era una consigna común frente a lo heterogéneo de la participación: el alejamiento de Bucaram del poder. En las otras demandas no habían acuerdos tan unánimes: unos condenaban al programa económico, otros al estilo, otros a la corrupción, otros al modelo

neoliberal. La sociedad estaba contra el desgobierno. Y en esa medida, logró sus propósitos. Luego, en el Congreso, vinieron ya los problemas legales al respecto y los oportunismos que, en algún caso, se aprovecharon de lo que sucedía.

Se habla de consensos pero, a la vez, hay quienes no quieren colaborar con el interinazgo de Alarcón pensando en las elecciones del 98.

El pueblo no quiere verles a los políticos disputándose a dentelladas los cargos públicos como un botín y precisamente por eso, quienes tienen la responsabilidad de conciencia tienen que actuar con discreción. Pero, igualmente, los hombres y mujeres que sean llamados a colaborar no deberán negar su colaboración con cálculos mezquinos.

Después de cumplida la demanda popular de que Bucaram salga del poder queda flotando cuál es el real proyecto nacional. ¿En qué quedan los movimientos sociales? ¿Cómo se renovarán los discursos calcinos? ¿Con qué líderes?

Ellos siguen trabajando. Ahora mismo se están elaborando los lineamientos generales para la Asamblea Constituyente y ahí es donde se verá la real participación de la sociedad civil. Tendrán que coincidir en ella fuerzas dispares y contradictorias. Los políticos tendrán, entonces, que madurar también. En cuanto a los líderes, creo que sí los hay. Muestra de ello fue la movilización del cinco. Esos líderes son todavía anónimos. Y los discursos... pues tendrán que cuajar en un proyecto nacional en el que, con madurez, cedan unos y

otros. Ahora es el momento más rico del país en ese sentido, porque se ha demostrado que cuando se quiere, la unidad no es utopía.

Los movimientos sociales habrían sugerido el interinazgo para alguien fuera de la clase política... se pensó en usted, en Gustavo Noboa. ¿No muestra eso que, el rato de las decisiones, estos movimientos no tienen mayor peso?

No. Lo que pasa es que, por razones de legitimidad, no era eso posible. ¿Cómo hablábamos nosotros con las Fuerzas Armadas? Eso lo puede hacer el Congreso, que es el segundo poder del Estado y que, por mandato popular, tiene su legitimidad.

¿Cómo hacer para no resucitar a Bucaram?

Eso es difícil. El dejó una semilla muy grande y tiene una disculpa: "las oligarquías no me dejaron gobernar". Tendrá su disculpa para quienes esperaban techo. Simplemente, no tuvo tiempo.

La única manera es, ahora, demostrar eficiencia y formas distintas de gobernar, en consenso y alejados de la corrupción. *

(16 de febrero de 1997)

**El papel de los movimientos sociales fue importante en la caída de Mahuad. Pero fue la clase política la que movió sus fichas.*

Las elites y la clase política *son las culpables del fracaso del sistema. La cantidad de reformas que ha tenido el país es la causa de la inestabilidad.*

La democracia ha sido de mala calidad



Oswaldo Hurtado Larrea fue presidente de la República en 1981. Su aporte académico desde Cerdas ha sido reconocido.

Hace 20 años se publicó “El poder político en el Ecuador”; se cumplieron 20 años de la actual Constitución; del retorno a la democracia. ¿Por qué el Ecuador está en un círculo en el que parece repetir su propia historia?

Porque la democracia, como sistema político, ha sido de mala calidad. Si así se puede calificar a un sistema político que arroja los resultados económicos y sociales que, en estos años, ha rendido la democracia ecuatoriana. La tasa de crecimiento económico ha sido unas décimas superior a la tasa de crecimiento de la población, es decir, casi cero. Una democracia que arroja estos resultados y que no ha sido capaz de modernizar el país para ponerle a tono con los cambios en el mundo, es una democracia que no merece altas calificaciones.

¿Qué tanta culpa tienen de ese

fracaso los propios partidos políticos?

No puede haber democracia de calidad sin un sistema de partidos políticos de calidad y sin líderes calificados. El sistema de partidos tiene mala calidad principalmente, aunque no exclusivamente, por su fragmentación. A lo largo de estos 17 años hemos tenido más de una decena de partidos políticos.

¿Para evitar esa fragmentación, propone volver a un régimen bipartidista?

No. Pero tampoco uno con más de 12 partidos de los cuales ninguno representa más del 20 por ciento de la votación nacional y es un sistema destinado al fracaso porque las políticas económicas, educativas, sociales, requieren de continuidad.

Ingovernabilidad, problema territorial, crisis universitaria y cri-

sis económica. Más allá del diagnóstico -el país los tiene de sobra- ¿por qué en 20 años de democracia no se han resuelto? ¿No hay voluntad política?

En el caso del problema territorial, sí. A lo largo de cuatro gobiernos se ha mantenido una política de Estado al respecto. Las otras no. Al contrario, el sistema político que se creó en la Constitución del 79, fue debilitado a través de sus reformas. En cuanto a la crisis económica, es el mayor fracaso de la democracia: un sistema que le obliga al país a soportar programas de ajuste cada cuatro años es insostenible. Y en cuanto a la universidad, el país no ha hecho nada. No veo cómo va a mejorar la clase dirigente.

Independientemente de la universidad, la formación de la clase dirigente es responsabilidad también de los partidos. Al parecer, estos se han empeñado en tener a los mismos hombres -tal vez por egoísmos- en lugar de formar a sus líderes.

Los partidos, lo que puede dar a los ciudadanos es solamente una formación complementaria en el campo político, pero antes, esos individuos tienen que ser buenos sociólogos, buenos politólogos, buenos economistas, buenos profesionales. Y eso no hace la universidad ecuatoriana.

En 'El poder político' define al populismo como el primer intento de dibujar una ideología nacional. En "Ecuador, problema de gobernabilidad", dice que el populismo ha empeorado la democracia.

¿Usted ataca algo que en principio defendió?

El populismo tiene ciertos méritos como es el haber incorporado la participación en la vida pública a importantes y numerosos sectores sociales a los que generalmente representa. Esto fue lo que hizo Velasco Ibarra a su hora y lo que después hicieron Assad Bucaram y su sobrino. En la misma línea, el mayor defecto del populismo es no cumplir con aquellos sectores. Al contrario casi siempre las empeoraron.

El modelo proteccionista del Estado se agotó. Tanto en el discurso político como en las demandas de las organizaciones, todo apunta al proteccionismo. ¿Qué hacer?

Las organizaciones intermedias -sindicatos, indígenas, empresarios...- defienden intereses referidos a su actividad que no necesariamente coinciden con el interés público. Es a la política a la que le corresponde ser la síntesis de los intereses colectivos. Si cada uno de esos sectores llega a una Asamblea, su papel va a ser defender a sus asociados.

¿Ahí su escepticismo?

Soy escéptico en el sentido de que no encuentro propuestas que ataquen el problema fundamental de la democracia ecuatoriana. No hay propuestas que ataquen al crecimiento de la pobreza y a la inflación. Todas las demás son secundarias y en nada van a cambiar los problemas que afectan a once millones de ecuatorianos y que tienen que ver con el nivel de vida. Que tengamos vicepresidente o no es tema secundario.

¿Qué se necesita, entonces, para una verdadera reforma?

Representar a las diversas escuelas de pensamiento político. Se sabe que un país inestable políticamente es a la vez un país atrasado económicamente e inequitativo socialmente. Tengo la impresión de que el debate sobre reformas constitucionales no ingresa a ese campo y se queda en lo superficial. Mientras los EE.UU. han tenido una carta política, el Ecuador ha tenido 18 y camina a la número 19. Eso podría significar que el Ecuador ha hecho todo por resolver sus problemas... pero, al contrario, es el mayor síntoma de la inestabilidad. Esos cambios son el mejor camino para ahuyentar la inversión extranjera. La inestabilidad es comparable a la de Haití.

¿De alguna manera, la Constitución que usted ayudó a aprobar, fue incompleta?

No. Ella ha sufrido reformas -en el 83 las primeras y en el 96 las últimas- en las que, unas para bien y otras para mal, se ha incorporado el pensamiento de diversos sectores.

La sociedad civil culpa a los políticos de la inestabilidad...

Hay la tendencia a sacarnos de encima responsabilidades y transferirlas a otros. Entonces, prescindamos de los políticos y los problemas del Ecuador se van a resolver.... Esa es una reflexión equivocada. Es culpa de todos, de las élites, que no han sabido reconocer sus debilidades y sus responsabilidades. En la corrupción, por ejemplo, los empresarios tienen su responsabilidad, fueron víctimas, pero, si guardan silencio, se vuelven cómplices.

¿Cuál es la responsabilidad de los intelectuales, a quienes usted

critica en su libro?

En los años 70, todo se analizaba de acuerdo a la teoría de la dependencia y a la lucha de clases. Por eso, mi libro fue descalificado, pero, lastimosamente, sin debate alguno. Las cosas cambiaron y eso produjo una especie de anomia intelectual en el sentido de carecer de otras categorías teóricas que permitan comprender e interpretar al Ecuador.

Usted ha manejado al dedillo el tema reformas. ¿Por qué no está en la Comisión de Reformas no como político, sino como intelectual, y cumple así con su responsabilidad para con el país?

Yo estaba dispuesto a formar parte de la Comisión pero quería saber cuál era la propuesta del Gobierno. El Presidente Interino ha sostenido normas jurídicas contrarias a las que yo considero necesarias. Pedí que se constituyera una Comisión más pluralista y que estuvieran presentes profesionales familiarizados con los aportes de la ciencia política contemporánea. Como esto no se cumplió, no acepté. El tema es de las pocas cosas que en realidad me entusiasman en la política nacional. Es más, en Cordes, tenemos información que, por cierto, está a disposición del Congreso y de la Comisión. *

(6 de abril de 1997)

**El ex presidente Hurtado presidió la Asamblea Constituyente poco tiempo después. Las reformas constitucionales no solucionaron el problema de gobernabilidad.*

Los empresarios no han tenido fe en el país. La corrupción, la evasión tributaria, las fugas de capitales, entre otras, son su responsabilidad.

No hay reglas claras para la inversión

Los empresarios han hecho un mea culpa al decir que, como parte de las elites, tuvieron su responsabilidad en el triunfo de Bucaram. Y, por supuesto, en las acciones del 5 de febrero. ¿Después del 5 qué?, ¿hasta dónde están dispuestos a cambiar?

El país viene viviendo situaciones difíciles pero interesantes hacia la búsqueda de consensos. Lo primero, el avance del pacto social. El mostrar al país el diálogo profundo y sincero entre empresarios, trabajadores y Gobierno, buscando soluciones comunes. Eso ha dado al país un ejemplo de que grupos antagónicos son capaces de buscar soluciones.

Esto significa un cambio de actitud. El último conflicto bélico y lo acontecido el 5 de febrero demuestra que el país sí puede unirse con objetivos claros. Si aquí preguntáramos quién botó a Bucaram



Gustavo Pinto es presidente ejecutivo de la Cámara de Industriales de Pichincha. Fue uno de los líderes del llamado Pacto Social.

deberíamos contestar 'Fuenteovejuna señor'. Estamos en la corriente del diálogo. Ese es un cambio.

Cada gremio maneja su propio lenguaje de acuerdo a sus intereses. Mientras los sindicatos dicen no al neoliberalismo ustedes dicen sí a las privatizaciones. ¿Qué tan fuerte es esa unión de la que hablan frente a los intereses individuales?

Esa cultura del individualismo es, precisamente, lo que hay que cambiar. La privatización, neoliberalismo, flexibilización laboral, son los temas que están en carpeta. Todo lo que es cambio de estructuras macroeconómicas tiene el membrete de neoliberalismo y es motivo de objeción. Para cambiar las estructuras económicas hay que salir de los membretes y unimos en objetivos nacionales. Con los trabajadores el diálogo es

sincero, profundo y estamos a pocas semanas de buscar soluciones válidas que van a dar motivo para más concertaciones, como el proyecto conjunto de unificación salarial. Se podrá concertar con el sector político y se pondrá a prueba la capacidad que tenemos de resolver nuestros problemas.

Los empresarios, tradicionalmente, han apostado a los distintos partidos políticos, para, gane quien gane, salvaguardar sus intereses. ¿Cómo alejarse de esas prácticas y trabajar en esos proyectos nacionales?

No estoy de acuerdo en que eso haya sido una tradición. Puede haber sido cierto en el pasado pero en los últimos años eso ya no funciona así. Primero, porque los políticos son mucho más difíciles de influenciar. Segundo, porque la participación directa en la política cada vez ha sido menor. Y lamentablemente, porque creo que deberíamos participar más en política y no dejar a los voluntarios de cuarta fila.

Hablar de políticas de Estado, de tener, para el Ecuador, objetivos nacionales, independientemente de quién o quiénes sean poder, es un tema que tiene que avanzar con el tiempo.

Se ha denunciado corrupción en las aduanas. Pero la corrupción en las aduanas no empieza con Bucaram... el tema ha estado ahí mucho antes y los empresarios, importadores, comerciantes, no han hecho nada para cambiar esos esquemas...

Siempre hemos hecho denuncias. En esa área no hay juicios de contrabando.

Hemos denunciado las importaciones de ropa usada que son prohibidas desde hace varios años.

Hemos hecho denuncias tanto en aduanas como en rentas. Lamentablemente ninguna ha llegado a un juicio de aduanas por lo poco eficiente del sistema judicial. No se puede decir que no hemos hecho nada. Las primeras denuncias de rentas las hicieron las Cámaras de la Producción.

El Estado no tiene plata... y...

Sí tiene dinero, pero es un mal administrador.

...Hay 3 000 contribuyentes que aportan con el 90 por ciento de los ingresos del Estado. No son solamente los informales los que evaden impuestos. ¿Las cámaras qué hacen al respecto? ¿Cómo controlan a sus socios?

Hay, efectivamente, gran evasión de impuestos, en aduanas, en IVA, en rentas. Pero tiene que cambiar el sistema. Al contribuyente le duele aportar su dinero para que otros se lo lleven en sacos. Hay que pagar el arancel de aduanas, el IVA, los servicios, el 25 por ciento de impuesto a la renta, el 15 por ciento de participación de los trabajadores, los impuestos municipales, los servicios... La suma tributaria es tan grande que la tentación de evadir también es grande.

¿Y entonces?

Hay que corregir el sistema tributario para simplificar su cobro, unificar impuestos, reducir tarifas y mejorar radicalmente los sistemas de recaudación. Puede tener un costo político pero la recaudación debería duplicarse en un

plazo máximo de un año, con sistemas de cobro electrónico y con información cruzada. En Finanzas tienen todo eso. Lo que falta es voluntad política.

En el caso del tabaco, por ejemplo, el dos por ciento de lo recaudado por los tributos (ICE) le corresponde al sector de la salud. Los industriales han defendido al sector tabacalero pronunciándose por la baja de ese impuesto. Ahora estamos viendo los resultados. La Salud no tiene recursos...

En la recaudación del impuesto a los cigarrillos entre el 96 y el 95 hay un fenómeno que parece ilógico: en el 96 las tarifas del ICE estaban en el orden del 65 por ciento y la recaudación en 115 mil millones de sucres. En el 95, la tarifa era del 120 por ciento y la recaudación, no llega a los 100 mil millones de sucres. Al poner impuestos más altos, la evasión es más alta. La pelea es bajar el ICE para garantizar una mayor recaudación. Si el propio Estado mantiene las tarifas equivocadas para promover el contrabando, obviamente que le van a faltar los dineros en caja.

Los empresarios no han tenido fe en el país. De hecho, han preferido invertir afuera y salvaguardar sus intereses.

Un inversionista sea nacional o extranjero busca estabilidad jurídica, política y financiera, para que no le estén cambiando las reglas del juego cada año. Para endeudarse hay que saber cuáles son las reglas claras en los próximos cinco o 10 años.

Y no solo los empresarios tienen sus inversiones afuera, sino muchos ciuda-

danos comunes. Se invierte siempre y cuando haya seguridad para invertir.

¿Cómo van a presionar las políticas económicas que proponen?

Simplificando, en la Constitución, lo que tiene que ver con la economía, lo que se ha dado por llamar sectores estratégicos. Es el sector privado el que debe desarrollar esos sectores.

Definir los sistemas de capitalización, privatización y participación de capitales privados, en todos los servicios de utilidad pública. Se deben romper los conceptos de que los servicios públicos tienen que ser del Estado.

Volvemos al círculo... Ustedes hablan de privatizar pero los trabajadores no van a aceptar esas privatizaciones.

Hay que negociar y respetar los derechos de todos. En el sector eléctrico, por ejemplo, parece ser que los derechos de los trabajadores del área son más que los derechos de la mayoría de los ciudadanos. Y eso está mal. Los derechos de la mayoría, la necesidad de servicios eléctricos del país tienen que estar por encima de los derechos sindicales. Si el sindicato no quiere privatizar la Central de Paute, la ciudadanía deberá presionar. Porque el Estado no tiene los capitales para hacerse cargo de ella. Ahí está el dejar los intereses individuales, para pensar realmente en el país. *

La democracia está bloqueada,
*asumir la globalización, repensar el
 Estado y el poder e integrar nuevos
 referentes pueden ser la salida.*

El Estado no es propiedad de los políticos



Julio Echeverría es doctor en Sociología y Ciencias Políticas. Es catedrático en la PUCE, Universidad Andina y Flacso.

Usted afirma que las medidas de política económica de los 80 y 90 se han caracterizado por responder a una lógica reactiva más que propositiva. Pero también dice que la participación de la sociedad civil durante la crisis de febrero dejó planteados los grandes temas de reforma política. ¿No fue ésta, también, una lógica reactiva?

En alguna medida sí, en el sentido de que en el movimiento de febrero no se elaboró una plataforma programática clara y obedeció al rechazo al régimen de Bucaram. Pero creo que fue el punto culminante de un proceso de desgaste de ciertas formas institucionales. De ese desgaste surgen algunas indicaciones claves de reforma institucional.

Cuando se habla de gobernabilidad se piensa en la relación Ejecutivo-Legislativo.

Usted habla de otros actores -los movimientos sociales-. ¿Cuál es la responsabilidad de ellos en el problema de gobernabilidad?

En el libro se plantea una aproximación al tema de la gobernabilidad que trata de desmontar las concepciones fetichistas del poder político, en el sentido de aquellas concepciones que atribuyen la gobernabilidad como atributo de quienes detentan el poder político. Cada actor, a su manera y en su contexto, hace parte en el proceso decisional de gobierno. La sociedad es portadora de una voluntad que aparece desorganizada pero que puede ser la base para quienes tienen que tomar decisiones.

¿Eso quiere decir que la sociedad civil ha tenido su culpa en el desgaste institucional?

Claro. Muchos de los problemas de gobernabilidad tienen que ver con la es-

capacidad de generar indicaciones de política desde el mismo ámbito de la sociedad. En la cultura política ecuatoriana no existe la idea de corresponsabilidad en el proceso de gobierno y decisional.

Quienes han estado en el poder no han tenido claro qué es el poder ¿Es esa la causa de la incapacidad decisional?

De por medio hay, también, una concepción fetichista en el sentido de entender que quien está en el poder es propietario del poder. Esa es una apreciación insuficiente, poco clara de lo que es tener poder político y gobernar una determinada sociedad. El poder debe ser entendido al interior de un proceso en el cual se produce y se consume consenso de los distintos actores. Quien está en el poder está administrando un poder que no le pertenece. Una escasa comprensión de esta problemática puede conducir rápidamente a la deslegitimación del poder.

Usted habla de parlamentarismo como una alternativa a la gobernabilidad, pero la institución parlamentaria también está en crisis.

No. Lo que planteo es poner bajo examen las características del régimen presidencial y las características del régimen parlamentario. La discusión está en la necesidad de fortalecer la capacidad de gobierno y de perfeccionar esta dimensión participativa.

Hay quienes han identificado, en el parlamentarismo, un mejor nivel de participación social y en el presidencialismo una mayor capacidad decisional.

El debate esconde la necesidad de per-

feccionar los procesos de participación social y se dan algunas ideas sobre cómo combinarlos reforzando los procesos de participación.

Para que esto sea viable, los políticos tendrían que rever su propio proceso. Empieza otra campaña electoral y no se ve que eso vaya a suceder.

La próxima campaña nos va a dar luces sobre si en realidad el movimiento de febrero es parte de un proceso de maduración en la cultura política del país. Soy de la idea de que sí, de que el movimiento de febrero representa un avance en la cultura política y que ese avance se traducirá en un mayor nivel de responsabilidad de los actores políticos y de los actores sociales.

Usted es optimista frente a la participación de los movimientos sociales. ¿No cree que las organizaciones sociales también son sistemas verticales que, o se enfrentan al Estado o buscan cuotas de poder?

Entre los movimientos sociales se presenta una tendencia de innovación y de resistencia que caracteriza a la coyuntura política actual no solo en el Ecuador sino en el mundo. La llamada sociedad civil es un espacio múltiple, plural, donde coexisten distintas posiciones. Es posible reconocer a quienes poseen tendencias de innovación o a los actores que expresan intereses vinculados al viejo modelo que se trata de superar. Movimientos como el indígena o de las mujeres son portadores innovadores, pero otros, como aquellos que están detrás de ciertos sindicatos del sector pú-

blico, no hacen sino defender el viejo modelo corporativo de Estado .

La democracia estaría bloqueada no solo en el Ecuador. ¿Es un proceso que tiene que ver con la globalización?

Las democracias se encuentran en un proceso de redefinición porque los procesos de globalización están introduciendo exigencias de modificación de las instituciones políticas. Por ejemplo, la dimensión de la soberanía nacional está siendo presionada por los procesos de integración. El referente ya no es la sociedad local. Esto obliga a replantear perfiles programáticos, conductas políticas. La globalización es una dimensión que no está siendo reflexionada.

Es importante que los actores definan su intervención en este nuevo contexto. De no hacerlo estarían equivocándose. El carácter de la democracia bloqueada está justamente allí: las perspectivas de los actores son tan limitadas, tan cortoplacistas, que, en su enfrentamiento, no producen sino bloqueo.

Su análisis en cuanto a la globalización o al neoliberalismo no coincide con analistas políticos que más bien los rechazan. Usted habla de ese rechazo entre comillas. ¿Por qué?

Es importante un cambio de la teoría social y política. Si es que no lo hace tiende a repetirse y a recluirse en la pura denuncia de algo que le resulta incomprendible. La sociología tiene que contribuir a reducir la complejidad social del mundo globalizado, ese es su papel. Por lo tanto es importante superar aquellas visiones de denuncia de sus

rasgos: injusticia, inequidad, exclusión.

En referencia a temas como el neoliberalismo o el rechazo a la globalización existen dos elementos: primero, la insuficiente comprensión de estos fenómenos y segundo, la expresión de intereses que se fueron consolidando en el viejo modelo económico social y político que hoy se trata de superar.

¿Ese análisis de denuncia es un reflejo condicionado, un automatismo de la sociología?

Posiblemente. Ahí, otra vez, estamos frente a la fetichización del Estado y del poder. Al Estado se lo ve como un espacio que es propiedad de una elite corrupta e ineficiente y no como el espacio en el cual la sociedad tiene que intervenir y definir su orientación y característica. También, en este caso, hay que desmontar esa fetichización y descubrir que existen posibilidades concretas de enfrentar la corrupción, la elitización y de favorecer los procesos de democratización. *

(8 de junio de 1997)

**La democracia volvió a bloquearse después... el 21 de febrero del 2000, con la caída de Jamil Mabud.*

Los consensos se rompen fácilmente porque no hay una hipótesis de desarrollo nacional. Los gremios funcionan como redes cerradas.

Las elites solo piensan en su beneficio

Parece imposible que la sociedad ecuatoriana encuentre consensos a largo plazo. Lo ha demostrado, por ejemplo, la ruptura del pacto social. ¿A qué le adjudica usted esa imposibilidad de concertación?

Hay un acuerdo de que en las sociedades modernas contemporáneas funciona el poder legítimo, es decir aquel que no se impone sino aquel que se produce a través de consensos. Un consenso se crea a partir de la concertación de actores que encuentran intereses comunes a partir de su diversidad. Esta lógica no funciona en el Ecuador. Y creo que eso tiene que ver con causas estructurales. Son seis diferencias fundamentales las que marcan a la sociedad ecuatoriana -aunque puede haber muchas más-. Estas son diferencias de clases, regionales, étnicas, urbanos-rurales, de



Galeo Ramón es historiador. Ha trabajado como consultor en el Prodepine, ha dictado cátedra y ha escrito varios artículos.

género y generacionales.

Pero esas diferencias existen en todo el mundo...

La particularidad del Ecuador es que son muchas y que están fuertemente correlacionadas con tres problemas importantes: primero, que lejos de resolverse tienden a agudizarse. La brecha entre pobres y ricos crece. Las brechas étnicas también porque no se ha logrado interculturalidad. Las diferencias regionales persisten. Esas diferencias no tienden a resolverse. Y eso imposibilita pensar en problemas comunes.

Parecía que, a raíz de febrero del año pasado, la sociedad estaba tendiendo hacia la concertación. ¿Qué pasó?

Creo que en febrero se encontró un interés común. El consenso no es más que eso, un interés común entre los di-

versos. Ese interés común no fue lo suficientemente fuerte como para ser duradero. Y ahí es cuando actuaron las diferencias y se impusieron a las dificultades de consensos.

¿Cuáles son las causas que, a corto plazo o de coyuntura, afectan a esos consensos?

Se supone que el mercado civilizado es el espacio en el que se garantiza que los distintos sectores encuentren intereses comunes. Sin embargo acá no ha sido posible porque hay mucha gente excluida del mercado. Según un análisis de pobreza el 70 por ciento no tiene capacidad adquisitiva. Pero también hay otro elemento: ha entrado en crisis la hipótesis de desarrollo nacional, teóricamente esa podría haber sido la que nos permita haber encontrado objetivos nacionales y esto se debe a que varios grupos no están pensando globalizarse a nivel de país sino buscando beneficios de intereses propios.

¿Eso tendría que ver también con los políticos? ¿Ellos también carecen de objetivos nacionales?

Yo diría que justamente esa es una de las dificultades en los partidos políticos. No se ve una identificación de objetivos nacionales. Pero, y lo que creo más grave, es que no hemos logrado construir tampoco espacios de participación institucionalizados. Los que hay son esporádicos, episódicos o coyunturales pero no permanentes, como por ejemplo, lo que fue la Asamblea de Quito. Es decir, no hay reglas claras para que los actores puedan actuar y para que se tomen decisiones. En esas condiciones, la sociedad civil no decide nada ni tiene ma-

nera de participar.

Todo el mundo está consciente, por ejemplo, de las cosas que necesita cambiar. Hay miles de proyectos de reformas. Pero el rato de efectivizar esos cambios, los concertantes rompen su palabra. ¿No hay capacidad de mediación?

Los actores de estos pactos o intentos de mesas de concertación explican su fracaso generalmente acusando a los otros de que tienen agendas ocultas y de que estuvieron jugando una maniobra política para sorprender al otro. Eso hace relación a que no existe una cultura democrática en el Ecuador, al menos en sus elites. La existencia de una cultura democrática está relacionada con la de una comunidad cívica. Una comunidad cívica surge donde hay capital social, redes sociales abiertas que crean ciudadanía. En el caso ecuatoriano existe una serie de redes que captan los partidos políticos, los gremios y determinadas actividades empresariales que luego funcionan como redes cerradas. Esas redes son autoritarias y, como no pueden lograr el consenso, tratan de imponerse. Además, son patrimonialistas, es decir están pensando en su patrimonio y no en el patrimonio nacional y así es como manejan al Estado. Eso impide el surgimiento de una cultura política ciudadana en la que se encuentren intereses comunes.

¿Hasta qué punto las elites tienen conciencia de su parte en la falta de consensos y en esa visión patrimonial de la que Ud. habla?

Las elites piensan en su propio beneficio. No existe un proyecto nacional. Y

eso ha pasado siempre: en el boom caotero las elites vivían en Francia y luego reproducían acá esos esquemas. Igual que ahora, que depositan su dinero en Suiza y tienen bienes en Miami. Es un problema de mentalidad poco nacionalista. Por otra parte, la palabra ha estado devaluada también en la historia del país. Cualquier contrato hecho verbalmente se rompe. Por eso, insisto, son redes cerradas.

¿Cómo abrir esas redes? ¿Cómo pasar a esos escenarios institucionales participativos?

Hay que crear esos escenarios institucionalizados de participación para tomar decisiones. El ejemplo de Bolivia a nivel municipal es interesante. Ahí hay escenarios permanentes, obligatorios y con capacidad de decisión. Esto permitiría romper los intereses patrimoniales.

¿Cómo recrear aún hipótesis de desarrollo nacional si da la impresión que hay miedo al cambio, a la globalización?

No deberíamos negarnos ni a la globalización ni a la modernización. Y, a partir de allí, deberíamos lograr objetivos nacionales.

Usted habla de que no hay una cultura democrática en el país. ¿Qué hacer para cambiar eso?

Se ha insistido en que hay que democratizar a los poderes existentes pero no se ha puesto interés en la democratización de la sociedad. Habría que impulsar que todas las personas pertenezcan no a una sino a varias asociaciones civiles. Con eso se desterraría el patrimonialismo y se permitiría que aparezcan intereses comunes.

Cuando se habla de reformas se sigue pensando en un Estado benefactor. Eso también rompe los consensos.

Es verdad. La hipótesis del desarrollo nacional no puede ser entendida como el fortalecimiento del Estado, sino más bien como la dinamización de los movimientos sociales. Mientras no cambie esa idea del Estado, los cambios y la concertación son más difíciles.

Usted habla de que el reconocimiento de la interculturalidad también rompería esas barreras individualistas. Al parecer, la discusión en ese sentido sí ha avanzado. ¿O no?

No hemos avanzado en la capacidad de comunicarnos los diversos. Se han ido creando poco a poco espacios de interculturalidad que podríamos desarrollar. Este rato se reconoce ya que el Ecuador es diverso.

Pero el punto es pasar a crear una posibilidad de convivencia entre lo diverso y para ello se necesita formar un pensamiento intercultural que plantea el conocimiento del otro. *

El rol del Estado cambió: *ya no hay un Estado desarrollista. Estado, ciudadanía, sociedad civil, clase política, son conceptos que hay que revisar.*

Gobernabilidad, una hebra de varias cabezas



Germánico Salgado fue director del proyecto de gobernabilidad en Cordes. Militante de la Democracia Popular y diplomático.

¿Cree usted que la reforma política mejorará en algo los problemas de gobernabilidad?

Creo que las cosas que ha hecho la Asamblea sí facilitan la gobernabilidad. Están más claras las funciones del Ejecutivo y del Legislativo y eso impide la pugna de poderes. Debería haber menos ocasiones para que se dé la pugna de poderes y el chantaje y extorsión políticos. Por ejemplo el Congreso ha perdido facultades que le permitían chantajear al Ejecutivo en cuanto al presupuesto.

Ahora le da mayores poderes al Ejecutivo y le fortalece ¿eso no dará motivo de pugnas?

Creo que la nueva Constitución tiene de a facilitar la tarea del Ejecutivo pero también lo limita. Por ejemplo en lo que tiene que ver con los funcionarios de control que ya no es atribución del Ejecutivo solo.

Los problemas de gobernabilidad son más que la relación Ejecutivo-Congreso. Está el Poder Judicial, la corrupción, la clase política, las elites...

Sí, por supuesto, la gobernabilidad es una hebra con muchas cabezas. Implica un Poder Judicial serio, una cultura democrática fuerte, la ausencia de la corrupción y la concepción del Estado, así como la definición de los conceptos de ciudadanía y responsabilidad social.

¿En ese sentido usted avizora cambios?

En cuanto al Poder Judicial, por ejemplo, sí hay algunos cambios, también tiene mucha responsabilidad en el problema. Se ha propuesto el juicio oral y una serie de leyes que impedirá la corrupción y la impunidad, es decir, la administración de justicia también va a tener sus límites, según la reforma.

El sistema electoral no es el que sugería la propuesta de gobernabilidad. ¿Un pero?

De acuerdo a la última reforma se eliminaría la elección de diputados nacionales y desaparece el sistema electoral mixto. El proyecto de gobernabilidad sugería el sistema mixto que hacía que a los diputados nacionales sean elegidos por plancha y había la posibilidad de representación de las minorías. Por la tradición los diputados nacionales eran los mejores y más preparados.

Esta ventaja desaparecería y es un pero al cambio. Otro obstáculo del cambio es el uso de las reglas de mayorías de las elecciones pluripersonales. Pero eso solamente se podrá medir cuando se ponga en práctica la reforma.

Michael Coppedge habla de la fragmentación partidista es uno de los problemas de gobernabilidad. ¿Cómo cambiar eso?

No creo que el sistema como está ayude a superar el problema de la fragmentación partidaria. Eso no lo puede arreglar la Constitución. La única salida real es que los partidos aprendan a hacer alianzas.

¿Alianzas? ¿Con el desprestigio de la clase política?

Tal como se imagina al Congreso será un ente más productivo y menos propenso al chantaje político. Se ha pensado en un Congreso que trabaje 10 meses al año y que esté organizado en comisiones a las que pertenecerán todos los miembros del Congreso y que trabajarán en la mesa de las negociaciones. Eso hará mucho más serio y le quita la tarima de lo plenario, oratoria y teatro

con la que se ha venido trabajando. Es difícil que cambie la clase política de la noche a la mañana, pero con esta nueva estructura tendrá que ir cambiando.

¿Usted cree que con el poco tiempo que tuvo la Asamblea y con todos los problemas de por medio haya paso a la gobernabilidad?

Sé que hay 28 artículos nuevos en la Constitución. Hay conquistas como la autonomía del Banco Central y asuntos que tenían consensos previos. Pero la verdad es que ni al Congreso ni al Presidente les convenía que la Asamblea trabaje a fondo y en serio. Pese a todo eso creo que sí hay conquistas.

¿Qué hizo que la Constitución de 1979 se vuelva obsoleta?

La Constitución de 1979 se aprobó con reglas válidas para la sociedad ecuatoriana de ese entonces. Se inspiró en lo que hacía el Estado con el petróleo, era un Estado rico, desarrollista y tenía un rol paternalista que se reflejó en esa Constitución. La crisis de la deuda, el ajuste, llevó al traste la posibilidad de que ese Estado subsista.

Ese esquema del Estado paternalista se ha mantenido y ha hecho que muchos sectores se opongan a las reformas. Eso también impide la gobernabilidad. ¿Por qué?

El esquema del Estado desarrollista, activamente desarrollista y con un plan paternalista se reflejó en el resto de la sociedad. Los grupos empresariales, sindicales, gremiales, viven aún en ese esquema. Nos ha costado despojarnos de esa Constitución queriendo vivir la holgura de la época petrolera que ya no vi-

vimos. El vivir una época de ajuste permanente es una prueba de que el sistema no ha funcionado.

Hay una paradoja: la época del petróleo es la época de las dictaduras. La democracia empieza y viene la crisis...

La democracia no ha sido eficiente pero no porque cayó el petróleo. La crisis de la deuda y la crisis de los últimos años le hubiera tocado con la misma severidad a dictaduras o a democracias. No creo que por eso se pueda hablar de fracaso de la democracia, pero, ahí lo que pasó es que se quedó la gran ilusión de un período de gran holgura. La Constitución reflejó esa ilusión del Estado pero a los tres años ya era inviable absolutamente. Y de algún modo los preceptos constitucionales siguieron subsistiendo en la mente de la sociedad civil y nos ha costado enormemente el reacomodo a todo eso.

¿La Constitución de ahora realmente refleja ese reacomodo?

Creo que la Constitución de ahora refleja mucho más la época en que vivimos y la realidad que vivimos. El reacomodo todavía nos va a costar, eso es parte de un cambio de pensamiento, de concepción misma del Estado y de la ciudadanía o sociedad civil. Y eso es todo un proceso que tiene que darse. No creo que la nueva Constitución sea una panacea.

¿Cuál cree que debe ser esa nueva concepción del Estado?

Ni es el Estado desarrollista ni es el Estado liberal, ninguno de los dogmas es verdadero. Hay que empezar por definir el Estado que queremos. Cada so-

ciudad es distinta, con empresariados, sindicatos y demás que actúan distintos. No creo que se le debería quitar el poder al Estado, todo lo contrario, debería ser un Estado fuerte, regulador, no empresario pero sí con autoridad.

Las leyes y normas pueden ser letra muerta si no hay conciencia de esos cambios en los conceptos Estado y ciudadanía de los que usted habla.

Los cambios en la cultura política son trascendentales. La corrupción, la impunidad, el descrédito, el hacerle trampa al Estado son una mezcla de muchos elementos incluso el consumismo desatado que vivimos hacen también difíciles los problemas de gobernabilidad. El cambio cultural va a venir. Y creo que hay que dar más importancia a la educación, a la ética. El Estado ha sido una fuente de corrupción y por eso tiene que haber cambios. Los juicios en ausencia, por ejemplo, serán un punto para que eso cambie.

¿Cómo hacer ese Estado fuerte sin dinero?

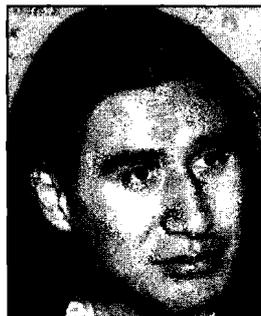
Hasta hoy parecería ser que el ciudadano conoce sus derechos y no tiene obligaciones, de ahí las argucias para evadir impuestos, por ejemplo. Es un círculo vicioso: si el Estado no me da, no le pago. Eso no puede ser. Y ahí está un contrato social básico. *

(17 de mayo de 1998)

**Las pugnas entre los poderes Ejecutivo y Legislativo continúan hasta hoy, a pesar de las reformas constitucionales. Lo demostró la última elección de presidente del Congreso.*

Nuevos términos y referentes juegan su papel en el tema frontera. Pensar el país a partir de la nueva frontera no va a ser traumático.

El acuerdo no es derrota sino ventaja



Adrián Bonilla es subdirector de Flacso. Actualmente coordina el programa de relaciones internacionales de la institución.

¿Han cambiado los imaginarios alrededor del tema de la frontera Ecuador-Perú?

No estoy seguro que los imaginarios hayan cambiado completamente. Lo que tenemos ahora es una negociación en la cual se están sentando las bases para que esas imágenes de la historia y del espacio físico nacional del Ecuador puedan ser transformadas. Cada uno de los dos países tiene, a su vez, una forma de representarse a sí mismo y una forma de relatar su pasado, de construir su historia. Este relato del pasado es una de las fuentes primordiales de las identidades nacionales.

Todavía el Ecuador no asimila su mapa real. El imaginario sigue siendo un país que no existe a pesar de reconocer el Protocolo. ¿Esa forma de dibujar no distorsiona la representación, la identidad mis-

ma del Ecuador?

Estas nuevas formas de dibujar el país de una u otra manera ya se insinuaron con el Protocolo que siempre se ha pintado. Pero este espacio físico abierto era un signo de que el Ecuador podía ser más grande y alude, de alguna manera, a la necesidad de afirmación de los ecuatorianos como una nación distinta a la peruana y a la colombiana. A lo mejor uno de los elementos positivos de la negociación será el representarnos efectivamente distintos a los peruanos y a los demás países sudamericanos y haber terminado de construir lo que es la piel del Estado nacional, y, a partir del Estado, la representación que la sociedad tiene de sí misma como Nación.

Cuando empezó la guerra del Cenepa la frase símbolo fue 'Ecuador, ni un paso atrás'. Ahora, la frase es 'Paz con dignidad'. ¿No es

ese un cambio en el imaginario?

La imagen de ni un paso atrás era la imagen de la guerra, luego de que la memoria colectiva de los ecuatorianos, en sus confrontaciones con el Perú, estaba constituida por una serie de retiradas que habían terminado con la pérdida territorial. El Ecuador jamás había tenido una confrontación equitativa en términos militares con Perú. 'Ni un paso atrás' era la representación de esa primera vez que este Estado nacional demuestra una capacidad de defensa. Esa frase construyó una victoria en la simbología de los ecuatorianos.

En el caso de 'Paz con dignidad', a mi entender, significa la reiteración de la imagen ecuatoriana de que el Protocolo de Río de Janeiro tiene que ser renunciado y de que los términos del Protocolo pueden ser el marco. Pero ese Protocolo, en la imagen ecuatoriana, significaba la apertura de mayores concesiones como las que constan en el texto de este instrumento jurídico. Como el término es extremadamente vago, Paz con dignidad puede ser cualquier cosa.

Para unos, dignidad es Tiwintza. Para otros, dignidad es educación, salud, desarrollo fronterizo. ¿Qué es la dignidad en la negociación?

La dignidad es una palabra que significa cualquier cosa en el Ecuador y en cualquier parte del mundo. Cuando Fidel Castro intenta cohesionar a su sociedad habla de la dignidad del pueblo cubano. Cuando en el Ecuador se habla de Paz con dignidad se intenta cuestionar al Protocolo, o mantener la sed de la herida abierta o decir que se está negociando dignamente. Es un término am-

plio, abierto que existe y que está justamente ahí para que sirva de canal, de vínculo de una serie de representaciones, que en el caso ecuatoriano se remite en forma reiterada al trauma de la humillación frente al Perú.

¿La dignidad es un antídoto contra el sentimiento de derrota?

Varias generaciones sufrieron en carne propia lo que es una mutilación en la imagen del espacio nacional, que tiene que haber marcado necesariamente su propia imagen del país y su conducta no solamente hacia afuera sino hacia adentro. En ese sentido, dignidad viene a ser 'no más mutilación territorial'.

En ese caso con la palabra dignidad se construye una imagen que mira al Ecuador siempre en perspectiva hacia el Perú.

En determinado momento la 'dignidad' era el Amazonas. Ahora es Tiwintza...

Creo que es tan importante como lo otro, lo que pasa es que Tiwintza no existía antes, Tiwintza tiene una importancia parecida a la del Amazonas por el valor simbólico que tiene ese sitio por el hecho de que las fuerzas ecuatorianas resistieron por única vez en su historia a las fuerzas armadas peruanas. Tiwintza aparece con la misma fortaleza del Amazonas porque adquiere ese poder simbólico que antes no existía.

¿Ese espacio adquiere en el Perú el mismo valor simbólico que en el Ecuador?

En el Perú el problema territorial con el Ecuador nunca ha sido tan importante como lo ha sido para el Ecuador. Pero existe la imagen de que esa nación

ha perdido territorio con todo sus vecinos incluyendo el Ecuador en 1942. No hay que olvidar que Jaén, Quijos y Mainas eran peruanas. De ahí que, al igual que para los ecuatorianos, para los peruanos esto de no ceder un centímetro cuadrado de suelo patrio forma parte de su idea de seguridad nacional y la vocación peruana de consolidar fronteras tiene que ver con el hecho de que sus fronteras han sido siempre inseguras en relación a sus vecinos.

¿Hay un término que pueda ser movilizador y reemplazar a aquellos como ceder, derrota y demás?

Hay una serie de palabras que son un instrumento para canalizar imágenes que movilizan intereses y vocaciones políticas. Pero como términos movilizados en favor del cierre definitivo de la frontera creo que están las ventajas, los réditos económicos que el proceso traería. Están en perspectiva no solamente los préstamos sino la conformación de una nueva zona que articularía toda la zona de Chiclayo, Tumbes a Machala y Guayaquil.

¿El propio concepto de patriotismo tendría que cambiar a la hora de pronunciarse por la paz?

Creo que la interpretación más común de la idea de patriotismo, no solo en Ecuador sino en todas partes del mundo, está ligada a la idea de soberanía y territorio. Uno puede decir que el patriotismo es el futuro, la salud, la educación, la libertad económica, pero es inevitable que se ligue a la idea de soberanía, y la soberanía se ejerce sobre un espacio y sobre una población. Una vez que el conflicto termine el patriotis-

mo ecuatoriano se reducirá a los límites del Protocolo de Río.

El proceso de reinventar al país, de verle o imaginarle en su forma real va a ser muy largo. ¿Cómo administrarlo?

No creo que sea difícil que el Ecuador reconozca cuáles son sus límites. Para aquellos que teníamos la imagen del Protocolo superpuesta a la imagen del Tratado Pedemonte-Mosquera el hacerlo es un poco raro, pero no más. Para los niños va a ser muy fácil, probablemente para los portadores de la tradición y de la fantasía de lo nacional -los maestros- va a ser más difícil.

Los procesos políticos, productivos, sociales, económicos nunca han ido más allá de los límites del Protocolo. Ahí es donde el Ecuador ha existido en las últimas dos o tres generaciones. No es como en cualquiera de esos países europeos que han tenido múltiples transformaciones fronterizas físicas, políticas, institucionales y administrativas. No hay el peligro de que de un día a otro uno deje de ser ecuatoriano para convertirse en peruano como ha pasado en Europa. *

(6 de septiembre de 1998)

**La firma de la paz entre Ecuador-Perú y el señalamiento de las fronteras definitivas estaban a pocos días de ser realidad.*

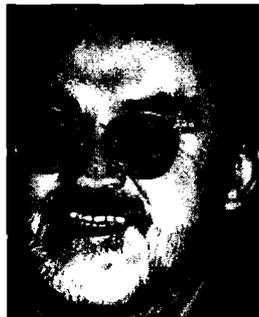
Existe confusión entre lo que significa 'Estado plurinacional' y la propuesta de plurinacionalidad. Reconocerlo será un cambio a largo plazo.

La Conaie va más rápido que el Estado

Los pueblos indígenas están cerca de conseguir que el término plurinacionalidad entre en la Constitución. ¿Cómo explica ese proceso?

Hace 20 años, en la década de los setentas, arranca el proceso de revitalización de los pueblos indígenas, primero, con la temática de la lucha agraria, de la colonización. Para impulsar el proceso ellos deciden acoger el concepto de "nacionalidad indígena". En ese entonces todavía el debate estaba en resolver si esos pueblos eran clases, etnias, campesinos o indígenas.

El haber escogido el término 'nacionalidades indígenas' tuvo tres ventajas: resolver la unidad de los pueblos de la Sierra que tenía en ese entonces varios frentes; recuperar cierta dignidad a los pueblos indígenas de la región amazónica (antes se los llamaba jíbaros, yumbos o salvajes); y, forjar la unidad con la



Diego Iturralde ha trabajado en la PUCE, en la U. Andina y en la Unam de México. Es un experto en asuntos indígenas.

Conaie, como un movimiento indígena de carácter nacional. Ese concepto de nacionalidades indígenas posibilitó conseguir una plataforma unitaria.

¿El concepto de nacionalidad cambió la relación de los indígenas con el Estado?

Sí. El Estado empezó a referirse a ellos en el discurso como nacionalidades indígenas. Jaime Roldós fue el primero que habla en esos términos y prepara un proyecto de ley de garantías de las nacionalidades indígenas. Luego, los indígenas le dotaron de contenidos al término nacionalidad indígena, le asociaron con ciertas demandas territoriales, autonomía y desarrollo, así como a la participación en la democracia.

Sin embargo, el término plurinacionalidad causa cierto rechazo. ¿Un tropiezo del movimiento indígena?

El principal tropiezo es que desde esta posición de nacionalidad indígena se desarrolla una crítica al Estado de una sola nación. En el fondo lo que se está planteando es que el Ecuador es varias naciones que tienen que subsistir. De ahí dan el salto a lo que se llama 'Estado plurinacional', un salto epistemológico por el cual cambian 'nacionalidad indígena' a 'nación'. Es decir, de un Estado formado por varias nacionalidades indígenas a un Estado formado por varias naciones. La propuesta Estado plurinacional ya no puede ser aceptada ni siquiera por gente que hace 20 años les alentó y les dijo que sí, que tienen sus derechos propios.

En el 79 se introdujo lo pluricultural y multiétnico en la Constitución, pero eso no garantizó ningún derecho, ¿por qué?

La Constitución del Ecuador es la más tardía en tocar el tema. Una cosa es reconocer que existe la diversidad y otra es reconocer que el Estado está constituido a través de la diversidad. México se forma a partir de sus pueblos indígenas, Paraguay que dice los pueblos indígenas son anteriores a la fundación del Estado paraguayo. Hay dos constituciones, las más tardías, Bolivia y Ecuador, que dicen el Estado es multiétnico y pluricultural.

¿Qué consecuencias tuvo ese reconocimiento?

La reforma en Bolivia, por ejemplo, viene acompañada de unas pocas movidas constitucionales y legales que desarrollan las consecuencias de esta norma constitucional. En Bolivia la educación bilingüe intercultural tiene

carácter constitucional, además, se crea una personería jurídica de carácter público para las comunidades y pueblos indígenas, crea las Organizaciones Territoriales de Base y tienen ciertos derechos como manejar recursos públicos, presupuesto municipal. Crea un régimen de tierras comunitarias y reconoce a las autoridades territoriales competencia para resolver ciertos asuntos incluso judiciales.

¿Por qué en el Ecuador no hubo ninguna consecuencia legal? ¿Poca voluntad política?

Una razón es la fuerza del movimiento indígena que produce el efecto contrario. Es decir, en otros países, que el movimiento no es tan fuerte, incluso el Estado les da lo que nunca habían pedido, caso Colombia o Perú. En Bolivia hay una especie de empate entre la presión del movimiento indígena y las reformas. Acá el movimiento indígena está más adelante de las posibilidades del Estado y las reformas son temerosísimas. Lo otro tiene que ver con que es el Estado que más tarde moderniza la Constitución. La Constitución del 79 es la última de un Estado de bienestar. Tres años después las cartas políticas latinoamericanas empiezan a dar pasos hacia la posmodernidad constitucional.

Los indígenas plantean el término plurinacionalidad pero no plantean propuestas concretas para llevarla a efecto.

Yo creo que sí las plantean. El reconocimiento del que hablan debe ir acompañado de un conjunto de derechos específicos que son distintos a los derechos ciudadanos. Tienen una lista de los

derechos que demandan que es bastante clara y es la que se discutió en la Mesa de Concertación. Empiezan a tener propuestas de cómo garantizar esos derechos en lo que se refiere a educación, a territorialidad, a salud, a justicia. La propuesta política más alta es que el Estado se reconozca plural y ahí cometen el desliz de proponer algo no posible.

¿El Estado plurinacional entonces es imposible?

Sí, porque la lectura que les hace la sociedad es que el Estado plurinacional es un Estado hecho por muchas naciones. Pero ellos no están proponiendo eso sino que se les reconozca como nacionalidades o pueblos.

¿Cree usted que están cediendo espacios ante la consigna de Estado plurinacional?

No diría que están cediendo ni que han cedido. Han comprendido que el término Estado plurinacional tiene una connotación distinta a la que ellos le han dado en estos años y que por lo tanto les conviene mantener la propuesta sin mantener el término.

El debate, en la arena política está atrampado. ¿Los políticos no han entendido la diferencia entre la propuesta y el término Estado plurinacional?

Cuando los políticos dicen 'no podemos aceptar la plurinacionalidad' piensan en el término Estado plurinacional. Lamentablemente ya en los escenarios de la Asamblea, del Congreso, de la reforma, se plantea en términos mercantiles. Te cambio la plurinacionalidad por los diputados vitalicios o por los diputados elegidos en la primera vuelta.

Es una moneda de negociación.

¿Y los indígenas piensan negociar? ¿Cómo negociar si están divididos?

Se ha dado una respuesta muy inteligente de los pueblos indígenas en ese sentido. Los dirigentes dicen 'no tenemos votos', estamos como Conaie, Ecuarunari, etc. Los que tienen los votos están en Pachakutik.

Sin embargo Pachakutik, que los representa, pone los votos.

La Conaie desarrolla una estrategia de diálogo con los distintos sectores del país para tratar el tema. Y una táctica de participación inmediata política, desde el Pachakutik o desde el Partido Socialista, etc. El resultado creo que es favorable en la medida en que el tema está al margen de la reforma meramente electoral.

¿Cree que lograrán incluir el término en la Constitución?

Lograrán algunas pequeñas reformas, tal vez en el artículo primero. Pero no es prioridad, primero se resolverá el tema de reforma electoral y luego de los sectores estratégicos.

¿Eso significará una Constitución 'posmoderna' en la que se reconozcan las diferencias?

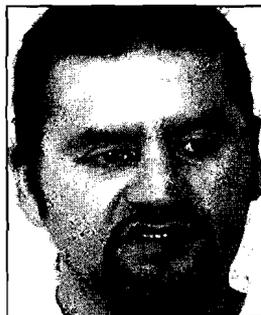
Es un paso. Pero los indígenas tendrán que presionar mucho todavía hasta que se pueda hablar de un Estado que tolere las diferencias, hasta que la diversidad no sea un problema sino una promesa. *

(22 de marzo de 1998)

**El término plurinacional ya está en la Constitución de la República.*

Los militares tienen discursos progresistas. Pero mantienen tradiciones de machismo y fuerza. El cambio de la cultura institucional es el proyecto.

Las FF.AA. tienen resagos tradicionalistas



Freddy Rivera es coordinador del Programa de Derechos Humanos y Seguridad Democrática de Flacso. Sociólogo y catedrático.

Las últimas denuncias de maltratos a los conscriptos en los entrenamientos militares se contradicen con el discurso de modernización que las FF.AA. han planteado. ¿Continúa el divorcio entre los militares y la sociedad civil?

Creo que no hay tal divorcio en la actualidad. Hace mucho tiempo, sí. De hecho se han realizado muchos acercamientos, muchos diálogos entre civiles y militares para que la institución militar esté más cerca de la sociedad civil. Lo que sí subsiste es que, en medio de esa modernización, se mantienen ciertas tradiciones de represión en algunas de las instancias de las Fuerzas Armadas.

Pero se ha manifestado muchas veces que el Ejército se ha modernizado, que está lejos de esas prácticas atentatorias contra los Derechos Humanos. ¿Entonces?

Quienes más han tratado de superar estas situaciones es el personal del mando del Ejército. Las situaciones violatorias más graves vienen por parte de la Marina. Lo que sucede es que las FF.AA. no son un ente homogéneo, tienen sus propias diferencias a lo interno, tienen departamentos o programas que se vinculan mucho más a la comunidad que otros. Por ejemplo el Departamento de Apoyo al Desarrollo del Ejército Ecuatoriano es mucho más efectivo que cualquiera de las instancias de la Marina o de la Aviación. El Ejército comienza a generar una modernización muy fuerte hacia adentro, no solo por la Escuela Politécnica sino porque los cuadros comienzan a formarse afuera en la década de los 80. Mientras el Ejército se extendió hacia la comunidad, los marinos se encerraron en su mundo. Esto hace que se cree un falso espíritu de cuerpo y

una falsa concepción de la obediencia de vida. Si por un lado, en términos de opinión pública las FFAA. ocupan, después de la Iglesia, el sitio más alto de credibilidad en el país, por otro lado está ese juego de situaciones que no se hacen públicas y aparece esa falsa concepción del espíritu de cuerpo y de obediencia debida.

¿Hay conciencia de eso al interior de las FFAA.?

Mi percepción es que sí hay conciencia. Últimamente se ha hablado de desobediencia, es decir, un subalterno no ejecuta una orden si está reñida contra el estatuto disciplinario. Hay, en ese sentido manuales de conducta y código ético dentro de las FFAA.

A pesar de los códigos se siguen prácticas violentas dentro del aparato represivo. ¿Por qué esas contradicciones?

Existe contradicción entre disciplina y abuso de autoridad y violación a la integridad personal. Una falsa concepción de ser macho, por ejemplo, conduce a una serie de sobre ejercicios físicos, extenuantes, que, como en el caso de Luis Rodríguez o de otros conscriptos, han terminado en tragedia.

Se dice que se han revisado procedimientos. ¿Por qué persisten, entonces, estos sistemas de entrenamiento?

Porque es un problema de cultura institucional y un proceso largo de trabajar. Hay un sector de mandos que ha tenido otra formación. Y hay todavía otro que reproduce las viejas tradiciones de ser macho, valiente y soportar los castigos de los superiores. Es una espe-

cie de parodia de eso de la letra con sangre entra o la época del palo.

En algunos sectores se ha avanzado mucho en lo que son códigos de conducta reñidos con la ley. Últimamente se diseñó desde la Aldhu un nuevo pénsum para diversas instancias de las FFAA. Ellos tienen como materias adicionales áreas de Derechos Humanos en la formación de cadetes hasta la Academia de Guerra pero eso solo se ha podido generar en la medida en que los mandos nuevos son gente mejor formada, con buen nivel y con un interés de vincularse mucho más con la sociedad.

¿Hay conciencia en estas instituciones de que el Estado es responsable de las vidas humanas?

Hay una percepción leve y general pero no hay una conciencia interiorizada en cada uno de los miembros. Tampoco hay la suficiente transparencia a la hora de juzgar a los malos elementos de la institución militar. Eso se ventila en los tribunales de la institución, siempre a cuenta del hermetismo de estas instituciones. Por otra parte, la Constitución les da el uso legal de la fuerza, pero paralelamente a eso debe gestarse una concientización de las responsabilidades que ello implica. No hay un proceso concientizado sobre el tema.

Si hay voluntad de cambio, ¿cuáles son los factores que detienen o impiden ese cambio?

Tres problemas estructurales básicamente: la cuestión de la representación identitaria regional; la exclusión y el racismo y ciertas prácticas tradicionales de orden y disciplina vía palo. Ahora los cambios son lentos y se los generan con

una modificación de lo la cultura institucional que es un proceso largo.

Pero, a la par, se habla, en los diálogos civiles militares, de una agenda para el desarrollo muy cercana a la sociedad civil. ¿No es eso contradictorio?

El diálogo se queda en un ejercicio académico. Pero del diálogo a las cuestiones operativas, programas y proyectos concretos para desactivar ciertos mecanismos. El PNUD cree que con esto, por ejemplo, se mejora no solo la relación sociedad civil-militares sino las condiciones de gobernabilidad. De hecho la noción de ingobernabilidad es atentatoria contra la seguridad, para las FF.AA. La agenda de seguridad, en ese sentido es progresista

Ud. habla del racismo. ¿Ese racismo es tan fuerte que se expresa en esas formas de violencia?

Hay un racismo velado que no se expresa. Indígenas que han tenido que cortarse la trenza un día antes de la graduación. Son prácticas veladas de racismo y de exclusión. No hay oficiales negros, (salvo uno) pero también hay un sentido muy fuerte, regionalista, centralista serrano. Si uno pregunta cómo se siente un guayaquileño o un manabita respecto a las FF.AA. lo sienten como una especie de ejército de ocupación serrano. El 90 por ciento de los oficiales de la Marina son serranos. En las instituciones de alto prestigio y alta respetabilidad como son la Iglesia, las FF.AA y la Cancillería no se expresa ese país multiétnico y multicultural.

A pesar de ese racismo las FF.AA. han manifestado orgullo frente a

la participación, por ejemplo, de los indígenas shuar en la época de la guerra. ¿Por qué?

Eso es parte del mito nacionalista. Las FF.AA. han cumplido la función en el país, de desarrollo e integración y de un discurso mitificado de identidad nacional, apelando a muchos imaginarios. Uno de ellos es el don guerrero de los shuaras. Es un discurso contradictorio: por un lado se magnifica la presencia indígena y su capacidad guerrera y milenaria y por otro se llevan prácticas racistas.

Si esta agenda de seguridad es progresista, ¿por qué el miedo que tiene la ciudadanía a las instituciones represivas, llámense Policía o Ejército?

Hay un descrédito evidente pero hay que diferenciar las cosas. La Policía ha sido desacreditada por los múltiples actos de corrupción y de violencia. A las FF.AA. no les corresponde institucionalmente velar por la seguridad ciudadana. Pero, al haber un déficit institucional, se incorpora a sistemas de control ciudadano a gente que no ha sido preparada para ello.

¿Por qué no se ha dado espacio a los objetores de conciencia?

Aquí entra la dimensión de lo ético, del patriotismo, del compromiso. Acá todavía no hay una ciudadanía que se comprometa a hacer el servicio civil, sea en el agro, en la educación, en la salud. Los objetores de conciencia en otros países van a la par de un desarrollo de ciudadanía muy responsable, que acá no existe. *

(20 de septiembre de 1998)

La nación se ha considerado una víctima entre los países de América Latina. Con el problema territorial con el Perú el país ha madurado.

El Ecuador sufre una crisis de identidad



Enrique Ayala Mora es director de la Universidad Andina Simón Bolívar. Es historiador y editor de la Nueva Historia del Ecuador.

El Ecuador ha visto, ahora, y a propósito del tema fronterizo Ecuador-Perú, que su historia ha estado mal contada. ¿Cómo recontar esa historia?

Sería injusto que a estas alturas le digamos a la gente en el Ecuador que le han enseñado solo mentiras. En lo que hemos aprendido sobre nuestros límites, nuestras relaciones con los vecinos, especialmente con el Perú, hay mentiras, sí, pero dos verdades fundamentales. La primera, que fue una expedición que salió de Quito y que descubrió el río Marañón, y la segunda, que nuestro país tiene indudables derechos amazónicos. Lo que sí ha sucedido es que hemos enseñado una versión muy simple, unilateral de la historia. En algunos casos nos ha conducido a tener una idea falsa de la realidad territorial y, en segundo lugar ha generado un complejo na-

cional de derrota.

¿Qué es lo que se ha dicho y qué lo que no se ha dicho?

Nos han enseñado cédulas reales, tratados, mapas, que nos hacen un Ecuador sobredimensionado, que nunca existió. Ha sido una especie de deporte sudamericano el reclamar inmensos espacios territoriales que surgieron a la vida independiente en nuestros países en disputa. El Ecuador tiene derechos amazónicos, tiene derecho a ocupar la hoya amazónica y lo tuvo en su historia pasada e incluso a llegar a las márgenes del río Amazonas. Por desgracia ese derecho no lo ejerció en la práctica, porque mientras el Ecuador reclamaba su acceso a Jaén y Mainas con pruebas históricas, el Perú llevaba adelante una política de ocupación de territorios. A principios de este siglo, en los años 20, el mapa de Tufiño muestra que Iquitos es

parte del Ecuador cuando desde mediados del siglo pasado Iquitos es una ciudad peruana que ocupaba un territorio en disputa que el Perú logró consolidar luego de 1941. La verdad es entonces que, aunque el Ecuador tenía derecho a reclamar ciertos territorios, estos no fueron ecuatorianos desde hace un siglo. El Perú legalizó su posición. También es cierto que el protocolo fue injusto, pero eso no lo vuelve nulo. El haber enseñado que es nulo nos ha llevado a un callejón sin salida.

Ese sentimiento de derrota del que usted habla ha marcado la identidad nacional. ¿Cree que ese sentimiento se pueda superar con la solución del conflicto Ecuador-Perú?

De 1942 en adelante, un rasgo de la identidad ecuatoriana es el sentimiento de haber sido derrotado por el Perú y víctima de los demás países de América Latina. Pero el Ecuador no aceptó a la larga ser un país pequeño.

De una manera u otra siguió dibujando el mapa como un territorio que ya no tenía. La frontera quedó donde estaba el protocolo. El Ecuador nunca pudo avenirse a su verdadera imagen. Ahora estamos ante dos realidades, la primera que la idea de arreglar el asunto territorial ha madurado en el país, pero hay condiciones para afrontar una realidad maduramente y buscar un arreglo decoroso.

Creo que estamos en camino de superar definitivamente el problema. Hemos aceptado una negociación. Pero hemos planteado que tiene que ser el Protocolo de Río y algo más, que permita más

garantías para el acceso a la hoya amazónica y que se reivindicque el honor nacional.

Vivimos en un país que hemos imaginado y que no es el real. ¿Este cambio de imaginario es un proceso a largo plazo?

Un país que afirma su identidad es un país que se acepta como es. En el Ecuador se han dado grandes pasos para ello. Cada vez hay más personas que consideran que el hecho de que el país sea regionalizado es una riqueza y no una desgracia, aunque haya manipulación del regionalismo.

La variedad regional, no solo en términos geográficos sino en términos humanos es una de las grandes riquezas del Ecuador. Asimismo aceptar que en el país hay diversidad de culturas, es algo que hay que aceptar. Se han dado pasos para que el Ecuador se acepte del tamaño que es.

¿En momentos de crisis como el actual, cuando nadie cree en las instituciones, en los gobiernos, en la política, el ver un país disminuido no aumentará los sentimientos de derrota?

El Ecuador tiene que reconocer que sufre una crisis nacional que va más allá de la caída del precio del petróleo o de la destrucción de la Costa. Es una crisis de identidad que, en algunos casos, es bienvenida, como cuando el remezón de los indígenas hizo, luego de un proceso, que se reconozcan los derechos de los pueblos indios. Aunque solucionara sus problemas económicos, el país seguirá con un problema de identidad.

¿Es necesario reescribir la histo-

ria para cambiar ese imaginario?

Siempre es necesario reescribir la historia. Nosotros tenemos la responsabilidad de dar cuenta de nuestra visión del pasado y decir cómo la vemos desde el presente, tratando de superar las falsas interpretaciones. No se trata de contraponer entre mentira o verdad. No se trata de decir que el padre Juan de Velasco fue un farsante o un visionario. Yo creo que fue un visionario que escribió la historia a fines del siglo 18 sin metodologías para ello. Hace cerca de 15 años diseñamos la Nueva Historia del Ecuador y nos propusimos que no íbamos a utilizar en el trabajo el mapa oficial del Ecuador sino el mapa del Ecuador tal como es. Curiosamente entonces tuvimos muchas dificultades para publicarlos y mucha oposición. Ahora son parte de la lectura de estudiantes.

El trabajo de la Nueva Historia, sin embargo, está lejos de lo que se enseña como historia oficial en los colegios, de los textos escolares que piden colorear el mapa y que preguntan ¿por qué el protocolo de Río es nulo?

Estamos trabajando en una propuesta curricular para la enseñanza de la historia que ya se aplica en sesenta colegios en la cual la historia del desarrollo territorial no es la historia de los despojos sino del desarrollo territorial.

Esperamos enseñar el mapa real a todos los estudiantes, sin dejar de destacar que lo que hoy es el Ecuador descubrió el río Marañón y que el Ecuador tiene derechos inalienables en la hoya amazónica.

El Ecuador empieza a ser nación. A la pat, en el mundo se rom-

pen las fronteras. ¿Eso hará que el Ecuador se quede lejos de los procesos de globalización?

Para enfrentar la globalización, los fenómenos de achicamiento del mundo, el país tiene que desarrollarse como tal. Solo se integran países que están bien definidos como tales. El fenómeno de la Unión Europea no fuera posible, por ejemplo, sin fronteras claras y con enemigos vecinos.

La Unión Europea sería impensable con Francia y Alemania de enemigos. El país para consolidarse como proyecto nacional tiene que aceptar su realidad, su diversidad regional y a los pueblos y nacionalidades indígenas. Pero también tiene que entenderse como un país que ya no tiene un problema decimonónico de fronteras.

El historiado Bernard Lavallé afirma que la nación es un mito ¿coincide usted con él?

Sí, la nación es un mito y tiene que ser un mito entendido como un elemento mitológico que basa la razón para perder en el imaginario colectivo. Los Estados son concretos. Las naciones son colectividades que varían en cada momento de la historia.*

(19 de julio de 1998)

**Los textos escolares de Historia y Geografía del Ecuador no han sido modificados ni incluyen la firma de la paz basta el 2000.*

Los golpes militares han sido descartados del mapa latinoamericano. Sin embargo, las instituciones militares tienen mayor credibilidad.

La clase política pierde su legitimidad



Fernando Bustamante Ponce es sociólogo. Catedrático de Flacso y de la Universidad San Francisco. PHD en Ciencias Políticas.

Lino Oviedo influye en Paraguay, Bánzer y Chávez en el poder, autogolpes de presidentes electos... ¿Síntoma de que en América Latina la democracia es demasiado frágil?

Los militares, como cualquier otra persona, una vez que están en la vida civil pueden desarrollar una carrera política. Casos como los de Hugo Bánzer, Hugo Chávez, algunos militares que han iniciado carreras políticas con éxito en el Ecuador, son síntoma de que en muchos países las instituciones civiles tienen ciertos problemas de legitimación muy vinculados al tema de la ineficacia y de la corrupción.

Las Fuerzas Armadas, por haber estado fuera del eje cotidiano de la vida política por algún tiempo, han logrado limpiar la imagen donde la tuvieron mala o mantener su buena imagen. En

el Ecuador prevalecen como el último reducto de la legitimidad o de la eficiencia. Pero cada caso particular es distinto. Chávez aparece como un catalizador de un descontento masivo con el sistema bipartidista que existía cuando inició su figuración pública. Es una figura que viene fuera del sistema, lo destruye un poco, luego se incorpora a él para reorganizarlo. El caso de Bánzer es diferente, es un dictador militar que después de la época castrense en Bolivia se reinserta en la vida política civil como jefe de un partido democrático de derecha. Como es diferente el caso Fujimori, en el Perú.

Usted ha dicho que es un problema de legitimidad. ¿Por qué si la democracia en América Latina es, más bien, joven?

El descontento de la gente frente a una clase política insensible, corrupta o

ineficaz lo prueba, prueba ese problema de ilegitimidad. Lo que es interesante es que parece estar cerrado el golpismo tradicional, incluso en el caso ecuatoriano. Uno puede darse cuenta de que la crisis del 97 normalmente se hubiera resuelto con un golpe militar. Eso era tradición. Ahora las acciones de los militares dentro de la política son matizadas y a veces incluso sutiles.

¿Los militares ya no creen en los golpes?

Hay varios factores que explican eso. La experiencia de los años 60 y 70 fue bastante traumática para las mismas Fuerzas Armadas en América Latina. Sufrieron serios problemas de distorsión institucional o de desprestigio y tuvieron que enfrentar acusaciones muy serias de tipo político y humanitario. Creo que ahora se han hecho reticentes a volver a tomar el riesgo -para su imagen y para su integridad- de ser los actores centrales de un proceso político. En el contexto internacional hay cierto consenso mundial sobre la ilegitimidad de este tipo de régimen. Un régimen militar es impresentable internacionalmente. En el caso de Fujimori, por ejemplo, se le exige por lo menos que se vista de civil y que respete al máximo algunas formalidades semidemocráticas o criptodemocráticas. Estas pseudo democracias o semi democracias o cuasi democracias que se dan en algunas partes son el resultado de las mismas crisis que antes daban origen a los golpes militares y que ahora ya no se pueden resolver de esa manera. Entonces se inventan estos híbridos. Tengo la sensación de que los problemas clásicos de la de-

mocracia latinoamericana no se han resuelto mucho en varias partes.

¿Cómo se explican, por ejemplo, todos estos reaparecimientos en el continente del uso brutal de la fuerza, la represión, los grupos paramilitares? ¿No se supone que esos enfrentamientos entre una ultraderecha y una extrema izquierda estaban extintos?

Creo que el esquema en que se basan los paramilitares tiene raíces anteriores al tratamiento izquierda-derecha. Ahora se usa el término paramilitares para lo que se ha llamado siempre matones, montoneras, guardaespaldas.

El problema es que nos choca porque nos habíamos hecho la ilusión, habíamos querido creer que la transacción a la democracia en los años ochentas implicaba un reordenamiento del Estado y, por ende, creíamos extinto ese tipo de problemas. Pero siempre ha habido una fuerte dosis o cuota de incapacidad del Estado para monopolizar el poder total, y las clases poseedoras o las elites políticas, sociales o económicas siempre han tenido una cierta capacidad de ejercer la violencia para ajustar sus disputas y conflictos. El sicariato, el pequeño ejército particular siempre nos han acompañado. Más bien la pregunta es por qué se rehúsan a extinguirse y alcanzan un grado de perfeccionamiento y poder cada vez mayor

En el imaginario del común de la gente, es en momentos de crisis cuando empiezan a plantearse alternativas -o toman fuerza los rumores de golpes, autogolpes... ¿Por qué?

Es que ese ha sido el método de resolver los impasses políticos en las monarquías parlamentarias. Cuando estas cosas ocurren el rey disuelve el parlamento y llama a elecciones.

En las democracias presidencialistas, débiles como la nuestra de tipo latino mediterráneo, la tradición histórica ha sido de que simplemente el caudillo militar haga el papel de árbitro y mande las partes al rincón. De alguna forma en el imaginario colectivo los militares han jugado un poco ese papel. Para la expulsión de Bucaram, así como en otras crisis de esa magnitud, la gente esperó que los militares hagan algo o que el Presidente de la República con apoyo militar haga algo, se salga del marco constitucional y se convierta en una especie de dictador como lo hizo Velasco Ibarra en los años setentas.

En el Ecuador y en América Latina hay una cosa inconsciente arquetípica: a todos nos gusta la democracia, todos estamos a favor de las instituciones representativas, pero en último término nos gusta saber que están ahí los militares para poder recurrir a ellos cuando la cosa se nos va de las manos o cuando no hay soluciones que se puedan arbitrar desde dentro mismo de las instituciones civiles.

Entonces los militares se vuelven simplemente los mediadores de conflictos...

O son los que crean las condiciones para congelarlo y redefinir las reglas del juego. Eso es lo que se ha llamado el golpe de Estado moderado.

¿Cómo devolverle la legitimidad a esa democracia?

Creo que nunca la ha tenido. Basta leer lo que se escribía en el siglo 19 y ver que tiene un parecido fantástico con lo que se dice hoy. El lamento de la democracia que existe, de la corrupción, de la ineficiencia, de la burocracia en artículos del siglo pasado es igual antes que ahora.

¿Reflejo del famoso problema de gobernabilidad?

Sí. Ese es otro deporte ideológico de la sociedad ecuatoriana. Es un ejercicio rutinario el de estar tratando constantemente de transformar la Constitución y las instituciones. Mi impresión es que bajo ciertas condiciones imperantes todo esquema, todo modelo fracasaría. La forma cómo se hacen las cosas tanto en el plano económico como en el político en este país son anti-institucionales por definición. El funcionamiento de empresarios, políticos, es anti-institucional. Entonces cualquier esquema institucional que se tenga que imponer encontrará la solapada resistencia de todo el mundo. *

(4 de abril de 1999)

**Ocho meses después de esta entrevista se repitió la historia del golpe. Los militares apoyaron a los indígenas en la salida de Mahuad.*

El regionalismo tiene raíces profundas. *En Guayaquil hay instituciones que suplen al Estado. La guayaquileñidad difiere de la quiteñidad.*

La crisis ayuda a formar el Estado-nación



Patricia de la Torre es socióloga y tiene un master en sociología rural. Es directora de la maestría en Ciencias Políticas de la PUCE.

¿Cómo explica usted la diferencia de 'ciudadanías y lo que implica la guayaquileñidad y la quiteñidad?

Para poder entender esta concepción de ciudadanía hay que remontarse a las raíces, a procesos históricos que han vivido Quito y Guayaquil. Quito, capital de la República, y Guayaquil, capital económica. Para remontarse solo a la época colonial, la estructura y la forma de organización del estado colonial plantea la unidad de funcionamiento organizativo, político y social en los municipios. En esta formación del estado colonial con un alto sentido de autonomía y una lógica más privatista que estatal, las ciudadanías que van a surgir diferentes. Guayaquil está vinculada al Virreinato del Perú mientras que Quito tiene más vinculaciones con el Virreinato de Santa Fe. Quito va a ser siempre la

capital de un Estado, sea la Real Audiencia de Quito o el referente al Virreinato de Santa Fe. En Guayaquil, en cambio, la autonomía que surge de la municipalidad, le va a hacer crecer de una forma distinta.

¿Los sistemas de representación ciudadana son distintos solo por que una ciudad es capital y la otra no?

De alguna manera sí. Esta fuerte organización autónoma en Guayaquil genera una serie de adhesiones afectivas, prácticas y concretas hacia su ciudad, hacia sus hombres y hacia el entorno. Cuando el municipio colonial, conformado por hombres notables, asume la función de canalizar políticas no solo económicas, sino sociales y políticas, se genera otro tipo de ciudadanías. Eso, a lo largo del tiempo, ha seguido pasando. Estas personas que van surgiendo, se

consolidan, a través de relaciones endogámicas, de parentescos muy fuertes, generan hacia la ciudad una serie de afectos y solidaridad que no se han ido en todo este siglo. Cuando Aspiazu sale a las calles, como sucedió, provocó afectos y adhesiones. En Guayaquil, pese a la alta migración que tiene, se ha logrado este tipo de vinculaciones a personas e instituciones.

¿Eso es motivo suficiente para hablar de autonomías, federalismos o separatismos?

El planteamiento de Guayaquil independiente ha existido desde el siglo pasado. Las instituciones que representan aquello de Guayaquil para los guayaquileños son principios de ordenamiento social, económico y político. Siendo así se convierte en una estructura bastante cerrada, con relaciones endógenas, frente a lo que representa el resto del país. Por eso, cualquier 'atentado' contra las instituciones guayaquileñas significa 'atentado contra la ciudadanía guayaquileña.

Usted habla de las instituciones y los afectos. ¿Quiere decir que en el Guayas hay instituciones que, históricamente, suplen las funciones del Estado central?

Así es. Hay varias. Una de ellas es la de la Junta de Beneficencia de Guayaquil. Hay sistemas, como el de la Junta, de protección social que no son estatales sino privados. Al haber, de parte del Estado, una política social de omisión en Guayas, estas instituciones autónomas han ido generando una serie de vínculos con la población concreta y topan elementos psicológicamente sustanciales

de la población: salud, educación, prevención. Eso genera afectos hacia estas instancias protectoras que, luego, son administrados políticamente.

¿Por qué en Quito no ocurre lo mismo?

Primero, por ser Quito capital. Segundo, por las características psicológicas diferentes de la población de la Costa y de la Sierra. Hay diferentes concepciones de lo que es la solidaridad. Por ejemplo, cuando hay telemaratones, es en el Guayas donde más se recauda... Hay otras concepciones de solidaridad porque el Estado no está tan presente.

¿Es decir que la guayaquileñidad es marcada por un concepto de solidaridad más fuerte?

En cierto modo sí. La política generada por Guayaquil tiene una característica importante, la de la no exclusión: cuando la Junta de Beneficencia hace la oferta de servicios sociales como educación, vivienda, salud, protección y prevención, ellos reconocen que Guayaquil tiene altas diferencias sociales. Por ejemplo, en el Hospital Luis Vernaza va a encontrar espacios lujosos como el Metropolitano como va a encontrar espacio para gente de clase media, o de extrema pobreza e indigencia. Es decir, la institución no genera procesos de exclusión. El Estado sí genera esos procesos, es decir, habla de salud para todos, educación para todos... pero en el momento en el que plantea un principio tan genérico está, en la práctica, y en su propio comportamiento, construyendo procesos de exclusión. Ese es solo un ejemplo para mostrar que la ciudadanía guayaquileña tiene su propia identidad.

¿Una identidad que quiere mantenerse al margen del resto del país?

Se quiso construir el Estado nacional pero Guayaquil constantemente ha planteado formas permanentes de autonomía frente al resto del país. ¿Por qué? Para tener control político. ¿Cuál ha sido la táctica? Privilegiar sus intereses locales para acceder al poder central, legitimar los intereses locales a nivel nacional para ratificar un poder local.

Guayaquil tiene la bandera del cambio de modelo. ¿Por qué?

Los notables, los llamados 'patricios guayaquileños, las elites y los grupos de poder del Guayas han sido históricamente protagonistas de propuestas modernizantes del país.

La Revolución Liberal se cimentó mejor en Guayaquil, la masonería, el movimiento sindical ecuatoriano, se cimentaron en Guayaquil. Eso va consolidando una noción de poder patriarcal del que la sociedad ecuatoriana no ha podido despejarse. En ese sistema se erige siempre un caudillo. Y tiene un control importantísimo sobre el ordenamiento, organización y el funcionamiento de la vida cotidiana. Esto responde a la vigencia de estructuras tradicionales en el Ecuador de las cuales no ha sido posible despojarse.

¿Cómo, a más de hablar de descentralización, puede reestructurar ese sentido social a fin de construir un país?

El Ecuador no ha logrado consolidar un Estado-nación por estas fragmentaciones. Si a lo largo de dos siglos tenemos este tejido social establecido no

creo que la decodificación de esta estructura social sea un proceso inmediato. Pero creo que la crisis ayudará en ese proceso.

Cuando el Estado deje de intervenir tanto en la vida cotidiana, las propuestas de la sociedad civil serán de integración y no de exclusión. La respuesta a la crisis de desintegración es la integración.

¿Las autonomías son una salida posible?

Las autoridades locales, los municipios bajo el régimen de la Colonia, tenían autonomías. Cuando se creó el Estado centralista, a lo largo de un siglo, se acabó con ese esquema. Las acciones centripetas del Estado destruyeron esa base a pretexto de construir ese Estado Nacional y quitó la posibilidad de que los gobiernos locales tengan esas autonomías. En este replanteamiento actual es como que se cierra un ciclo histórico. El problema es que ahora no hay todas esas bases que habían cuando el esquema municipal colonial funcionó. La formación de ese Estado nacional invalidó esa capacidad de gestión, de creatividad, de participación comunitaria de la que se habla ahora y que existió en algún tiempo. Por eso entender los procesos históricos es indispensable. *

(11 de abril de 1999)

**El tema del regionalismo cobró fuerza a raíz de la crisis del Banco del Progreso. Actualmente hay varias propuestas de descentralización y autonomías.*

Derecha e izquierda no saben qué camino seguir y cómo decidir ciertos temas. De ahí nacen las contradicciones morales y éticas de las elites.

Cortoplacismo, otro mal de la política local

La derecha ha manifestado discursos estatistas a la vez que habla de privatizaciones. La izquierda no se acaba de convencer de votar por la modernización. Se habla de derechos humanos y libertad de prensa y se defiende a Castro. ¿Un caos ideológico?

Creo que sí se puede hablar de un caos ideológico en el Ecuador. Y creo que corresponde a dos cosas: la una a un momento de crisis bastante profunda de desestructuración de referentes que han estado permanentemente ahí, presentes para los diversos sectores -para la sociedad, para los políticos- y que al entrar en crisis ya no están. Por lo tanto se pierden como guías de acción de los diversos grupos. El segundo aspecto es que el Ecuador demoró mucho en procesos de reformas que le habrían permitido moderar la dimensión de la crisis que



Simón Pachano es sociólogo y politólogo. Profesor de Flacso. En 'La representación caótica' analiza el sistema electoral.

vivimos en la actualidad. Estos dos elementos llevan a esa pérdida de rumbos de los diversos sectores.

¿Se sigue viendo en blanco y negro al mundo, a la democracia y a las decisiones políticas?

Creo que ha cambiado en algo esa visión maniquea. En algunos aspectos esa misma izquierda, por ejemplo, está más dispuesta a aceptar realidades económicas evidentes como que el mundo ha cambiado, que la globalización es un hecho, que no es algo que alguien maliciosamente le está haciendo sino que es un proceso en el que el país debe insertarse. Desde el otro lado hay sectores, llamémoslos de centro derecha, que tratan de cambiar su discurso ultra liberal con una visión complementada con lo social.

¿La polémica por el voto ecuatoriano de censura a Cuba acaso no

pone en evidencia esas miradas en blanco y negro?

Uno puede tener una posición definida respecto al problema de los derechos humanos en Cuba y yo creo que esa posición no puede ser condicionada a que se trate de Cuba, Serbia, Corea del Norte, o de cualquier país que viole los derechos humanos. Hay valores universales que deben ser aplicados en cualquier caso. Pero creo que el problema en cuanto a lo de la votación de Ecuador es que se hace como un canje frente a la posibilidad de un apoyo de los organismos multilaterales en donde Estados Unidos tiene un gran peso. Es decir, se cambia la política exterior ecuatoriana por una posibilidad económica de tener préstamos. Eso sería lo condenable.

¿No hay acaso un sentimiento de culpa, de traición ideológica, a la hora de hablar de impuestos o privatizaciones por ejemplo, entre los distintos partidos y el Gobierno?

Lo que pasa es que no hay propuestas de ningún sector respecto a las privatizaciones o al papel del Estado en la economía. Hay dogmas generales que dicen que el Estado debe ser el dueño de las áreas estratégicas mientras que hay otros dogmas que dicen que el Estado no debe intervenir en la economía de ninguna manera. Lo que se está viendo ahora es la ruptura de esos dogmas. Y eso se está poniendo a prueba. Se pone a prueba cuando algunos sectores hablan del dogma del no más impuesto en un país donde prácticamente no se pagan. Los discursos y dogmas cojean. Y como nadie tiene propuestas concretas

y de largo aliento, nadie quiere arriesgar ni comprometerse.

¿Un ejercicio en el que la ética, la responsabilidad democrática están malentendidas?

Sí. Los niveles de conciencia ciudadana en el Ecuador son bajísimos. El caso de los impuestos expresa claramente no hay una corresponsabilidad en el manejo del país en general.

Sentimos siempre que alguien debe hacer las cosas, alguien tiene que venir a poner orden y que no podemos construir un orden entre todos. Pero eso ya no es un problema solo de las elites. Creo que tenemos una sociedad poco participativa, acostumbrada al clientelismo, al paternalismo estatal y que difícilmente asume la conducción de los propios asuntos públicos.

¿Esos escasos niveles de conciencia tienen que ver con la imposibilidad de hacer alianzas? ¿Por qué las alianzas se vuelven un problema de moral?

Eso tiene que ver con una política en la que impera el corto plazo. Creo que toda la política ecuatoriana se mueve dentro de plazos extremadamente cortos dentro de problemas que pasan fugazmente y que no se mueve en torno a problemas de fondo. A la modernización, por ejemplo, no la enfocamos como un proceso global sino como un aspecto chiquito que es el de privatizar ciertos ámbitos que están en manos estatales. No estamos discutiendo por ejemplo el papel del Estado en la economía, no estamos discutiendo la capacidad reguladora del estado, no estamos discutiendo la participación de la ciu-

dadanía en el ordenamiento estatal. Entonces nos quedamos en discusiones muy pequeñas que son sustituidas de inmediato por otras. Hoy día los partidos políticos deben estar pensando en las elecciones seccionales... Se discute la Ley Marco sin que nadie sepa todavía de qué se trata.

Además nuestra política no tiene grandes objetivos. Esta tendencia convierte a esas cosas pequeñas en grandes objetivos de batallas éticas. Entonces uno ve cómo se plantean ir 'hasta las últimas consecuencias' y hasta 'de derramar la última gota de sangre' por problemas inexistentes a los que se responde supuestos principios abstractos como 'no le vamos a dar un cheque en blanco al Presidente'... ¿saben si está pidiendo el Presidente cheque en blanco?

¿Una cultura política que vive de la retórica y no de la acción?

Sí. La elites ecuatorianas son autorreferidas, es decir construyen un mundo entre ellos mismos en donde se miran así mismos y no miran al resto del país peor al resto del mundo. Esas elites construyen mundos virtuales, artificiales, en los que lanzan esas luchas épicas que no llevan a nada porque no tienen que ver con el país real.

Se combina esta grandilocuencia, esta retórica casi abstracta con la cosa la maniobra chiquita. La política ecuatoriana se alimenta de visiones supuestamente trascendentales, casi de filósofos de la ilustración, pero por otro lado aplica a Maquiavelo en cuanto al manejo de la cosa muy pragmática. Una combinación que es explosiva.

¿El caos de la representación del

que usted habla en su libro tiene que ver con esas contradicciones ideológicas actuales? ¿Este caos ideológico se deriva de ese caos de la representación?

El sistema electoral ecuatoriano contribuye a profundizar los problemas y no a darles solución. El sistema electoral personalizado de listas abiertas lleva a la desestructuración de formas orgánicas de representación. Eso lleva a la personalización, al clientelismo, al caciquismo, es decir, a todos los problemas graves que ha tenido la política ecuatoriana. Ese sistema produce fraccionamiento, atomización, dispersión en las instituciones que se conforman. Como ejemplo está el caso del Congreso que cierra las puertas a grandes acuerdos, a alianzas y lo que es más grave, rompe las bases del elemento fundamental del juego democrático. Por eso otorga una representación caótica. Todo ese esquema provoca que el ciudadano común no tenga definición ideológica alguna. Es decir, no se está educando al ciudadano en términos de una mínima identidad política y más bien lo estamos llevando a que se guíe por consideraciones únicamente personales. Las identidades son importantes en la política justamente para adquirir nuevos referentes alejados de personalismos. *

(9 de mayo de 1999)

Al Estado clientelar se le agotó la capacidad de mediación. La reconstrucción del Estado devolverá espacios de mediación. Falta voluntad.

Al Gobierno le falta audacia e imaginación



Felipe Burbano de Lara es sociólogo y analista político. Es catrónico de Fiasco y dirige la revista Iconos. Es editorialista.

¿A qué se debe la imposibilidad de hacer acuerdos que se ha visto reflejada en el país?

En este momento esa imposibilidad se debe a la debilidad, a la debacle del Estado. Siempre el Estado fue como la instancia de mediación para arreglar los conflictos, pero la estructura del Estado se ha debilitado tanto que los conflictos le han terminado desbordando. Sobre todo los conflictos regional y financiero. Frente a la beligerancia de esas fuerzas regionales y financieras el Estado no puede jugar ningún papel mediador, no puede construir ningún espacio de mediación simbólico entre esas fuerzas en conflicto.

¿Cómo el Estado puede recuperar ese papel de mediador?

Creo que hay que trabajar en una línea de reconstrucción del Estado de tal forma que ese nuevo proyecto, esa refor-

ma de Estado restablezca la posibilidad de encontrar un espacio simbólico de mediación. Estamos atrampados por la incapacidad de pensar otras formas de Estado. Esa debilidad del Estado además ha puesto a flote otros poderes: el poder de la banca, el de los organismos internacionales. Poco a poco nos encontramos con una sociedad que está hecha pedazos.

En épocas de crisis salen a flote alternativas, incluso, de supervivencia. Pero no se ven salidas ni acuerdos ni posibilidad de consensos... ¿Por qué?

La crisis es tan profunda que la posibilidad de movilizar una voluntad política para rehacer el Estado, el sistema político tiene que venir del Gobierno. Pero el Gobierno también ha quedado atrapado en estos conflictos. Le falta audacia, iniciativa, imaginación como pa-

ra salir a enfrentar esta situación.

¿El Gobierno de Mahuad está distanciado de los debates nacionales, y de las propuestas que surgen de ellos?

Tengo la impresión que el Gobierno está muy aislado, muy distanciado de la problemática social y política del país. Está encerrado. Entonces elabora proyectos, como el científico que elabora sus fórmulas en el laboratorio, y cuando sale feliz, convencido de que ha encontrado la fórmula perfecta para solucionar la crisis, todo el mundo le pifea. Falta entrar en un diálogo más amplio. Por otro lado, no hay una clara política de alianzas que le permitan moverse con mayor claridad en este fragmentado escenario político.

¿Cómo llegar a mediaciones o a alianzas si no se confía en el otro antes de entrar a cualquier tipo de negociación?

Eso supone un cambio en la cultura política. No hemos estado acostumbrados a la mediación y me parece que el Estado jugó parcialmente ese papel. El Estado fue esa instancia de negociación clientelar. Agotado ese Estado, agotados esos recursos, no hay ninguna capacidad de negociar conflictos. Cuando tenemos que construir otras formas de mediación simbólica que definan de alguna manera un campo político nos encontramos con unas distancias increíbles. Descubrimos la dimensión y la profundidad de nuestras diferencias y no sabemos cómo manejarlas. Desde el Estado se negociaba repartiendo recursos, entregando puestos burocráticos, pero ese modelo se agotó. Ahora nos en-

frentamos los unos a los otros, desunidos, y descubrimos la profundidad de nuestras diferencias.

¿Una cultura política en la que la mediación no tiene sitio?

Una cultura política que construye las diferencias en términos de antagonismos excluyentes que no son susceptibles de ser mediados. Eso viene como parte de una serie de tradiciones que pesan sobre la cultura política ecuatoriana: una tradición de izquierda anclada todavía en el marxismo; una tradición populista, que siempre planteó la política en término de amigos y enemigos, de oligarcas versus el pueblo; una tradición golpista. El telón de fondo siempre la ausencia de una cultura más liberal que nos permita una cierta tolerancia hacia el otro.

¿Miedo también a apoyar a un Gobierno y sentirse luego cómplice de la tragedia?

Una falta de compromiso o miedo al compromiso con un Gobierno. Eso obedece a una vocación un poco totalitaria de la política ecuatoriana en la que 'yo soy el que voy a resolver los problemas', como figura política, como líder, como partido, como organización. Esa visión mecánica y totalitaria genera una actitud excluyente en la que 'estoy en el gobierno o en la oposición, estoy en el poder o contra el poder'. Eso supone una visión maniquea de la realidad.

¿Eso hace imposible encontrar consensos?

Creo que deberíamos olvidarnos de la palabra consenso y empezar a manejar nuestros desacuerdos. El problema de los ecuatorianos es que pensamos el

consenso como una forma de homogeneidad política, uniformidad ideológica. Cuando lo que tenemos que aprender es manejarnos con nuestros desacuerdos. Eso supone plantear los desacuerdos desde una perspectiva más democrática. Los desacuerdos, los planteamos en términos de una lógica de exclusión, de guerra; eso nos fragmenta, nos separa, nos vuelve hostiles los unos a los otros. Nadie cree en el consenso en este momento. El Gobierno puede invitar al consenso cuantas veces quiera que nadie le va a escuchar.

¿Cómo desbloquear al país?

Hay que encarar la política de otra manera: entrar en la misma lógica del conflicto para desatar esos nudos que le tienen bloqueado al país. La situación del Ecuador en este momento es la de una especie de 'empate catastrófico' de fuerzas, en términos regionales, financieros, sociales. Ese empate tiene que romperse con una acción más decidida, más radical. Frente a esa beligerancia de los conflictos alguien tiene que salir y defender unas posturas, principios, valores que orienten la acción política más allá de los términos de ese conflicto y más allá de la inmediatez. De estos conflictos no vamos a salir con soluciones que contenten a todos. Creo que el Gobierno a ratos busca salidas que contenten a todos y, mientras esté metido en esa lógica, más le están ahogando esos conflictos. Hay un costo social, económico, político de esta crisis que hay que asumir. El Presidente no puede actuar como Presidente de todos sino como el Presidente que sale a romper este conflicto, como el que toma partido.

¿Está todo en un estado de fragilidad tal que cualquier cosa lo puede romper?

Yo creo que hay que romper. Es una actitud equivocada, en este momento, actuar en defensa de la unidad. Ya no hay una unidad que defender, hay una unidad por construir. Ya no hay que conservar un cierto equilibrio, el equilibrio se ha roto. Es el momento de la audacia, es el momento de la radicalidad, es el momento de salir a romper los bloques.

Se ha hablado mucho de gobernabilidad. Esos bloqueos demuestran que no se ha podido construir esa gobernabilidad. ¿Por qué?

Nos hemos equivocado en la manera de entender la gobernabilidad. Se restringió mucho el concepto de gobernabilidad a las relaciones entre Ejecutivo y Legislativo y se pensó que el problema de la ingobernabilidad se resolvía con una mayoría parlamentaria, pero la crisis, está lo que nos muestra es que hay que reconstruir el Estado, es decir, que la crisis política era mucho más profunda de lo que nos imaginábamos. Tampoco se pensó a la gobernabilidad en términos de otros actores: los empresarios, intelectuales, movimientos sociales, que se han sentido excluidos del Estado. *

(20 de junio de 1999)

**Jamil Mahuad empezaba a perder terreno frente a la imposibilidad de hacer consensos, basta que cayó, en enero del 2000.*

El Ecuador vive una crisis de *representatividad. Desde la perspectiva de género, la clase política y los movimientos sociales serían culpables.*

Una ética en bien de la democracia



Natacha Reyes Salazar es licenciada en Ciencias Políticas y Sociales. Es autora del libro 'Hombres públicos, mujeres privadas'.

¿Por qué 'Hombres públicos, mujeres privadas'?

No solo que es evidente para la población ecuatoriana que hay más hombres que ocupan el poder que mujeres, sino que se han hecho distintos estudios. La representación que tenemos las mujeres no corresponde a nuestra presencia poblacional. Somos el 51 por ciento de la población y no estamos debidamente representadas. Este libro es un llamado a que las mujeres invadan los espacios públicos y asuman espacios en la toma de decisiones.

¿Las mujeres que han llegado al espacio de lo público, han cumplido con las expectativas de representación?

No. Lastimosamente han actuado de la misma manera que los hombres dentro de ese espacio. O más allá del problema de género, han actuado dentro de

los mismos parámetros de una clase política desgastada. Ese es precisamente uno de los cuestionamientos. No han considerado que se puede tratar lo público con conciencia de género. No se ha visto todavía que una mujer que llegue en la condición de política a las esferas de poder, llegue con esa sensibilidad ni con convicción política hacia las cuestiones de género. Si las han tenido, inclusive por conveniencias políticas no lo han expuesto. Hay excepciones de quienes, aunque no se consideren feministas, trabajan con esa visión de género en las políticas públicas.

Con o sin visión de género, la mayoría de los ciudadanos no se siente bien representada. ¿A qué se debe esa falta de representatividad?

Creo que a nuestras características como población. Somos incrédulos con

respecto al otro. Eso se debe a que somos un país pequeño, nos conocemos demasiado, hay tanta familiaridad que no consideramos al que tenemos cerca con cualidades cómo para sentirnos representados. Hay una crisis de representatividad que también se debe a la manera como se ha ejercido el poder, tanto en lo nacional como en lo local. Los gobernantes no han respondido como la gente ha querido. Hay, indiscutiblemente, una ausencia general de liderazgos que hace que la gente no se sienta debidamente representada. Ese es un problema de cultura política individual: no queremos ver a la autoridad porque no nos gusta ser 'mandados'. Es un país desordenado y tenemos ese gravísimo defecto como población.

¿Desordenado a nivel institucional o como consecuencia de la falta de cultura política?

En ambos sentidos. Es un poder desordenado que no tiene la suficiente institucionalidad inclusive para instalar un orden. Vivimos en un caos permanente. Nadie respeta a la autoridad y nadie cree en las instituciones.

Usted dice que el poder tiene que redistribuirse y que los ámbitos público y privado tienen que reordenarse. ¿Cómo?

En la Constitución Política tenemos establecidos unos principios generales, que son muy importantes, con respecto a lo que es el poder, pero están establecidos de manera formal. Sin embargo la sociedad civil, el pueblo en general, no puede aplicar lo que está establecido como principios y lo que está conjugado como derechos y deberes individuales y

sociales. Lo que hay que hacer es empezar a dar paso a lo que se llamaría un traslado entre la democracia formal a la democracia real. ¿En qué sentido? En el de que cada ser humano que habite en este espacio geográfico, sea hombre o sea mujer, tenga la capacidad para actuar en consecuencia con el otro. Cuando el ciudadano se reconozca como tributario del derecho y como responsable de deberes, vamos a tener una nueva cultura democrática. Ahí se podrá hablar de la redistribución del poder.

Es decir, ¿hay los mecanismos de participación y de redistribución y no los sabemos usar?

Así es. En el mismo cuerpo constitucional se habla de que esta es una república participativa. El sentido amplio de la participación va a permitir redistribuir el poder no solo político sino económico. Esta redistribución del poder implica que los poderes nacionales, que se concentran en Quito y Guayaquil que son 'periferofóbicas', es decir, que no saben mirar a la periferia, lo hagan, pero respondiendo a las demandas de la población.

¿Cómo construir la ética ciudadana que trata en el libro?

Al ciudadano le falta conocer su Constitución. Si el ciudadano conociera mecanismos, como el de la rendición de cuentas. Si cada ciudadano se organizara para, frente al incumplimiento de los gobernantes, frente a sus ofertas programáticas llamar a rendir cuentas empezaría a ajustarse la democracia. El ciudadano no es consciente de lo que es la democracia: un espacio en el que cada uno se puede pronunciar y buscar el

bien común. Los principios de la participación están establecidos. Y están establecidas las obligaciones.

Trabajar por una ética ciudadana es justamente eso: conocer y trabajar por sus derechos y por sus obligaciones. Cierta responsabilidad social solo se consigue el momento en que los ciudadanos estén conscientes de esos deberes y de esos derechos y el momento en que el bien común esté sobre los intereses individuales.

¿Cómo hablar de ética ciudadana así, cuando en el discurso de las demagogias políticas prima la defensa a los derechos -derecha, izquierda, partidos, sindicatos- pero nadie habla de los deberes?

Ha habido, y hay que reconocerlo, un facilismo en los movimientos sociales que no han revisado cuál es su papel. Los movimientos sociales deben hacer un mea culpa en ese sentido. Pero la clase política y el poder económico también deben hacer su mea culpa en ese sentido.

Ellos tampoco hablan de sus deberes y de sus responsabilidades para con el país. La clase política ha tenido la inteligencia de agarrar propuestas como las de los derechos humanos y hacerlas suyas. Quienes están a la derecha ahora quieren hacer una revolución y los sectores progresistas están llamando al diálogo. La clase política, de manera muy interesada, vacía el discurso, saca el contenido y hace de eso una bandera sin hacer una reflexión de su responsabilidad con los destinos del país. Eso demuestra que hay una clase política muy irresponsable y unos movimientos sociales que, muchas veces, se han dejado

utilizar incluso, de manera ingenua, y han terminado sirviendo a esos intereses particulares.

Usted habla del poco reconocimiento frente al otro. ¿Es posible el diálogo nacional en un escenario en el que nadie cree en el otro?

Creo que hay que reforzar el asunto de la autoestima primero. Tenemos una autoestima muy baja que hace que desacreditemos al otro por puro prejuicio. En la Asamblea, por ejemplo, sucedió que gente del MPD y del PSC se agradecieron, se felicitaron. Eso nos demuestra que en este país sí hay posibilidad de diálogo y consenso siempre y cuando se respeten las diferencias y los disensos y se trate de conocer al otro. El sentimiento de nacionalidad está débil pero es posible reforzarlo. El diálogo sí es posible en el país y puede ser una prueba de un poder que quiere reestructurarse y de unos espacios que pueden cambiar, siempre y cuando se reconozca al otro y se deje de mirar al otro como subordinado. Con una cultura política más fuerte, con respeto a las diferencias, se puede instaurar la cultura del diálogo y trabajar este país con políticas en varias direcciones: visión de género, visión plural, visión étnica. *

La teoría de la gobernabilidad

plantea un problema: si todos tienen que estar en un proyecto nacional, ¿dónde queda lo individual?

Los disensos fortalecen a la democracia



Pablo Andrade realizó su maestría en Ciencias Políticas en Flacso. Estudia en la Universidad de York, en Canadá.

¿Cuál es el imaginario democrático de la sociedad ecuatoriana?

Hay varios intentos de representarnos como una sociedad democrática y es eso lo que llamo imaginarios democráticos. Estos imaginarios democráticos, normalmente, se articulan a la manera de discursos que ha su vez hacen referencia a ciertas prácticas concretas. El imaginario no es equivalente a la ideología ni a la cultura política. La ideología es un caso especial en cuanto a lo imaginario y la cultura política se ha presentado como una serie de valores y tradiciones que permanecen relativamente estables que tienen que ver con instituciones y estructuras que las reafirman. Eso es una concepción esencialista de lo que es la vida política. El principio esencial es que la vida política es ininteligible sin aquello que nos permite representarnos.

Si se hace evidente una crisis de representatividad. ¿Qué falla? ¿El imaginario democrático?, ¿La cultura política...?

No creo que hay una crisis de representatividad. Esa noción de representatividad alude a dos formas de imaginarios de la democracia: una democracia sumergida en un imaginario republicano bastante clásico y la única forma de experiencia democrática de este país. Hay que recordar que la democracia en el Ecuador se inicia como un proyecto de desarrollo claramente dirigido hacia los sectores que habían sido de alguna manera excluidos de la historia de este país. Era una concepción que exigía la presencia de partidos políticos fuertes y de un Parlamento bien estructurado que exigía que el Parlamento sea el representante legítimo del pueblo. Esa forma de representar nuestra sociedad política

es la que entró en crisis muy rápidamente. Diría que este imaginario estuvo vigente como práctica real solamente hasta el año 84.

¿Por qué? ¿En qué momento se generó esa ruptura?

El Estado, en ese momento, abandona toda idea de bienestar social. En su lugar se reemplaza el discurso propiamente político que, si bien sirve para la lucha política, es un discurso tecnocrático, de racionalidad económica neoclásica, articulado en unas prácticas neoliberales a la criolla. El discurso neoliberal tal y como funcionaba en el Ecuador ha servido básicamente para dos propósitos: desarticular un estado que le era incómodo a la clase dominante y reafirmar que la clase dominante no está dispuesta a gobernar sino a dominar en el sentido más clásico de la palabra.

¿Ahí se produce una fractura, una brecha entre las elites políticas y el resto?

Lo que se produce es una desorganización total de la forma social, incluidas las clases dominantes. Cuando hablamos de crisis de representatividad estamos presuponiendo que existen partidos políticos y representantes. Para los representantes ecuatorianos el demos, el pueblo, son los intereses locales. En ese sentido digo que los representantes funcionan muy bien. Me da la impresión de que el Parlamento se reúne en Quito como si fuera nacional pero actúa para sociedades políticas locales.

¿Si los intereses locales son los que pesan sobre lo nacional se puede pensar que el proyecto de Estado nación fracasó? ¿O es la de-

mocracia la que fracasó?

Así es. La democracia original de la sociedad ecuatoriana en la que suponíamos que se había representado como una sociedad nacional, fracasó. Entró en crisis, se dispersó, no existe más. O existe en casos límites como en la firma de un tratado internacional para evitar guerras o plantear guerras...

O cuando, por una serie de razones, las sociedades políticas locales piden al Estado que intervenga como aparato represivo o de financiamiento, como en el caso del estado de emergencia en Guayaquil o en el Barcelona... para reproducir la representación imaginaria de una elite política cercana a su ciudad, al pueblo, al demos.

La democracia entonces fue pensada como posibilidad de consensos. Pero no fue así... ¿Cómo pensar entonces la gobernabilidad del país?

Me siento incómodo con el discurso de la gobernabilidad. El discurso de la gobernabilidad nace como una forma de justificar la formación de coaliciones entre partidos políticos que permitía crear una oposición fuerte a un Gobierno que se veía como extraordinariamente amenazante para los intereses de sociedades políticas locales. Esto se llamó la 'Concertación' y se formó teniendo en mente las experiencias por las cuales atravesaban otras sociedades latinoamericanas. La forma en la que se representa imaginariamente ese momento -mediados de los ochentas- fue bastante similar a lo que se había descrito en el caso chileno: una oposición que se autodenominó democrática en

contra del régimen dictatorial chileno. Allí entraban sindicatos, movimientos de mujeres, movimientos sociales, etc. Estas acciones políticas de 'governabilidad' intentan justificarse desde la necesidad del momento como obedeciendo a leyes generales y como un gran modelo que nos sirve para entender el mundo.

¿Cuál es el pero a la teoría de la gobernabilidad?

Que la democracia como forma social no se hace a través de la búsqueda de consensos sino todo lo contrario: la democracia es por definición la forma política en la que la sociedad se descubre a sí misma no armónica, en permanente disenso y fractura que enfrenta a distintos grupos sociales. El conflicto define esencialmente al imaginario democrático en las sociedades contemporáneas. Probablemente en la Grecia antigua o en la Iglesia Católica medioeval se pensaba en democracia como la sociedad política ideal, armónica. No creo que exista una sociedad democrática actual en la que se pueda decir que el consenso define a la sociedad.

¿Dónde queda entonces la capacidad de la sociedad para resolver sus conflictos y sacar un proyecto de país adelante?

Insisto, en los disensos. Las fuerzas progresistas en el Ecuador, a pesar de hablar de diversidad, de respeto a la diferencia, no pueden imaginar una sociedad no armónica, liberada a sus conflictos. Se cree que solo la armonía genera desarrollo, progreso, libertad y que, por el contrario los conflictos son destructivos, explosivos, hay que contro-

larlos y la forma de controlarlos -discurso de la gobernabilidad- es si todos nos incluimos en un mismo proyecto. Estamos en un imaginario en el que se intenta imponer compulsivamente la armonía. No tenemos derecho en ese imaginario a disentir individualmente, sino, a lo mucho, a través de gremios...

¿El discurso de gobernabilidad es contrario a los derechos individuales?

Plantea un discurso problemático sobre el derecho: existen derechos colectivos sobre derechos individuales y coloca al Estado como guardián y fuente de esos derechos colectivos.

¿Dónde quedan los derechos individuales en este país si un ciudadano común con cuenta bancaria modesta, se queda sin su dinero por la corrupción e incapacidad de banqueros, importadores, comerciantes que creyeron que eran capitalistas y que estaban en capacidad de jugar en las finanzas internacionales como si fueran grandes peces y el pobre ciudadano no puede hacer nada, no puede demandar al Estado? El problema en el Ecuador es que hemos ensayado una cantidad de sistemas políticos, todos ellos más o menos autoritarios y no se ha ensayado sin embargo una sociedad olímpica en la cual se intente que las personas tengan derecho a la igualdad, a la libertad y a la fraternidad... *

La sociedad civil no confía *en los políticos. Los políticos no confían en las elites. El problema está en la práctica intolerante del ecuatoriano.*

La democracia ecuatoriana es inmadura

La desconfianza es una marca de la sociedad política ecuatoriana. ¿Qué pasa?

A pesar de 20 años de una democracia que ha respetado formalmente sus procedimientos y sus reglas de juego, en los últimos tiempos la característica ha sido más bien la inestabilidad. Arrancando desde el triunfo de Bucaram que ya fue en sí una sorpresa, la defenestración de Bucaram, el intento irracional de un interinato con el caso Alarcón, elecciones sumamente extrañas y sumamente dudosas en el caso Mahuad, el ejercicio de Mahuad y la caída de Mahuad. Esto nos refleja como un espejo que estamos en una sociedad que tiene muchos asuntos pendientes. Esos asuntos pendientes no han sido atendidos en su debido momento por quienes eran nuestros representantes, ni tampoco han sido concientizados por quienes eran los

actores políticos, que generalmente suelen ser los intermediarios entre lo que pasa en el mundo público y el comportamiento de la sociedad civil.

¿La desconfianza está ligada a la forma de concebir la democracia en el Ecuador?

Ecuador es una sociedad democráticamente inmadura. Puede que cuantitativamente observe un récord de 20 años pero no ha desarrollado los mecanismos para superar conflictos, para prever situaciones difíciles y sobre todo para incorporar en momentos difíciles a la sociedad a que las soluciones sean consolidadas, firmes y aporten hacia el futuro del país.

¿Un problema de las elites?

Lo que sucede es que esas elites están reproduciendo los mismos pecados de las máximas elites a nivel democrático.



Alfredo Negrete fue director de opinión de diario El Universo y editorialista de EL COMERCIO. Es articulista y analista político.

Es decir son personas que se sienten representativas plenamente y que no interaccionan con los representados.

De esa manera la responsabilidad histórica es exclusivamente de los pocos aunque los efectos abarquen a toda la comunidad.

¿Responsabilidad de unos pocos o... los mismos de siempre?

Esa es la tendencia. Por ejemplo, la tendencia a la reelección, a la permanencia no solamente se da en el campo político, se da en el campo gremial. Incluso la permanencia, el no dejar el puesto de poder, el sentirse elegido para siempre incluso se ve en el campo deportivo. Es decir, estamos en una sociedad que estructuralmente no es democrática porque es una sociedad que tiende a ser elitista y quienes son elites no producen uno de los cambios básicos en la democracia que es la alternabilidad. Al no producir alternabilidad ni participación obviamente la tendencia es hacia el autoritarismo.

¿Ecuador es una sociedad autoritaria?

Tiene tendencias autoritarias porque no es una sociedad que ha aprendido a ser democrática. Nosotros hemos logrado la fase de superar el estado de la dictadura, allá, por los años 78 y 79. Hemos logrado recuperar el Estado de derecho. Pero no hemos logrado consolidar ese estado de derecho con pleno desarrollo institucional. Tenemos presidentes, alcaldes, legisladores, tenemos funcionarios elegidos, pero no tenemos un sistema institucionalizado que nos permita a todos -a quienes no somos presidentes, alcaldes, legisladores- participar.

Por lo tanto nuestra democracia es limitada, partida. El poco respaldo que podemos tener dentro de este sistema democrático es estar ligado al triunfador o al que permanentemente triunfa.

El ciudadano de a pie, ha cuestionado a la clase política e incluso ha cuestionado su representatividad. ¿Por qué entonces no hay rostros nuevos ni nuevas propuestas en la política?

Porque hay un desfase estructural. En enero tuvimos una asonada popular, tuvimos una crítica feroz a la clase política representada en el Congreso. ¿Y qué tenemos en mayo? Otra vez esa misma clase política y a ese mismo pueblo eligiendo. Insisto, eso significa un desfase estructural de las reglas políticas internas y eso nos puede costar muy caro porque estamos jugando con el sistema democrático.

¿No se entiende el sentido de la democracia?

La pedagogía democrática es una pedagogía histórica. Se entiende por grandes parcelas, se la practica por grandes líderes, por grandes conductores o simplemente se la utiliza como un parapeito, como un pretexto. La democracia en estas condiciones y en sociedades tan inestables, con tantos problemas sociales, termina siendo un pretexto institucional y no una vía institucional.

En el caso de la dolarización todos estaban de acuerdo, pero a la hora de las medidas, son las mismas elites económicas las que se pronuncian contrarias. ¿Dónde está la dificultad de lograr apoyos a la hora de tomar decisiones?

En el caso de la dolarización el sector empresarial desde hace algún tiempo estaba entusiasmado, identificado con el proyecto, sin escuchar que era un procedimiento muy arriesgado sobre todo en la sociedad ecuatoriana. Una vez que se produce la decisión política y comienzan los costos, los mismos sectores que antes mantenían una posición extremista en esta materia, ahora son los primeros en decir “vamos despacio”, el gradualismo, etc.

Pero ellos estaban conscientes de la camisa de fuerza...

Claro, lo que pasa es que no hay una percepción dialéctica de la realidad. Hay una percepción muy simplista y muy ideal. Lo que se imaginan lo convierten en realidad y se olvidan de que una cosa es lo que se piensa, la doctrina y otra es la realidad de un momento histórico y la realidad en la que se desenvuelve un pueblo. Obviamente al momento del costo nadie quiere asumir. Esto es típico de sociedades democráticas inmaduras.

En el caso de la amnistía el problema es similar: la población pidió la amnistía, el Presidente la asumió como bandera de conciliación nacional y en el momento político, nadie la quiere... ¿Inmadurez?

Considero que ahí sí hay un error político del presidente Noboa porque sin concertar políticamente el tema de la amnistía, lo entrega al Congreso que es el organismo más contrario a la amnistía. Porque curiosamente es el sector victorioso del 21 de enero. El 21 de enero la asonada indígena, militar y popu-

lar era contra todo sistema jurídico constitucional vigente, es verdad. No triunfaron. Lograron solamente el cambio de un presidente. Pero no cambiaron las reglas del juego político. Lo que queda claro es que la población no piensa como el Congreso y el Congreso no sabe cómo piensa la población.

¿Barreras infranqueables entre la sociedad y quienes se dicen sus representantes?

En este tipo de sociedades, no solo a nivel Congreso, sino a nivel gremial, productivo, etc., resulta que las cabezas, por la dinámica de la acción, se vuelven autoritarias, nacen democráticamente pero se vuelven autoritarias y pierden contacto con las bases.

Dicen que en el ámbito indígena no es así, que hay una red y no una pirámide. Esperemos que así sea.

¿Cómo recuperar la confianza en las representaciones?

En el Ecuador vienen pasando algunas cosas extrañas en los últimos tiempos. Eso quiere decir que a lo mejor siguen sucediendo o madurando situaciones hasta que tengamos una nueva situación política. Por ahora tenemos las mismas figuras, los mismos líderes políticos, los mismos sindicatos, las mismas protestas, la misma educación, las mismas carencias, los mismos estudiantes en las calles. No tenemos nada nuevo. En este mar de confusiones no pueden mágicamente surgir el diálogo, el consenso y el acuerdo. La historia no madura así. * (23 de abril del 2000)

**Negrete se convirtió en Secretario de Comunicación del Gobierno de Noboa.*

La sociedad ha delegado a los militares más tareas de las que les compete. Es peligroso que la ciudadanía golpee las puertas de los cuarteles.

Las FF.AA. no son árbitros de la democracia



Valeria Merino es directora de la Corporación Latinoamericana para el Desarrollo, CLD. Trabaja para Transparencia Internacional.

¿Por qué la sociedad civil ha delegado tanta responsabilidad a las Fuerzas Armadas?

Uno de los problemas en Ecuador es que seguimos con los rezagos de una época en que regían las Fuerzas Armadas en el país y había un sistema dictatorial. La ciudadanía regresaba a ver a las Fuerzas Armadas como la entidad que lo controlaba todo y lo regulaba todo y los ecuatorianos todavía no nos hemos acostumbrado ni siquiera mentalmente al hecho de que eso ya no es así.

Ese fenómeno se ha hecho visible en los últimos acontecimientos. Los ciudadanos, descontentos con la situación, no han acudido a las entidades o a los organismos que la Constitución define para esos fines como por ejemplo el Tribunal Constitucional, sino que han golpeado las puertas de los cuarteles.

¿Cómo redefinir el papel de las

Fuerzas Armadas?

El problema no está solamente en redefinir el papel de las Fuerzas Armadas. Es un problema que está también en la mentalidad de los ecuatorianos.

Es común escuchar que “mejor estábamos en dictadura” o que “aquí hace falta un dictador”. ¿No hay conciencia democrática?

A la ciudadanía ecuatoriana le cuesta mucho trabajo identificarse con el modelo democrático, le cuesta trabajo darle un valor al modelo democrático por sí mismo. De algunos estudios que hemos hecho se concluye que la ciudadanía apoya uno u otro modelo, sea cual sea, siempre y cuando implique desarrollo humano y económico. En esa medida, si la gente percibe que un modelo dictatorial va a favorecerle en sus necesidades mínimas, está más dispuesta a apoyarlo y viceversa. Es decir, no hay un

apoyo intrínseco, de fondo, conceptual al sistema democrático.

¿Se puede pensar que la sociedad civil en determinados asuntos -caso aduanas, por poner un ejemplo- ha fracasado o no ha sido capaz de asumir ciertos problemas y que por eso le ha entregado a las FF.AA. tantas responsabilidades?

Creo que eso es relativo. Pero eso tiene que ver con una memoria corta. Probablemente en el tema de corrupción, por ejemplo, la ciudadanía cree que en tiempos de dictadura hubo menos que en épocas democráticas.

Pero de ese mismo proceso de dictadura quedan muchos rezagos como el hecho de que todas las adquisiciones de las Fuerzas Armadas prácticamente son secretas, nadie sabe a quién se indica esos procedimientos, ni se sabe cómo se deciden esos procedimientos porque todo está protegido por la seguridad nacional. Entonces cómo puede saber la ciudadanía si ha habido corrupción en un dictadura o no.

En el tema de las aduanas aparentemente los datos no son tal como parecen. No se ve que exista una diferencia enorme en la recaudación de aduanas en manos del Ejército o en manos civiles. Aparentemente hay más orden, pero la verdad es que el sistema de aduanas funcionará cuando haya la decisión de Estado de que funcione, cuando todas las fuerzas económicas y políticas del país decidan que es hora de dejar de evadir impuestos.

Un funcionario extranjero decía recientemente que hace dos o tres

años habían dos instituciones que funcionaban en el país: Banco Central y Fuerzas Armadas. Ahora perdieron credibilidad. ¿Qué puede significar eso para la sociedad civil?

Creo que para la gente en los últimos años ha sido bien duro perder la credibilidad en las instituciones. Es un elemento muy peligroso a la hora de mantener la estabilidad de la democracia en el país. En las encuestas de los últimos 10 años eran las Fuerzas Armadas o la Iglesia las que estaban en el puesto más alto de credibilidad. Los últimos acontecimientos muestran que las Fuerzas Armadas necesitan una revisión de su razón de ser.

¿Cuál es su real papel?

Hay una serie de cosas que las Fuerzas Armadas pueden y deben seguir haciendo en el país, como el manejo del tema de seguridad respecto al problema de guerrillas con Colombia y temas de esa naturaleza. Pero es hora de preguntarnos si un país del tamaño de Ecuador, con tantos problemas económicos y sociales de todo tipo debe seguir manteniendo unas Fuerzas Armadas del tamaño que tienen y con el perfil que han tenido hasta ahora. A mí personalmente me gustaría ver más transparencia dentro de las Fuerzas Armadas, menos secretos de seguridad nacional y que los ecuatorianos supiéramos un poco más por qué se toman las decisiones que se toman y cómo se toman. La misión de las FF.AA. no es estar en la empresa privada, no es competir en los contratos del Estado como una empresa consultora en la contratación públi-

ca, entre otras cosas. Es decir, la estructura es la que algún momento tendrá que cambiar así como los beneficios de grandes comisariatos y otro tipo de privilegios.

¿Qué implica el hecho de que durante los dos últimos gobiernos democráticos, Bucaram y Mahuad, las Fuerzas Armadas hayan decidido sucesor, hayan quitado el apoyo a su Jefe del Comando Conjunto o hayan salvado la democracia?

La Constitución ecuatoriana dice claramente cuál es el papel de las Fuerzas Armadas. Las Fuerzas Armadas están regidas, como su máxima autoridad por el Presidente de la República y son obedientes, no deliberantes (arts. 183, 184 y 185). Creo que hay un problema de fondo allí y es que las FFAA. a veces actúan como decisores, mediadores, árbitros de la democracia. No son árbitros de la democracia. Y se han puesto en el papel de decidir qué se entiende por constitucional y qué por inconstitucional, de interpretar qué es lo que quiere el pueblo ecuatoriano y qué necesita... Me parece terriblemente peligroso que eso suceda en un país con una democracia tan débil como la nuestra. Para eso están las cortes, para eso está el Tribunal Constitucional.

Pero en esas instituciones no cree la sociedad civil...

Este país es algo sui géneris, porque tenemos instituciones y reglas escritas en la Constitución pero a la hora de la hora es la ciudadanía misma la que no usa esas instituciones y golpea los cuarteles de las FFAA. Hay que devolverles

credibilidad a las instituciones constitucionales. Y creo que con todo lo que ha sucedido en estos últimos tiempos con las FFAA. el país se va a dar cuenta de que todas las instituciones tienen sus problemas y en todos los lados hay que fortalecerlas. Para fortalecerlas hay que usarlas. Si nosotros no usamos nuestras instituciones, si no les damos la oportunidad de fortalecerse y hasta de equivocarse, este país nunca va a tener una verdadera democracia.

Tenemos que dejar de golpear las puertas de los cuarteles cada vez que algo no nos gusta.

En otros países -Chile, Argentina, Colombia mismo-, las FFAA. más bien son vistas con temor. ¿Por qué en el Ecuador es al revés?

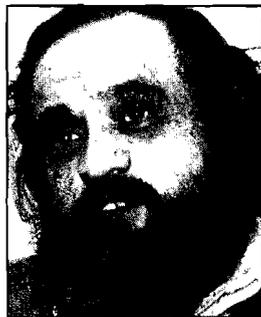
Allí sí hay que reconocer que las Fuerzas Armadas han tenido un papel diferente al que han tenido en otros países de América Latina donde ha habido dictaduras, atrocidades y terror. De ahí lo de "dictablanda". Lo que pasa es que si bien tenemos una democracia débil, sí tenemos una cierta cultura democrática: desde comienzos de siglo teníamos separación de la Iglesia y Estado, existe el divorcio desde hace muchísimos años, y las mujeres hemos votado desde un comienzo de este siglo. Lo que pasa es que no valoramos esa cualidad democrática. *

(14 de mayo del 2000)

**Después de la caída de Mahuad se reflexionó nuevamente sobre el papel de las FFAA. Su reacción a propósito de la consesión del Oleoducto y su salida de la Dirección de Aviación Civil entraron nuevamente en el debate.*

La apatía electoral revela *la falta de convicciones políticas. Para construir democracia se requiere un proyecto nacional mínimo y estabilidad*

Ciudadanos y políticos, un círculo perverso



Francisco Rhon Dávila es director del Centro Andino de Acción Popular (CAAP) y director de la revista Ecuador Debate.

¿A qué se debe la apatía electoral de estos últimos días?

No creo que es solo un fenómeno ecuatoriano, es un fenómeno a nivel latinoamericano. La apatía es un signo de varias cosas: tenemos en Venezuela el caso de la elección entre los ex militares, todo el problema que este momento está surgiendo en Perú, este último intento de asonada en Paraguay, el anuncio del Presidente de Colombia para el plebiscito y la posible destitución del Congreso, en fin. Eso nos revela un panorama de la democracia en América Latina muy complejo. La democracia en América Latina parece más una cuestión de resistencia que una cuestión de mejoramiento de las condiciones de participación, de imaginarios, de concepción de sociedades, de economías sanas y formas de vida sanas, que suponen la verdadera democracia. Estamos más

en una carrera de resistencia. Como diría Flavia Freidenberg, en un estudio muy interesante sobre los países andinos, vivimos una situación de poligarquía, es decir, en una especie de funcionamiento de la democracia per se, referida simplemente a las elecciones.

¿Se puede afirmar que a la gente no le importa si vivimos o no en democracia?

Tomando el mismo estudio hay datos interesantes al respecto de que si la democracia es preferible a otra forma de gobierno. El 41 por ciento de los ecuatorianos decía que es preferible, un 23 por ciento dice que "sería bueno" y un 28 por ciento responde que es preferible un régimen autoritario. Es decir que el 51 por ciento de los ecuatorianos no prefiere la democracia como modelo o no está consciente de la democracia como forma de gobierno.

¿Un fracaso o un malentendido de la democracia?

En el caso nuestro hay que contextualizar varias cosas: Latinoamérica, según datos de la Cepal, ha aumentado a 120 millones el número de pobres en el último año. En el Ecuador los estudios actuales demuestran que un 70 por ciento de la población se encuentra en la línea de pobreza y un 50 por ciento de ésta, bajo la línea de extrema pobreza. Es obvio que esto va a significar una pobreza de percepción democrática de la gente. En condiciones como éstas la gente piensa en cómo va a comer, no en el bien común ni en el bien de la nación ni en las formas de participación. El empobrecimiento del Ecuador y de América lleva al empobrecimiento de la percepción sobre democracia. El caso ecuatoriano se completa con la ausencia de una cultura democrática que se ha agravado en los últimos cuatro años. De 1996 para acá hemos tenido cuatro presidentes de la República, un triunvirato que llegó al Palacio, dos que se cocinaron en el Congreso y no concluyeron.

¿No hay noción de lo que significa la institucionalidad o simplemente no se cree en ella?

Las instituciones no son anteriores a la norma, no es que alguna norma como la Constitución de la República, cree institucionalidad, pero la institucionalidad se crea por una adhesión de la gente a ella. Por eso funciona. Acá en cambio tenemos gente que no es adpta a este tipo de institucionalidad de ninguna manera, y tampoco cree en los partidos políticos.

¿El problema es que democracia

está entendida solo como mecanismo electoral?

Volviendo al estudio de Freidenberg un 48 por ciento cree que la democracia puede funcionar sin partidos y un 82 por ciento cree que hay mucho por hacer para que haya democracia. Si en las elecciones están los partidos es que ahí circulan las opciones políticas y si sumamos el empobrecimiento, la crisis de la institucionalidad y de la norma constitucional que hace posible la democracia, tendremos el panorama claro: la democracia no es más que una cuestión de forma muy ligada a la participación a elecciones, no hay una percepción de la gente más allá de la obligación de ir o no a votar, aunque la institución seguirá existiendo vaya o no a las urnas.

Los políticos saben que la gente no cree en ellos... sin embargo son los mismos los que aparecen e incluso se postulan a la reelección... ¿Los dirigentes de los partidos no se han dado cuenta de la percepción de la gente?

Eso es un problema de doble entrada. Es desde los políticos hacia la gente y es desde la gente hacia el sistema en general. MacPherson sostenía que lo que la gente cree de un sistema político no es un algo ajeno a éste, sino que forma parte de él. Si un 48 por ciento cree que no son necesarios los partidos políticos para que exista la democracia, es que esto está en el universal de creencias de la gente y va de alguna manera a ser, como señalaría MacPherson, la concepción que la gente tiene del sistema democrático en el país. Por un lado está la gente, carente de una cultura democrática.

tica y de una concepción de la democracia, de un imaginario del país. Los partidos lo que hacen es constatar eso: los partidos son aquí la regla, dicen "sí, lo que ustedes piensan es correcto y nosotros lo reafirmamos"... Esto empieza a ser un círculo perverso. Y en el fondo lo que está en juego es el cómo estamos construyendo democracia.

En ese sentido es posible construir democracia, ¿cómo?

Es muy complicado. Estamos frente a una situación que incluso está fuera de nosotros: la globalización, las imposiciones del Banco Mundial sobre el qué hacer, esta especie de estado fáctico donde quién decide la política económica son entidades laterales. Si esa es la realidad, no hay posibilidad de votar en favor de algo que cambie el modelo. Un segundo problema es que no tenemos un imaginario de país, estamos exacerbando lo local por encima de un mínimo imaginario de estado nacional, es decir, la autonomía es posible siempre y cuando haya un estado nacional que lo garantice y no al contrario.

¿Esa construcción está en manos de quién?, ¿de los políticos?

Ellos no pueden hacerlo. Esto se revela en las elecciones de hoy. Los partidos han puesto sus mejores cuadros para pelear espacios locales. Nebot no quiso participar en las elecciones presidenciales pero sí apuesta a la Alcaldía de Guayaquil, igual ocurre con la Izquierda Democrática y su apuesta a la Alcaldía de Quito. Quizás aceptando una creencia de la gente de que lo local es más importante que lo nacional pero al mismo tiempo aceptando que sus condicio-

nes son locales. Estamos frente a partidos locales que no tienen una versión del estado nacional, entonces ¿qué imaginario le van a dar a la gente si su único imaginario posible es el espacio de lo local.

¿Qué requiere, entonces, la democracia?

La democracia tiene que avanzar desde la perspectiva de un estado nacional, debe tener un mínimo horizonte económico -no se puede vivir en un país que en medio de la dolarización sus propios impulsores ahora están en contra porque se dan cuenta del costo que eso significaría-, no hay una costumbre referida a la institucionalidad y al respeto a la democracia no solo como forma eleccionaria, sino como forma de una situación cotidiana de respeto a los derechos y de asunción de obligaciones. Sin este juego no es posible la ciudadanía y por tanto la democracia. Para hacer democracias tenemos que pasar sobre estas democracias de las resistencias y tener por lo menos un proyecto nacional mínimo, un horizonte económico en el que nos sintamos identificados y una institucionalidad que funcione al margen de los vaivenes y de los gustos de cada uno. *

(21 de mayo del 2000)

**Esta entrevista se realizó a propósito de las últimas elecciones seccionales y municipales .*

América Latina no se despoja del clientelismo. Estas prácticas reaparecen con iguales visiones maniqueas y ponen en peligro la democracia.

El fantasma del populismo está de vuelta



Carlos de la Torre es sociólogo y politólogo. Ha estudiado los fenómenos populistas en América Latina y en el Ecuador.

¿Cómo entender al populismo en la época actual y su vigencia en América Latina?

Las dos visiones más importantes del populismo venían de la teoría de la modernización y de la dependencia. Ellas veían al populismo como una fase transitoria en América Latina. La primera veía el populismo como un fenómeno que tenía que ver con una incorporación rápida y abrupta de los sectores populares a la política, como si los sectores populares no tuvieran una estructura normativa que les permitiera entender cómo vivir en una sociedad urbana. Eso les convertía en presas fáciles de la demagogia, se dejaban seducir por la demagogia de un líder. Así se empezó a estudiar al populismo.

La segunda teoría, la de la teoría de la dependencia, vio que el populismo estaba ligado a la base económica de Amé-

rica Latina, de la sustitución de importaciones. De alguna manera el populismo siempre fue visto como algo transitorio, algo que ocurrió en los años treinta, cuarenta y sesenta, hasta que vinieron las dictaduras del Cono Sur con programas de ajuste neoliberal y acabaron con el populismo. Este resurgir de los llamados neopopulismos es algo que sorprendió a los sociólogos que venían de estas dos ramas.

Fujimori, Collor, Menem, Bucaram, Chávez... ¿Qué es lo nuevo de esos populismos?

Mantienen la retórica de sus predecesores, esa retórica maniquea que presenta la lucha política como una pelea ética entre el pueblo y la oligarquía. Mantienen el discurso, cierta simbología de ir en contra de esa oligarquía. En el caso de Bucaram esa oligarquía era más común a los populismos antiguos, era

sinónimo de los aniñados, los niños ricos, igual en la primera elección de Fujimori, en que esa oligarquía estaba representada por Vargas Llosa y los “pituco” peruanos. En el caso de Collor, era más la elite política. Pero, a diferencia de los populismos de antaño, estos nuevos populismos tienen políticas neoliberales ya en el poder. La semejanza en la retórica y en los estilos políticos, la diferencia en las políticas estatales que se perfilan desde el Gobierno.

¿Cómo explicar estos otros fenómenos populistas, como el que viene de los militares cuando hablan de que están junto al pueblo o como los mismos discursos maniqueos de los políticos tradicionales?

Los populismos en América Latina más bien responden a una forma de incorporación política de las clases populares. Y esta incorporación política se da a través, primero, de este discurso emotivo maniqueo del pueblo contra la oligarquía. Los políticos, en esa línea, tienen que legitimarse como representantes del pueblo, no únicamente como líderes sino como la encarnación de la voluntad popular. Entonces todos quieren nombrar al pueblo. Por otro lado, la incorporación política en Latinoamérica se da a través de formas de democracias en las cuales se buscan más los mítines políticos, el participar en favor de un líder, el ocupar espacios públicos, el abuchear al opositor y no respetar los procedimientos de la democracia liberal que son vistos como antidemocráticos y excluyentes. Esta unión de esta democracia que se sustenta en los actos de

masas (supuestamente son democráticos los hechos del 21 de enero porque el pueblo se toma el Congreso, supuestamente son democráticos los coroneles porque están con los indios) y esta búsqueda de legitimización en el pueblo, sustentan el populismo.

¿Es decir, el concepto que se tiene de “el pueblo” es el que marca esos populismos?

Lo interesante -y creo que ahí viene el gran cambio en el Ecuador- es que ya el pueblo ecuatoriano en la actualidad son los indios. Y los indios no eran parte en el fenómeno del velasquismo, por ejemplo, ni aun en el período Bucaram, él no tuvo una relación muy clara con los indios, excepto con los amazónicos. Su pueblo era el pueblo mestizo, no un pueblo indígena. En los hechos del 21 de enero se vio claramente eso: el pueblo era los indios, y todos los líderes indígenas hablaban del pueblo, cuando antes se decía que para ser pueblo había que dejar de ser indio porque el pueblo era mestizo. Ese fenómeno, que nace en los 90, ha cobrado fuerza y se ha vuelto un factor interesante en el Ecuador.

¿Qué es la democracia para los populismos?

Es una relación ambigua la que existe entre los populismos y la democracia. Por un lado son movimientos democratizadores: en el velasquismo, si bien había exclusión al voto, había una forma muy grande de participación política en las plazas, en los mítines políticos, en la toma de espacios públicos. Con Bucaram pasó más o menos lo mismo, aunque con derecho al voto. En ambos ca-

sos, se estaba buscando la incorporación, aunque sea simbólica, del pueblo en el poder. A la vez que hay esa democratización, en el populismo la democracia solo funciona cuando le conviene al líder. Velasco traspasó varias constituciones porque estas ya no representaban la voluntad popular mientras que él sí la representaba... y Bucaram veía que había oligarquías en todo lado, pero no tuvo tiempo para ser tan antide-mocrático. Ahora las diferencias radican en el contexto político: el pueblo de Velasco y de Bucaram han cambiado mucho.

¿Acaso solamente los populistas tienen esa relación con la democracia?

Cuando yo decía que los populismos no respetan los procedimientos democráticos, creo que ellos no son los únicos. En el Ecuador al menos es algo común, aun gente que dice encarnar los valores democráticos o personajes que son definidos como representantes de partidos políticos modernos y democráticos, cuando no les conviene, no respetan tampoco los procedimientos democráticos. Tumbaron a Bucaram con una artimaña legal y solicitaban la renuncia del señor Mahuad y estaban ahí, conspirando todos contra el sistema democrático.

¿Cómo definir la relación de los líderes populistas con las elites políticas y económicas?

Hay también una relación ambigua. En el caso de Bucaram fue más claro, estaba respaldado por una elite marginal -no por pobre, sino porque no estaba entre las elites establecidas-, que

quiere legitimar su fortuna con los sectores más pobres de la sociedad, excluyendo a los sectores organizados, se pelea con los sindicatos y divide a los otros movimientos. Para las elites tradicionales, Bucaram significó la irrupción de la barbarie. Eso se da también en el caso del peronismo o en el de Gaitán. En el caso de Velasco la relación con las elites fue diferente, él pertenecía a ellas.

¿Y cómo explicar a Álvaro Noboa, que viene de las elites económicas y representa al populismo bucaramista?

La alta votación que tuvo en las elecciones pasadas más bien lo explicaría como un rechazo a la forma en la que se tumbó al propio Bucaram y a quienes lo echaron. Él tiene un discurso que no movía a nadie, pero que estaba representando al propio Bucaram, además de que la estructura partidista del PRE se mantiene.

Un ex militar en Venezuela, un ex dictador en Bolivia, un líder autoritario en Perú, asonadas en el Ecuador... ¿Qué pasa?

Hay dos hipótesis: democracias que se han construido en crisis económicas muy grandes y que no han dado los beneficios económicos a la mayoría, esa sería razón por la cual no hay una razón válida para defender la democracia. O países que no sufrieron una experiencia autoritaria tan fuerte como en Argentina o Chile donde de verdad se empieza a tener un aprendizaje de la importancia de la democracia. *

Tercera Parte

**La mirada
del
extranjero**

Las instituciones militares *enfrentan su propia guerra. La informática, la supresión del servicio militar, han cambiado las reglas de juego.*

A las cúpulas también llegó lo posmoderno

Usted habla de cambios en las instituciones militares a raíz del fin de la Guerra Fría. Entonces, ¿cuál sería el prototipo del militar posmoderno?

Existen diferentes prototipos. Un extremo estaría en Holanda, en los Países Bajos; ahí hay por ejemplo, mujeres que participan en unidades de combate, apertura a la homosexualidad, sindicatos laborales para los soldados. No existe un código para el tipo de corte de pelo que quieran usar los militares, en fin, la apertura es total. No hay reglas. Este sería el un extremo, pero la mayor parte de los países del norte está desplazándose hacia esa dirección. Otro extremo podría ser Israel donde todos los hombres tienen que hacer el servicio militar obligatorio y aun las mujeres, que hacen una conscripción voluntaria. Los tiempos cambian.



Charles Moskos (EE.UU.) es profesor de sociología de la Universidad de Evenston. Ha escrito varios libros sobre el servicio civil.

Un militar humanista y menos guerrerrista. ¿Hay las condiciones mundiales para eso?

La tendencia de largo plazo es la finalización del sistema de la conscripción, especialmente en aquellos países que no tienen amenazas nacionales, como en el caso de Europa del Norte, Canadá, Australia, los EE.UU. En países que tienen amenazas nacionales como en el caso de Israel, Grecia, Turquía, Chile, incluso Ecuador, la conscripción es un sistema que se mantendrá con sus enunciados de defensa.

Otra tendencia es el uso de las fuerzas militares en tareas de mantener la paz y en misiones humanitarias como ha sido el caso en Somalia, en Bosnia, Haití, Ruanda, etc. Por eso, creo que la concepción misma de la milicia está cambiando.

Esas misiones humanitarias no

han sido vistas, de hecho, con muy buenos ojos...

Hay controversia sobre el tema. En los Estados Unidos, cuando los soldados son enviados a unidades de Naciones Unidas, como el caso de Macedonia, vuelve la polémica. Y es que a algunos soldados no les gusta servir bajo el casco azul.

Usted no es partidario del servicio militar obligatorio. ¿Qué resultados concretos hay entre las relaciones civiles y militares en países que lo han abolido?

Yo hice el servicio militar obligatorio. Por eso no estoy de acuerdo con ello. El servicio civil y los objetores de conciencia dan más resultados en cuanto al desarrollo de la sociedad. Desde el final de la conscripción en los EE.UU. en 1973, no ha habido una sola novela de mayor consecuencia sobre la vida militar, contrariamente a lo que se escribió antes de la Segunda Guerra Mundial, sobre Corea, sobre Vietnam, sobre la Guerra Fría, donde se publicaron muchísimas novelas importantes. En el último cuarto de siglo no hay ninguna novela importante de vida militar, y, si han salido son mucho menos realistas.

Pero hay mucha más literatura enfrentando el tema de tecnología de guerra, de la guerra bacteriológica o de las guerras de información... Toffler no estaría muy de acuerdo con su apreciación.

Es que yo soy todavía de la "Segunda Ola". La mayor parte de escritos pisan ya el terreno de la ficción de guerra. Creo que los EE.UU. tendrían ahora mayor dificultad en llevar adelante otra

Guerra de Golfo. Eso sería parte de la ficción.

¿Usted quiere decir que EE.UU. ya no tiene enemigos?

En realidad no hay enemigos en ninguna parte y, en efecto, Corea del Norte podría ser considerada enemigo de los EE.UU., pero los coreanos se están muriendo de hambre y nosotros les estamos enviando comida (¿enemigos?). En el futuro podría ser una Rusia que reviva, podría ser China pero eso es algo distante. Actualmente el mundo se encuentra en una característica un tanto pacífica. El problema es otro: el deterioro de las naciones, la división de países como Yugoslavia. Si bien históricamente EE.UU. ha tenido problemas con China y con Rusia nunca se llegó a una guerra. En todo caso yo no soy estratega, soy sociólogo.

Hace poco se reveló un informe sobre cómo miraban desde EE.UU. a los latinoamericanos. El informe no era halagador. Además, hay que recordar el escándalo de la famosa Escuela de las Américas ¿Esa visión de los Estados Unidos ha cambiado?

En cuanto al primer punto, ese tipo de informe no es más que una plantilla que habla sobre la diferencia de comportamientos. En cuanto a lo segundo, esa escuela ha sido sujeta a una crítica injusta, exagerada. Los destinos de los países latinoamericanos están moldeados no solamente por las fuerzas externas, sino por todo un contexto de quienes hacen esos países. Si se acusa a los EE.UU. de fomentar los dictadores en la época de los 70 debería también acusár-

sele por las democracias que ahora reinan. Mientras más intercambio hay entre los militares del Ecuador, de otros países latinoamericanos y de los EE.UU o Europa Occidental, eso recae en beneficio de las partes. Además, hay muchos latinos en el propio ejército de los E.E.UU. y están en altos mandos, así que en ese ámbito no se puede hablar de racismo.

No al racismo pero sí al sexismo. Es decir, la mujer en el servicio militar de EE.UU. ha producido harta polémica en los últimos meses. ¿Doble moral?

Las historias fundamentales sobre los militares estadounidenses en los últimos seis meses, efectivamente están en el tema de las mujeres. El número de mujeres en las FFAA. llega a un 20 por ciento. Una serie de escándalos sexuales está afectando la credibilidad de la institución. De hecho, muchos puestos de poder están en juego por problemas de adulterio o de abuso sexual. El código militar define el adulterio como una ofensa solamente cuando éste perturba la buena disciplina y el orden. Eso, a los militares, les preocupa. Me pregunta si se trata de doble moral, pues sí. Es curioso, las relaciones interraciales funcionan bien y las relaciones de género, las cosas se complican, contrariamente a lo que pasa en las universidades, que las relaciones de género van bien y las interraciales son un problema.

Usted habla de cambios en la relación medios de comunicación y Fuerzas Armadas. ¿Acaso hay dependencia entre unos y otros?

Durante la Segunda Guerra Mundial

y las tempranas épocas de la Guerra Fría, los medios de comunicación y los militares en EE.UU. y en Europa Occidental estaban del mismo lado. Al inicio de la guerra de Vietnam y a lo largo de la década de los 70 y 80, los medios se consideraban como una fuerza de oposición. Ahora, en operaciones como Somalia, Haití, Bosnia los medios son mucho más independientes, pero disponen de recursos y tecnología. La CNN está ahí inclusive antes de que lleguen los soldados. Ahora la institución militar se siente preocupada, aprensiva.

Hablando de tecnologías, el Internet es algo que se les fue de las manos a los propios servicios de inteligencia estadounidenses. ¿Cómo lo enfrentan ahora? ¿De aliado a enemigo?

Es un hecho que se fue de las manos. Los militares tratan de trabajar con ciertas precauciones de tal manera que los secretos importantes no puedan ser revelados. En la década de los años 60 mucho de la violencia política provenía de la izquierda y ahora más bien se ve que viene de la derecha.

Muchos de ellos utilizan el Internet como base para compartir información. No hay manera de comprobar la veracidad de esa información. Eso, de hecho, en determinado momento puede resultar peligroso. *

La posmodernidad implica cambios en el estudio y análisis. El principal: la ruptura de cánones y paradigmas y del autor como autoridad.

Lo posmoderno ha destruido conceptos

Hay términos como posmodernidad o globalización que, en la mesa redonda en la que usted participó (Reflexiones de fin de siglo, Casa de la Cultura), han sido atacados o cuestionados. ¿Por qué? ¿Prevalece el miedo o el prejuicio hacia el cambio de discurso?

El problema radica en que hay tantas definiciones de posmodernidad que a veces es difícil saber de qué estamos hablando. Esa imprecisión es compleja. Hay unas definiciones de posmodernidad que tienen aspectos positivos en el sentido de rechazar los conceptos canónicos tradicionales y se abren nuevos espacios para grupos hasta ahora subalternos o marginados. Pero al mismo tiempo hay otra faceta. Mi ponencia más bien se dirigió hacia estas facetas negativas de la posmodernidad.

¿Por qué el lado negativo?



Michel Handelsman es estadounidense. Es catedrático de literatura y ecuatorianista. Ha participado en foros de la PUCE.

Porque es necesario discutirlo. Globalización, neoliberalismo. Esos conceptos vienen de los mismos centros de poder, de las metrópolis de siempre que son las que dominan el orden económico.

La globalización es una amenaza en ese sentido. En vez de abrir nuevos espacios desde donde los grupos marginados pueden encontrar un espacio para desarrollar su discurso, más bien trata de convencernos de que no hay fronteras y de que vivimos en una aldea global que no reconoce la diversidad. Eso es un absurdo. El mundo en el que vivimos es un mundo heterogéneo. Por eso traje a colación mi lectura de Benjamín Carrión: su preocupación por la cultura se hace indispensable en un mundo que está dirigido o dominado por intereses económicos.

Se piensa en globalización como sinónimo de homogeneización de

la sociedad. ¿No es acaso lo contrario, es decir, la posibilidad de que, sin perder la identidad, el ser humano pueda enriquecerse de otras culturas como plantea García Canclini?

Creo que personajes como los que usted menciona plantean la hibridez y la heterogeneidad más bien como el poscolonialismo, no como la posmodernidad. Es indiscutible que se están abriendo otros espacios a otros actores y eso es positivo. Pero en un sentido manejado por las multinacionales es otra cosa. Si hablamos de eliminación de fronteras como hace García Canclini en cuanto a la posibilidad de plantearse una vida intercultural, perfecto. Pero yo veo otras fuerzas económicas que niegan esas posibilidades. Todo eso coexiste y por eso es tan difícil determinar su significado.

Usted plantea que el fenómeno del fin del siglo pasado y de este fin de siglo son similares. ¿Cómo es eso?

A fines del siglo XIX comienza en Latinoamérica todo el capitalismo emergente y las corrientes industriales y se acaba la época en la cual el artista tenía su protector y su mecenas. El artista se convirtió en un trabajador más en un mundo mercantilista que no encontraba en el arte o en artista ningún valor. Es la misma preocupación que encontramos hoy en día. ¿Para qué hacer cultura? ¿Para qué estudiar literatura? sí ahora lo que tenemos que buscar es lo rentable, lo práctico.

Lo que en el fin del siglo pasado fue el imperialismo en este fin de siglo es el neoliberalismo. No digo con eso que sea

estemos viviendo una fotocopia del pasado. Pero hay ciertas coincidencias.

¿Según su teoría el intelectual del siglo pasado y el de este siglo enfrentan problemas similares cien años después?

Así es. Con matices. Pero el intelectual tiene que luchar por la legitimidad en un mundo que no da valor a lo que hacemos. En mi ponencia traté de establecer ese marco. En el siglo XIX nace Benjamín Carrión y el fin del siglo XX es el momento de la lectura de la obra de Carrión. Estaba tratando de jugar con los tiempos en ese sentido y hacer paralelismos entre ese antes y ese después.

¿Ha cambiado en algo el análisis de la literatura latinoamericana a raíz de la posmodernidad?

La gran ventaja de la posmodernidad -si vamos a ver en ella algo positivo- es de alguna manera destruir ciertos conceptos canónicos de lo que es la literatura haciendo posible la creación de nuevos discursos y de nuevas formas de escribir. Por ejemplo, a la luz de la modernidad, no se consideraba las autobiografías, los diarios, los testimonios como una forma literaria. En el momento de cuestionar esa concepción comenzamos a descubrir obras literarias que eran autobiografías o diarios y que, para la época que se escribieron, fueron los únicos canales que tuvieron los escritores del modernismo para expresarse. Creo que no es una coincidencia que, con ese concepto posmoderno, no sea una casualidad el hecho de que haya resurgido, por ejemplo, la literatura afro o la literatura indígena.

¿Ha cambiado la manera del

académico extranjero de percibir a la literatura latinoamericana como exótica?

Los hay de los dos bandos. Es decir, quienes han superado la visión exotista de la literatura latinoamericana y quien ya no la estudia así. A América Latina se la sigue viendo con el referente del boom y todavía no se toma en cuenta a los otros escritores, desconociendo el trabajo y la riqueza, por ejemplo, de la literatura ecuatoriana. No hay todavía una visión muy amplia de la riqueza literaria que tiene América.

El concepto mismo del autor, del creador, ha cambiado. ¿No le parece eso positivo?

En la modernidad existía cierta noción de paradigmas y conceptos a partir de los cuales se escribía. La narrativa, por ejemplo, era de autor. En la modernidad el autor es la autoridad. En la posmodernidad hay la tendencia de reducir o negar la autoridad. En ese momento el lector comienza a ser un copartícipe de la producción. La preocupación de la recepción comienza a través de esa desmitificación del autor.

Aparecen entonces elementos más positivos de lo que se cree... como la intertextualidad de la que habla Derrida.

Si estamos definiendo la posmodernidad en ese sentido entonces hay cosas positivas.

Pero eso no quiere decir que todo vale. Para mí, en particular, esa ambigüedad, esa apertura a todo es positiva en la medida en que le da a uno la posibilidad de participar en la creación. No creo estar contradiciéndome. Simple-

mente creo que estamos hablando de otra faceta de la posmodernidad. Lo otro, el que todo vale, el individualismo, la ausencia de proyecto, eso no lo comparto.

Usted ha dicho que Benjamín Carrión se mantiene vigente pero a la vez usted cuestiona la visión del creador como autoridad. Carrión lo era. ¿En qué quedamos?

Por eso justamente mencioné las discrepancias entre Gallegos Lara y Carrión. Carrión buscaba apoyo a través de las instituciones del sistema. Trabajaba desde dentro y conocía sus reglas.

Gallegos Lara tenía otra estrategia, desde afuera, desde la marginalidad.

Jorge Enrique Adoum ha dicho, por ejemplo, que la responsabilidad principal del escritor es escribir bien. Creo que eso es cierto. Por eso es necesario justamente, reinterpretar a Carrión. No es una cosa que se contradiga sino que necesita de debate y de estudio. *

Hay dos tendencias para analizar a la sociedad: la que se quedó en la Teoría de la Dependencia y la que antepone el 'pos' como moda intelectual.

Lo posmoderno un hecho vital y no una moda



Román de la Campa es catedrático de literatura y filosofía en EE.UU. Dictó un curso en la U. Andina en la maestría en Letras.

¿La palabra en las sociedades poscoloniales ha perdido su real valor?

No creo que la palabra en las sociedades latinoamericanas, poscoloniales o del Tercer Mundo o todos los eufemismos que se usan para hablar de sociedades que tienen una modernidad distinta a la del primer mundo, tenga menos valor que la palabra en otras sociedades. Creo que es un síntoma general que viene de la posmodernidad en vivo, es decir, una cultura que se vive, que tiene menos énfasis en la palabra escrita o impresa, en lo que podríamos llamar la nueva oralidad de los medios de comunicación masivos y aún más de la cultura audiovisual moderna. Si acaso en sociedades como ésta se siente el cambio mucho más fuerte porque antes el valor de la palabra escrita o literaria tenía un valor casi sagrado.

¿Es la tecnología, la globalización, la que le da otro valor simbólico a la palabra?

La sociedad ha aprendido muy fácilmente a manejar la televisión de 80 canales, el zapping, el impacto visual rápido, el Internet. El problema de la relativización del valor de la palabra tiene que ver con la facilidad del acceso a la cultura audiovisual. Esa cultura audiovisual se comunica con la sociedad de un modo más intenso. Ver menos, saltar, apostar a que ya sabe, sentir que está armando una relación múltiple, es más intenso que leer una trama horizontal.

¿La palabra escrita o impresa deja de ser sagrada para que sea sagrada la tecnología?

El advenimiento de la versión vivida de la posmodernidad, el neoliberalismo y la globalización, al igual que los me-

dios de comunicaciones visuales y audiovisuales que se presentan, tiene su impacto, sobre todo en sociedades que han tenido inconclusa su modernidad. No es que se vuelvan sagradas pero, de hecho, se vuelven parte de lo cotidiano, de lo vivido.

Usted habla de poscolonialismo como un eufemismo. ¿Eso hace que la posmodernidad en nuestras sociedades sea diferente a la del Primer Mundo?

El poscolonialismo es definido como la posmodernidad del Tercer Mundo. Pero es más que eso, pretende o busca entender la relación que hay entre posmodernidad y premodernidad. Es decir, una forma de entender la historia reciente de la modernidad, desde la independencia hasta los años 70, como una historia que no solo no produjo la modernidad sino que dejó de lado elementos que tienen que ver con un neocolonialismo. Lo que hace el poscolonialismo es leer la historia moderna con un texto que requiera una mirada interna y que busque dentro de sí aquellos elementos que no le permitieron forjar una sociedad netamente moderna.

¿Una posición inversa a la Teoría de la Dependencia?

Sí. La Teoría de la Dependencia buscaba los motivos de la modernidad trunca en factores externos (el imperalismo como culpable) mientras que el poscolonialismo en factores internos.

¿Ese concepto choca con el término globalización?

No, porque la globalización también busca que los países del Tercer Mundo cesen de buscar razones de sus circuns-

tancias en factores externos y le está pidiendo que abran los mercados, que no amparen a la industria nacional, es decir, que también hagan una mirada interna. No hay una contradicción tan profunda. El poscolonialismo es más bien una teoría de análisis y la globalización es la relación posmoderna vivida. Posmodernidad-globalización-neoliberalismo están claras, es una relación directa.

¿Muchos de los analistas se han quedado en la Teoría de la Dependencia a la hora de definir a la sociedad latinoamericana?

Creo que costó romper. Pero ahora, en el análisis social ya entran otros factores: la presencia indígena, la mujer, las minorías. Entre los intelectuales que están dedicándose a la cultura (García Canclini por ejemplo) están conscientes de estos cambios. No es solamente culpa de la Teoría de la Dependencia sino toda la producción de ciencias sociales que ha sido sacudida por la proliferación de discursos teóricos que provienen de la Filosofía y de la Literatura. Esta relación que yo la llamo 'epistémica' con la cual quiero decir es juego entre la epistemología y la estética. Creo que todos los grandes filósofos y teóricos contemporáneos, Foucault, Derrida, Lyotard, Barthes, etc., de algún modo han lanzado un tipo de discurso que se nutre de la Filosofía y la Literatura, que cuestiona la legitimidad de los discursos.

¿Analizar todo anteponiéndole el término 'post' no es otra forma fácil de ver a la sociedad?

Todos estos términos son necesarios pero también profundamente insufi-

cientes, se prestan a modas académicas o para análisis de la privatización del intelectual posmoderno que forja hipótesis grandiosas porque sabe que también tiene que participar en la codificación del producto simbólico. Los intelectuales contemporáneos vistos como productores de capital simbólico saben que tienen que lanzar productos al mercado. A veces estos productos remiten directamente a la morfología del pos.

¿El discurso latinoamericanista también es un producto de mercado?

Claro. Eso es lo que llamo la comunidad de discursos latinoamericanistas y la necesidad de que Latinoamérica produzca dentro de la sociedad global. Lo latinoamericano ahora remite a una comunidad discursiva transnacional. No podemos pensar que los productores de capital simbólico sobre América Latina en EE.UU. o en Europa, que a veces están muy bien subsidiados, van a parar de producir ese material porque no nos guste.

¿América Latina, conejillo de Indias del intelectual?

Ese es un término peyorativo. habría que distinguir entre conejillos de indias y mercado. Todo empezó con el lanzamiento del cohete espacial Sputnik, en los años 50. EE.UU. como reacción al cohete ruso lanza un programa de subsidio de estudios de área que, en gran modo, definieron las ciencias sociales y las humanidades. Ese espacio de estudio es el que da nacimiento al latinoamericanismo. Dentro de ese paradigma hubo todo tipo de intelectuales desde eruditos hasta espías. Esto forja una

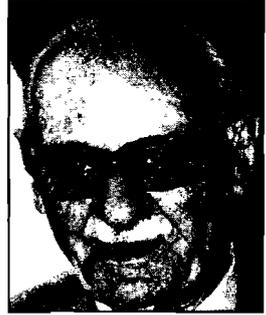
transnacional de discursos. Ahora la apuesta es buscarle legitimidad al estudio latinoamericano. Si América Latina, no solo desde el Estado sino desde sus instituciones, no subsidia la producción de capital simbólico en América Latina, el desfase será mayor. Uno de los desafíos que habría que proponerle a la lógica neoliberal latinoamericana es la responsabilidad por capital simbólico. Deberían estar tan preocupados por eso como por la propiedad intelectual.

Usted afirma que el nuevo intelectual cambió. ¿El nuevo científico social hacia dónde debe ir?

Hacia la necesidad de las ciencias sociales de entender su participación como productores de discursos no solo como conocimiento objetivo. Existe un vacío pero no creo que haya una alternativa mejor que partir de ese vacío. No habría que estar tan dispuestos a pensar que todas las formas de análisis han perdido su valor. El trabajo intelectual serio sigue manteniendo su valor pero no cabe duda de que hay nuevas apuestas que sí han cambiado o cuestionado con cierta profundidad los métodos. Ha surgido la necesidad de entender la cultura en una forma más interdisciplinaria, más amplia porque el estatuto de las disciplinas se ha quebrado. Eso no debe ser materia de lamento, sino que surge la posmodernidad. *

La globalización tiene amigos y enemigos. Obligó a la izquierda a replantear viejos esquemas del totalitarismo o a pensar en otra revolución.

La izquierda busca salidas de emergencia



Arturo Andrés Roig es filósofo argentino. Vivió 10 años en el Ecuador y ha sido catedrático de la PUCE y de la U. Andina.

¿Se puede considerar al posmodernismo como parte de una revolución ideológica en América Latina?

No sé si será posible hablar de una revolución ideológica en América Latina, pero sí me parece que se perfila la construcción de una ideología que tiene más que ver con las relaciones económicas, nacionales e internacionales, que se denomina o se caracteriza como neoliberalismo.

¿Qué supone el neoliberalismo como forma de pensamiento?

Supone una etapa muy precisa que abarca todo el continente y que nos ha igualado a todos los países latinoamericanos. He llegado a la conclusión de que jamás se han portado más parecidos los pueblos latinoamericanos, debido a la apertura mercantil, al intercambio comercial tan fuerte y a la interrela-

ción existente. Eso tiene su lado positivo pero también su lado negativo porque el eje fundamental de todas esas interrelaciones y de esa unidad continental está en una ansia desmedida de formas de acumulación de capital. El ideal fundamental está en manos de algunos dirigentes económicos y de los grandes magnates del poder económico aliados, en más de un caso, con sectores políticos. Si nos remitimos a las dignidades del bolivarianismo por ejemplo, que es un ideal que siempre se menciona, diría que esta integración que estamos viviendo ahora tiene muy poco que ver con la integración que proponía Simón Bolívar.

¿Está hablando de que la globalización es un monstruo al que hay que temer?

La globalización está acompañada de la conclusión de los más poderosos ejér-

bitos de la historia humana, la globalización tiene su rostro: el rostro de la globalización es el rostro de los países capitalistas, es el rostro de Alemania, es el rostro de Francia, es el rostro de EE. UU. Las transnacionales lo que hacen es diluir la estructura nacional de los países pobres. Ese rostro se refleja en el desarrollo más gigantesco del poder militar en la historia humana que está en las transnacionales, sino qué sentido tendría que EE.UU. se armara como se ha llegado a armar. Frente a eso estaría una izquierda que podría ejercer una violencia revolucionaria. Pero la impresión que hay - y es generalizada- es que las alternativas a ese poder económico y político son muy escasas. El socialismo cubano no ofrece un modelo muy estable, ni muy fuerte, ni muy sólido, que pudiera ser aprovechado en algunas de sus formas estructurales por los otros países.

Sin embargo, la izquierda ve a Cuba como un modelo a seguir.

Es un modelo muy aislado del complejo mundial de interrelaciones, lo cual no quiere decir que en algún momento determinado ese modelo alcance el nivel de desarrollo interesante y pueda convertirse en una alternativa.

La globalización ha obligado a la izquierda a replantearse. Pero da la sensación de que la izquierda tradicional se quedó anclada en viejas utopías.

Lógicamente las izquierdas tenían un proyecto de tipo socialista con diversas fabricaciones del socialismo, desde el marxismo al leninismo tradicional propuesto por la Unión Soviética y otras,

más latinoamericanas, como el gran proyecto socialista de Mariátegui, el Che o Allende. Lo que entra en crisis es la posibilidad de sostener económicamente un socialismo o una estructura social socialista que pueda realmente enfrentar al poder mundial económico. Dentro de esos juegos de poder lo económico ejerce y tiene un papel absolutamente fundamental. ¿Qué posibilidades tienen las izquierdas de mostrar o proponer una alternativa? Creo que, por ahora, las alternativas no son dibujables. La izquierda tradicional ha pasado a la historia, pero está surgiendo una nueva izquierda.

¿Cómo es esa nueva izquierda? ¿Qué rostro tiene?

Esa nueva izquierda se dedica fundamentalmente a elaborar un nuevo discurso desmontando categorías que considera como absolutas, definitivas, como puede ser la de globalización. No es cierto que la globalización sea algo que le ocurra a todo el mundo, ni que esté montada sobre relaciones simétricas. Los países del llamado Tercer Mundo siguen existiendo, la realidad tercermundista está vigente.

¿Qué propone esa nueva izquierda entonces, como alternativa, como nueva utopía?

Las utopías no se construyen actualmente en el sentido de dibujar una forma de Estado, las utopías ahora están orientadas hacia el posible señalamiento de las formas de emergencia social. La gran categoría frente a la de globalización caracteriza a otros sectores humanos, esos que viven en relación asimétrica es precisamente la categoría de

emergencia. Dentro de lo que es la filosofía latinoamericana es uno de los temas centrales el estudio de las formas de emergencia que aparecen como diversas, toman fuerza y luego se integran en movimientos políticos y adquieren poder político.

**¿La izquierda de la diversidad?
¿Con qué ejes?**

Esa diversidad de emergencias quiere alcanzar formas de unidad para hacer una cierta justicia. Eso tiene como trasfondo que algunos de los ideales del Estado benefactor (aunque el Estado benefactor pasó hace mucho tiempo como tal) se mantienen vigentes, como propuestas incorporadas dentro de las formas de emergencia social.

No es alternativa de la izquierda el modificar a los gobiernos en el sentido de asegurar formas de honestidad, por ejemplo, porque eso es común para derechas o izquierdas o para la ciudadanía en general. La alternativa de la izquierda está siempre en relación con el problema de estructuras sociales.

¿Eso significa que ya no hay la palabra revolución como un anhelo de la izquierda?

Hablar de que la izquierda quiere o no una revolución es una cosa muy vaga porque no hay una izquierda como tampoco hay una derecha, hay derechas, ultra derecha y las izquierdas no son tampoco bloques homogéneos. Siempre se podrá hablar de la izquierda como una categoría muy general pero no creo que nos lleve a comprender el problema del crecimiento o de la izquierda actual.

¿Según usted la izquierda enton-

ces estaría creciendo?

Sí, como movimientos de izquierda, como movimientos de centro izquierda. Que alguna de esas izquierdas piense en la revolución como movimiento armado o como movimiento de fuerza, es otra cosa.

¿La alternativa es saber entrar en el esquema o estar contra él?

Dentro de lo que es la estructura general, es difícil de modificar. Eso supone respuestas dentro de lo que es el mismo esquema. Supone respuestas inteligentes porque sucede que el poder mundial, y sobre todo ese fenómeno de la globalización bajo el cual se encubre el poder mundial, tiene fisuras. Es necesario que con valentía, con honestidad y con inteligencia los sectores que llegan al poder de nuestros países sepan aprovechar dialécticamente ese juego interno permanente de contradicciones que supone el mercado mundial. *

Los atropellos a los derechos humanos no son un problema solo del sistema dominante. Una sociedad más humana necesita rebelarse.

Urge una revolución del pensamiento

En las legislaciones de todos los países hay preceptos muy claros sobre los derechos humanos y casi en ningún país se cumplen. ¿Problema de la conciencia humana?, ¿de ética?

Hay ocasiones en la historia en que la conciencia e incluso la jurisprudencia avanzan más rápido que el conjunto de la realidad. De hecho estas se constituyen en un 'deber ser' en la medida en que consagran ciertos principios éticos, aun cuando ellos no resulten viables desde el conjunto de la realidad. Pero permiten guiar y arrastrar a la sociedad a este deber ser. Sin embargo es indiscutible que la sociedad humana, en la manera que está hoy diseñada, no favorece ni facilita la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Aparentemente la conciencia humana es muy fuerte. El que se hayan legitimado ciertos valores



Juan Antonio Blanco ha trabajado en la ONU y en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. Es catedrático universitario.

universales, en ese sentido, es importante, porque obliga a sentirse pecadores y a ir a redimirse en alguna parte.

¿La estructura social es la que no permite la aplicación de los derechos humanos?

El sistema mundial que rige hoy, el neoliberalismo, que es la doctrina que ha venido guiando la reestructuración del sistema económico mundial, no tiene alternativas. El neoliberalismo viene acompañado de una serie de corrientes conservadoras y reaccionarias en el terreno de la filosofía, de la ética. El signo distintivo de esas corrientes es tratar de presentar el sistema como único posible, sin alternativas. Uno no puede juzgar éticamente lo que no tiene alternativas.

En regímenes que se llamaron 'alternativos' también se violaron

los derechos humanos... ¿Entonces hacia dónde vamos?

Creo que la modernidad fue el conjunto de valores que nacieron identificados con la Revolución Industrial. Esa civilización industrial tuvo dos expresiones culturales: el socialismo de Estado y el capitalismo. Esas dos instituciones con fundamentos ideológicos diferentes, compartían preceptos propios de la civilización industrial. En el sistema capitalista se otorga una serie de derechos políticos y civiles simétricos desde realidades sociales y económicas asimétricas. En el socialismo, el discurso suponía suprimir esta desigualdad, sin embargo, como compartía con el capitalismo los mismos principios propios de la civilización industrial, y como además de eso, no vino al mundo que Carlos Marx suponía, sino todo lo contrario, sucedió que, en la delegación del bienestar ciudadano al Estado y de sus representantes burocráticos, se generó una suerte de Estado totalitario que regió todas las esferas de la sociedad civil. Un sistema social que se permite excluir del proceso de decisiones y de diseño social a la inmensa mayoría de sus ciudadanos, sea porque una elite financiera o porque una burocracia totalitaria, excluyen a la mayoría, es una sociedad disfuncional.

¿El viejo socialismo se equivocó en su planteamiento del sentido de justicia e igualdad?

En ocasiones los movimientos sociales identificaron la justicia social con el igualitarismo y el igualitarismo como el tratamiento indiferenciado de los ciudadanos y la imposibilidad del ciudadano

de diferenciarse con respecto a los demás. Caso extremo: la China de Mao. En el diseño de la economía de estos países se impedía que quienes trabajaban más pudiesen ser recompensados por su esfuerzo. El resultado fue una sociedad mediocre en que los más talentosos fueron refrenados para ponerse al nivel del más lento. El problema de la igualdad es el problema que define a la izquierda, pero no entendida como igualitarismo sino como el conjunto de oportunidades a partir de las cuales pueden entrar en un proceso de desarrollo y diferenciación individual.

¿Ni en el socialismo ni en el capitalismo se preocuparon por la libertad individual?

La igualdad no puede ser sino la creación de las condiciones para la libertad. Ninguna sociedad es capaz de hacer feliz a sus ciudadanos, la felicidad es un asunto individual, pero hay sociedades que tienen la capacidad de hacer infelices a todos sus ciudadanos. El papel de los estados es el ser facilitador de avenidas, de vías de la libertad, pero de ahí en adelante, las metas de vida son individuales.

Esas 'avenidas de la libertad' estarían bloqueadas, por ahora, en casi todos los países del mundo...

Esa es la tragedia del sistema económico actual y por eso creo que es urgente una reflexión crítica sobre el tema. El mundo está dejando atrás los sistemas políticos de partido único pero estamos entrando en un sistema de pensamiento único que es más grave. Hemos dejado los totalitarismos burocráticos para entrar en los totalitarismos de mercado.

Ambos sistemas hablaron de igualdad y fallaron. ¿Cuál es la alternativa?

Ahí viene un concepto que se llama democracia participativa. Una democracia participativa no es una democracia que se moviliza a implementar lo que el Estado decidió sino una ciudadanía que participa en la discusión y diseño de políticas y luego en su implementación y valoración.

Necesitamos una sociedad en la que el contrato no sea tu pierdes yo gano, sino tú ganas y yo también gano. Para eso hay que rediseñar la relación entre el Estado, el mercado y la sociedad civil.

Ese rediseño es necesario, ¿pero cómo lograrlo?

La revolución más urgente a fines de siglo es la revolución del pensamiento. Cuando uno ve tanta injusticia en el mundo, tanta violencia, tanta hambre, desamparo, exclusión social, la idea de resolver de modo radical y rápido esos problemas a través de una revolución armada es hasta lógica y legítima, pero creo que ninguna revolución política que no haya pasado primero por una revolución total del pensamiento, podrá encontrar soluciones y respuestas verdaderas y durables a fines de este milenio. O rompemos con los presupuestos de la modernidad, de la civilización industrial y buscamos el rediseño humanista de la sociedad o cualquier triunfo de una revolución política es probable que resuelva unos problemas para crear otros problemas.

¿Ese rediseño estaría en manos del poder o de la llamada sociedad civil?

Uno de los problemas a fines de siglo es la contaminación de la semántica. Hay tantos discursos de sociedad civil como proyectos políticos existen de acuerdo a las aspiraciones de poder. Yo no conozco a ningún dictador que no hable de democracia. Y no es que haya mucha democracia sino que el concepto es muy popular... Lo mismo pasa con la sociedad civil. En este fenómeno, por haberse convertido en popular, hay un interés en apropiarse de ella por parte de los poderes existentes.

¿De dónde parte esa revolución del pensamiento con altos índices de analfabetismo, con intelectuales repetidores de viejos discursos?

Efectivamente ese uno de los temas de la agenda. El compromiso del intelectual parece ser acomodarse a ser una mercancía más y adecuar el discurso a lo que el mercado determina. Audaces, disidentes, herejes, ese es el papel del intelectual. Una de las cosas lamentables del socialismo de Estado del siglo XX fue la pretendida perpetuación del concepto de vanguardia que nace con Lenin pero que fue tergiversado. Y el concepto responde a esa inquietud que ustedes plantean: la del analfabetismo. Hay una vanguardia que debería organizar a la masa (obreros) y conducirla a la victoria, pero el segundo deber de la vanguardia era autoanularse, es decir, elevar esa masa a nivel de la vanguardia. Es decir, crear las condiciones materiales de una auténtica democracia participativa. Eso no sucedió con Stalin, que lo que hizo fue perpetuar esa vanguardia. *

(22 de febrero de 1998)

No es quien *tiene más respuestas. Es quien más cuestiona. Ni la demagogia ni el populismo dejarán de existir mientras haya líderes inmóviles.*

El buen líder no es ni sabio ni autoritario

A la hora de hablar de nuevos liderazgos, ¿cómo descartar al populismo y a sus formas?

Creo que hay que tomar ciertos valores del populismo pero tenemos que adaptarlos a los tiempos modernos. No todo es malo dentro del populismo. Lo que encontramos, después de muchas décadas de populismo, es que para realmente ayudar a la gente más pobre hay que darle las herramientas para generar mejores condiciones de vida. Hay que ayudar a la gente a desarrollar sus propias capacidades, darles sus propias responsabilidades para entrar en la prosperidad. El populismo representa el valor de estar cerca de la gente común y conocer sus problemas y eso es importante. Pero, por otro lado, el programa del populismo apunta a la dependencia, una dependencia que ha captado los votos de la gente pobre. Hay que identi-



Ronald Hefetz es director de Liderazgo de la Escuela de Gobierno Kennedy. Es autor de 'Liderazgo sin respuestas fáciles'.

ficar qué parte de un programa político tiene su valor y cuál no. Uno de los valores de la agenda populista es que está dirigida a los pobres y lo que tiene que desecharse es el cómo se implementa en un estado de dependencia y, casi siempre, para perpetuar al líder en el poder.

¿Eso quiere decir que el líder debe tener una nueva manera de ver a la pobreza?

Así es. Necesitamos un nuevo acercamiento a la pobreza en el sentido de una nueva agenda que respete las capacidades de la gente, honre su capacidad de construir una vida mejor en su propia comunidad, antes que perpetuar una agenda dependiente en la que los pobres trabajan para los ricos para que los patrocinen.

Pero la mayoría de líderes se mueve bajo principios demagógi-

cos. ¿Qué hacer entonces?

Creo que la gente está empezando a aprender que las personas con promesas grandes no logran cumplirlas. El liderazgo no es decirle a la gente lo que quiere escuchar sino lo que necesita escuchar. La demagogia ha corroído los deseos de la gente porque no se cumplen las promesas y la gente se vuelve cínica, desordenada y tiene menos fe en la política. Creo que algo especial en esta campaña electoral en el Ecuador es que hay un candidato que tiene el coraje de movilizar a la gente para los cambios del próximo milenio antes que prometer viejas fórmulas de solución que vemos que no funcionan. La demagogia siempre va a existir. Siempre va a haber quien prometa y va a haber quien tenga respuestas rápidas y soluciones simples. Pero es trabajo de los ciudadanos distinguir esa demagogia de los líderes que quieren decir la verdad para salir, para preguntar lo fundamental antes encontrar las respuestas. De Mahuad se ha dicho que tiene un discurso muy plano, lineal. Mientras que el PRE mantiene el prototipo del líder explosivo. Dos formas diferentes de liderazgo.

Moisés no hablaba bien. Cuando Dios le dice que tiene que ser él quien libere a los judíos de la esclavitud de Egipto, Moisés dijo ¿por qué yo, Señor, si no hablo bien, yo tartamudeo? Dios le contestó 'sí, pero tienes el carácter correcto'. Uno de los mejores líderes de negocios de mi país, Jack Welch, de la compañía General Electric también tartamudea. No hay que juzgar a un libro por su cubierta. Las cualidades de un líder no solo están en el discurso.

¿Cuál es el perfil de un líder para el nuevo milenio?

Debe tener la capacidad intelectual para analizar los problemas -y los problemas son ahora mucho más complejos-, necesita una grandeza de espíritu y capacidad de no enamorarse de sí mismo el momento en que tiene el poder; tiene que saber que es como cualquiera de los hombres, ni mejor ni peor.

¿La capacidad de consensos tiene que pesar sobre la capacidad de decisión?

Es importante la capacidad de dirigir consensos y administrar conflictos. Para eso el líder necesita escuchar atentamente, mantener una posición analítica para ver claramente y necesita tener estómago para ello. Pero un líder también tiene que aprender ya en la práctica misma. Por supuesto que tiene que tener capacidad de decisión. Muchos líderes no pueden distinguir entre lo que saben y entre lo que no saben y empiezan a creer que lo saben todo. En ese momento se da una situación crítica, como si el ciego guiara al ciego, de la que puede esperarse el desastre. Un líder debe tener la honestidad intelectual y el coraje para preguntar, para aprender de las experiencias de los demás. Ningún líder lo hace siempre bien todo el tiempo, ni siquiera Moisés. En cualquier país, cualquier política y cualquier programa es un experimento y no se saben los resultados de los programas hasta implementarlos y, muchas veces, los resultados son inesperados. Un requisito fundamental para el líder de fin de milenio es la capacidad de aprender en acción.

¿Esas equivocaciones no implican un riesgo grande?

Uno de los grandes líderes de este siglo en mi país fue Roosevelt. Él tuvo que restaurar la economía de Estados Unidos. Una de las grandes diferencias entre Hitler y Roosevelt es que Hitler creía que sabía exactamente lo que estaba haciendo, no estaba interesado en aprender de sus errores. Roosevelt, en cambio tuvo que tomar acciones en muchas direcciones al mismo tiempo con un espíritu de experimentación. Cada política de Roosevelt fue vista como una experiencia para aprender. Con unas se continuó y con otras no.

Pero es que nadie tenía las respuestas. No hay ningún individuo que tenga todas las respuestas.

¿Qué pasa cuando el líder se derrumba, cuando su imagen pierde popularidad?

La popularidad de un líder, de una autoridad cae mes a mes. El líder tiene que tener estómago para eso. Las expectativas de un país es que sus problemas siempre se resuelvan. La gente siempre espera más de lo que uno puede dar. En el largo plazo uno empieza a ser inmune a eso. Un buen líder entiende la diferencia entre asuntos técnicos y proyectos de equipo y empieza a movilizar, a resolver los problemas con la gente. Ahí la gente también empieza a cambiar sus valores. Y el líder, así se derrumbe primero, será reconocido después.

¿Cree en el líder tecnócrata?

Hay líderes que resuelven todo con soluciones técnicas: la contracepción, por ejemplo. Pero eso no resuelve el problema. El cambio es cultural, es un proce-

so. Un líder de fin de siglo tiene que resolverlo desde las raíces mismas del problema. Como decía antes, un líder no es el que da respuestas rápidas sino el que se hace preguntas difíciles. Los cambios demandan también una responsabilidad ciudadana. Un líder no es solamente la autoridad sino quien impulse la participación ciudadana, quien mueva a la comunidad a hacer más escuelas, más trabajo.

¿Qué puede decir de un líder autoritario, como en el caso de Fidel Castro en Cuba?

No soy experto en Cuba pero, desde la distancia, creo que Cuba está mejor ahora que antes de la Revolución en campos como la salud, la educación, la seguridad. En la otra mano están las tácticas represivas. Así y todo, el cubano quiere quedarse aunque sabe que puede irse... esa es una contradicción que tiene que ver con la dependencia. Gorbachov abrió al país y destruyó su propio imperio. Ahora Rusia está en bancarrota y no hay empleo y la gente no estuvo preparada para ello. Muchos cambiaron seguridad por libertad. Y luego no pudieron soportarlo. Los demagogos pueden sobrevivir poco tiempo pero aquellos líderes que generan dependencia pueden sobrevivir más largo. Nada más que, el momento en que el líder se va, como en el caso de Marcos en Filipinas, la gente se da cuenta de que sigue siendo pobre. *

¿Cómo explicar a América Latina?

La interculturalidad es una propuesta. Implica el reconocimiento del latino por su capacidad de sobrevivir.

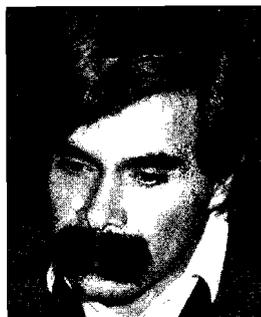
Ni indios ni mestizos... más bien cholos

El tema de la identidad en América Latina se ha vuelto trillado. ¿No cree que es suficiente con ser lo que se es?

Creo que hay una vieja costumbre de los pueblos que es repetirse preguntas para las que no hay respuestas. Una de estas preguntas es la de la identidad: ¿cómo hemos llegado a ser lo que somos y cómo, siendo lo que somos, vamos a poder construir un futuro?

¿Cómo entender esa identidad mestiza?

Por tres caminos distintos. Uno ha sido el modo nacional. Otro, el de la diversidad y un tercero, el de la interculturalidad. Lo nacional está construido bajo esa identidad sedentaria, homogénea. La identidad que carece de diversidad. Está hecha sobre la base de la igualdad y anula el conflicto entre lo indígena y lo occidental, lo indígena o lo



Guillermo Mariaca es profesor de Teorías culturales en la Universidad de Bolivia. Fue parlamentario en su país.

moderno. Ese proceso de homogeneización fue siempre cuestionado.

¿De ese cuestionamiento aparece una nueva manera de enfrentar la identidad?

La identidad multicultural. La respuesta plantea que hay muchos proyectos civilizatorios que conviven en nuestros territorios nacionales y donde ninguno es capaz de imponerse definitivamente. Estas identidades multiculturales -ya no uniculturales- hicieron de la diversidad su caballo de Troya a través de propuestas legislativas, de políticas económicas donde predominaba la informalidad. Mientras esa identidad nacional reivindicaba la igualdad de derechos, esta otra, la multicultural, reivindica la igualdad de oportunidades.

¿Cree que la diversidad debilita la concepción de lo nacional o la

fortalece?

Son procesos que desde distintas perspectivas están peleando por igualdades, distintas igualdades -de derechos y oportunidades- pero igualdades al fin. Esta segunda propuesta debilitó la construcción nacional como una construcción de homogeneidad, pero, al debilitar la homogeneidad fortaleció a la nación porque le introdujo la diversidad como un mecanismo de reciclaje.

Pero estos dos proyectos también eran proyectos altamente viciosos. Viciosos en el sentido de repetir de solazarse en lo peor que uno tiene. Lo peor del proyecto nacional era que nos convertía en imitadores de la ilustración europea, de la constitución de EE.UU. Nos condenaba a 'maiamizarnos'.

¿El proyecto de la multiculturalidad también tiene vicios?

El lado oscuro de la multiculturalidad no es otro sino el consumismo. En el proyecto de modernización nacional se trataba de que todos compremos un zapato. En el proyecto de la identidad multicultural se trataba de que todos compremos zapatos distintos. En ambos casos no teníamos la oportunidad siquiera de pensar que los pies no necesitan zapatos. Ambos proyectos nos condenaban a repetir, a reproducirnos, igualito de la misma manera. La identidad nacional corresponde al proyecto de la modernidad. La identidad multicultural, a la posmodernidad. Estos dos proyectos, el de la modernidad y el de la posmodernidad, el de la identidad monocultural y la identidad multicultural, nos han constituido en lo que somos.

¿Cree que hay una tercera posi-**bilidad?**

Sí. El tercer camino por el que ha recorrido América Latina de modo más bien subterráneo, es lo que llamaría identidad intercultural.

¿Dónde estaría visible ese proceso?

Este proceso de multiculturalidad ha tenido que recurrir a ciertas máscaras, ciertos trucos para sobrevivir en un medio completamente adverso. La interculturalidad se la puede ver en la economía en las tretas del pobre, en ciertos sectores de la economía informal, en poner identidades de varios partidos sin comprometerse con ninguno, porque todos son ajenos. Está en el mundo de la cultura, en el mundo simbólico, a través de nuestras obras maestras. Uno de los ejemplos es el carnaval brasileño que nos permitió imaginarnos igualmente felices, durmiendo en un hotel de cinco estrellas o en una choza. Lo propio de lo intercultural es que se puede vivir en ambos mundos, en un mundo no moderno, pre moderno, posmoderno. Otro ejemplo es el tango. En el tango como en el bossa-nova, o en ritmo de la salsa caribeña, puede verse cómo somos capaces de convivir, de traducir lo global a lo local, sin reducirnos a lo global como sucede con los procesos modernizantes o en el otro extremo de nunca reducirnos a una serie de localidades de localismos, de folclorismos, como sucede con las del resto de identidades multiculturales.

Pero el ejemplo del tango sería comparable al del blues. Y el blues no es latinoamericano...

El blues, y en general el jazz son una

prueba de la interculturalidad no existe solo en América Latina sino en cualquier territorio donde se ha dado un proceso de colonización muy marcado y donde los colonizados, habiendo perdido sus raíces, las pueden resucitar con nuevos proyectos. Es decir, es un problema de las sociedades poscoloniales.

¿La interculturalidad se contradice con la posmodernidad?

La posmodernidad comenzó como un cuestionamiento a esas identidades monoculturales y celebró la diversidad pero si esa es su virtud ese también es su límite. La posmodernidad democratiza la mirada pero solo la mirada no nos hace a nosotros productores de los objetos que tenemos, en cambio la vía de la interculturalidad siempre subterránea, siempre pobre, siempre despreciable, siempre marginada, es una propuesta productiva.

¿Dentro de esa propuesta subterránea estaría reconocerse como otra cosa que no sea mestizo, es decir, el cholo, el longo, por así decirlo?

El mestizo es aquel que está dejando de ser indio para ser blanco, en cambio el cholo en la región andina o los hijos de la malinche en México siempre han sido despreciados. No hemos sido capaces de reconocer, que el trauma de la colonización es un trauma de enajenamiento, de perder la capacidad de autodeterminación, de mirar desde nosotros mismos lo que hacemos y cómo lo hacemos. Por eso la cultura chola, la cultura de los hijos de la malinche, de los gauchos, de la macumba, del vudú, hoy constituyen aquello que nos permite de-

cir 'somos latinoamericanos'. Si unos porteños van a Europa no se los distingue, pero, a pesar de que puedan ser igualitos que un banquero inglés culturalmente van a tener ese otro rincón cholo o malinche, o tanguero que los convierte en radicalmente diferentes. Es esa diferencia la que la ni la modernidad ni la posmodernidad han logrado cortar, han logrado anular, han logrado cancelar, esa diferencia es entonces la que constituye las creencias

¿Dentro de esa interculturalidad vendría aquel trabajo de Carlos Monsivais de recuperar a ese héroe típicamente latino?

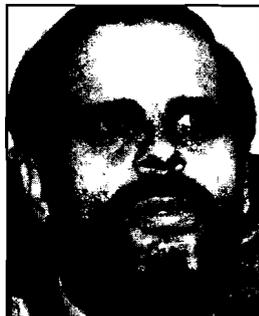
Con una observación: estas prácticas y políticas culturales de la interculturalidad no producen héroes al modo de la modernidad ni siquiera al modo de la posmodernidad

¿Antihéroes?

No, porque si la modernidad tiene héroes, la posmodernidad se caracteriza por tener antihéroes. La interculturalidad no tiene la figura del profeta. Lo peculiar de la interculturalidad es el anónimo, por eso la interculturalidad no tiene intelectuales. Los intelectuales son los héroes de la modernidad y los profetas de la posmodernidad. *

La lógica de la cooperación *es parte del nuevo pensamiento político. Hay tres puntos clave para que funcione: democracia, mercado y equidad.*

El consenso no significa unanimidad



Gutenberg Martínez es político y militante de la Democracia Cristiana en Chile. Forma parte de la Comisión de Constitución.

¿Qué tan efectivas han sido las alianzas en el proceso democrático en Chile?

Preferimos llamarla concertación antes que alianza o coalición. Nunca ha habido una alianza política tan estable en Chile como la que hay ahora. Hemos enfrentado la elección de dos gobiernos en una tarea programática común. Nunca ha existido un acuerdo programático tan fuerte como en estos dos gobiernos.

¿Esa concertación tiene su origen en la dictadura, en lo que Chile vivió durante 17 años?

El origen de esto tiene efectos nacionales pero también orígenes mundiales. En efecto, 17 años de dictadura ayudan, favorecen, marcan. Hicimos el análisis de la responsabilidad de los políticos en lo que se produjo en Chile para el golpe de Estado, y todos coincidimos en en-

tender que la falta de gobiernos mayoritarios era uno de los elementos que generó inestabilidad política que permitió la dictadura.

Otro factor que ayudó a la concertación es que los partidos políticos en Chile siempre hayan tenido una raigambre ideológica muy fuerte -la derecha ha sido capitalista y no populista, la izquierda marxista y no populista. Todo este proceso de reflexión y renovación al pensamiento político mundial, paralelo a las caídas del Muro de Berlín y de la globalización produjeron efectos inmediatos en los partidos. Todos estos factores explican el porqué de esta concertación. La famosa frase de 'unidad en la diversidad' es cierta. Somos distintos, también peleamos entre nosotros, no es una isla de la fantasía pero la conciencia de esos fenómenos ha posibilitado hablar de concertación.

La concertación en Chile se ve reflejada a nivel del Gobierno. ¿Cómo funciona esa concertación dentro del Parlamento, del Senado? ¿También funcionan los consensos?

El Gobierno, en efecto, es el conductor de la concertación. No se ve en conflicto, con matices sí, pero superables. En el Congreso hay más perfilamiento entre cada uno de los partidos, pero en las mesas y las comisiones nos presentamos como concertación. Los martes en la Cámara de Diputados en Chile almuerzan las bancadas por partidos y cenan como concertación. De repente hay discusiones fuertes, proyectos de gobierno que alguien no vota. Pero en términos efectivos funciona muy bien en el Gobierno, bien en la Cámara de Diputados. La concertación es menor en la base, en la realidad de la comuna, del sindicato, en aquellas universidades donde las listas son políticas no siempre hay concertación. Los matices están presentes, eso no hay cómo negarlo.

Concertar es también ceder. ¿Los partidos, en algún momento, no han cedido principios?

Ninguno de nuestros partidos ha perdido su propio perfil. No es que la concertación sea un sueño revertido, pero parte de las discusiones de contenido son transversales. En este momento estamos discutiendo la segunda fase de la concertación. ¿Estamos claros en el tipo de sociedad que estamos construyendo? Al principio era la reconciliación, ahora hay otros problemas. Pero insisto, no es una isla de la fantasía. Hay discusiones fuertes y problemas.

La alianza es efectiva en la medida en que hay una agenda programática. ¿Cómo funciona esa agenda a nivel de dirigencias?

Por supuesto que se requiere de una agenda programática. Hace unas semanas salió un documento sobre el futuro de la concertación firmada por gente de todos los partidos. Luego se redactó un segundo y un tercero, distintos y complementarios, con las mismas firmas.

¿Una virtud del modelo chileno?

No creo que esa sea una virtud nuestra. Hoy, en el mundo político más desarrollado, todos aceptan que la democracia y el mercado son dos ejes. Nosotros agregamos un tercero, la equidad. Esos son nuestros objetivos.

Los acuerdos, los consensos, siempre responden a intereses particulares...

Sí, pero creo que el nuestro no es un consenso mentiroso. Es con base en cosas reales: inflación, déficit, pobreza.

¿Qué tan necesario es que los movimientos sociales participen en la concertación y no solo los partidos políticos?

En la historia chilena de los últimos cincuenta años los partidos son referentes muy fuertes. Casi no hay movimiento social que no esté en uno u otro partido. Después de la dictadura, no quedaron términos intermedios. Mucha de nuestra dirigencia encabeza los movimientos sociales. Eso hace el caso de Chile, distinto. Eso no quiere decir que no hay un distanciamiento de la gente respecto a la política a pesar de los éxitos que se han logrado en el país. La teoría del reflujo de la que hablaba Bob-

bio se da también entre nosotros. Por tanto no es todo lo abierto que quisiéramos. No hay un diálogo entre lo que sería sociedad civil y dirigencias políticas.

No es que estemos fuera de los problemas de crisis partidista y de fragmentación y distanciamiento. Esa problemática también es nuestra.

Eso quiere decir que también están sujetos al disenso del resto de la sociedad, de esa sociedad distanciada de la política. ¿Cómo superar esos problemas de gobernabilidad?

Hemos tenido huelgas fuertes que nos complican, los dirigentes nuestros encabezan las huelgas, estamos ligados a los movimientos sociales y no empresariales. Hubo que cerrar las minas del carbón. En el tema universitario hay conflictos, en el tema agrario, también. Es decir, no hemos dejado de tener conflictos. Pero ahí es donde viene el tema de Estado y la capacidad de liderazgo y de negociación. El consenso no significa unanimidad. Siempre va a haber un interés contrapuesto. El consenso no debe interpretarse como el acuerdo en todo, como que la sociedad tiene que estar exenta de conflictos. Eso distancia más a la política de la gente. Si no hubiera disenso volveríamos a un régimen totalitario.

La concertación en Chile se dio, como usted lo explica, como elemento unificador frente a la dictadura. Acá, los consensos o adhesiones a un candidato, por ejemplo, se dan en rechazo a la otra candidatura. ¿Ve optimista ese tipo de consensos?

Cualquier factor que genere acuerdo permite el siguiente acuerdo. Es más fácil llegar a acuerdos programáticos. Yo creo que una de las cosas que también juega es el sentido de oportunidad. Las dirigencias deben tener ese sentido de la oportunidad para llegar a un desarrollo relativo. Acá, de lo que yo pude ver, están en ese camino. De ahí esas reuniones de líderes de opinión. Es evidente que los países que afrontan los desastres son los que buscan concertar en temas de Estado, del eje democracia mercado, de la necesidad de gobiernos mayoritarios y de la obligación que tienen los políticos. Si no se asumen esos ejes, el país es el que pierde. Hay que sumar en vez de dividir para crecer como país.

¿La concertación responde a un nuevo pensamiento político?

En términos de pensamiento político se habla de la lógica de la cooperación sin generar conflicto. Eso, de hecho, es parte de la renovación del pensamiento político en el mundo. Nosotros asumimos el Gobierno en Chile, nuestro gran problema era la revolución de aspiraciones de todo el mundo. ¿Cómo? La única forma es con políticas de Estado. Y para llevarlas a cabo y plantearse esas políticas, no hay sino consensos. Diagnósticos de los problemas políticos, sociales, económicos y después medidas para combatir esos problemas. De lo contrario no hay país que quiera salir del subdesarrollo que lo logre. Para eso se necesita entrar en esa lógica de la cooperación. *

(27 de junio de 1998)

El fracaso latinoamericano fue también responsabilidad de las elites dominantes. América Latina ha sido marcada por el autoritarismo.

La izquierda puso la agenda de la derecha



Álvaro Vargas Llosa es peruano. Es coautor del 'Manual del perfecto idiota latinoamericano' y de 'Fabricantes de miseria'.

El papel del intelectual ha sido unas veces el de botafuego, moralista, profético... Al hacer el libro del perfecto idiota que crucifica a la izquierda, ¿cumplieron el papel de intelectuales?

Antes que nada, jugamos el papel de panfletarios, esa tradición del siglo XVIII y XIX, que era la de cargar mucho las tintas, tener ideas que comunicar pero a través de un método y un estilo que fuera provocador, que tuviera una cierta carga de humor y que tuviera la vocación de revulsivo. Antes que intelectuales actuamos como panfletarios en el mejor y peor sentido de la palabra. El papel del intelectual, si es que este tiene algún papel, probablemente sea ese: el de cerrarle el paso al poder, a las elites. Quiero creer que el Manual del Perfecto Idiota Latinoamericano y el que está por salir, Fabricantes de Miseria, es una

crítica dura contra el poder en América Latina.

¿Cuál es papel del intelectual?

No creo que hay que fijar un patrón de conducta. La función que a mí me gusta es el de contrapeso del poder. Una de las cosas más terribles que nos ha pasado es que los intelectuales han sido un reflejo del propio poder.

¿Ud. está diciendo que la derecha gobernó bajo el influjo de las ideas de la izquierda?

Poder político, económico, social, cultural, religioso, son distintas manifestaciones de un mismo fenómeno: el verticalismo, el autoritarismo, el mercantilismo entendido como el sistema en el que el éxito económico lo decide el poder político.

Da la impresión de que en el Manual del Perfecto Idiota la defen-

sa del neoliberalismo era casi a ultranza y que el énfasis de la crítica no fue puesto sobre aquellos que gobernaron América Latina. ¿Fue un error de apreciación de quienes leyeron el libro?

Es una contradicción pensar que se puede criticar dos siglos de fracaso latinoamericano sin criticar a quienes han ejercido el poder. En ese libro hemos hecho un recuento en tres o cuatro grandes temas: el nacionalismo, el tercermundismo, el imperialismo, el socialismo o el Estado. Todos esos temas tienen que ver con las elites que ejercieron el poder. El tema nacionalismo ha sido gravísimo en América Latina. ¿Quién ha ejercido el nacionalismo en América Latina? Los militares, los gobiernos de derecha, Perón que era un fascista... Todas esas elites de derecha que ejercieron el poder económico, cultural, político... Es un discurso que partió desde la izquierda y la derecha lo hizo suyo. Cada uno puede interpretar sus lecturas como sea. Pero creo que la crítica a la derecha también está.

Pero la interpretación que uno tiene al leer su libro es que la izquierda es la culpable del fracaso latinoamericano...

Las tintas están cargadas sobre la izquierda porque las tintas están cargadas sobre las ideas que han fracasado sobre América Latina. Hay una responsabilidad de la izquierda en la medida en que es la única que ha pensado en América Latina. Ha pensado mal, en estereotipos, o bien. Pero la derecha no ha pensado. La derecha no tiene ideas, tiene solo intereses. La izquierda puso la agenda

ideológica sobre el tapete y esa agenda impregnó a todas las instituciones. La derecha contestaba no con ideas sino con el puro ejercicio autoritario. Hay una crítica que hacemos en el libro que es básicamente a las ideas que han fracasado. En este segundo libro criticamos a las elites una por una: a los empresarios, intelectuales, sindicatos, Iglesia. Por este motivo el libro se llama Fabricantes de Miseria. ¿Quiénes son esos fabricantes de miseria? Las elites de las que hemos hablado. Pasamos de la crítica ideológica a la crítica de los grupos de poder.

¿Cómo son vistas estas elites en este nuevo libro? ¿Cuáles han sido sus grandes vacíos?

El problema principal es que estuvieron apartadas de las corrientes del mundo. El liberalismo que supuestamente está practicando América Latina es una caricatura del neoliberalismo. Hay complejos en la manera en cómo se ejerce el poder latinoamericano: el primero es el complejo de Napoleón per se, el complejo autoritario: gobernantes que se hacen reelegir, que cambian constituciones. Hay un absoluto desprecio por el Estado de Derecho.

Un segundo complejo es el que todos los gobiernos están con grupos de poder empresariales y no permiten que haya la verdadera competencia y que todos puedan acceder a los mercados.

Un tercer complejo es el de kabuqui, esa danza japonesa con máscaras: nada expresa lo que hay detrás. Los gobernantes llegan al poder ofreciendo lo contrario de lo que hacen y luego hacen lo contrario de lo que prometieron. Hay

un desfase tan grande entre el lenguaje político y la acción política que lo que hay es confusión ideológica y un escepticismo generalizado. El cuarto tema es la educación: nadie ha apoyado una educación liberal.

¿Ud. cree en el ejercicio liberal?

Sí. La libertad en todos los campos, político, económico, religioso. Es el único valor que permite que los individuos escojan sus propios valores.

El neoliberalismo ha fracasado. La izquierda también. ¿Cuál es ese ejercicio liberal del que Ud. habla?

Las batallas en el terreno de las ideas nunca se acaban. Fracasó la izquierda, fracasó la derecha. Si la izquierda decide renacer de sus cenizas a propósito de las últimas crisis de la derecha y levantar su bandera para luchar contra las elites, magnífico. Es lo que ha pasado en Alemania, por ejemplo. Reducir el déficit fiscal, combatir la inflación, motivar crecimiento es algo que hay que hacer. Pero ese no es todo el problema. La novedad consistiría en hacer grandes reformas de transferencia de todas esas responsabilidades que asumió el Estado en estos dos siglos de vuelta a la sociedad civil pero hacerlo de manera que todos los mercados estén abiertos a todo el mundo. Que haya una auténtica competencia.

¿Cuál es la responsabilidad de las elites en ese ejercicio liberal? ¿Quién pone los referentes? ¿Quiénes ponen los valores?

Me asusta mucho cuando se habla de valores que deben emanar de alguna elite. Yo prefiero que los valores los establezca la sociedad libremente. Si le

damos a una institución, terminamos entronizando la inquisición.

¿La solidaridad es un valor?

Sí, pero las sociedades libres son las que lo practican y donde se manifiesta. Nadie tiene derecho a imponer la solidaridad.

La regulación, ¿un referente?

Lo menos posible. La regulación cercena la libertad. La economía informal es el resultado, por ejemplo, de un exceso de regulación. Cuando hay que pasar un año para registrar un pequeño taller de confecciones, la regulación está limitando la prosperidad.

¿Una sociedad donde hay tantas diferencias cómo logra transitar hacia una sociedad liberal en que los más desposeídos puedan competir en igualdad de condiciones?

El problema esencial de la pobreza fue creado por el Estado latinoamericano. Hay ejemplos en el mundo que han hecho ese tránsito en el que los pobres llegan a la clase media. ¿Cómo? Si el Estado elimina privilegios.

Ahí el Estado está regulando...

No. Está desregulando. El Estado es el que creó esos privilegios. En América Latina no se puede, por ejemplo, competir con la telefonía o con los transportes porque están en manos de los monopolios. Cuando se acabe esta situación, se podrá hablar de igualdad de condiciones. *

La sociedad actual se puede leer desde el psicoanálisis. El asumir las responsabilidades de lo que se dice es la 'cura' a la 'enfermedad'.

La sociedad necesita de la confianza



Jean Michel Vappereau es psicoanalista francés, discípulo de Lacan. Entre sus obras: 'Etafle' y 'Lógica de la cura y fantasmas'.

¿De la enseñanza de Freud y Lacan qué queda para el psicoanálisis de la sociedad contemporánea?

El psicoanálisis de Freud y Lacan es el mismo. No creo que haya análisis más allá de lo que ha hecho Freud y Lacan y sus iglesias. La interrogante es qué hacer con esas enseñanzas. La primera cosa es hacer su propio psicoanálisis. Solo podemos hablar seriamente del psicoanálisis si nos vemos sometidos a su experiencia y a su práctica.

¿Cómo se interesa el psicoanálisis por los problemas culturales y sociales? ¿Hay un diagnóstico de la sociedad contemporánea?

Freud no quiso que el psicoanálisis quedara solo como una clínica médica y Lacan repitió el mismo gesto. El psicoanálisis nació cuando la clínica médica estaba desapareciendo. Freud no quiso que los médicos sean los únicos posee-

dores o amos del psicoanálisis y por ese hecho en el siglo 20 se opusieron a contestar a la clínica.

No es concebible curar cuerpos que hablan sin ocuparse de las leyes de la palabra. El psicoanálisis descubría las leyes de la palabra y las estructuras del lenguaje que interesaban también a la lógica, la lingüística, la filología, la historia, etnología y que todo este campo del lenguaje y hasta la política. Los efectos reales del psicoanálisis produjeron un cambio en la sociedad. Desde que el psicoanálisis existe no se educa a los niños de la misma manera o las parejas y las familias no viven de la misma manera. En ese sentido surgen enunciados que son buenos si están bien organizados. El psicoanálisis no tiene ninguna indicación, ningún consejo que dar a los que sostienen otros discursos, ni políticos, ni religiosos.

Lo único que hace es recordar cierto número de verdades elementales sobre los cuales lanza una luz nueva.

¿Pero se pueden establecer enfermedades o males de la sociedad contemporánea a través del psicoanálisis?

Sí. Cesamos de referirnos a una divinidad para comenzar a ocuparnos de cosas terrestres. Comenzamos a ocuparnos menos de los nombres propios. Vemos aparecer al héroe moderno que va a llegar a ser el yo psicológico. En el campo económico abandonamos las referencias divinas feudales para interesarnos en la mercancía. Lacan dice que el discurso del amo que ha precedido llega a su desfallecimiento y aparece el discurso del capitalismo científico. Estamos en una sociedad en que ya no hay necesidad de un muro entre el este y el oeste, porque todo el mundo ha llegado a ser hoy capitalista científico. Estamos todos entregados al mismo espacio cultural, de civilización, de política y economía. Y el psicoanálisis nació justamente en ese contexto porque hay una degradación de la palabra, una degradación de la metáfora, de la invención, del papel del accidente y del error. El psicoanálisis se ocupa de considerar las consecuencias de la actividad del lenguaje, del hecho de su estructura.

Y ahí radica uno de los males de la sociedad contemporánea.

¿La corrupción, la poca credibilidad en los políticos, la impuntualidad, la mentira, son parte de ese diagnóstico?

Hay un grave déficit de la palabra y un contrasentido mayor hoy, puesto que

los lógicos revelan que la verdad tiene una estructura de ficción. Por todas partes, y de manera ideológica, vemos expandirse un discurso que predica la transparencia en el sentido inverso. Transparencia quiere decir toda la verdad sobre las cosas, sin embargo, los hechos demuestran lo contrario. Es un contrasentido absolutamente catastrófico puesto en lo que concierne por ejemplo a la corrupción o aquellas prácticas donde la verdad está implicada, no se podrá jamás perseguir todos los crímenes y nada reemplazará la responsabilidad de aquellos que precisamente no toman esa responsabilidad.

¿Y si nadie asume esa responsabilidad sobre la palabra dada?

Eso podría bloquear a la sociedad. Porque no dando confianza a nadie nunca podremos vivir en sociedad. Tampoco podremos hacerlo sin que aquellos que tienen la responsabilidad la asuman y que se impongan a ellos mismos no abusar del poder. Algún momento tiene que haber una confianza que se les pueda dar a las personas efectivamente dignas de ella. En el caso contrario habría un delirio que llegaría a la masacre y al disfuncionamiento.

¿Fiscalizar, perseguir, castigar a quienes no asuman esa responsabilidad sería una solución?

Es claro que hay que perseguir ciertos crímenes, pero hay que recordar que eso no basta. Sería grave que se deleguen todos los poderes solo a las instancias represivas. Los niños que asisten a ese proceso constatan que la palabra no vale nada y comienzan a vivir así. La violencia solamente aumentaría. Es una

espiral sin fin. Hay una sola cosa que hacer: que las personas que pretenden ser serias lean a las personas serias y realistas. Hay gentes de espíritu torcido que piensan que cada cosa debe encontrar su contrapoder. Eso no es así.

¿Los analistas son quienes pueden resolver esas enfermedades sociales?

Los analistas que se creen misioneros para tomar las responsabilidades y hablar en nombre del psicoanálisis son fatuos, fastidiados por el registro de racionalidad. Estoy escandalizado por la ausencia absoluta de enseñanza política en el sentido de la responsabilidad de la palabra entre los que sostienen el discurso analítico hoy, en mi opinión hablan a tontas y a locas. Sostengo que ellos tienen una responsabilidad, tenemos la responsabilidad de no ser extraordinarios, de no ser diferentes a las gentes banales, pero al mismo tiempo de ser excepcionales. Esa es la responsabilidad del ser analizante.

¿La bulimia, el quemeimportismo pueden ser transformados por el psicoanálisis o por quienes analizan la sociedad?

Desde hace unos 20 años hay una actitud de parte de intelectuales y analizantes, de arrepentidos del pensamiento. Por eso se comprende cómo es difícil para los jóvenes el no estar completamente inhibidos. Hay un determinismo causal debilitado con el cual ni siquiera miramos de frente la realidad. Vivimos en un volcán; es decir en una civilización que tiene un gran poder de destrucción. Pero Lacan decía que la queja dice la verdad y que de verdades

y de quejas tenía llenos sus armarios. Cada uno tiene una responsabilidad extraordinaria. El psicoanálisis no propone si no una sola cosa: que comencemos, pero partiendo de nosotros mismos, a tomar las responsabilidades comenzando por nuestra propia existencia.

¿En esas responsabilidades de las que habla tienen asidero los intelectuales, los filósofos, quienes hacen pensamiento?

La filosofía tuvo ya su tiempo desde los griegos hasta el siglo XIX. La filosofía y la metafísica occidental ya se acabó. Se acabaron el idealismo, el platonismo, y muchos siguen pensando con las categorías de Kant. Hoy, hay un retardo en el pensamiento. Esto es peligroso. Los analizantes deben ser responsables, tienen que darse cuenta del poder de la palabra. Es importante repensar lo que no se comprendía antes. No hay que habituarse muy pronto a lo que se comprende. Hay que analizar los errores, el hecho de no comprender o equivocarse. Y eso es una tarea de todos quienes generan pensamiento. *

Fragmentación, indisciplina, desafilaciones y distancias ideológicas son debilidades de la política. ¿La receta? Cada país elabora la suya.

Las cuatro debilidades de los partidos



Michael Coppedge es profesor asociado en el Instituto para Estudios Internacionales Kellogg y profesor de la U. de Notre Dame.

En el libro 'Ecuador: un problema de gobernabilidad' usted presenta algunos modelos. ¿Qué modelo debería seguir el Ecuador?

Creo que sería un error tratar de imponer un modelo abstracto. Uno siempre tiene que trabajar con los sistemas que existen y hacer algunas modificaciones, no tan ambiciosas. Es decir, hay que buscar un modelo que coincida con la realidad del Ecuador.

¿Cómo define usted el problema de la gobernabilidad en el Ecuador? ¿Cuál es esa realidad?

El principal problema es la falta de cooperación dentro de la clase política. No concibo la ingobernabilidad como un problema de moral, ni de ética de los participantes porque creo que todos los participantes en la política son gente racional. Pero la manera en que la política está organizada presenta ciertos pro-

blemas que incentivan una falta de cooperación entre los actores.

¿Entonces es la clase política la que tiene problemas? ¿La sociedad civil no incide?

En una democracia representativa los partidos son los únicos organismos que legítimamente pueden agregar los intereses y las propiedades de la sociedad civil, traducirlos en la política pública. Los partidos tienen un papel muy legítimo de poder dentro de una democracia representativa. La calidad de su representación tiene consecuencias muy importantes para la gobernabilidad. Cuando los partidos son deficientes o tienen deficiencias pueden tener impacto sobre la representación y la gobernabilidad. En el caso de los otros actores, es decir, quienes tienen poder económico, los movimientos sociales, los sectores empresariales, no están estructurados. Ellos

ejercen otro tipo de poder. No hay gobierno democrático en el mundo que no esté sujeto a estas presiones que a veces se vuelven chantajes.

¿Qué características de los partidos definen su deficiencia e inciden en la gobernabilidad?

Creo que son cuatro las características de los partidos ecuatorianos. Uno, el alto nivel de fragmentación del sistema de partidos. Dos, la indisciplina existente en el sistema de partidos. Tres, las desafilaciones que la fragmentan aún más. Cuatro, la distancia polarizada existente en los partidos.

Para superar la fragmentación existen las alianzas y los consensos. ¿Por qué se hace tan difícil lograr consensos a nivel de los partidos?

Son muchos los partidos que existen en el Ecuador, y, si bien no es el sistema más fragmentado del mundo, (también hay sistemas fragmentados en Finlandia, Italia, Bélgica, Holanda), crea problemas. Eso hace necesario construir una mayoría mediante una coalición ya que no hay ningún partido mayoritario que pueda gobernar por sí solo. Cada partido quiere la satisfacción de sus demandas y tiene que hacer compromisos de sus demandas. Cuando hay más compromisos y menos satisfacciones, las coaliciones se vuelven menos satisfactorias y más frágiles. Pero la fragmentación no condena a un sistema porque depende también de un segundo factor que es la distancia ideológica. Si hay menos distancia sobre ciertos fundamentos o principios, es más fácil lograr acuerdos.

¿Eso no cambiaría radicalmente el momento en que existan políticas de Estado y que el gobernante no tenga que negociar para cada decisión?

De acuerdo, esas políticas de Estado aligerarían el problema, pero, habría otras cosas que negociar. Eso no solo pasa en el Ecuador, sucede también en los Estados Unidos y en otras partes.

Usted habla de indisciplina dentro de los partidos. ¿Cómo incide este problema dentro de la relación Gobierno-Parlamento?

Mucho. El líder de un partido en el Congreso no puede dictar una línea para el partido y esperar razonablemente que todos los diputados suyos sigan en la misma línea. Eso hace que se negocie para lograr la aprobación de cada proyecto de ley y muchas veces, la negociación fracasa.

En ese sentido la reforma que hace la votación sea uninominal y no por plancha afectaría más a esa disciplina?

En parte sí porque los diputados saben que su voto es personalizado, que ganó como individuo y no le debe mucho al partido. Entonces el candidato no tiene ninguna deuda política con su partido, es un cañón suelto. Pero, aun cuando el Ecuador tenía el voto en plancha ya había partidos indisciplinados y fragmentados así que no creo que la reforma afecte mucho más.

Usted hace una diferenciación entre indisciplina y desafilaciones. ¿Por qué?

Porque es una manifestación extrema de la indisciplina. Muchos diputa-

dos se abren completamente de su partido original para ser independientes o para alinearse con otro partido. En ese sentido Ecuador es un caso bastante extremo. Eso le resta poder a cada partido. Esa combinación de esas cuatro características explican la falta de cooperación.

Ahora, las soluciones... ¿Qué hacer para acabar con la fragmentación?

Sé que había y hay mucha discusión en la Asamblea Nacional sobre la ingeniería política, es decir, cambiar leyes electorales para reducir el número de partidos. Pero me parece a mí que realmente no existe ninguna reforma electoral ni ningún tipo de ingeniería política que pueda realizar un efecto muy reductor. Y es que la fragmentación no solo tiene que ver con términos ideológicos sino con el hecho de que la sociedad ecuatoriana sea fragmentada. Hay centro izquierda, izquierda, centro, centro derecha, partidos personalistas, regionalismo entre Costa y Sierra. Hay que aceptar que el Ecuador tiene una sociedad fragmentada ideológicamente y en sus regiones y aprender a vivir con estos niveles de fragmentación. Es decir aprender a cooperar más, a formar coaliciones y mantenerlas.

Cómo se explica la distancia ideológica ahora que la derecha y la izquierda han tenido que replantearse en el mundo?

Creo que el mundo no puede imponer consenso sobre la historia de cada país. Las reglas globales de la economía internacional premian y castigan ciertas conductas. Pero cada país tiene que de-

cidir por sí mismo cómo va a responder a incentivos mundiales.

La experiencia de cada país es finalmente la que cuenta a la hora de acabar con esas distancias. En Chile, por ejemplo, había un sistema muy polarizado de partidos y de ideologías. Hoy tiene un sistema mucho menos polarizado porque el éxito eventual de las políticas liberales en la economía generaron un consenso alrededor de ciertos elementos de la política económica. Ahora los socialistas en Chile aceptan ciertos principios y están de acuerdo con los partidos conservadores.

¿Hay modelo perfecto de gobernabilidad y de democracia?

Si somos demócratas y creemos en la igualdad política y social esperamos que exista gobernabilidad. Es decir, un sistema totalmente gobernable, en el que el mandatario tome decisiones sin tener que negociar, sería totalitario. Un sistema totalmente democrático implicaría un partido por habitante... Y sería imposible de gobernar. No hay modelo perfecto para estos procesos, pero la gracia de la famosa democracia está en buscar consensos. *

Para sacar adelante al Ecuador se necesita un cambio de actitud. La falta de esperanza solo se puede trabajar a nivel de consensos.

Restituir el tejido social es tarea del país



Manuel Torres Márquez (Puerto Rico), ha sido catedrático de sociología urbana y desarrollo comunitario. Trabaja en la Unesco.

El presidente Jamil Mahuad hizo un llamado al cambio de actitud en su discurso de asunción de mando. ¿Cree usted posible la unidad en un país tan fragmentado?

Ecuador funciona con la mentalidad de isla y como si sus regiones fueran parte de un archipiélago. Hay muchos ecuatorios y el reto justamente está en aglutinar a esos ecuatorios y, respetando sus diferencias, apuntarse hacia el desarrollo. Creo que ese fue el mensaje de Mahuad y creo, además, que fue un mensaje oportuno, después de tantos momentos difíciles por los que ha pasado el Ecuador. En ese sentido, buscar la unidad de todas esas islas y esos regionalismos, será no el reto de un presidente sino el reto del Ecuador.

¿Cómo hacer de ese llamado a la unidad una cosa real, con tantos intereses particulares que pesan

de por medio?

Con un cambio de mentalidad y también de propuestas tanto del Estado como de la sociedad civil y de los políticos. Es un porcentaje mínimo el que disfruta de un Ecuador de punta. El problema es que se ha pasado de un Estado de bienestar a un proceso acelerado de las privatizaciones. Y de lo que se trata ahora es de reinventar al Estado. No se puede pasar de los pañales al pantalón largo sin pasar por el pantalón corto. De ahí el impacto del neoliberalismo, sobre todo si este se desarrolla en forma vertiginosa y se elimina una clase media. En ese sentido, creo que el nuevo Gobierno debe ser cauteloso, medido, debe tomar en cuenta la idiosincrasia de las distintas regiones para no imponer una forma acelerada de un modelo que, está demostrado, que trae consigo sus ángulos recesivos como se ha visto en

muchos países. No se puede pedir unidad y, a la vez, empobrecer más a la gente.

Hay urgencias para llamar a la unidad y a los consensos, justamente para salir de la crisis. ¿Con el desprestigio de la clase política ve posible ese llamado?

El Ecuador dio un ejemplo al mundo y a la democracia cuando destronó a Bucaram. Después, el proceso del Interinazgo -todos los interinazgos son difíciles- ha hecho que se agudice más la desconfianza en la clase política. De ahí, el país pasó a un nuevo proceso que se llama incertidumbre. La situación sigue siendo delicada por lo que insisto en que el Gobierno debe ser cauteloso y no debe dejarse llevar por la urgencia. Eso podría crear disloques.

Pero el Ecuador ya tiene ciertos disloques...

Sí, pero es un país que tiene algunos sectores que están en pleno despegue al desarrollo, tiene otros sectores que están en desarrollo y también tiene sectores en el subdesarrollo. Ahora lo que los ecuatorianos esperan, con optimismo, es que el Presidente pueda hacer una buena gerencia pero con un rostro humano. Que no se pierda de vista a los grupos a los que se pertenece, que aumente su poder de convocatoria, que exija madurez a los otros poderes para definir un proyecto nacional, ante todo, solidario.

Pese a los buenos propósitos, el Ecuador ya no cree en los políticos. Se vio con El Niño, por ejemplo. Desde el Estado mismo se generaron redes de corrupción con

los donativos. ¿Cómo hablar de unidad, de solidaridad? ¿Cómo hacer que la gente vuelva a creer?

Trabajando en un proyecto nacional en el que el Ecuador pueda desarrollarse sin que paguen las consecuencias aquellos que no tienen. Lamentablemente he visto catástrofes en el Caribe, en Europa, en Sudamérica y hay evidencias de gestiones inescrupulosas en todas partes del mundo. Pero esto no debe justificar a que pase lo mismo en suelo ecuatoriano. Los medios y el Gobierno deben ser los responsables directos de la mitigación y de la solidaridad y deben ayudar a convocar a la sociedad civil para que responda, no solo en el plano económico sino en el plano ético. Deben estar en vigilia para que no pase lo que pasó con El Niño y la ropa usada o ese tipo de cosas que, lo único que hacen, es dislocar, fragmentar aún más la sociedad ecuatoriana y que, a más de la desesperanza que existe, provoque mayor incertidumbre.

Se habla de un proyecto nacional y de desarrollo. ¿Cómo?

Las decisiones, la ejecución, el diseño de ese proyecto de desarrollo debe ser responsabilidad de todos los sectores. Deberá trabajarse en un proyecto de desarrollo siempre y cuando no se entregue en manos privadas todas las decisiones. El Ecuador debe trabajar en un banco de recursos humanos para evitar que siga saliendo capital humano dentro y fuera de las fronteras.

Los indicadores económicos, el déficit, las tragedias por El Niño, el terremoto en Bahía. Son demasiadas cosas que priorizar. ¿Cómo

hablar de un proyecto nacional con necesidades tan inmediatas y urgentes?

El Ecuador se mueve en la más absoluta de las pobrezas. Pero la pobreza, creo, es de dos tipos: lo primero, la pobreza económica y la segunda, la pobreza de esperanza. La carencia de esperanza creo que es la más grave y que está en todos los sectores. La clase media ya no tiene el mismo poder adquisitivo que tenía, no hay movilidad social. En recuperar esa esperanza, pienso, está el primer paso.

Para recuperar la esperanza, como usted dice, se necesita de una responsabilidad social que, en principio, debe ser asumida por las elites. ¿O no?

Así es. Pero las elites también han padecido de la segunda y más grave de las pobrezas. El hecho de que los empresarios inviertan su dinero afuera tiene que ver con la desconfianza en el futuro y con la crisis por la que ha pasado el Ecuador. Si se vende futuro y si se optimizan leyes que protejan al trabajador ecuatoriano, se podrá hablar de responsabilidad social.

El flamante Presidente goza de confianza a nivel de organizaciones internacionales y muestra un perfil de equilibrio. Por eso creo que es importante que el Ecuador empiece por cambiar de actitud. No creo que se trate, tampoco, de discutir protagonismos políticos y de que los partidos no tengan derecho de fiscalizar. Pero lo que creo es que es una prioridad, de todos los sectores, para revitalizar el tejido social del Ecuador. Así, en lo económico y en lo social resulta-

rán favorecidos.

En ese sentido los partidos políticos también tienen que ceder a los protagonismos. ¿Es posible?

La derecha en el Ecuador es intransigente. El centro, ambivalente. Y la izquierda, trasnochada. En ese sentido no se contribuye a la definición de un proyecto nacional porque cada uno está atrincherado en su propia isla y bloqueando a la siguiente. Pero

ahí está justamente el reto del país. De otra parte es obvio que hay impaciencia de los distintos sectores -una impaciencia justificada, por cierto-. El país es como una olla de presión que está a punto de estallar. Y lo que el Ecuador evidenció al protagonizar la salida de un presidente, significó la necesidad que hay de aglutinar energías, voluntades y diferencias, para una nueva democracia. La democracia es la mayoría de minorías. Y entendida así, todos los sectores deben trabajar por un proyecto nacional. Así como fue posible la unidad en esa ocasión, sí veo posible la unidad en función de la solidaridad. Pero no hay recetas. Yo me pregunto siempre si se han globalizado las soluciones o se han globalizado los problemas. *

(23 de agosto de 1998)

**Mabud había llegado a Carondelet. Los organismos internacionales lo apoyaban. En sus primeros discursos llamaba a la unidad.*

Los medios de información *tienen más credibilidad que las instituciones públicas. Es preciso entonces generar una educación mediática.*

No hay que satanizar a la comunicación



Dörte Wollrad es especialista en medios desde Proyecto Latinoamericano de Medios de la Fundación Friedrich Ebert y de la GTZ.

En el seminario 'Ciudad, ciudadanía y comunicación' se analizó el papel de los medios, pero desde el poder. Formas de comunicación verticales que vienen de un gobierno local, por ejemplo, hacia la masa. ¿Por qué?

Es verdad que, en muchos casos, se puso el tema en ese nivel porque, en la medida en que las instituciones políticas dejaron de hacer la mediación entre Estado y sociedad, ese vacío fue llenado por los medios de comunicación. Los medios tienen más credibilidad que las instituciones políticas. La gente ya no se siente representada por los políticos y sí por los medios. Por eso, las instituciones también se han planteado sus formas de comunicar.

¿Cómo se ganaron los medios ese espacio de credibilidad?

Por un lado está el descrédito que la

gente tiene en la clase política, en las instituciones públicas y, por otro, porque los medios han dado la posibilidad de hacer, supuestamente, información de doble vía con encuestas, líneas candentes (sobre todo en radio y televisión) en los que la gente común ve la posibilidad de decir lo que piensa, de comunicarse con el poder.

En cierta medida, ese es un discurso aparente. Pero eso da la medida de que hay que buscar otras posibilidades de los ciudadanos de manifestarse sobre los medios y de llegar al Estado. Lo que falta es educación mediática.

¿Cuáles podrían ser esas posibilidades? ¿Acaso la regulación de los medios?

En el Proyecto de Comunicación para América Latina hemos trabajado ese tema de la regulación de los medios de comunicación en cuatro niveles. El pri-

mero es el nivel legal. Creo que en América Latina tenemos una gran afición por las leyes. Hay un problema y se pone una ley y eso no es así. Poner obligaciones, que deben o no pasar los medios, no tiene sentido.

El segundo nivel es el institucional, que se está intentando en Colombia o en Chile, con consejos y comisiones de Televisión. Pero esas entidades también son sujeto de palancas políticas o manipulación. El tercer nivel es el de la autorregulación de los medios. En esa línea se sitúa el defensor del lector: un intento desde el mismo medio de establecer un diálogo más permanente y profundo con sus sectores. Finalmente está la autorregulación desde la ciudadanía.

Lo interesante ahí sería la interrelación entre estos dos, pero, insisto, para eso nos falta educación mediática.

¿Esa falta de educación mediática es la que vuelve lejana esa participación ciudadana o democrática en y con los medios?

Mientras recién está empezando nuestra conciencia como consumidores de productos, en el consumo más importante, el consumo mediático y de información, tenemos poco criterio a la hora de evaluar el producto. Por eso creo que hay que trabajar con niños y jóvenes.

Hay la tendencia a concebir al medio como una caja de resonancia de lo que dice el poder... ¿Por qué no se ve al medio como autónomo? ¿Un cliché?

Muchas veces los medios han funcionado así, recogiendo simplemente la información que los personeros públicos

brindan. Pero creo que no hay que generalizar. También hay que reconocer que muchas instituciones manejan a los medios solo como instrumentos de difusión y hasta con intenciones manipuladoras, empezando por sus departamentos de relaciones públicas. Eso es legítimo. Pero, en gran medida, por falta de gente realmente formada en eso, se hace mal, se hace simplemente propaganda.

Por otro lado creo que hay que discutir cada vez más políticas de comunicación, con sus estrategias. Una de las estrategias puede ser las relaciones públicas, pero si no hay una política coherente, eso pierde sentido. Falta en las instituciones capacitación en comunicación y planificación de la comunicación. Varias instituciones han diagnosticado la necesidad de políticas comunicacionales institucionales, no solo del marketing con el que se han manejado estos temas.

Hay quienes definen a los medios como el cuarto poder. Hay quienes lo definen como el contrapoder. ¿Cómo entiende usted el papel de los medios?

A mí me llamó la atención, cuando hicimos un evento sobre comunicación y reforma constitucional, un planteamiento de León Roldós en el que dijo que máximo unas 300 personas opinan y aparecen en los medios de comunicación. Ese es un reflejo de las estructuras de toma de decisión. Obviamente los periodistas, si tratan un problema de la vivienda lo primero que se les ocurre es hablar con el Ministro de Vivienda. Hay también -y hay que diferenciar- medios

que como política establecieron tratar de tener el espectro más amplio de opiniones sobre el mismo tema, visitando otras fuentes, los sitios, las ONGs. En algunas coyunturas, los medios sí han mantenido el papel de vigilante y le han rendido cuentas al poder. El gobierno de Bucaram, en gran medida, terminó como terminó por los medios en actitud vigilante de la institucionalidad.

Se habla de democratización de la comunicación. ¿Cuáles serían los mecanismos para ello?

Hay que analizar qué posibilidades reales y económicas existen en el Ecuador para que gente común, no la de los medios masivos, pueda ser comunicadora y manifestarse, ejercer su ciudadanía. En toda América Latina ha crecido la producción local de la comunicación mientras que en el Ecuador no se ve mucho. Hay una tendencia que propone, frente a tanta información globalizada, homogénea, una reacción, una búsqueda de identidad. De ahí se explican muchas iniciativas locales de comunicación. En Colombia, por ejemplo, hay 300 canales de televisión comunitaria y en el Ecuador, no, empezando por la legislación vigente que discrimina a esa posibilidad de comunicación, olvidando que esas iniciativas son importantes en la medida en que consumidores pasivos de comunicación se convierten en productores activos de cultura. Nunca un medio pequeño va a ser competencia para los medios, es un público distinto. No lo veo como amenaza para los medios que ya existen. Con eso no quiero decir -porque eso sería peligroso- que las informaciones so-

lo sean locales, porque eso atentaría contra un principio de realidad.

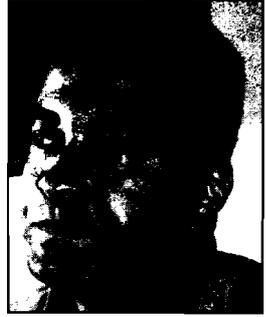
Hay una tendencia a satanizar a los medios, de decir como lugar común, por ejemplo, que la televisión es alienante y punto...

Sí hay esa tendencia a satanizar. Unos niños matan a otros en la escuela en los Estados Unidos y se culpa a la televisión. Ese es un análisis demasiado simple de un problema complejo. La televisión nos impacta hasta chocar con lo que somos y con nuestros principios, pero no impacta por sí misma.

En Cali, por ejemplo, hubo una experiencia: un estudio demostró que las mujeres, cuando veían la novela, no la veían tanto por el drama o por la historia de amor o pasión, sino porque era el espacio en el que podían descansar, estar solas. Era el espacio en el que ni hijos ni maridos ni quehaceres, les podían molestar. En los 60 se pensó que con los medios se podía resolver todo problema de desarrollo -salud, nutrición, etc.- por el impacto mediático. En los 70 viene el gran chuchaqui porque se dieron cuenta de que no fue así. Y en los 80 se habla de los mensajes perversos, "light", sin efecto educativo. Se trata de satanizar a los medios en un discurso viejo y caduco en el que todo lo malo viene de los medios. Se han hecho, por ejemplo, telenovelas con mensajes educativos y con buenos resultados. Hay que decodificar a los medios, analizarlos, estudiarlos y consumirlos, con una visión renovada de ellos. *

El racismo en el Ecuador *no es velado ni oculto sino frontal. El reconocimiento a la diversidad es clave a la hora de construir una nación.*

La sociedad ecuatoriana sí es excluyente



Juan Muteba Rahler es sociólogo. Hijo de padre belga y madre congoleña. Hizo un estudio sobre el racismo en el Ecuador.

Usted afirma que se mantiene un nivel de representación racista en el Ecuador. A la vez, está reconocida la diversidad. ¿Ese reconocimiento cambia los niveles de representación?

El reconocimiento a la diversidad se ha hecho de una manera clara recientemente y siempre dentro de la sociedad blanca mestiza. Se ha reconocido al Ecuador como multicultural y diverso en la última Constitución. Pero lo que ha pasado es la repetición de la ideología de una identidad nacional que consiste en proclamar al mestizo como el prototipo de esa identidad moderna o de ese ideal de la identidad ecuatoriana. Eso es una identidad ideológica que tiende a homogeneizar la población y, en realidad, a borrar la diversidad.

¿Esto quiere decir que el reconocimiento de la diversidad sigue es-

condido por los estereotipos del mestizaje?

La diversidad en este discurso ideológico que celebra el mestizaje como una identidad nacional no celebra la diversidad, al contrario, la va a tratar de esconder. Si bien se ha reconocido la existencia de esta identidad indígena, tal como el indígena existe en situaciones rurales es “malo” para esta construcción de identidad. Por eso se trata de blanquear al indígena, de hacerlo “más civilizado”, “más educado”. El indígena por lo menos ha sido reconocido en ese mestizaje, pero el negro ni siquiera ha sido tomado en cuenta ni aparece en el reconocimiento de la diversidad.

¿Eso es negar que hay, también, quienes verdaderamente creen en la diversidad como signo de identidad ecuatoriana?

Creo que lo que ha habido es una es-

pecie de ambigüedad en el tema. Ciertos sectores de la población, particularmente intelectuales, han reconocido la diversidad, pero de todos modos eso ha pasado por un clima ideológico en el que la diversidad ha sido invisibilizada.

¿El racismo responde a un sistema perverso?

Sí. En cualquier país hay esa tendencia de tratar de establecer lo que es la identidad nacional y la "normalidad" dentro de esa definición de la identidad. Esa definición trae consigo una serie de valores morales, religiosos, etc. Esa es una manera perversa, por supuesto, de hablar de lo que es "bueno" o "buen ciudadano".

¿De dónde viene esa representación negativa del otro?

En el caso ecuatoriano todo eso viene de tan lejos. Una de las cosas que diferencia las independencias latinoamericanas de las independencias africanas en el sur del Sahara fue, por ejemplo, que allá las independencias expulsaron a los colonos y eso significó un cambio fundamental entre lo que había antes y después de la independencia. Acá no. Acá muchas cosas de la Colonia continuaron igual e incluso se reforzaron, sobre todo en cuanto a las relaciones raciales. En esa relación es casi lógico que los negros se hayan quedado en la periferia. Fueron los blanco-mestizos quienes imaginaron el nuevo Estado ecuatoriano. Los otros actores sociales nunca participaron en ello. Recién hoy los pueblos indios y negros están imaginando lo que significa ser ecuatoriano.

El racismo en el Ecuador es más bien velado. Todo el mundo se au-

toproclama no racista y en la práctica tiene actitudes racistas. ¿Cómo cambiar ese imaginario?

Únicamente personas que no han sufrido en carne propia lo que es el racismo - gente mestiza o blanca- pueden afirmar que el racismo no es de frente. Mi experiencia en el país, mis conversaciones con la gente negra en Esmeraldas, en Quito, en el Chota, me hacen decir todo lo contrario. El racismo en el Ecuador es de frente. Hay expresiones diarias del racismo en cuanto a los indígenas y a los negros que son impresionantes. Entiendo que no todas las expresiones racistas son de frente. Puede ser solapado pero, en general, es de frente y es una constante. ¿Cómo cambiar esos imaginarios? Creo que con la construcción de nuevos símbolos nacionales.

Esos símbolos implican cambiar las representaciones. Pero cambiar el mundo simbólico requiere mucho tiempo...

No se puede hacer del Ecuador un Estado-nación más inclusivo para con los negros y los indígenas sin cambiar los símbolos de la nacionalidad.

Esos símbolos se construyen con la invitación de todos los sectores. Eso es muy duro: primero hay que abrir círculos y hacer que personas que nunca han entrado a esos círculos, ingresen en ellos. Es un proceso largo, lo sé, no es fácil, pero hay que imaginarlos. Tengo optimismo al respecto. Creo que ese proceso ha empezado.

¿Es un proceso en el que hay responsabilidad exclusiva de la sociedad blanco-mestiza o de quienes

tienen el poder?

Es un proceso de los pueblos. La sociedad blanco-mestiza tendrá que ceder muchas de las prerrogativas que tiene. Y las sociedades indígenas y negras tendrán también que luchar.

Soy de los que creen que la gente negra tiene que moverse y no esperar el lugar que merece por la gracia de Dios. Si en algo ha cambiado la situación con los indígenas es justamente porque ellos han luchado por sus derechos hasta ser incluidos -no del todo- en la sociedad. Es un hecho que lo que tiene que suceder es el cambio de mentalidad.

¿Por qué los indígenas y los negros no se han podido poner de acuerdo juntos, en tanto la consecución de sus derechos, como pasó en la Asamblea Constituyente, por ejemplo?

Mi lectura de esto es que hay toda una historia que está sustentada en las diferencias marcadas entre los dos grupos. Los indígenas tuvieron, a propósito de las celebraciones de 1992, una cantidad de recursos entregados desde afuera - como un mea culpa de las sociedades occidentales- que ayudaron a que su presencia sea mayor. El movimiento indígena recibió una atención, se les dio espacios, se les dio millones de dólares. En el caso de los negros nunca pasó eso ni se beneficiaron de los sentimientos de culpabilidad. Fueron, máximo, hermanos menores. Incluso se quejaban del racismo entre indígenas y negros.

¿El movimiento indígena invisibilizó al movimiento negro?

Así es, de alguna manera el movimiento indígena fue demasiado fuerte.

Y los indígenas no incluyeron a los negros en sus peticiones. Incluso hubo una gran preocupación académica en la sociología y la antropología para estudiar al indigenismo y casi no hubo quién estudiara a los negros. La academia también fue excluyente con ellos.

Pero los negros tampoco han estado muy unidos a la hora de defender sus derechos... ¿Falta de liderazgos?

Hay divisiones, egoísmos, problemas organizativos, egos enormes que han dividido a las organizaciones negras.

¿Ese cambio de mentalidad y de símbolos de identidad tiene también que alejarse de los paternalismos?

Por supuesto. Esa visión excluyente, de culpabilidades, tiene que ver con una visión romántica y paternalista que tiene que ser desechada y transformada en un verdadero sentido de identidad en el que ya no se hable de indígenas, negros, mestizos, costeños, serranos, amazónicos sino de ecuatorianos. Muchas veces he escuchado hablar de "nosotros los ecuatorianos" y de los "indígenas" ecuatorianos, como si se estuviera hablando de dos mundos y no de un solo país. Y eso tiene que cambiar. *

La historia ha sido revisada *en las últimas décadas. Pero todavía la distancia entre los historiadores y la enseñanza de la historia es grande.*

En A. Latina no hay historia nacional



Heraclio Bonilla es historiador peruano. Desde 1970 ha realizado trabajos en el Ecuador. Ha sido catedrático de Flaco.

Uno de los puntos de discusión del Congreso de Historia es el que ésta ha respondido a intereses políticos. ¿En ese sentido se debe o no reescribir la historia del Ecuador?

Hay varias consideraciones sobre el tema. La primera, la enorme brecha que existe entre los resultados recientes y actualizados de la investigación histórica y el tipo de historia que los textos a nivel primario, secundario e incluso en algunos casos a nivel universitario, se imponen. El esfuerzo es doble, no solamente los gobiernos deberán hacer un intento serio de organizar programas de actualización permanente para los profesores, sino que los textos históricos que utilizan los estudiantes deberán ser actualizados. La segunda es que la historia y la política van feliz o infelizmente de la mano y la prueba es que cerca

del 80 por ciento del total de versiones históricas en América Latina versa sobre el período de la Independencia.

Eso ilustra el carácter ideológico y político para justificar el orden republicano impuesto por las clases dominantes y propietarias en la elaboración de la historia.

Félix De Negri decía, en tono irónico, que la historia ha sido escrita por abogados que han ignorado lo que no les conviene. ¿Comparte ese criterio?

Creo que eso fue cierto hasta 1970, en la medida en que el derecho y la historia tenían una relación fuerte. Habían muchos profesionales de derecho con una inquietud por el pasado. No todos los libros de historia escritos por abogados son necesariamente malos. Pero, a partir de 1960 y 1970, en la medida que Europa y Estados Unidos abrieron un

programa de becas para estudiantes interesados en la historia, una nueva generación de historiadores profesionalmente formados como tales, han comenzado a consolidarse. Sin duda estos nuevos historiadores profesionales son los que ahora están en esos espacios. El ejemplo del Ecuador me parece particularmente notable. Gran parte de quienes están escribiendo los libros más importantes de la historia ecuatoriana, pertenecen a esa nueva generación.

¿Usted es partidario de la necesidad de revisar la historia o de reescribirla, sobre todo en el tema territorial?

La historia está felizmente en permanente revisión y en ese sentido muchas veces el proceso de reestructura puede ser parcial o total. La historia es una disciplina en permanente cambio por el hecho de que quienes se dedican a su investigación y a su escritura, son personas que tratan de buscar en el pasado las respuestas a los dilemas del presente. Como esos dilemas son permanentemente cambiantes la historia está en proceso de cambio. La historiografía latinoamericana realizada en las dos últimas décadas ha cambiado. Desafortunadamente, la visión popular de la historia no tiene mucha relación con estas nuevas tendencias de la investigación histórica mundial. Desde ese punto de vista esos textos de difusión masiva de la historia tienen que ser no revisados sino enteramente cambiados.

¿Por qué esa distancia tan enorme entre lo que han escrito los historiadores en los libros de historia y lo que se lee en los textos

escolares?

Hay varias razones. Los profesores de la educación secundaria, salvo algunas excepciones notables, y muchos profesores universitarios, no hacen el esfuerzo sistemático por actualizar sus conocimientos, no tienen acceso a recursos académicos, son miserablemente pagados. De tal manera que pedirles que se actualicen por su propia cuenta es casi imposible. Por eso reitero que sería indispensable procurar que se hicieran esfuerzos sistemáticos por establecer programas de capacitación que permitan actualizar permanentemente a los profesores de la educación secundaria y también superior.

¿Pero no hay también una distancia entre la elite académica que, en gueto, discute y trabaja los temas de la historia sin pretender ninguna difusión masiva?

Algo de eso también hay. Pero no hay que negar la desidia del Estado por proteger su patrimonio cultural y difundirlo. No hay facilidades para el profesor o estudiante de historia, difunda sus trabajos o actualice. Hay que tomar en cuenta que es común que, al término de sus estudios, el historiador o historiadora sea un desempleado calificado.

Está hecho el balance de los aportes de la Nueva Historia del Ecuador. No está hecho el análisis de por qué se escribió eso y a qué respondieron esas versiones de la nueva historia. ¿Por qué?

La historia todavía es escrita bajo la convicción de que basta saber leer papeles viejos o tener ficha de esos papeles viejos y escribirla. Eso es importante

pero no suficiente. La historia requiere, además de la lectura de documentos, de una reflexión profunda, un análisis, una teoría. La historia, en ese sentido, ha sido fundamentalmente descriptiva y narrativa. Un esfuerzo por construir otro tipo de conocimientos de historia debiera efectivamente incorporar la reflexión.

Eso lleva a una discusión más amplia: el nivel académico. ¿Un nivel más bien medio?

Hay algunos vicios en la formación académica. Primero, los pênsum, que siguen siendo cronológicos. Segundo, que nos miramos el ombligo todo el tiempo. No nos han entrenado efectivamente para pensar, los problemas de un país en una perspectiva comparativa a los cambios en el resto del mundo. Los pênsums no incorporan cursos sobre otros países. Y no nos podemos formar, por ejemplo, ingnorando lo que ocurre en EE.UU. o África, o Asia. Tampoco se hace un esfuerzo por estudiar otros idiomas. Con esas referencias uno puede explicarse efectivamente el tipo de profesional que las escuelas están formando.

¿Cómo involucrar al profesor de historia en la premisa de que la historia no está hecha de verdades absolutas?

Hay varias maneras y una de ellas que es la más accesible a los profesores, es invitarlos efectivamente para que escriban las historias de sus pueblos, de las regiones donde trabajan. Los estadounidenses hablan mucho de las historias locales, "local history", que es efectivamente la historia de un pueblo, pero no

la historia del pueblo en el sentido folclórico de la palabra, sino que se trate de ilustrar todas las vicisitudes nacionales. En América Latina no hay una historia nacional. El Perú, por ejemplo, es un conglomerado de regiones diversas, cada cual, con su historia.

¿Cree que la historia puede cambiar el imaginario de los pueblos que, muchas veces, está sustentado en mitos, leyendas heroicas, mentiras históricas?

El contexto de la firma del tratado de paz entre Perú y Ecuador brinda una oportunidad fundamental sobre el tema. Cuando se revisan los textos de historia del Perú en educación primaria y secundaria, el conflicto de 1941 apenas merece una nota de pie de página. Ese conflicto de 1941 en los textos de historia ecuatoriana merecen capítulos por no decir libros enteros. El episodio de la Guerra del Pacífico y la derrota militar del Perú frente a los chilenos, entre 1879 y 1884, está, en la historia del Perú en varios capítulos, varios tomos. Mientras que en la historia de Chile apenas si se da cuenta de ello. Esto quiere decir que pareciera que los pueblos que no ganan, al escribir la historia, toman su revancha. De hecho ese es un proceso largo, difícil, y necesario, pero que no puede ser impuesto de un día para el otro y que tampoco puede ser impuesto por los gobiernos. *

El modelo neoliberal está en crisis.
*Pero hay alternativas para lograr
 mayor crecimiento económico. Ese es
 el reto de América Latina.*

Más eficiencia y menos paternalismo



Hans Ulrich Bünger es cientista social, director del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, IILIS.

¿Cuál es el reto de América Latina? ¿Cómo lograr el desarrollo en medio de la crisis?

Lo que está pasando en América Latina en la última década es controvertido y hay que reflexionar. Hemos tenido varias experiencias de implantación de políticas neoliberales que están entrando en crisis. Vemos los casos de Argentina, Chile, y el impacto también de la crisis en otras partes del mundo: retroceso en el crecimiento económico, aumento del desempleo, problemas con las exportaciones, etc. En este momento hay que reflexionar nuevamente sobre la viabilidad de este modelo económico dominante. En el caso del Ecuador la participación de los salarios en el PIB -que en el año 82 estuvo en el 35 por ciento- ha bajado a un insignificante 12 por ciento. En estos años se ha dado una grave concentración de la riqueza

que ha aumentado la pobreza. Hay significativos estudios del Banco Mundial y de varios investigadores que lo confirman. Creo que el principal reto es el de reflexionar sobre el modelo.

¿Reflexionar para sustituirlo por otro?

No creo que hay que sustituir el modelo sino agregar a este modelo incentivos de desarrollo local y de la demanda interna. Existen alternativas en que la economía no puede ser solamente orientada hacia el desarrollo de las exportaciones sino al desarrollo interno. Un factor importante, por ejemplo, es la agricultura orientada al desarrollo de pequeñas empresas que pueden trabajar, agregar mano de obra e iniciar un proceso que cree nueva riqueza y que sea el inicio de una nueva cadena de desarrollo. La temática de economía solidaria se tratará en el seminario que es-

tamos desarrollando (El reto de América Latina: el desarrollo en la globalización). Hay que idear fórmulas para mejorar el desarrollo humano.

¿Cómo hacerlo con un Estado debilitado en los últimos años?

Es cierto que los presupuestos públicos están en una situación muy difícil, que el 42 por ciento del presupuesto del Estado está orientado al pago de la deuda externa, y que es muy grave para un país como el Ecuador. El país tiene un problema tributario, es evidente que hay que aumentar los ingresos del Estado a través de políticas tributarias. Pero también es cierto que el Estado tiene que cumplir un papel. Ya ni siquiera los organismos internacionales como el Banco Mundial hablan del Estado 'mínimo' sino el Estado 'eficiente'. Lo que se necesita es el Estado eficiente. El Estado tiene que cumplir con tareas como la educación, salud, infraestructuras, seguridad. Para eso no se trata de reducir su tamaño sino de modernizarlo.

Se habla de la deuda externa, pero, ¿qué hay de la deuda interna? ¿Hay potencialidades que el mismo Estado se ha encargado de anular?

El Ecuador tiene un gran potencial. Y su riqueza no se utiliza suficientemente. Ahí hay una tarea del Estado, de fomentar, con créditos blandos a pequeños y medianos empresarios, cooperativas, etc. Para eso hay que dedicar más dinero a la educación. Yo he estado en el Japón y el secreto del éxito del Japón es que se ha elevado el nivel general educativo de la población. Hoy en día el 80 por ciento de los alumnos de ese pa-

ís llega al bachillerato y los obreros de cuello azul tienen título universitario. No hay que reducir gastos para educación sino buscar posibilidades para incrementar estos gastos y elevar el nivel educativo de la población.

¿Hay voluntad política para proyectos a mediano y largo plazos en función, por ejemplo, de la educación?

Un tema importante en este contexto es una cierta mentalidad que existe en gran parte de la población en relación al Estado. Es decir, no hay que pedirle todo al Estado sin estar dispuesto a darle para que pueda dar. El Estado solo puede ofrecer soluciones cuando tiene suficientes fondos para concretizar soluciones y proyectos. Pensar en un plazo más largo, es una tarea que corresponde a un Gobierno, a los políticos, a la oposición, a toda la sociedad. Además, para pensar a mediano y largo plazos, en todo sentido, no solo hace falta voluntad política sino un sentido de responsabilidad social.

¿Por qué empresarios o inversionistas no piensan a largo plazo tampoco?

En el país no hay seguridad jurídica. Si no hay suficientes garantías jurídicas para que una inversión tenga viabilidad durante un plazo más largo, no se puede pedir a empresarios o inversionistas que planifiquen a mediano o largo plazo. Es difícil averiguar las posibilidades del mercado interno y externo en situaciones como las que vive en el país.

Por un lado el modelo de América Latina está en crisis. Por otro, seguimos tomando como ejemplo

a países como Chile o Argentina. ¿Dónde están las alternativas?

Sería oportuno reflexionar en el sentido de evitar problemas que ahora causan malestar en esos países. Se puede aprender de alguna manera de esta historia. En las políticas de ajuste estructural, por ejemplo, que se han implementado en estos países, se ha dado el caso de que se ha reducido el gasto en educación, salud, seguridad social, etc., y esto ha llevado a una situación negativa. Hay que acompañar a los procesos de modernización -que podrían llevar a despidos- con programas que puedan aliviar los problemas sociales como mecanismos de reciclaje laboral. Hay que darle eficiencia al Estado y para eso hay que modernizar las estructuras -la lucha contra la corrupción es fundamental-. Se ha dicho que es más eficiente la empresa privada pero no siempre es así -acá tenemos el ejemplo de los bancos- como en Argentina se vio que no hubo luz por la ineficiencia de esas privatizaciones. Hay que discutir con transparencia el tema y detectar si es el momento oportuno para las privatizaciones porque de lo contrario puede ser que se vendan a precios risibles los bienes del Estado y que eso no garantice eficiencia sino que solo se encarezcan los servicios.

Usted ha dicho que el Estado no puede dar si no recibe. ¿Cómo cambiar esa cultura tributaria?

Eso es como hablar del gato que se muerde la cola. La gente no paga sus impuestos porque no recibe nada a cambio. Para eso primero hay que acabar con la corrupción y con los proble-

mas de administración pública, mejorando la formación profesional del servidor público. Es importante que los ecuatorianos se den cuenta de que no pueden tener una relación paternalista con el Estado sino que tienen que ayudarlo a ser eficiente.

¿Cómo hablar de economías solidarias y de iniciativas locales y a la par enfrentar la globalización?

Es difícil escapar del contexto de la globalización. Lo importante es desarrollar un mercado interno y también un mercado externo. En Argentina hay un desarrollo importante de esta red de economía paralela que funciona con el sistema de trueque. Hay que incentivar la demanda y la producción y el consumo internos. Los empresarios tienen que buscar más nichos en los mercados nacionales. La gente tiene que mejorar su poder adquisitivo. En fin, alternativas hay.

¿Cómo lograrlo?

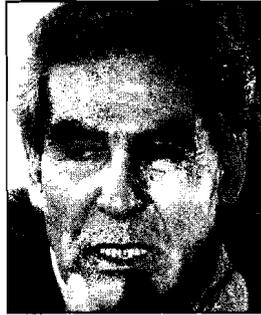
Con mecanismos de concertación y con consensos. Creo que eso es indispensable. No se puede seguir pensando en que las cámaras y los sindicatos por ejemplo, sean enemigos. Los sindicatos están desprestigiados y es tarea de ellos cambiar, modernizarse, como es necesario que los movimientos sociales cambien. *

El trauma poscolonial *ha impedido el desarrollo de América Latina. Las relaciones de producción deben despejarse del pensamiento colonial.*

América Latina tiende hacia lo comunal

Usted habla de la descolonización de América Latina como alternativa. ¿Quiere decir que el pensamiento colonial se mantiene en el continente?

Nosotros somos tributarios de una perspectiva de conocimiento que fue el producto de la elaboración de toda la experiencia de dominación colonial, por un lado, pero al mismo tiempo de la clasificación del mundo de una categoría inventada con América que se llama raza y que es una categoría que literalmente no tiene nada que ver con nada. Esta perspectiva de conocimiento que fue elaborada desde Europa -que ya en ese momento era el centro del mundo colonial del capitalismo- subordina y en algunos casos simplemente elimina y omite el saber acumulado de las otras culturas. En el caso latinoamericano elimina el saber acumulado de las cul-



Anibal Quijano es cientista peruano. Profesor de la Universidad de Binghamton, Nueva York. Autor de múltiples libros.

turas de antes de la Colonia. Esta perspectiva de conocimiento está hoy día en crisis. El eurocentrismo lo que hace es crearnos una especie de espejo distorsionante de la realidad, nos permite mirarnos desde lo que no somos por lo cual no podemos asumir nuestros problemas y mucho menos resolverlos. En ese sentido, en términos mentales es casi como decir que es indispensable dejar de ser lo que no somos.

¿Se puede pensar que el subdesarrollo responde al trauma poscolonial?

En una medida, sin duda. No solamente fuimos derrotados por la violencia sino que la idea de raza como jerarquización entre seres de naturaleza diferente nos fue impuesta y fuimos enseñados a mirarnos con el ojo en dominador. La dominación por la violencia fue legitimada en términos de una relación

jerárquica entre gentes de diversa naturaleza inferior y superior -que es en lo que consiste la idea de raza-. Esto produjo, y produce, lo que he llamado la dependencia histórico estructural que hace que las faunas dominantes tengan y sientan que sus intereses están más próximos de los dominantes del centro que de sus connacionales legales: indios, negros, mestizos.

El modelo impuesto por la modernidad y la conformación del Estado-nación está en tela de duda. La posmodernidad ha introducido términos como diversidad en vez de homogeneidad, periferia en vez de centro. ¿Se puede, entonces, seguir hablando de eurocentrismo?

La idea de heterogeneidad es muy antigua. Y su uso en las ciencias sociales proviene del debate latinoamericano desde comienzos de los años 60. Ahora es un término que entra al vocabulario internacional como si fuera un producto nuevo. La idea de heterogeneidad estructural era categoría central del debate latinoamericano de los 70.

El modelo eurocéntrico del Estado-nación implica poblaciones homogeneizadas culturalmente y en el fondo, también en términos raciales. En América Latina no solo no es real sino que no es posible históricamente y no es deseable. Creo que este proceso ya comenzó en América Latina. El vasto movimiento de las poblaciones dominadas -indígena y negra- está en sus comienzos. Esto va a implicar una revolución epistemológica y política.

¿Por qué tiene importancia to-

avía el Estado-nación que impulsó la modernidad?

El Estado-nación en términos no eurocéntricos aún es importante para América Latina porque hay una forma de ciudadanía que no hemos sabido conquistar del todo. Pero, al mismo tiempo, es indispensable ser conscientes de que hay otras formas más reales de ciudadanía vinculadas a estructuras de autoridad que no son estatales, que son sobre todo comunales. Yo sospecho que en el período que está ya ingresando va a haber una relación y un conflicto entre una estructura de autoridad de tipo estatal y una estructura de autoridad de tipo comunal. Es decir, una ciudadanía postnacional ya está en camino.

¿Qué síntomas hay de que esté en camino esa nueva ciudadanía?

Por las tendencias inherentes al capitalismo contemporáneo la posibilidad de trabajo asalariado es decreciente. ¿La inmensa masa de población mundial que no puede conseguir empleo asalariado qué hace?, ¿se suicida colectivamente? Lo primero que hace es admitir cualquier forma de explotación para sobrevivir, está de regreso y en expansión la esclavitud, con los más débiles. Está de regreso la servidumbre personal. La pequeña producción mercantil independiente es ubicua, es el corazón de lo que se llama economía informal. Pero está también de regreso la reciprocidad, es decir este intercambio de trabajo y fuerza de trabajo que no pasa por el mercado. Y la estructura de autoridad que se va constituyendo de otra manera. La reciprocidad tiene tendencia comunal en todo el mundo, especialmen-

te en las grandes ciudades del Tercer Mundo, en México, Río, Lima, Chile.

¿Un buen deseo de la nueva izquierda?

No se trata de un deseo o de una ideología: la gente puede ser de izquierda, de derecha, fascista o lo que sea, el hecho es que atrapada entre la falta de empleo asalariado y la necesidad de sobrevivir en el mercado. Hoy día no se tiene nada que no se compre o no se venda. En esas condiciones tiene que empezar a encontrar formas de vida que comienzan siendo manera de sobrevivir pero que al mismo tiempo generen racionalidades sociales nuevas, alternativas.

¿Cómo descolonizar el poder?

Toda relación social es poder pero toda relación social tiene dos dimensiones: una es material y otra es intersubjetiva. Las dos están entrelazadas pero no necesariamente tienen ritmos idénticos. La descolonización supone una redistribución mundial del control sobre recursos de producción y sobre las instituciones de autoridad en el mundo. Descolonizar quiere decir eliminar de la racionalidad universal contemporánea todos aquellos elementos que han sido producto de la dominación colonial. No solamente hablamos de esta dominación política colonialista sino en términos de la dominación entre las gentes. que es en última instancia lo que cuenta. En América Latina somos independientes desde 1800 pero la discriminación racial significa una relación de dominación colonial entre las gentes. La descolonización no significa autonomía sino la búsqueda de una racionalidad

alternativa despojada de los elementos de una racionalidad racial, eliminar redistribución mundial sobre los recursos y de autoridad.

¿Qué expectativas tiene América Latina de llegar a esa democratización de las relaciones sociales?

La democratización de las relaciones sociales en América Latina implica defenderse del eurocentrismo, descolonizar la epistemología y descolonizar las relaciones sociales. Eso depende mucho de nosotros. Si somos capaces de llevar la pelea por la descolonización del conocimiento que nos permita reconocernos como lo que somos. Eso nos permitirá abordar nuestros problemas de manera realista y en consecuencia realizar una vasta movilización por la democratización de las relaciones sociales, por la institución real de una ciudadanía plena, que no consista en votar o no votar sino en ejercerla en cada rincón de la vida cotidiana.

¿Eso implica un cambio en los papeles del Estado?

El Estado requiere ser refundado sobre la base de las demandas ciudadanas no sobre la base de las necesidades del lucro y de la ganancia del capital financiero mundial, que es totalmente predatorio y que, por lo mismo, encuentra que la democratización es un obstáculo absoluto. *

¿Cómo se manifiestan en el arte las problemáticas sociales actuales?
El artista tiene que asumir que es productor de un objeto de consumo.

El arte debe tocar el nervio del tiempo

¿Cómo participa el arte en el discurso cultural ahora, a la luz del pensamiento posmoderno?

El arte replantea el problema de las relaciones de poder. El arte trata de reconstituir los discursos, de reconocer que el sujeto de la modernidad ha cambiado, que hay nuevas formas, más complejas, de ver y de entender al mundo y nuevas formas estéticas.

¿Cómo entender el arte en la época de la disolución del objeto artístico?

En el arte, lejos del objeto, hay un proceso interpretativo. El objeto de arte, sea en forma de pintura o de escultura o cualquier medio, no tiene existencia o por lo menos no tiene legitimidad hasta que haya pasado por un fondo interpretativo. El gran problema que tenemos ahora es ponernos de acuerdo sobre cuáles son los criterios y cuáles son



Kevin Power es curador y catédrico británico. Estuvo en Ecuador en un taller sobre Globalización y Fragmentación.

las ópticas con los que estamos mirando e interpretando este objeto de arte.

¿Cuáles serían esas ópticas de evaluación, digamos de un objeto de arte, cuando se supone que no se puede mirar el arte en 'blanco y negro'?

Lo que no nos sirve a la luz de estos tiempos es una óptica meramente estetizada occidental, pero tampoco un acercamiento formalista al arte. Creo que lo que necesitamos reconocer en el arte es que tenga un contexto específico de producción y que parta de un concepto. El que mira el arte, sobre todo latinoamericano, tiene que acercarse a sus raíces - sean del centro o sean de la periferia - sin una mirada formal. Mientras que el europeo, el estadounidense, viene con un bagaje histórico estético casi inconsciente de su poder. Esto, de alguna manera, se está cuestionando

ahora, de la misma manera que se está tecnificando el objeto de arte como una expresión elitista. Creo que una nueva mirada parte del reconocimiento de que cada vez más el objeto de arte forma parte de una cultura de consumo. En este momento me parece que la cultura es la cuarta industria mundial y el papel del objeto de arte ha cambiado radicalmente como consecuencia de esa fuerza del mercado. El estudio de los mecanismos de producción, circulación y consumo del arte -entendido como dato cultural relevante- adquiere una singular importancia para proponer nuevas visiones.

¿Entender al objeto artístico como simple objeto de consumo no se contradice con el papel del artista, del intelectual?

Creo que hay mucho prejuicio en relación al tema. Y lo que estamos tratando es de buscar una manera de desmitificar el papel del artista dentro de una sociedad como la nuestra. Por eso hay que entender el objeto dentro de lo que es un sistema de mercado y al artista como un productor de bienes culturales que son de consumo. Esa visión prejuiciada tiene que ver con un fondo radical: el papel del artista en la modernidad. En la modernidad el artista fue un ser elitista excepcional, casi paralelo a lo que podría ser la misma estructura de la burguesía de un fin de siglo en la que había el hombre excepcional, aquel que estaba vinculado con el poder. Yo pienso que este tipo de relación es insostenible en este momento.

¿Cuál es el papel del intelectual en la posmodernidad?

El papel del intelectual es cuestionar, cambiarse de un estilo que fue esencialmente dialéctico en la modernidad hacia una situación más deliberante para reconocer que no tiene una situación privilegiada dentro de un contexto sino que es parte de ese contexto.

¿Se puede pensar que en la modernidad el intelectual tenía una posición de poder frente al otro y que en la posmodernidad debe tener el papel de contrapoder?

Sigue teniendo poder porque sigue teniendo las herramientas de análisis para relacionarse con el poder. Pero lo que está cambiando a la vez son los criterios de ese análisis. Considero que si hay una cosa positiva de la posmodernidad es que se ha cuestionado en todos los campos lo que se ha llamado los meta-discursos y las visiones hegemónicas totalizantes y, como consecuencia de ello, nos encontramos en un momento dudoso, excitante, inseguro pero, insisto, excitante. Yo creo que el intelectual puede ubicarse cómodamente dentro de la incertidumbre, pero puede ser muy complejo estar inmerso en ella. Es un buen momento para los intelectuales, para los artistas, porque somos y nos mostramos menos totalizantes en nuestras expresiones, en nuestros puntos de vista.

¿Cómo asumir ese papel dentro de toda una realidad como la actual?

El artista es producto de esa realidad socioeconómica, su arte es producto de ello. Creo que lo fundamental -aunque se trate de una manera modernista de ver al arte- para el artista, su produc-

ción cultural, es ver el nervio del tiempo y también, a mi parecer, lograr establecer cierta distancia crítica de sus propias actitudes creativas, de cuestionar lo que se está haciendo, tener un cierto fundamento conceptual. De ser más reflexivo, más consciente de lo que se está pintando o construyendo.

Si el papel del artista y su objeto de arte ha cambiado se entiende que el papel del crítico, del curador, también. ¿Se revierte ese papel?

El papel del crítico en el Ecuador es muy curioso, y esencialmente a mí me parece un producto del poder. El curador es, precisamente, un producto de los años 60, cuando las grandes exhibiciones se convierten en el teatro del espectáculo, en el momento en que el arte cumple una forma de espectáculo. El curador, entonces, es el que lo organiza y el que asume un papel más dominante. Hasta hoy, el curador sigue siendo eso. Lo que me parece mucho más interesante es el papel del crítico del problema contemporáneo. En la actualidad, y casi por fuerza, el crítico es excesivamente cómplice del propio sistema porque también esa existencia depende de esta complicidad. Uno de los grandes peligros es el hecho de ir minando esta independencia crítica.

Dicen que los momentos de crisis son los mejores momentos para la creación. ¿Se ve expresada esa crisis, incluso ideológica, en el producto cultural nacido de esta época?

También creo que la crisis es un buen momento para el pensamiento: todo es-

tá bajo cuestión y no hay verdades absolutas. La consecuencia es la de renovar.

Sin embargo, se ha cuestionado a la posmodernidad el 'todo vale'.

El ataque en contra de la posmodernidad como una banalización de la cultura me parece absolutamente injusto e inadecuado. La posmodernidad da lugar para tres discursos fundamentales: el discurso de las feministas, que nace en los años 60 y en el mismo ámbito de la posmodernidad; el discurso de las libres opciones sexuales, el discurso de los gay, de las lesbianas; el discurso de las tolerancias. La inclusión de lo que se llama el discurso del otro, la mirada hacia la periferia, la búsqueda de nuevas formas o nuevas maneras de representar el presente es lo que nos trae la posmodernidad. Es cierto eso de que implica también cierta pérdida de confianza ante el discurso hegemónico occidental.

¿Cuando se habla de la banalización de la cultura por parte del discurso posmoderno se lo mira con prejuicio?

Cuando se utiliza la visión de la posmodernidad en la mayoría de las ocasiones se está pensando en visiones simplemente de moda, de diseño, es decir, del aspecto superficial del término, pero no se está pensando realmente en los argumentos filosóficos que implica la posmodernidad. Lo que no ha entendido la izquierda es que la posmodernidad le puede ser muy útil. *

Los problemas *no están solo en la frontera norte. El país no asume sus problemas de violencia interna. El tejido social se está descomponiendo.*

Ecuador debe mirar fronteras adentro...



Eduardo Pizarro es analista colombiano. Es director del Instituto de Estudios Políticos de la U. Nacional de Colombia.

¿Cómo se explican las situaciones de violencia que está viviendo Colombia y que, al parecer, tocan a Ecuador?

La experiencia colombiana, sobre todo en regiones más allá de la frontera agrícola, en regiones de colonización, en regiones selváticas donde hay una débil y precaria presencia del Estado o donde la presencia del Estado es puramente traumática -como fuerza armada pero sin servicios públicos ni carreteras ni escuelas ni hospitales- y, a su turno, donde hay corrientes económicas ilegales, como el tráfico de drogas o armas en una economía al margen de la economía normal, se generan condiciones excepcionales para la emergencia de grupos organizados, tanto de delincuencia común como de delincuencia de carácter político. Esas redes generan relaciones de justicia incluso al margen

de la legalidad y crean formas de regulación en la población. Esas relaciones se están produciendo no solo en Colombia sino en Brasil en las zonas de explotación del oro, en Venezuela y también en Ecuador, en las zonas de explotación petrolera.

¿Cree que es una especie de reflejo condicionado, dadas las circunstancias de Colombia, pensar que lo que está pasando en el Ecuador es lo que pasa en Colombia?

La situación de Colombia evidentemente tiene y va a tener una expresión regional, porque se está viviendo un dilema nacional y regional. Se puede solucionar el conflicto interno a través de la vía negociada o esta puede fracasar y se puede agravar dramáticamente. Indudablemente esto va a tener incidencias regionales. Sin embargo, es muy

probable que los ecuatorianos descubran con preocupación que se estén generando fenómenos de descomposición interna que tengan relativa autonomía con respecto al fenómeno que está viviendo la sociedad colombiana. En la sociedad ecuatoriana también existen factores que pueden determinar la descomposición del tejido social, el empobrecimiento creciente de la población, crisis del aparato estatal, de la justicia, debilitamiento de las instituciones policiales que pueden estar en el origen de fenómenos de criminalidad organizada con raíces internas. Me parece que Ecuador debe mirar tanto los riesgos provenientes de Colombia como los riesgos proveniente de su propia crisis. Ambas lecturas son importantes para evitar justamente pensar que todo viene de afuera y que no hay problemas endógenos internos que puedan ser el origen de los conflictos.

¿La hipótesis de que el secuestro a los 12 extranjeros en la frontera norte venga de las FARC es descabellada?

En Colombia, en El Salvador, en Guatemala, en México, ha habido experiencias de que antiguos miembros de los grupos insurgentes, luego de los procesos de reinserción política en la vida democrática, han continuado con actividades que se hacían en el movimiento guerrillero como el secuestro y la extorsión. Es decir, delincuentes comunes que, dados sus antecedentes políticos, conservan un discurso justificativo de sus acciones. Por ejemplo, realizan secuestros extorsivos con el pretexto de la redistribución de los ingresos. No me

parece improbable que el secuestro en la frontera haya sido realizado por antiguos guerrilleros o antiguos delincuentes políticos de naciones andinas que, con un cierto ropaje romántico de la lucha por la ecología, están realizando un secuestro extorsivo. Este secuestro va en contravía, a mi modo de ver, con los intereses de las FARC, porque ellos ven con preocupación que continúe la militarización de la frontera y que esta afecte la libre circulación de armas y drogas.

¿Y los paramilitares?

Carlos Castaño, como parte de su estrategia, ha amenazado a todos los gobiernos vecinos, a Panamá, Venezuela, Ecuador con la formación de ejércitos paramilitares. Esto hace parte del proyecto de Castaño de militarizar las fronteras. Para su posición, la militarización es positiva y eso se inscribe en el proyecto estratégico de Washington. Unidades de la guerra selvática en Ecuador y de combate fluvial en Perú hacen parte de la estrategia de EE.UU. Ambas estrategias pretenden quitar a las FARC armas y debilitarlas económicamente.

¿Qué tan peligroso puede ser para el país pensar que los problemas vienen de Colombia?

El problema fundamental con las cortinas de humo es que una sociedad puede perder su capacidad de autocrítica y autorreflexión sobre los propios conflictos internos y, evidentemente, cuando esto ocurre hay una menor capacidad de redefinición de la problemática nacional.

¿Cómo medir esos conflictos?

De la experiencia colombiana a lo

que está pasando en Ecuador se puede ver que el Ecuador va por un peligroso camino sin retorno. Un aumento en las tasas de criminalidad en los centros urbanos, violencia organizada, secuestro, asalto bancario que implica un nivel superior de organización de las bandas delictivas (armas, vehículos, recursos, casas de seguridad). Cuando eso sucede, la sociedad debe comenzar a mirar con preocupación. La violencia tiene un punto de no retorno donde su desbordamiento comienza a afectar la seguridad del Estado. Es muy difícil combatirla cuando desborda la capacidad del Estado, de la justicia, del aparato policial, cuando se genera hacinamiento en los centros carcelarios, cuando se detecta un cierto desarreglo en el tejido social, cuando la criminalidad adquiere legitimidad como forma de enriquecimiento rápido y cuando comienza a atraer a estamentos jóvenes.

A esa violencia se la ha combatido con estados de emergencia. Con la desconfianza frente a la autoridad y, a la vez, con un rechazo a la represión en la que todo eso devino, el proyecto fracasó. ¿Cómo reconstruir el tejido social?

Hoy en día en América Latina, con los niveles de pobreza existentes y con el debilitamiento del tejido social se está gestando un ambiente favorable para el desarrollo de formas de criminalidad muy fuertes. Es improbable que haya a mediano y corto plazos una respuesta estatal eficaz para mejorar las condiciones de vida de la población. Hay fenómenos de crecimiento de la criminalidad en todos los países latinoamericana-

nos. Dada la crisis y los pocos recursos hay que pensar mucho en formas de control social donde las fuerzas de policía, justicia, sistema carcelario van a ser determinantes. Eso implica la redefinición del concepto de seguridad ciudadana.

¿Una policía cívica? ¿Cómo?

No es imposible. Hay que construir, desde los barrios y las zonas populares, una estructura de seguridad ciudadana participativa, con planes de desarme de la población dirigidos por los alcaldes, planes educativos a favor de la solución negociada de las tensiones sociales, un tipo de justicia basado en la reconciliación entre los involucrados en disputas. Es decir, hay que repensar todo eso que tiene que ver con la democracia participativa. No es fácil pero no todo se puede basar en la lucha contra la pobreza o en los recursos que se necesitan sino que se necesita mirar desde adentro y crear una dinámica en la que los conflictos se resuelvan desde la sociedad.

¿Se puede vivir en violencia?

Se puede convivir en la violencia pero esta trae efectos devastadores. En Colombia tenemos un tejido social muy destruido, una red de solidaridad social muy afectada y, en ciertas zonas del país subculturas de violencia. Todavía la sociedad ecuatoriana está en el momento de evitar que la violencia llegue a niveles de México, Brasil, Nicaragua, El Salvador, donde recuperarse, es muy complejo. *

(3 de octubre de 1999)

**Todavía no entraba en el debate el Plan Colombia.*

Menos inversión en lo financiero y más inversión en lo productivo. Una economía popular y solidaria se presenta como un modelo alternativo.

La salida a la crisis no es el asistencialismo



José Luis Coraggio es economista argentino. Asesor de la 'Red Temática Políticas Sociales Urbanas' de la Unión Europea.

¿Hay propuestas y salidas para América Latina frente a la crisis económica actual?

La respuesta usual a esto es políticas compensatorias, asistencialistas, para evitar una situación política nociva, o por argumentos de ética y moral (los políticos siempre ofrecen su 'plan social'). Pero casi siempre son políticas que están condenadas al fracaso porque no atacan las causas del problema. No dan una solución capaz de generar un espacio alternativo donde los sectores excluidos puedan generar sus propias estructuras económicas, sino que lo dejan en una situación de dependencia del gobernante de turno, de las sociedades de beneficencia o de los programas sociales asistencialistas que, además costarían cada vez más. Es tan terrible la exclusión que algunos estiman que un tercio de la población podría nunca

llegar a tener empleo en el futuro y que un tercio tendría solamente empleo precario y estaría integrado.

¿Cómo hacer de esta situación una coyuntura para generar otras estructuras económicas más democráticas?

La propuesta es la de generar, fomentar, organizar, promover, un sistema de economía popular, un sistema de economía centrado en el trabajo, una economía que se está reestructurando y que ve al trabajo como recurso y cuyo desarrollo dependería de la calidad creciente del trabajo, de sus capacidades y de sus relaciones. De hecho hay una enorme cantidad de actividades por cuenta propia, del movimiento cooperativo, de ayuda mutua y muchas actividades que finalmente no son vistas como económicas pero lo son.

¿Se puede hablar de una economía popular con estados como los nuestros que son cada vez más reducidos, flacos?

Si esas experiencias de economía popular apuntan al desarrollo de la economía del trabajo sistemático, se puede lograr algo. El problema es que todos los recursos públicos hoy están siendo utilizados para políticas asistencialistas. El Estado debe cambiar ese sentido y dirigir esos mismos recursos al desarrollo de la economía popular. Cierto que hay una tendencia a minimizar al Estado, pero todavía hay fondos considerables que el Estado gasta y que son utilizados de manera clientelar. El punto está en usarlos eficientemente para fomentar una base autónoma de economía, del trabajo en la sociedad.

¿Piensa que se están confundiendo las políticas sociales con políticas asistencialistas?

Así es. Los estados hoy están empujados por el Fondo Monetario y el Banco Mundial a reducirse y a ser eficientes en el cumplimiento de ciertas metas. En lo social, esas metas son asistencialistas. Para hablar de una economía más democrática hay que hablar de un cambio de cultura, de un cambio de perspectiva y tiene que incidir además sobre la política económica.

Para ello el Estado necesitaría recursos destinados, por lo menos, a cubrir con educación, salud, servicios básicos. ¿Cómo?

La economía popular tiene que ir acompañada de una política fiscal progresiva y no regresiva como es ahora. Ese cambio implica acabar con la im-

punidad y la evasión fiscal y que esos recursos se canalicen para esta economía del trabajo. Implica también que los sistemas de justicia pongan la justicia al alcance de los sectores populares y que se redefina el concepto de legalidad. Hoy el 60 por ciento de actividades comerciales está en la ilegalidad, entonces es fundamental permitirles desarrollarse no como economía subterránea sino con legitimidad pero con políticas de Estado, creando nuevas estructuras que podrían vincularse con la economía del capital y con la economía pública. Implica, por ejemplo, usar el poder de compra para que al gran capital le interese el mercado popular.

Eso implica no solo un cambio de mentalidad desde las elites o desde la política sino un cambio de cultura en el consumidor y al productor.

Claro. Es hora de ponerle condiciones al intercambio. Y eso implica una lucha desde la cultura, para que la gente se dé cuenta que cuando compra un producto importado está comprando algo que puede ser más barato pero que puede ser de menor calidad que lo que se produce en su país. Al consumidor hay que mostrarle que además, eso genera desempleo. Hay que iniciar campañas para comprar productos dentro de esta economía del trabajo y que esos productos obviamente tienen que ser de buena calidad. Esto supone generar una plataforma que se dirija a desarrollar calidades y las capacidades de la producción y de la organización económica.

¿Cómo lograr esos cambios desde la base de los movimientos so-

ciales cuando estos movimientos sociales están pensando todavía en el Estado paternalista?

Hay que luchar contra esa cultura donde el clientelismo del Estado es apoyado por una actitud basada en las grandes carencias que tienen los sectores populares y que ven su vinculación con el Estado clientelar como una manera resolver necesidades. Para eso hay que democratizar el sistema político, es decir hay que atacar al clientelismo.

¿Hay ejemplos en América Latina de esa economía popular de la que usted habla?

Sí. Se están desarrollando redes de trueque muy importantes que incluso generan su propio dinero interno. En Argentina hay una red de trueque que tiene 60 000 participantes, donde personas que tienen capacidad de producción ociosa porque no tienen empleo y a su vez tienen necesidades, se juntan, intercambian sus trabajos satisfacen su necesidad de una manera solidaria. Otro caso es la Prefectura de Puerto Alegre en donde se ha desarrollado toda una serie de programas para mejorar las condiciones de vida de las mayorías a través de usar su poder de compra para bajar los costos de vida, de fomentar el trabajo artesanal, fomentar las ferias donde se encuentran los productores rurales y los urbanos. Otro es el de Villa Salvador en Lima que es una ciudad dentro de la ciudad que fue organizada en un desierto por la misma gente y tiene ahora su propio parque industrial y se autogobierna.

Esos ejemplos no se constituyen en referente. ¿Por qué?

Por desconocimiento. Tengo un banco de datos de 120 experiencias de este tipo que serían ejemplo para América Latina. Lo que pasa es que es más difundido el modelo exitoso neoliberal que este momento está fracasando en América Latina.

¿Por qué el fracaso?

Porque se empezó a convertir todo en capital financiero y ese capital financiero se volvió volátil y desestabilizó las economías, le restó a la producción. En Argentina se apostó al capital financiero y la estabilidad financiera creyendo que eso iba a traer gran capital para que viniera a salvar la producción y eso no ocurrió. El gran capital vino solo a captar el mercado interno. Ese modelo genera altos costos de vida y no es el ejemplo a seguir, en países sobre todo como el Ecuador que tiene una historia de cooperación, de comunalismo, de asociativismo que es condición fundamental para poder desarrollar una economía popular, solidaria. Hay que volver a invertir en la producción, que da trabajo y alejarse de las inversiones financieras que son meramente especulativas. ¿Cómo? Con políticas de Estado coherentes que bajen intereses para que la inversión financiera deje de ser buen negocio y sea buen negocio producir, generar empleo. *

En el imaginario de las sociedades latinoamericanas el exterior es el paraíso. A esto contribuyen la poca autoestima, más la crisis y el desempleo.

Migrantes: entre la ilusión y la nostalgia



Teófilo Altamirano es antropólogo peruano. Es catedrático principal de la U. Católica del Perú. Experto en migraciones.

¿A qué se debe la ola de migraciones en América Latina?

En Ecuador, Perú, Bolivia, el tema de las migraciones se ha vuelto cotidiano. Pero no es reciente. Es un tema de los últimos treinta años y que empezó siendo un problema de países que tenían cierta inestabilidad política. Ahora, las migraciones no tienen tanto que ver con esa inestabilidad -las dictaduras en América del Sur fueron un motivo crucial para escapar hacia otros rumbos- sino que tienen que ver con muchos factores que están atados a la crisis. En el caso peruano, la violencia y la crisis económica aceleraron el proceso migratorio e incrementaron el volumen de las migraciones en la década de los ochentas. En el Ecuador el fenómeno se vive de la misma manera. En el 91 estuve en la Universidad de Cuenca y recuerdo que cinco estudiantes habían

preparado sus tesis sobre la migración azuaya y el impacto social y cultural. Esas migraciones tienen antecedentes en los años 70 y, en ese entonces, se decía que había 30 mil azuayos fuera de sus pueblos. Esos migrantes se convierten en contactos para nuevas migraciones que se dan hoy, por la crisis económica y el desempleo.

En el imaginario popular se piensa que afuera se está mejor que acá... pero la realidad no indica eso. ¿Por qué entonces la gente opta por irse al exterior?

Por ilusión, por esperanza de un cambio que está, sobre todo, sustentado en los ingresos económicos y en la capacidad adquisitiva. En cuanto al imaginario... quienes están fuera del país, así hayan estado en trabajos forzados, van a contar sus éxitos y no sus fracasos. La mayoría de migrantes muestra sus lo-

gros, sus satisfacciones, el dinero que consiguieron, pero no va a contar sus malos ratos. Es como un mecanismo de defensa. Ese mecanismo produce un efecto entre quienes se quedan: ser como los exitosos que están afuera. Por eso el esquema se repite: quien tiene un tío que le fue bien, opta por irse y seguir sus pasos. El imaginario está construido en la medida en que se propagan los éxitos y los réditos económicos.

Las migraciones tienen un costo y un beneficio. ¿Pesan más los beneficios?

Hay muchos costos. Hay costos culturales como el desarraigo, hay costos lingüísticos, discriminación racial y hay fundamentalmente un costo emocional. Siempre es difícil irse en busca de un destino incierto, a un contexto desconocido. Evidentemente hay un costo psicológico que el latino tiene que pagar fuera de su país por el mismo hecho de sentirse extraño y de estar solo.

En cuanto a los beneficios se puede hablar de mejores posibilidades de ingresos aunque no se hable de un mejor trabajo.

¿Los inmigrantes asumen los costos que, en términos de marginalidad, se producen?

Por lo general no importa la vejación o los sacrificios frente a mejores salarios. La mayoría de la gente se va 'a la buena de Dios' y luego soporta circunstancias durísimas, con tal de ayudar a sus familias. Esos migrantes se convierten en intermediarios para proteger y entrenar a los que llegan y les ayudan a insertarse a la economía de su país de destino.

¿Por qué los migrantes prefieren buscar otros destinos en lugar de trabajar por el país?

Las encuestas y los censos migratorios en el Perú, al preguntar a los ciudadanos el móvil de su partida, daban como respuesta que el 70 por ciento de la población quisiera irse porque en su país ya no había posibilidades de sobrevivir por la crisis y la situación económica. Esto muestra que la autoestima de los latinoamericanos se deteriora con la crisis. Dentro de esa valoración, países europeos, Estados Unidos y Canadá aparecen entre los destinos prioritarios.

¿Hay una construcción cultural que haga que los latinoamericanos pensemos que en el exterior todo es mejor?

Claro que sí. Desde la conquista. Hay una tendencia a sobrevalorar todo lo que es europeo o extranjero dentro de la escala valorativa. Las elites mismas han pensado en Europa como centro de estudios, como fuente de prestigio. Por eso, en los años 30 -y luego en los 70-, París era centro de la cultura. Se piensa que la historia, la tecnología, las ciencias, las artes, son sinónimo de país extranjero.

Es como si se pensara que el desarrollo está afuera y jamás dentro de nuestros países. Dentro de esa escala valorativa América Latina está identificada con subdesarrollo, con pobreza, con miseria, con sumisión. Todo ello tiene que ver con las construcciones culturales y con los imaginarios. En general, los latinos preferimos consumir lo que nos viene de afuera y le damos muy poco valor a lo que son nuestros países.

¿Si la autoestima se deteriora cómo es que, una vez lejos, miran con nostalgia a su tierra?

También por un mecanismo de defensa. Suele ocurrir que los migrantes crean sus propias colonias con lo bueno de su tierra. Por eso es común ver a los ecuatorianos, por ejemplo, escuchando los sanjuanitos o los pasillos, comiendo platos típicos, emocionándose con aquello que les trae recuerdos de su tierra. Es una manera de protegerse y de recrear la cultura y mantenerla viva. Lejos se crean incluso guetos o clanes en los que se ayudan entre sí, tejiendo ciertas redes de solidaridad para que el "shock" no sea tan dramático y para menguar el impacto que ejerce los procesos de la migración.

¿Es decir que entre los migrantes se forma un nuevo tejido social? ¿Se construye allá una nueva imagen del país de origen?

Así es. El que se va sabe que tiene paisanos que velarán por él en los primeros años. Una especie de red que, además, está auspiciada por organizaciones no gubernamentales, grupos que se preocupan de protegerlos, grupos cristianos y caritativos que abogan por los residentes en el exterior. De alguna manera los códigos de identidad, menospreciados desde adentro, se recomponen en el país de destino.

En Europa, por ejemplo, los latinos muchas veces son desplazados porque llega un momento en el que allá tampoco hay posibilidades de trabajo. ¿Cómo se explica entonces que la migración continúe?

Hay de todo. Es decir, hay políticas más tolerantes que otras en cuanto a la migración. Hay las famosas loterías de visas y las ofertas de trabajos que, por lo general, no son trabajos que quiera realizar cualquiera. El Partido Socialista Obrero de España, por ejemplo, ha sido tolerante con los migrantes y ha motivado debates sobre las condiciones de los migrantes. Pero también hay discursos intolerantes y hasta fascistas, no falta quien habla de invasión, de que los inmigrantes despojan a los otros, de que son causantes de los males que se viven en otros países.

En determinado momento se ha hablado de 'fuga de talentos' porque todo el mundo quiere irse... ¿Por qué el Estado no interviene con políticas claras?

Porque para el Estado, para los gobernantes, resulta mejor. Es decir, las cifras del desempleo se reducen, mengua la eclosión social que podría haber el momento en que no haya una fuga de desempleados a otro país.

Por esa razón es que no hay políticas migratorias ni van a existir. A los políticos no les interesa controlar esas fugas, porque tampoco tienen la capacidad de ofrecer empleo a sus ciudadanos. Por esa razón más bien buscan facilitar la migración. *

(10 de octubre de 1999)

**350 000 ecuatorianos se han ido en un año en busca de un mejor destino. La migración creció después de la crisis.*

Con la combinación de las virtudes de la democracia liberal y de la democracia indígena se puede construir una nueva cultura política.

Entre indios y mestizos hay recelo colonial



Victor Hugo Cárdenas fue vicepresidente de Bolivia representando al movimiento indígena. Es un estudioso del tema.

¿Cómo define el protagonismo político de los movimientos indígenas en América Latina?

Hasta los años setentas y ochentas, no aparecía el movimiento indígena como actor social menos como actor político. Sin embargo, durante los 90's se ha convertido en un actor social y actor político. Los movimientos indígenas asumen desafíos que deben tener los partidos políticos. Su plataforma no se reduce a planteamientos de campesinos e indígenas, sino que tiene la intención legítima de expresar intereses de otros sectores. Esta evolución, en general, es positiva, no solo en mi país en Bolivia, también en Ecuador, Perú, México, Guatemala. El panorama de movimientos indígenas en el continente es que, progresivamente unos más que otros asumen el desafío de convertirse de actores sociales en actores políticos.

¿Los logros de los movimientos indígenas corren el peligro de ser plataforma de los políticos tradicionales?

Como este es el tiempo de los primeros pasos de estos movimientos indígenas, obviamente hay dificultades. No hay ningún caso en ningún país donde el movimiento indígena como actor político sea hegemónico. Por el contrario tienen participación minoritaria todavía. Por eso algunas veces sus acciones y sus propuestas parecen ser utilizadas por sectores sociales, por algún partido o proyecto político. Desde el punto de vista indígena se ve esa relación con otros sectores como un apoyo mutuo necesario en el proceso. Hay un progresivo preocupante desencanto de la sociedad civil respecto de los partidos políticos. Yo no niego que hay indígenas que reproducen ese comportamiento

político pero también conviene ver que el estilo indígena de hacer política puede refrescar, puede oxigenar ese estilo tradicional.

¿Desde su experiencia como vicepresidente de Bolivia, qué condiciones ve en la posibilidad de ejercer el mandato del pueblo indígena sin caer en la politiquería tradicional?

Hay algunas condiciones a tomar en cuenta. En el caso boliviano, teníamos una propuesta democrática propia, pero no adscrita a la democracia liberal sino asumiendo sus virtudes y combinándolas con las virtudes de la democracia indígena. Otra condición fundamental es el tener un acuerdo programático viable para firmar la alianza con un partido tradicional y grande electoralmente hablando. Estas condiciones, entre otras, ayudan a que la gestión sea exitosa, a que no haya pretensiones exageradas que después conviertan a la gestión gubernamental con participación indígena en un fracaso.

¿Cuál es la diferencia entre la democracia occidental y la democracia indígena?

Hay que reconocer que la democracia liberal es la dominante, tiene mayor difusión de sus contenidos, fines y metodologías. Pero no podemos desconocer que hay otro tipo de concepción democrática. La democracia indígena por ejemplo se expresa en que el voto no siempre es secreto, ni siempre tiene un carácter individual: puede ser colectivo e incluso público. Otro elemento es que el reconocimiento de la autoridad elegida no se hace al comienzo se hace al

final de su gestión. A veces en la democracia liberal el primer día de posesión empiezan las fiestas y sin saber si va a tener una buena, regular o mala gestión. En el mundo indígena la autoridad entrante es una persona más y a quien se le festeja en el cambio de autoridad es al que sale si ha tenido una gestión buena. Un tercer elemento es que el cargo de autoridad no es un instrumento de poder y de enriquecimiento, por el contrario, es un servicio social. Así hay una larga lista. Dos vertientes que tienen diferencias pero también tienen puntos en común. Por eso en nuestros países, que son sociedades multiétnicas y pluriculturales, el camino es la combinación creativa de estas dos democracias.

¿Cómo trabajar en ese sentido cuando, entre mestizos e indígenas se desconocen?

El proceso de la construcción de una democracia de este tipo supone una nueva cultura democrática. En la medida en que se avance en esa nueva construcción y percepción de la democracia, irá disminuyendo el recelo del mundo indígena y del mundo hispano mestizo no indígena.

¿Por qué ese recelo, esa desconfianza mutua?

Por una herencia colonial, por un trauma poscolonial que tienen nuestros países. Hay sectores indígenas que desconfían de todas aquellas acciones políticas que hace el mundo mestizo y viceversa. No es raro ver a líderes políticos no indígenas que, al ver a indígenas en cargos de poder, automáticamente prejuzgan un fracaso o una mala gestión.

En las gestiones y decisiones políticas, los indígenas son convidados de piedra. Por eso están forzados a realizar acciones de fuerza. El trauma poscolonial se refleja incluso en los términos utilizados: a una protesta se la llama levantamiento como en la época colonial se hablaba de "pacificación". Las causas de esa desconfianza, de esos recelos, incluso de ese enfrentamiento son efectos del pasado colonial.

Se piensa en el sector indígena como un sector de obstrucción, de bloqueo, antidemocrático y hasta subversivo. ¿No se ha entendido su propuesta?

En Ecuador yo he visto junto a las acciones de organizaciones indígenas como el cierre de caminos, o marchas, planteamientos estrictamente marcados en el proceso democrático. Los movimientos indígenas quieren consolidar el proceso democrático, ampliar la participación social. También veo que hay malentendidos en la parte lingüística misma: recuerdo, en sus propuestas de reforma constitucional, se decía que los indígenas, con el término multinacional, querían dividir al país. Pero no. No querían ni dividir, ni separar al Ecuador sino que, manteniendo el carácter unitario del país, se planteaba un programa nacional que permita articular los intereses de otros sectores sociales. No conozco ningún movimiento indígena en el continente que esté desconociendo el sistema democrático. Todos, incluso los que eran partidarios de la lucha armada, han optado por el escenario democrático para consolidar sus planteamientos.

¿Es decir que el mundo mestizo puede hacer una lectura equivocada del planteamiento indígena?

El pasado puede ayudar a entender el presente. Recuerdo que el mundo mestizo decía que los indígenas querían partir al Ecuador cuando hacían su propuesta de multinacionalidad que luego fue introducida en la Constitución. Cuando yo conversaba con los dirigentes indígenas, bajo el lema Ecuador multinacional estaban varias ideas pero no la ruptura del Ecuador. Hay que tener mucho cuidado de proyectar nuestros prejuicios o nuestros malos entendidos, producto también de ese trauma histórico. Los pueblos indígenas tienen poca experiencia en la formulación de sus planteamientos. El mundo mestizo tiene mayor experiencia en esas formulaciones, a nivel lingüístico, comunicacional. Como ejemplo, en el caso del pueblo aymara, el futuro no está adelante, está atrás, lo que está adelante es el pasado. Ahí donde hay una percepción temporal diferente y una percepción espacial diferente hay que adoptar una actitud intercultural. Yo veo en varios países una reserva moral en el mundo indígena muy importante, una reserva ética que puede refrescar la política tradicional en proyectos de largo plazo. Por eso el tema indígena no debe ser preocupación solo de los pueblos indígenas sino de toda la sociedad.*

(16 de enero del 2000)

**Cinco días después los indígenas protagonizaron la asonada contra Mahuad y Antonio Vargas, de la Conaie, fue parte del triunvirato.*

Si bien la democracia representativa está en crisis actualmente es posible buscar espacios en los que se respeten las diferencias de la sociedad.

La democracia es igual a tender puentes



Günter Aschemann es cientista alemán. Está radicado en México y dicta cátedras de economía política, derecho y filosofía.

¿Qué es democracia hoy?

El fin de la democracia es asegurar la igualdad de las desigualdades. En lo formal, la democracia representativa está en crisis en todo el mundo. En Europa, en los países desarrollados, tenemos un cierto disgusto con el funcionamiento de la democracia en cuanto al tema de la partidocracia. Hay una gran desilusión en cuanto al funcionamiento idealizado de esa democracia que debería ser capaz de mediar entre los diferentes intereses y en la que debería existir una cierta representatividad de las voluntades de las diferentes fracciones de la sociedad. El juego de la democracia no puede funcionar si no funcionan los presupuestos e ingredientes republicanos y liberales del Estado. Si en el Estado no sirven los controles de los diferentes poderes, si no hay un mínimo de garantías de los derechos fundamenta-

les, si no hay equilibrio entre los poderes, no puede caminar una democracia.

¿Por qué la democracia entró en crisis?

Después del Estado de Bienestar y con los modelos de libre mercado y globalización, vinieron los problemas de la crisis económicas. La democracia formal, liberal, implica que el ciudadano da su voto y decide sobre quién toma las decisiones políticas pero no sobre las decisiones políticas. Hoy en día las demandas de los distintos grupos, de movimientos sociales, de fragmentos de la sociedad, no encuentran una canalización adecuada en las instituciones de la democracia liberal o formal. En ese momento vienen los problemas de representatividad.

¿La crisis económica es la causante de la pérdida de legitimidad

de las instituciones democráticas?

Por supuesto. En una democracia formal la gente vota, pero luego, quienes salen electos pierden su legitimidad por no cumplir las demandas de sus electores. La situación no mejora y la deslegitimación llega más pronto. Eso es una muestra del descontrol del sistema político dentro de la misma estructura institucional y de parte de la población. La situación hoy es que llegado un proceso de transición de la democracia está en riesgo la consolidación de esas estructuras e instituciones democráticas.

¿Qué requiere la democracia para funcionar en los países de América Latina y específicamente en el Ecuador?

En países como EE.UU., que debe ser el modelo más conocido acá, el ciudadano elige entre dos opciones que en realidad no se distinguen tanto una de otra y sabemos que la democracia no tiene grandes problemas de legitimidad porque la economía, aunque no crece tanto como hace 20 años, va bien y la crisis económica no está avanzada como para poner en riesgo las estructuras democráticas.

En América Latina es diferente por el hecho de que están en un proceso de doble transición. Por un lado hay una transición política a partir de los años 80. Y por otro hay un proceso de conformación de las mismas estructuras económicas que están cambiando. En América Latina se ha llegado a una democracia electoral que se queda en el plano formal, mientras hay muchas deficiencias del Estado para con las demandas de la sociedad.

¿La democracia participativa es una alternativa?

La participación tiene más que ver con esa idea de la democracia directa, es decir, que el ciudadano incida en las decisiones. Esa sociedad de masas, fragmentada, no permite una democracia directa. Pero como alternativa, se debería pensar en la descentralización, es decir, en delegar funciones estatales y de toma de decisiones a nivel provincial. Con eso hay más posibilidades de intervención del ciudadano. Pero hay otras alternativas, como la responsabilidad ciudadana, su participación en los organismos de control del Estado en los que influye realmente el ciudadano. Hay propuestas como ombudsman, organismos de control que estén en manos de la oposición, pero solo puede funcionar si hay un buen sistema de partidos, que, al parecer, en el Ecuador no funciona muy bien.

¿Los parlamentos del Pueblo son una alternativa a la democracia formal?

Lo que propuso la Conaie es interesante como proyecto. Ellos tienen una propuesta de dos cámaras, de una dualidad, con un Parlamento del Pueblo que canaliza las demandas del pueblo y, por otro, el Congreso y el Gobierno que tienen que dar una respuesta a esas demandas. Me parece una experiencia que puede ser interesante y que está en el marco constitucional. El problema de esos parlamentos es su legitimidad. Aunque tienen mucha simpatía no creo que la mayoría se sienta representada en ellas. Hay otro problema: los indígenas, la Conaie, al parecer piensan en

una democracia directa, casi al estilo ateniense. Pero en sociedades tan diversas y fragmentadas eso no es posible.

¿Cómo devolverles legitimidad a las instituciones democráticas existentes?

Un elemento básico para que funcione mejor el juego democrático es garantizar ciertas condiciones para que la sociedad y la gente puedan ejercer la ciudadanía de una manera más completa. Eso tiene que ver con el papel del Estado: los individuos deben tener unas condiciones mínimas materiales como vivienda, salud, educación para que, con base en eso, puedan participar en este juego. En el Ecuador creo que es necesario crear nuevas instituciones que, en conjunto con la sociedad civil, presionen al poder. Eso es difícil, no hay fórmulas mágicas, pero hay que hacerlo, es una tarea urgente.

¿Cuál es el papel de las elites políticas, de los militares, ahora, que también han perdido su legitimidad?

En los últimos sucesos del Ecuador nadie salió y dijo está en peligro la democracia con excepción de algunos partidarios de políticos. Pero hubo consensos por el derrocamiento de Mahuad. Encontré una cierta inclinación para apoyar el golpe de Estado y una cierta tradición golpista. Mi opinión personal es que, aunque sea una mala democracia, que funciona mal, peor es una dictadura. Una dictadura siempre responde a una lógica antidemocrática, autoritaria. Los militares deben, en la lógica democrática, estar subordinados al poder y no lo contrario.

¿Qué mecanismos aseguran la legitimidad del Estado?

Las elites y la sociedad deben debatir, crear consensos, debatir sobre los límites de la democracia formal; sobre (el) cómo hacer más efectivo los reclamos de los movimientos, de los intelectuales, de la sociedad civil y de las instituciones para procesar, de manera eficiente esas demandas. Pero esa es una tarea de futuro, a largo plazo.

¿Cómo las instituciones pueden convocar nuevos liderazgos y buscar representatividad?

El problema de la representatividad está en duda. El arte para el futuro es buscar reglas para vivir juntos, con la diversidad y no con un consenso universal al que no podemos llegar.

El problema es establecer un marco jurídico en el que vivamos en igualdad la desigualdad. En el mundo actual cada sector se representa a sí mismo. Los indígenas no se representan, son. Las feministas no se representan, son. Los ecologistas, los grupos étnicos, las minorías. En ese sentido no hay posibilidad de representatividad. Por eso democracia es hacer puentes entre los diversos grupos, fragmentos, identidades. Aunque no es un modelo que sustituya a la democracia electoral, tenemos que crear contrapesos, tender puentes, mecanismos que a la vez fomenten el bienestar general. *

(6 de febrero del 2000)

Modernización, desarrollo y globalización han sido malentendidos. No puede haber modernización solo en términos de tecnologías.

El desarrollo pleno está en la diversidad



Sergio Zubría es colombiano. Experto en temas de identidad y multiculturalidad. Participó en el seminario Cultura y desarrollo.

¿Cómo entender los términos cultura y desarrollo, si, a la par que se habla de países con una cultura rica y diversa, se piensa en América como metáfora del subdesarrollo?

Lo primero que hay que trabajar es el problema del subdesarrollo. El subdesarrollo es un concepto bastante criticado en el sentido de que porta la idea de que hay unas culturas de expresión superior y otras culturas inferiores. También trae consigo que hay un tipo de modelo ideal de cultura al que habría que irse aproximando. Con la explosión del multiculturalismo esos dos elementos se han modificado totalmente. Ahora es insostenible la premisa de que hay culturas superiores o culturas inferiores. Eso responde al etnocentrismo. Tampoco se puede sostener que el ideal del desarrollo de un país o una cultura es

parecerse a otra, es decir borrar su particularidad.

¿Si la idea del desarrollismo está caduca por qué se mantiene en el imaginario la percepción del subdesarrollo?

En América Latina se trató de implementar en la década del 60 y 70, lo que llamamos el desarrollismo: se hablaba entonces del milagro económico brasileño y se partía del supuesto de que había que copiar un tipo de ideal social y copiar alguna de aquellas culturas superiores e inferiores, ese ideal entra radicalmente en crisis en las praxis social y en la filosofía política. Y entonces empieza a revalorarse la idea de que una de las riquezas de la sociedad, uno de los elementos que le da fuerza a América Latina es la diversidad económica, la diversidad étnica, el multiculturalismo. Eso modifica inmediatamente la idea

del desarrollo. Si la multiculturalidad es una riqueza y no un obstáculo, la nueva idea de desarrollo es justamente que no hay un único modelo de desarrollo y que, además la idea de desarrollo no es parecerse a otras sociedades. El desarrollo tiene que respetar las identidades culturales y fortalecer la diversidad. Con esa teoría, en los 80 en las praxis sociales, en la filosofía política, en la clara revalorización de la interculturalidad, se ha modificado. El mismo Brasil es un ejemplo interesante porque son varias comunidades las que dan respuestas a la sociedad, reformulando los planteamientos desarrollistas. El movimiento social, por mencionar uno, reafirmó mucho lo religioso o la idea de la cultura negra, puso en escena nuevamente el tema del mestizaje en contra de la imposición de un modelo de modernización.

¿Eso significaría ir en contra de la modernización?

En América Latina hay como una tría de problemas en referencia a los términos modernización y desarrollo. Y es que confundimos los términos modernidad con modernización. Si la modernidad que deseamos es una modernidad que borre las identidades culturales y que imponga un modelo unívoco de desarrollo, es un asunto ya cuestionado. Hoy en día es insostenible que se esté buscando un tipo de modernidad-modernización que pueda potencializar las identidades culturales, las particularidades de las culturas. Todo lo contrario, se plantea un modelo que respete esas particularidades para que cada sociedad plantee su forma de desarrollo.

Con el modelo de desarrollo en crisis se habla de modelos alternativos a ese desarrollo. Esos modelos alternativos lamentablemente todavía tienen muy fuerte el referente de los países desarrollados. ¿Se podría pensar que el subdesarrollo está en la mentalidad, en la cabeza de quienes conforman esa sociedad?

Procesos tan largos, y conceptos tan atávicos como por ejemplo el etnocentrismo o la idea de subdesarrollo realmente se han interiorizado en las personas y en las instituciones. Hay una especie de introyección de lo que llamó Jesús Martín Barbero un "solapado etnocentrismo". Sí hubiese que hacer políticas educativas y políticas culturales para que trabajen esa subestimación, ese sentimiento de exclusión, ese imaginario de minoría de edad frente a aquellos países para revertir esos procesos de introyección, lógicamente esos procesos son largos pero sí hay que hacerlo intencionalmente trabajos de políticas educativas y políticas culturales que pueda revertir eso.

Para revertir esas políticas habría que despejar la idea de políticas paternalistas. ¿Cómo?

En el fin de siglo en América Latina hay un descentramiento de que el único patrón que organiza la vida es el Estado. Eso no significa que el Estado no tenga que seguir cumpliendo funciones. Allí está el debate neoliberal. El Estado no suplanta a la ciudadanía, ni el Estado frena el desarrollo económico. Simplemente adquiere otras funciones. La propuesta es que el ciudadano se con-

virtió en un personaje muy pasivo. Hay que volver a otorgarle de alguna manera una mayor actividad. Por eso creo que un elemento clave de América Latina en su proceso de modernización es su democratización.

¿Puede establecer un perfil de ese ciudadano activo?

Necesitamos un tipo de ciudadanía que logre recuperar democráticamente su actividad, su construcción de sentido, su finalidad de desarrollo. Ahí es justamente donde entra el Estado: creando condiciones para ello.

Se habla de una América Latina multicultural y de toda esa riqueza pero, en el fondo -y en la superficie- somos sociedades excluyentes. ¿Por qué?

Por motivos que se remontan a los procesos del descubrimiento y la conquista, operamos con lógicas interculturales, abiertas al dialogo con el otro y abiertas a la incorporación de otras culturas. Pero al mismo tiempo hay manifestaciones de negación del distinto: figuras históricas de este segundo momento son el descubridor, el conquistador, el evangelizador, el masculino, el blanco, el dirigente, el mestizo. Es parte del poscolonialismo.

¿Qué es estar en la modernidad, ser desarrollado y ser democrata hoy?

La modernidad se asocia con crear sujetos autónomos, crear altos niveles de representatividad política y formar en valores éticos muy ligados al pluralismo a la democracia y al ideal de igualdad y equidad. Lo que no es posible es reducir la modernidad a desarrollo tecnológico.

En el inicio mismo del proyecto de modernidad, como lo plantea Kant, el hilo conductor es que cada ciudadano se atreva a pensar por cuenta propia el ideal político y ético de la autonomía. Cuando hablamos de lo tecnológico estamos hablando de lo que, en términos técnicos, se llama modernización, pero no del proyecto filosófico, ético y político de la modernidad. Por eso existen muchos investigadores que en dos palabras diagnostican nuestra situación como una modernización sin modernidad. Una paradoja que se explica si se cree que la modernización es solo tecnología y no es sujeto autónomo. El orden que orienta la modernidad no es el de una racionalidad estratégica sino el de una racionalidad comunicativa: preguntémosnos, discutamos, hablemos, hagamos consensos y no solo eficiencia, eficacia...

¿La globalización también ha sido malentendida?

Cuando el concepto de globalización ingresa en estas latitudes se le identifica simplemente como internacionalización económica y tecnológica. Pero es mucho más complejo porque todas las expresiones de lo social son afectadas por el proceso. Hoy ya hablamos de globalización comunicacional, globalización cultural, globalización ecológica, etc. Hay autores que distinguen entre localismo globalizado (es decir formas de vida particulares que pretenden volverse universales), como efectos de los procesos globales sobre los asuntos locales. Una lectura tecnocrática de la globalización, empobrece.*

(19 de marzo del 2000)

La corrupción es un problema global. *La comunidad internacional tiene su parte al igual que las interpretaciones antojadizas de las leyes.*

La sociedad es cómplice de la impunidad



Alejandro Teitelbaum es argentino pero está radicado en Francia. Es representante de la Asociación Americana de Juristas.

¿Qué se entiende por impunidad en América Latina?

Su definición más simple es cuando no se sanciona a alguien que ha violado la ley, y que tiene que responder por sus actos. Quienes son responsables de sus actos y transgreden la ley tienen que ser castigados, tanto en derecho penal como en derecho civil. Si alguien firma un contrato y no lo cumple, si alguien tortura y no se lo castiga es impune. En el ámbito de los derechos humanos, el tema de la impunidad surgió con fuerza en América Latina hacia fines del decenio del 70, cuando muchos activistas de derechos humanos en América Latina se plantearon la cuestión. Algunos países latinoamericanos estaban en ese momento saliendo de dictaduras que habían cometido toda clase de atrocidades en materia de derechos humanos. Ahí se planteó que los responsables de

aquellos sucesos no deberían quedar impunes.

¿Se trata de un ajuste de cuentas de la sociedad?

El tema del rechazo a la impunidad no debe verse como un acto de venganza contra individuos particulares. La búsqueda del castigo a las barbaries de la dictadura debe verse como un ejemplo para mostrarle a la sociedad que no se puede hacer impunemente cualquier cosa. La impunidad con que actuaron los represores de las dictaduras en América Latina fue un elemento de perversión de toda la sociedad. En todas las escalas sociales se creó la idea de que uno podía hacer lo que quería con toda impunidad. Los actos de corrupción -las dictaduras siempre estuvieron acompañadas de corrupción generalizada del Estado- pasaban desapercibidas por la sociedad. Entonces se hizo necesario al-

go así como una cura social, como una necesidad de rescatar ciertos valores para la sociedad, que no se puede matar, que no se puede torturar, que hay que respetar al prójimo, que hay que respetar a los demás como personas.

¿Ud. cree que la sociedad latinoamericana ha sido cómplice de impunidad y de la corrupción? ¿Cuál debe ser el papel de la sociedad civil?

La razón de fondo es encontrar el porqué de la aparición de una serie de dictaduras en América Latina en un período determinado. Las dictaduras siguieron en América Latina un proceso de implantación de un cambio en lo económico en distintos países. En Chile, con Pinochet, se habló de modelo neoliberal, en Argentina, modernización, eficiencia, industria eficiente. Estos dos casos de nuevo modelo económico, dividieron tajantemente a la sociedad. Un sector mayoritario de la población que se empobreció y un sector minoritario cuya situación mejoró muchísimo económicamente -ricos y de nuevos ricos-, como consecuencia, la gente que se benefició con las dictaduras cerró los ojos, no vio lo que pasaba o decía que no veía lo que pasaba... Efectivamente, hubo un sector minoritario de la sociedad que fue cómplice de las dictaduras y de la represión. Lo estamos viendo ahora: esta actualización del caso Pinochet, en las manifestaciones pro-Pinochet están los ricos y acomodados y las familias de los jefes militares. En las anti-Pinochet, están las víctimas obviamente, los parientes de las víctimas y los sectores sociales más modestos.

El último libro de Mario Vargas Llosa es un retrato de la dictadura de Trujillo. El escritor dice que los dictadores en América Latina fueron capaces de seducir a cierto grupo social y lograr su complicidad. ¿Comparte ese criterio?

A Vargas Llosa yo lo considero un gran escritor. Pero los juicios políticos de Vargas Llosa no merecen ningún respeto. Él es un apologista del neoliberalismo y tiene en su currículum un episodio deplorable: una partida militar del ejército asesinó a ocho periodistas. Se designó un tribunal de honor para investigar la responsabilidad de las Fuerzas Armadas. Ese tribunal estuvo presidido por Vargas Llosa. Y dictaminó que las Fuerzas Armadas no tenían nada que ver... Pero hubo un juez que siguió el caso y llegó a la conclusión opuesta del tribunal de honor de Vargas Llosa. Así que las opiniones políticas o sociológicas de Vargas Llosa no me interesan.

¿Se puede hablar de neodictaduras en América Latina -Chávez, Fujimori, el referente de Castro en algunos sectores-? ¿Una vocación totalitaria o una falta de conciencia del significado de la democracia?

América Latina es un continente muy complejo. Quizá el que mejor lo describió fue García Márquez con su realismo mágico. Es muy difícil comprender lo que pasa en América Latina.

Fujimori apareció como una alternativa a todos los partidos políticos tradicionales del Perú que defraudaron al pueblo en sus esperanzas. Pero después

implantó una política antipopular neoliberal y se convirtió en el alumno modelo del Fondo Monetario Internacional. Eso le ha permitido dar el Fujimorazo, durar con el apoyo de la alta jerarquía militar.

El caso de Venezuela es muy difícil de explicar. Hay mucha gente que está pensando en viejos modelos y Chávez apareció como el nuevo Bolívar. Si pudiera hacer un paralelo con alguien, con Chávez en otras condiciones y en otro contexto, lo haría con Perón. Es un populista.

El caso de Cuba es especial: la revolución cubana significó un cambio radical en un país que estaba peor que todos en América Latina. En Cuba hay grandes cambios para la sociedad (salud, educación, vivienda y vida dignas) que lo reconocen los organismos internacionales como la Unesco, la OMS .

Pero eso no significa que no exista un régimen totalitario y que por ejemplo la libertad de prensa esté amenazada...

El proceso cubano está signado por dos factores: el embargo estadounidense que es una violación total del derecho internacional y de los derechos humanos y una serie de errores políticos y económicos que se han cometido y se siguen cometiendo. Creo que ningún proceso político ni social se puede llevar adelante con un pensamiento único. No creo en la infalibilidad de las personas. La respuesta del Gobierno cubano censurando y con una prensa dirigida, no ayuda para nada a resolver los problemas de la isla.

Todo el mundo habla de la lucha

contra la corrupción. Sin embargo, grandes atracadores están impunes en otros países. ¿La comunidad internacional es cómplice también?

Es muy justificada la preocupación de los ecuatorianos por la corrupción a raíz de este desfalco fenomenal que han sufrido los ecuatorianos. Obviamente existe complicidad internacional, hay una colaboración internacional en la corrupción. Recuerdo que en la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas hace algunos años se decidió tratar el tema de la corrupción. Los países ricos pensaron tratar el tema de la corrupción como un problema del Tercer Mundo. Y los delegados de los países del Tercer Mundo plantearon que no, que la corrupción es un problema mundial. No se pusieron de acuerdo... Rusia es uno de los países en los que más corrupción hay... y el FMI le ha prestado dinales que se han esfumado. Hay que despojarse de ese masoquismo latinoamericano y pensar en la corrupción como uno de los problemas globales.

¿Qué debe hacer la justicia para recuperar su credibilidad?

Simplemente ser justa. Aplicar la ley de manera equitativa y dejarse de interpretaciones arbitrarias y muchas veces antojadizas sobre la ley. Las leyes tienen una lógica. De lo contrario las consecuencias son graves. *

(26 de marzo del 2000)

Los políticos no han entendido el papel de los medios de comunicación. Procesos como la paz o la integración son claves en la misión de la prensa.

Los medios son el pulso de la democracia



Rodrigo Paró fue canciller de Colombia y director de diario El Espectador. Trabaja en un proyecto de la CAF para A. Latina.

¿Qué responsabilidad tienen los medios de comunicación en el proceso de integración?

La principal responsabilidad es que los ciudadanos comunes y corrientes tengan un mejor conocimiento y un contacto más directo con la integración. La comunidad andina ha perdido un poco de identidad.

Sería interesante, para los que creemos que la integración andina es una carta importante para nuestros países, tratar de construir algo que nos identifique a los cinco países independientemente de las diferencias. Creo que hay muchos elementos para construir esa identidad. Si los medios creen en la integración andina -y mi impresión es que en este momento sí creen- podrían contribuir a difundir una idea positiva de la integración.

¿Es posible hablar de integra-

ción en sociedades tan fragmentadas?

Esa es precisamente una de las dificultades que ha tenido la integración andina. Sin embargo, yo no diría que es la única y que no es la más grave. Yo creo que hay una falta de voluntad política y de claridad de parte de los gobiernos, que hoy día están muy susceptibles a la hora de pensar en la globalización. Entonces un día se encuentra con que unos buscan un esquema parecido al de Chile, otro día uno se desayuna que Colombia quiere entrar a Nafta, otro que Venezuela quiere negociar con Brasil... es decir se toman posiciones de muy corto plazo que afectan a la integración y que a mediano plazo no son viables y que son incompatibles con un esquema de integración subregional. Pero también creo que hay muchos problemas comunes tanto en lo económico

como en lo político. Pero creo que igual se puede avanzar más de lo que se ha avanzado. Ahora, no van a ser los medios los que armen un proceso que no pueden armar los gobiernos.

¿Miedo a la globalización?

Prejuicio, incertidumbre, duda. No se sabe realmente qué es la globalización. Las consecuencias de la globalización no están bien entendidas. En el caso de Colombia, el Gobierno actual confunde globalización con macdonalización, es decir, se piensa en globalización como una mayor presencia de EE.UU. en el mundo cuando en realidad implica una mayor interconexión de todos los países entre todos. Así como hay más exportaciones del norte hacia el sur también hay más exportaciones del sur hacia el norte, incluso no de productos legales, la droga por ejemplo, las migraciones que estamos exportando de sur a norte son parte de la globalización. Es decidir lo que acaba de pasar en Austria: un gobierno xenófobo extremista preocupado por la migración que es la exportación de pobres.

¿Son los medios un contrapoder o un cuarto poder?

Creo ante todo que los medios son un espejo de la realidad. No creo que sea su función ni tampoco su práctica en la realidad, transformar las cosas. Los medios reflejan una realidad y, en un porcentaje muy alto, nuestros periódicos en la región andina, lo hacen. Pero me voy por la primera definición. Los medios tienen frente al poder una independencia que les permite mostrarle a los ciudadanos facetas del ejercicio del poder que no le interesan al poder mismo y

eso es algo que ocurre normalmente y que es muy sano para la democracia.

¿Qué exige la democracia de los medios?

Casi que hoy día ese factor de independencia de los medios frente al poder es un indicador de qué tan democrático es un país, como lo fuera hace 20 años, el hecho de que haya o no elecciones. Ahora todos los presidentes son elegidos en las urnas y sin embargo eso ya no nos satisface como estándar para aceptarlo como una democracia. Dentro de las cosas que exige una democracia es la independencia de los medios y la libertad de expresión y opinión, para que los medios puedan jugar su papel de fiscalización del poder. Por ejemplo, como ha sido altamente cuestionada la actual elección del Perú porque se considera que el presidente Fujimori tiene un altísimo control de los medios de comunicación.

¿Los políticos no han entendido el verdadero papel de los medios?

Los políticos en general no entienden a los medios y tienen una indudable tendencia a manipularlos. Ahora hay políticos que los entienden y saben hacer política en función de lo que puede maximizar su exposición ante la gente. Por ejemplo, hoy en día las campañas en los Estados Unidos, están más pensadas en los medios de comunicación que en las clientelas políticas. Los candidatos hacen cursos de cómo hablar bien ante las cámaras, estudian las frases cortas que repiten durante toda la campaña para dar un mensaje muy claro. En nuestros países hay algunos políticos que están empezando a entender esa

función de los medios para una mercadotecnia electoral. Sin embargo, muchos otros creen que los medios son espacios publicitarios de sus discursos.

¿Cómo califica el papel de los medios en el proceso de paz en Colombia?

Hay una gran controversia actualmente entre lo que deben y no deben hacer los medios. El Gobierno en general ha propugnado por un llamado insistente a la discreción y a la limitación de la información. Para ser justos también ha habido de parte de los medios, errores: a veces inmediatez, a veces simplificación de hechos que son importantes, errores al sopesar la importancia de una noticia determinada. Hay una visión muy crítica y muy equivocada de la guerrilla frente a los medios. Ellos piensan que los medios son manipulados por el poder y por el Ejército mientras que el Ejército piensa que los medios son manipulados más bien por la guerrilla y desearían, por ejemplo, que se adoptara en las páginas la terminología militar.

Creo que en general, como balance (es muy prematuro), los medios han estado a la altura de lo que necesita el proceso. Pero el país necesita conocer más a la guerrilla y la guerrilla necesita conocer más al país. Por eso los medios deben informar mucho sobre el proceso de paz. Si hay errores, debe ser no por falta sino por exceso de información. Es muy grave que un país que está negociando con la guerrilla no sepa qué es lo que piensa esa guerrilla.

¿Acaso hay un cliché venido del discurso de izquierda de los 60 en

relación a los medios y el poder?

De parte de la guerrilla, sí. En el Caaguán hubo una reunión al respecto y mi impresión personal es que la guerrilla de las FARC tiene una visión bastante pobre de lo que son los medios y de lo que es el país. Hay concepciones viejas en ese terreno, como en muchos otros terrenos

¿Cuál es la misión de los medios frente a situaciones como el Plan Colombia en las que se discute la soberanía frente a la regionalización del narcotráfico y la guerrilla?

Los medios, lo que tienen que hacer es informar todo, gústeles o no a quienes han diseñado esos planes. Todos los planes son discutibles no en sus fines sino en sus medios, en la forma cómo se distribuyen los costos económicos, políticos y sociales. Los medios escritos tienen en democracia una misión indispensable que es la de servir como foro de debate y discusión sobre las distintas opciones que tiene la lucha contra el narcotráfico, para discutir inclusive la legalización de la droga, la forma de fumigación, el consumo y la demanda del producto... Todo esos foros son cuestiones válidas y básicas en las que los medios tienen su papel fundamental. *

El deporte llama a la unidad nacional. *A pesar de 'jugar como nunca y perder como siempre', la sociedad deposita su esperanza en ello.*

El fútbol es parte del ideal nacionalista

¿Qué tiene que ver el fútbol con la construcción de identidades nacionales?

La construcción de una nación es precisamente crear una cultura nacional. El Estado establece ciertas pautas para la construcción de esas identidades, de esas culturas nacionales. Al mismo tiempo la sociedad, cuando se identifica con ese propósito, desarrolla ciertas formas culturales, ciertos mitos, ciertas épicas que conducen a la construcción de lo que es la nación. Cuando uno ve la importancia que los medios le prestan a la transmisión de los partidos, a los resultados, a la conformación de las selecciones y cuando se analiza cómo, en el discurso que manejan la prensa, el público o los sectores dirigentes, se deja traslucir un discurso cargado de referencias nacionalistas. La difusión del fútbol en nuestro continente coincide



Sergio Villena Flengo es analista costarricense. Académico de Flacso, sede Costa Rica. Su especialidad: el imaginario nacionalista.

en muchos casos con los esfuerzos del Estado de afirmarse en la construcción de la identidad nacional. El fútbol ha tenido la virtud de convertirse en un importante espacio de movilización, de interpelación nacionalista.

¿Cuáles son los alcances de ese discurso nacionalista?

Cuando nosotros escuchamos a un directivo o a un entrevistado en la calle que dice "ningún ecuatoriano debe dejar de dar apoyo a su selección nacional", efectivamente lo que estamos oyendo es una interpelación nacionalista. Por otra parte, cuando uno asiste a un partido o lo ve por televisión, lo que uno ve es esa construcción de ese espacio de comunidad, de comunión, alrededor de un objeto entre comillas sagrado, que es una selección de fútbol. Esto, desde la antropología por ejemplo, implica que estos momentos excepciona-

les que son los partidos de fútbol permiten olvidar las diferencias cotidianas y encontrar un espacio de reconocimiento entre los ciudadanos. El fútbol es capaz de generar una gran carga afectiva que hace que el recuerdo de esos momentos quede en lo emotivo. Si el equipo pierde posiblemente nos sentimos tristes, si gana, felices, pero de cualquier manera lo que hacemos es una referencia a la existencia de una comunidad.

Por un lado ese sentimiento nacional pero por otro, todo lo contrario... El racismo, por ejemplo, aflora, cuando un jugador no mete un gol y la barra le insulta por su color de piel o por su nivel intelectual...

Este es tal vez el doble filo de la articulación entre nacionalismo y fútbol. El fútbol por su carácter competitivo definitivamente nos lleva a ganar o a perder. El caso de los equipos exitosos, como el brasilero, mucho se habla del fútbol como el espacio de creación de la democracia racial. Porque el equipo nacional brasilero está compuesto por jugadores negros. Eso produce un nivel de incorporación afectiva en el imaginario. Pero ¿qué pasa con las selecciones que fracasan permanentemente? Se produce este doble juego. Por un lado este llamado a la unidad con cosas como "el Ecuador es uno solo" "todos somos la selección", etc. Pero cuando esa selección pierde o fracasa en un proceso viene el resquebrajamiento de esa unidad frágil que produce el ritual futbolístico. De pronto viene la necesidad de explicar el fracaso y, en vez de apelar a un análisis frío, razonado, se desempolvan

viejas rencillas, rencillas regionales o raciales y de otro tipo. Lo que en algún momento podría ser un factor de unificación en otro podría ser un factor de división, de reproducción de las diferencias al interior de una comunidad y, en última instancia, de disgregación comunitaria.

Al futbolista se lo convierte en héroe y se le encomienda la tarea de defensor de la Patria. ¿No es mucha responsabilidad para un ser humano?

El fútbol es una épica. El fútbol no se explica sin los discursos que lo circundan. Ese discurso épico no solo moviliza a toda la sociedad, sino que deposita las esperanzas de la sociedad en un pequeño grupo. Eso, de hecho, significa delegar una enorme responsabilidad sobre un pequeño grupo y construir un discurso épico muy parecido al de la guerra. El discurso sobre los militares en períodos de guerra es el mismo que se deposita sobre los jugadores el momento de un partido. Los héroes de esa épica son los jugadores. El jugador asume la postura del salvador de la patria. En muchos casos el futbolista ha sido construido como una especie de ejemplo de la sociedad, se deposita en el jugador una serie de cualidades morales extraordinarias: es el que tiene que sacrificarse, dar su vida por el equipo, luchar hasta morir si es necesario para salvar el honor de la Patria... Ese discurso épico tiene un sentido pedagógico de transmisión de lo que debe ser el civismo, el deber patriótico.

¿No son valores de un patriotismo viejo? ¿No sería mejor que el

discurso se fuera, por ejemplo, por la tolerancia, por el respeto a la diferencia, en lugar de marcar los estereotipos de 'futbolista ignorante', por ejemplo...

Hay que preguntarse a quién está dirigido el discurso del nacionalismo a través del fútbol. Una característica común, en el caso de Costa Rica o en el caso latinoamericano, es que al mismo tiempo que es una épica es el discurso de la posibilidad de la movilidad social. En la mayor parte de los casos se destaca el origen humilde, popular, de los jugadores. El caso del Brasil es notable al respecto con Pelé.

Por supuesto existe el sector que estigmatiza el futbolista como anti-intelectual, como ignorante, hay una épica machista atrás. Pero estos discursos se producen para movilizar y construir un sentido de pertenencia en los sectores populares. De alguna manera el fútbol cumple una función dentro del discurso populista que busca glorificar y movilizar al pueblo. En cuanto al patriotismo... el discurso del fútbol se basa en un modelo nostálgico de nacionalidad.

¿Cómo se explica que, a la vez que prevalece aquel imaginario de que jugamos como nunca y perdimos como siempre, los ciudadanos sigan a su selección?

Ese es uno de los fenómenos curiosos del fútbol. Uno podría explicarse que en casos como Brasil, Argentina e incluso Uruguay o Colombia, que se deposite en el fútbol una gran esperanza, una gran responsabilidad en la construcción de una comunidad nacional y que otros equipos que nunca han ido a un mun-

dial, que nunca han clasificado o que rara vez ganan tengan un discurso igualmente exaltado en términos nacionalistas. Alguna vez alguien decía que es una escuela de heroísmo y yo le decía que si siempre perdemos, es una escuela de frustración o de resignación. En todo caso el fútbol es un gran vendedor de esperanzas.

¿Cómo ratificar ese discurso nacional en la globalización, con jugadores en equipos extranjeros o sin poder ver los partidos por los contratos de televisión?

Me pregunto si estamos entrando en la era del fútbol postnacional. Ahora vemos grandes intereses en términos de medios, de espectáculo, de trampolín político. Esos intereses entran en contradicción con la lógica de selección nacional.

¿Cuándo fue que a las ciencias sociales les interesó temas como el fútbol? Recordemos que fue catalogado como opio del pueblo..

En la aristocracia intelectual el fútbol, es cierto, no merecía ninguna consideración. Para unos era incluso despreciable y para la izquierda no era sino otra forma de opio del pueblo, de alienación. Más tarde fue visto como parte de una épica popular, como en el caso de Eduardo Galeano. Pero luego los intelectuales se fueron dando cuenta de que el fútbol es un producto cultural que pesa en el comportamiento latinoamericano. El fútbol es un espejo de la sociedad. *

Es la época de la incertidumbre
para las Ciencias Sociales. La socie-
dad se complejizó y eso obliga a los
cientistas a cambiar de paradigmas.

Los científicos deben estudiar al Ecuador



Francisco Delich es argentino.
Es profesor en sociología. Es
presidente del Consejo Superior
de Flacso.

En los 20 últimos años la realidad ha desbordado a las teorías de los científicos sociales. ¿Cómo entender su papel hoy?

Hay dos elementos a los que hay que ponerles atención: primero lo que significó la caída del muro de Berlín, el fin del Guerra Fría y el reposicionamiento de las distintas expresiones del marxismo que habían sido muy importantes e influyentes en las ciencias sociales a lo largo de casi todo el siglo. Por otra parte hemos sido testigos de una transformación social y política importante en la región: el avance de la modernización urbana y la reinstalación de las democracias políticas virtualmente en todos los países de América Latina.

En ese escenario, las ciencias sociales de este fin de siglo y comienzo de milenio tienen, por un lado, la necesidad de repensar su propio paradigma teórico

de análisis y por otro, la urgencia de examinar, con nuevos instrumentos, con miradas nuevas el desenvolvimiento concreto de la democracia en nuestros países.

Los paradigmas que manejaban las ciencias sociales envejecieron. ¿Cómo entonces descifrar sociedades tan complejas?

Efectivamente los modos de razonamiento predominantes en las ciencias sociales de este último medio siglo se muestran impotentes para explicar los nuevos comportamientos sociales. Por eso aparecieron teorías o seudo teorías como las de posmodernidad, la volatilidad y la fragmentación de las sociedades, la importancia del hombre simbólico para explicar a los grupos sociales, entre otras. En cualquier caso ninguna de éstas alcanza para un debate exhaustivo sobre lo que es la realidad. Por eso

es hora de plantear otras miradas.

Usted habla de una democracia virtual en América Latina. ¿Está ahí la nueva mirada de las ciencias sociales?

Si se tienen como ejes estos 20 años de democracia política se puede analizar en primer lugar la distancia entre las ilusiones de comienzos de los 80 y los resultados de fin de siglo. De hecho hay una distancia enorme en los países de América Latina, entre las reglas, las normas, las leyes, las constituciones y las prácticas políticas y los usos que nosotros hacemos de éstas. Me parece que la gente de las ciencias sociales pensáramos que la democracia podía resolver y vencer los problemas más agudos de la sociedad y ahora estamos comprobando que la democracia es solamente una condición, un camino, un modo de resolver los problemas pero que no los resuelve por sí mismo. Creo que las sociedades latinoamericanas, por un lado sienten que no pueden ni quieren volver al pasado autoritario, y por otro sienten que esta democracia es poco satisfactoria porque hay más retórica que soluciones.

Si se han superado las visiones autoritarias, ¿cómo se explica la realidad del Perú actual, el caso Venezuela, el fraccionamiento que hay en Chile?, ¿no son visos populistas marcados por discurso autoritario?

Tengo la impresión que son rebrotes del pasado. Es como que nosotros somos perseguidos por el fantasma de este pasado que queremos abandonar, que queremos dejar atrás. De pronto es-

tos fantasmas no solo que aparecen sino que se reinstalan entre nosotros. Pero también creo que las sociedades están mejor equipadas ahora para evitar esas vueltas al pasado. Las estrategias golpistas clásicas son abortadas, entre otras cosas, porque las propias Fuerzas Armadas han sentido en carne propia las consecuencias de gobiernos autoritarios que generaron o sostuvieron. Además porque los Estados Unidos que tuvo responsabilidades comprobadas en golpes de militares como el chileno de 1973, o directamente invadió Granada o secuestró a un pequeño dictador como Noriega, ese mismo país, se ha convertido en un garante de la democracia latinoamericana.

¿Cómo se explica el fracaso de la democracia si hay la certeza que lo mejor que tenemos sigue siendo la democracia?

No ha fracasado la democracia, lo que ha fracasado es una visión simplificada de una democracia política y lo que nosotros necesitamos es construir democracias cualitativas y no solamente cuantitativas que se agotan en el acto electoral mismo. Este es nuestro problema: la realidad política.

Ecuador... cinco presidentes en cinco años. ¿Cómo analizan ustedes el fenómeno?

Yo encuentro en el Ecuador una doble singularidad ahora. Por una parte el país se modernizó en estos últimos 20 años. Pero eso no implicó necesariamente una mejora en la integración de la sociedad. Por eso me parece que siguen vigentes problemas étnicos o regionales. La opción del país es perfec-

cionar y consolidar esta democracia frágil para evitar enfrentamientos potencialmente riesgosos y crueles con la sociedad.

Fernando Carrión sostiene que el Ecuador se ha vuelto una especie de laboratorio para los científicos sociales. ¿Cómo el caso ecuatoriano puede influir en el análisis latinoamericano?

Me parece que, efectivamente, es un laboratorio interesante, es una realidad muy compleja. Vale la pena reflexionar muy atentamente el caso Ecuador porque Ecuador dejó de ser una sociedad simple y con divisiones claras, para ser una sociedad bastante más compleja y en plena movilización. Este es un momento en que se están terminando de cerrar antiguos compartimentos de la sociedad. La economía y la política todavía no terminan de consolidarse. Ahora tiene mucho que ver la lucidez que tenga su clase política y sus intelectuales para encontrar estrategias novedosas que conduzcan a un fortalecimiento del Estado necesario para la integración regional y para la nacionalización étnica. Hay que recordar que las etnias son siempre anteriores a la sociedad y que la nacionalización y el fortalecimiento del Estado dependen de un grado de integración de la ciudadanía de todos. También hay que plantearse que el Ecuador, como todos nuestros países, no puede apartarse de las tendencias a la globalización y a la integración regional en forma supraestatal o interestatal.

¿Qué papel juegan en esa tarea los científicos sociales?

Los científicos sociales e intelectuales ecuatorianos tienen ahora un grado de claridad, de conocimiento y de sofisticación en los análisis que yo no había visto 20 años atrás. Me ha impresionado la cantidad y calidad de la producción ecuatoriana de estos últimos cinco años lo que me parece muy alentador para el futuro. Hay técnicos, hay gente que puede ayudar a entender el país y participar en el proceso de conciliación nacional. Ecuador no va a volver para atrás. Los científicos sociales tampoco pueden volver con el riesgo de aplicar instrumentos viejos para ver la nueva realidad.

¿Cuáles son esos nuevos instrumentos de análisis?

Crear esos nuevos instrumentos es uno de los desafíos que tenemos. Nosotros estamos en un universo incierto y la sociedad también tienen horizontes inciertos, entonces estamos obligados a pensar más en términos de probabilidad. Cuando hacemos afirmaciones las tenemos que hacer en términos de probabilidad y no en término de leyes como pensaba Augusto Comte hace 250 años.

Las ciencias sociales en este momento histórico no pueden dar certezas...

No tenemos las certezas como se pensaba en el siglo 19 y a principios del siglo 20. Hoy vivimos la incertidumbre. *

Derechos humanos y derechos económicos van de la mano. Para lograrlo hay que restablecer la confianza entre los ciudadanos.

Sin confianza no se construye democracia



J. Paul Martin es experto estadounidense en el tema de los Derechos Humanos. Trabaja en la Universidad de Columbia, EE.UU.

¿Cómo hablar de democracia y derechos humanos en América Latina?

He hecho muy poco trabajo en América Latina, mi trabajo principal ha sido en Brasil. Pero acercándose al problema latinoamericano veo que hay que tratar de relacionar el desarrollo internacional frente a los problemas locales. Eso significa que cada país tiene distintos tipos de problemas y distintas maneras de enfrentarlos. El principal problema, a mi parecer, en el trabajo que tiene que ver con derechos humanos está en el cómo lograr encuentros entre la gente para que comprenda y tenga conciencia de lo que se está haciendo en derechos humanos. Los derechos humanos no son una teoría, son parte de la urgencia de llevar a la práctica una real democracia y una cultura de paz.

Democracia es el arte de resolver los

problemas sin violencia. Por eso no se puede entender democracia sin la respectiva conciencia sobre los derechos humanos. Derechos humanos, democracia y paz van de la mano.

Vivimos sociedades violentas... es decir, ¿no vivimos en democracia?

Cuando uno habla de derechos humanos y de democracia y del arte de resolver los problemas sin violencia, nos referimos a todo tipo de violencia, violencia intrafamiliar, violencia intrasocial. La civilización tiene la obligación de suprimir la violencia a la hora de resolver sus problemas para conquistar la democracia. La conciencia sobre los derechos humanos puede ayudar a resolver estos problemas.

El empobrecimiento de América Latina es el principal factor de

violencia. ¿Qué tipo de metodología se puede aplicar en función de los problemas de derechos humanos existentes?

En América Latina hay que demostrar cómo los derechos humanos pueden ayudar a resolver los problemas humanos y la pobreza. Hay básicamente dos grupos de derechos humanos, los civiles y los políticos y los económicos y sociales. Por supuesto ambos van de la mano y son necesarios. Es difícil tener derechos civiles y políticos sin tener derechos económicos. Sin esos derechos económicos y sociales no puede haber una verdadera libertad. Para ello lo fundamental es la conciencia. Y para eso hay varios frentes, empezando por la capacitación de la población para que pueda obtener recursos.

¿Qué quiere decir con emancipación económica?

Este concepto tiene que ver con el papel de los gobiernos. Los gobiernos tienen que encontrar mecanismos para involucrar a toda la población para encontrar caminos que hagan posible la participación económica y la consecución de recursos necesarios para lograr su independencia.

El papel de los gobiernos debe centrarse en la participación económica para lograr la participación política de los ciudadanos. La metodología, a nivel de la opinión pública, debe ser exigir a los gobiernos que den espacio a la energía y creatividad de los ciudadanos para que crezca la economía y para que así se generen sentimientos positivos para que los ciudadanos puedan cambiar las cosas.

¿Cómo vender esa idea de cambio si la gente simplemente no tiene trabajo?

Hay que lograr consensos, reunir a los ciudadanos y buscar juntos las posibilidades de trabajo. Siempre cuando se reúne la gente en torno a un problema común es cuando surgen las ideas. Creo que el ser humano tiene grandes potencialidades, imaginación y capacidad creativa. Los ciudadanos tienen que analizar esas posibilidades y buscar las ideas en función de objetivos. Ahí está la libertad. Los gobiernos pueden y deben llamar al diálogo y ser catalizadores de esos proyectos. Hay que buscar la participación de las poblaciones en las decisiones que afectan a su propia vida.

En democracias tan frágiles como las latinoamericanas ¿qué deben hacer los gobiernos para trabajar el tema?

Los gobernantes tienen que hacer muchas cosas. Deben primero saber cuáles son las implicaciones de los derechos humanos en su propio trabajo. Deben buscar maneras de inculcar, primero, el respeto entre los ciudadanos, el respeto mutuo. Los gobernantes deben trabajar el tema del respeto hacia los demás. Los gobernantes deben inspirar confianza, trabajar los temas de honestidad y respeto y, por supuesto, luchar contra la corrupción. En sociedades con confianza hay más posibilidades de hallar la libertad. No se puede hablar de libertad en países donde hay restricciones a la opinión. La imaginación, la creatividad, son las pautas para esa libertad. En sociedades donde hay tratos de confianza se puede construir democracia.

¿No se puede pensar en sociedades libres donde impera la intolerancia?

La tolerancia, sí, pero con sus límites. Una cosa básica en los derechos humanos es trabajar contra la discriminación de cualquier tipo, sea esta por religión, raza, sexo. Pero no hay tolerancia para la violencia ni para las matanzas ni para los atentados contra la libertad de expresión.

La mayor parte de las prácticas intolerantes y antidemocráticas viene de las instituciones policiales. ¿Se puede cambiar la mentalidad de una práctica vertical y autoritaria?

Nosotros hemos trabajado con la Policía en Brasil y al final de los programas siempre dicen, “ustedes nos han tratado con respeto”. Una vez que eso ocurre, su forma de actuar también cambia. En la práctica las mejores experiencias en este tipo de programas son las que brindan las ONGs. Para ello se necesita oficiales que estén abiertos a este tipo de programas que combinen lo teórico y lo práctico.

Hay experiencias en cuanto al tema a nivel internacional. Cuando la Policía está consciente de sus propios derechos, controla, pero no emplea la violencia ni recurre a la falta de respeto para hacer cumplir la ley.

¿Quiénes deben tener a su cargo esa tarea? ¿Los líderes políticos?, ¿las élites?

De hecho ellos tienen su papel. Ecuador es un país pequeño con grandes potencialidades en lo económico. Pero en esa tarea definitivamente tienen que in-

volucrarse no solo los líderes políticos sino la sociedad civil. Los gobiernos no pueden hacerlo todo. La sociedad civil, las élites, los líderes, los jóvenes deberían constituirse en grupos de trabajo dispuestos a trabajar en el tema de derechos humanos y democracia. Pero es la sociedad civil la base de esos cambios y de esos debates.

En el Ecuador la confianza es casi una utopía. La credibilidad en las instituciones es cada vez menor. ¿Cómo restablecer la confianza?

Creo que los líderes políticos son los primeros que tienen que dirigir ese trabajo. Pero lo fundamental es el trabajo educativo que se pueda hacer. Si no se inculcan los principios de la democracia y de los derechos humanos desde la escuela, es difícil restablecer la confianza. En lo que estoy particularmente interesado es en la sociedad civil y en su participación. La sociedad civil es el espacio de crecimiento de los individuos. Las relaciones tienen que cambiar desde el maestro hacia el estudiante. Un maestro puede ser dictatorial con sus alumnos, un padre puede ser dictatorial con sus hijos. Por eso insisto en que la base es la educación.

Con un adecuado aprendizaje de la literatura, filosofía, poesía, de un país, se puede restablecer la confianza en un pacto de respeto mutuo. *

El apego al militarismo y al autoritarismo es común en la región. Esa seducción tiene que ver con lo precario de la cultura política andina.

A. Latina no tiene memoria histórica



María Elena Pinto es cientista venezolana. Dicta cátedra en la Universidad Central de Venezuela. Estuvo en la U. Andina.

Hoy se habla de la ecuatorianización... ¿Se volvió Ecuador un referente para cuestionar la democracia en América Latina?

Probablemente lo que ha pasado en el caso del Ecuador es que se han sucedido cambios de escenarios tan rápidos, tan vertiginosos en un período corto, que se vuelve un caso de estudio.

Los mismos EE.UU. decían que les llamaba la atención que en escaso tiempo se hayan sucedido cinco periodos presidenciales. También ha llamado la atención el avance de lo que es la organización y la participación indígena. Pero más allá de esas características específicas, hay que entender que hay todo un conjunto de fenómenos que afectan a los países de la comunidad andina.

Todos estamos afectados por una convergencia de procesos políticos, económicos y sociales más o menos similares:

el impacto de la aplicación de los modelos de transformación económica, la crítica a los modelos neoliberales, el hecho de que no hemos logrado completar todavía una transición política hacia formas de democracia mucho más sólidas y participativas. Probablemente se hable de ecuatorianización como, en su momento, de colombianización, pero es un término reduccionista de todo este proceso.

La militarización de la política es uno de esos rasgos comunes. ¿Por qué?

Esa afiliación que todavía sentimos dentro de los países andinos -tal vez con la excepción de Colombia- en lo que se refiere al sector militar, como un árbitro al que invocamos cuando atravesamos una serie de problemas, es, de hecho, un rasgo común. Es una situación un tanto paradójica porque hay una

tendencia histórica que nos ha llevado a la virtual separación entre lo civil de lo militar por la misma experiencia de los militares en el ejercicio del poder.

Pero parece que cuando el sector civil se siente defraudado en cuanto a lo que tiene que ver con el desarrollo de los procesos políticos, no percibe otra opción que invocar la participación del sector militar. Es peligroso, pero muestra la poco desarrollada cultura política democrática que tenemos en los países andinos.

La imagen del líder autoritario para arreglar las cosas se impone. ¿Por qué?

Ese imaginario del líder autoritario es otra manifestación de esa precariedad de la cultura política democrática. Varios países se suman ahora a esos liderazgos de corte carismático autoritario que en algunos casos han estado vinculados al sector militar. En el caso de Venezuela, el Presidente es un líder que apela a la emotividad de la población venezolana y que viene del sector militar. Una de las razones que lo lleva a ser presidente es que se le percibe por su origen como una persona que puede tener autoridad para conducir un país en una situación difícil. En Perú, aunque Fujimori no tiene un origen militar, tiene un perfil que pudiéramos calificar de autoritario. Y en el caso de Bolivia, que a veces impresiona, quien fuera dictador en el pasado es ahora Presidente pero por la vía democrática.

¿De dónde viene esa apreciación de que lo autoritario resuelve los problemas?, ¿un problema cultural?, ¿histórico?

Yo no soy muy dada a aceptar los determinismos de carácter histórico ni cosas por el estilo. Sin embargo creo que no podemos obviar un conjunto de procesos que históricamente han estado presentes y que han llevado a que tengamos sociedades civiles muy precariamente formadas. Creo que hay un círculo vicioso, una retroalimentación negativa en el sentido de que tampoco los líderes que hemos tenido se han erigido como líderes educadores, que es parte de su papel, en el sentido de fomentar en la sociedad civil un conjunto de valores, de ideales, de sentido, de actuación autónoma que lleve a esa sociedad civil a ser capaz de exigir un cierto comportamiento, una cierto sentido de dirección de sus líderes sin caer en lo autoritario.

¿La precariedad de la democracia latinoamericana es en parte culpa de la sociedad civil?

Dentro de toda nuestra tradición democrática, dentro de la comunidad andina y con sus excepciones, los países que tienen más tradición democrática son Venezuela y Colombia. Estamos hablando de una democracia formal de 150 años en Colombia. En el caso de Venezuela, 50 años y en el caso de Bolivia, Ecuador y Perú se trata de procesos más recientes. Creo que tenemos que ser un poco pacientes puesto que estamos hablando de procesos que no logran consolidarse. Una sociedad civil fuerte, consolidada, en donde se revisen todo un conjunto de valores democráticos, no necesitaría árbitros para lograr hacer que los procesos políticos marchen en la dirección deseada.

¿Cómo consolidarla?

Antes que eso tenemos que pensar qué tipo de democracia queremos. Hemos estado muy influenciados por un modelo de democracia que se desarrolla en Europa y Estados Unidos y que no necesariamente está de acuerdo con nuestra naturaleza. Tal vez tengamos que repensar ciertos procesos democráticos a la luz de lo que somos. También hay que revisar que este proceso de revisión y profundización de la democracia en los países andinos está ocurriendo en una coyuntura internacional que es extremadamente compleja y que en algunos casos no sabemos siquiera adónde nos conduce.

Fujimori, al declararse triunfador de las elecciones, manifestó que estos próximos cinco años van a ser para democratizar al Perú. ¿Una paradoja?

Ese es un discurso que trata de justificar su tendencia a perennizarse en el poder. Si la demanda presente en los países andinos es la de la democratización, mal podría Fujimori decir lo contrario. Es su manera de salvar la situación difícil de su país y de enfrentar las presiones internacionales y los presuntos rechazos a su tercer mandato.

En Venezuela, en el cierre de campaña de Chávez, canciones protesta y boinas rojas se sumaban al festejo verde oliva. En el Ecuador ha pasado lo mismo: es la llamada izquierda la que apoya a los militares. ¿Por qué los partidos tradicionales de izquierda hoy apoyan a su histórico enemigo?

Es curioso. En la década de los 60

parte de lo que justificó los regímenes militares en América Latina fue justamente la persecución a la izquierda de parte de los militares porque estábamos influidos por la tristemente célebre Doctrina de la Seguridad Nacional que indicaba que nuestro principal enemigo era el enemigo interno. En ese caso, fue la izquierda. No sé en qué momento se desvió del camino. Pero pareciera que hubiésemos caído en un proceso de pérdida de la memoria histórica. En un contexto histórico rechazamos unos regímenes que tenían una cierta naturaleza represiva y de derecha. Luego logramos rechazar esos regímenes, los regímenes militares, pero parece ser que las democracias precarias que establecimos después, como no fueron capaces de generar posibilidades para las poblaciones, nos ha llevado a pensar que en el fondo lo que teníamos antes no era tan malo... Esa es una lógica equivocada. Tendríamos que repensar eso y no identificarnos ni con los regímenes dictatoriales ni con las democracias existentes, sino utilizar esa experiencia histórica para reconstruir esos procesos hacia la dirección en la que queremos que marchen. *

La democracia es imperfecta, pero la sociedad civil tiene que repensarla y corregirla. La política, al hacerse realidad, pierde su dimensión ética.

La sociedad tiene su parte en democracia



Victoria Camps es filósofa española. Ejerce la cátedra de Ética y es vicerrectora de la Universidad Autónoma de Barcelona.

¿Cómo definir a la sociedad civil? ¿Cuál es su responsabilidad?

Por sociedad civil teóricamente entendemos lo que no es el Estado y lo que no es la sociedad política. Creo que esta definición sigue siendo útil para expresar la necesidad de control que tiene la democracia. Por una parte están los políticos, están todos los aparatos del Estado, están las instituciones y por otra, están los ciudadanos que tienen como valor fundamental la libertad y que tienen que pedir cuentas a los políticos de lo que hacen. La sociedad civil tiene que exigirse responsabilidades y tiene que presionar para que la sociedad sea más democrática y más justa.

¿Un concepto utópico?

Una división o un concepto de sociedad civil que quizá tiene más valor en teoría que la práctica. Porque ciudadanos también son los políticos, por ejem-

plo y porque todos somos Estado. En la práctica esa división entre sociedad civil y Estado se difumina cada vez más. Pero creo que sigue siendo útil mantenerla en teoría.

¿Cómo se puede lograr o qué caminos hay para la verdadera participación de la sociedad civil en las decisiones del Estado?

Ese es uno de los grandes problemas de la democracia porque todos aceptamos -y lo decimos en público- que la democracia es el mejor régimen de gobierno que tenemos; el mejor régimen político que se nos ha ocurrido.

Democracia literalmente significa el gobierno de todos, por lo tanto significa participación. Sin embargo, en la práctica cada vez es más difícil recabar la participación de las personas. Por otra parte pienso que hemos ido reduciendo la participación a una serie de rituales,

como es el ritual de ir a las urnas, que es un elemento importante de la participación, pero no debería ser el único. Creo que debemos pensar nuevas formas de participación política, de ahí que creo que tienen una función muy importante los movimientos sociales.

¿Cómo define el papel de los movimientos sociales?

Los movimientos sociales son una forma de participación política, son una forma de conseguir compromiso de los ciudadanos con algunos de los proyectos que la sociedad tiene que formular. Eso es también participar políticamente, aunque los movimientos sociales no pertenezcan a la sociedad política sino a la sociedad civil.

¿En qué momento los movimientos sociales se vuelven parte de la sociedad política y se alejan de la sociedad civil?

Creo que el movimiento social tiene dos objetivos que se confunden a la hora de definir su papel. Uno es trabajar, intentar combatir problemas que la sociedad tiene y organizarse para combatir esos problemas. Otro es tener un poder. Y el poder siempre es político. Lo grave es que el objetivo del poder pase por delante del otro y finalmente el movimiento social se convierta en una organización cuyo fin es ella misma y no el objetivo social que primitivamente se había propuesto. Es decir, si el objetivo es mantenerse como organización poderosa y mantener una estructura de poder burocrático e incluso invertir económicamente en la propia organización que en el proyecto, que tiene formulado la organización, se vuelve sim-

plemente un ente político.

¿Qué es ser demócrata hoy?

La democracia debe ser un compromiso colectivo en torno a unas necesidades comunes, unos intereses comunes. Debe ser un intento de cohesionar a la sociedad para que luche conjuntamente y trate de atender a las necesidades de los más desfavorecidos que es lo que habría que definir como necesidades sociales.

¿Cuál es el papel de los medios de comunicación para trabajar en esa construcción democrática? ¿Son contra poder?

No; yo creo que los medios son un poder y difícilmente serán un contra poder porque necesitan aliarse con el poder económico y los medios son cómplices de una forma u otra del poder político, muy difícilmente llegarán a ser un contra poder.

¿Con esa definición estaríamos negando la posibilidad de independencia de los medios?

Difícilmente los medios son independientes. Nadie es absolutamente independiente, todo el mundo está comprometido con algo, y comprometido tanto con algo que son intereses económicos, como comprometido también con ideales, es decir que el compromiso tiene dos caras. Lo que hay que pedir es, más que independencia, transparencia, que uno revele cuáles son sus cartas, y cuáles sus compromisos.

¿De qué manera entra ahí el tema de la ética?

Hoy quizá el concepto más necesario para definir la ética -que se ha conver-

tido en una palabra que utilizamos mucho sin saber exactamente que significa- es la responsabilidad que tenemos frente a nosotros mismos, para empezar, y frente a la propia actividad profesional, tanto en el caso de los medios de comunicación, como en el caso de los políticos. Sí queremos caminar hacia la transparencia, hay que asumir responsabilidades frente a la forma de ejercer la comunicación, la forma de ejercer la política. Obviamente también hay que ejercer una responsabilidad frente a la sociedad. Ética es entender que todos estamos construyendo futuro y tenemos una responsabilidad en la forma de actuar y en las decisiones que tomamos. Tomar conciencia de esa responsabilidad es, hoy, el valor ético fundamental

Hay un reflejo condicionado, quizá, en el que los ciudadanos pensamos en lo que nos debe el Estado, en los derechos, pero no en las obligaciones...

Sí. Creo que hoy nos pensamos más como sujetos de derechos que como sujetos de deberes. Todos sabemos que tenemos unos derechos y que el Estado debe ser garantía de esos derechos. Pensamos menos en que el Estado, como decía antes, somos un poco todos. Por ello debemos revertir nuestras obligaciones en la sociedad y por lo tanto obligarnos con respecto a la sociedad también.

¿Qué implica reconocerse en las obligaciones?

Implica quizá un esfuerzo mayor. Reivindicar derechos y exigir que nos garanticen una serie de cosas es un primer esfuerzo, pero finalmente es muchos

más fácil que sentirnos corresponsables de esos derechos que deben ser universales entonces. La propuesta exige un cambio de mentalidad y también un cambio en la propia concepción del Estado. Es también una tarea política... la de repensar el Estado como un ente que incentive más a la ciudadanía en lugar de darle cosas para mantenerla contenta y para conseguir su voto en las elecciones. Es un esfuerzo más lento y los esfuerzos lentos cuyos resultados solo se obtienen a largo plazo hoy no le gustan a nadie... pero sobre todo no le gustan a la política.

¿Es posible repensar en nuevo proyecto de democracia?

No diría nuevo proyecto, porque no sé muy bien qué significa un proyecto nuevo de democracia. Lo que creo que hay que pensar es que la democracia es muy imperfecta y se puede ir perfeccionando sobre la marcha.

No podemos tener un modelo de sociedad perfecto. Hay que ir corrigiendo las disfunciones que generan nuestras sociedades. Además, hay que ser muy poco complaciente con la democracia: defenderla como ideal pero pensar que la nuestra no es la buena, que tiene que haber una democracia mejor. *

El tema de las autonomías *está en el debate nacional. El proceso requiere de una escuela ciudadana, de los consensos y, sobre todo, de recursos.*

La equidad es condición para descentralizar



Eloísa del Pino es española. Catedrática de Ciencias Políticas y Administración. Estuvo invitada por la PUCE.

Cuando empezó el debate de la autonomía en el caso ecuatoriano, siempre se puso como referente a las autonomías en España ¿es posible aplicar esa propuesta en un país tan pequeño?

En España, el concepto de autonomías es peculiar porque se queda a medio camino hacia el federalismo, por lo menos en su momento inicial. Ahora estamos en un proceso de descentralización en el que ya se podría hablar de un estado federal. No creo que sea problema del tamaño del país. En el caso de Ecuador y en el español hay elementos muy diferentes para poder hablar de autonomías.

¿Cómo tendría que iniciarse la descentralización para que sea un proceso coherente?

La descentralización se hace siempre pensando en, al menos, tres variables:

un reconocimiento de las peculiaridades históricas y culturales de las distintas naciones o de los distintos pueblos que coexisten en el territorio del Estado nacional; la ayuda a la democratización que puede prestar, porque en territorios más pequeños es más fácil participar en política; y la mejora de la relación entre la administración y los ciudadanos, en el sentido que la solución a los problemas se acercan a las peculiaridades del territorio.

¿Y en el caso de una descentralización municipal?

El municipio es una escuela de ciudadanía o es un lugar natural de participación de los ciudadanos. Hay argumentos muy importantes, a través de los que se podría pensar en qué debería consistir el proceso de descentralización y cómo podría articularse en un principio. Hay que tomar en cuenta que la

descentralización no es solo que el Estado ceda competencias nominales a los órganos, a los territorios descentralizados. Tiene que haber voluntad política. Me pregunto si en el caso ecuatoriano esta existe. Además, el Estado central debe estar dispuesto a articular todo lo que significa ceder las competencias: la fusión de personal y el tema de recursos.

¿El Estado tiene la suficiente capacidad para entrar a un proceso de descentralización?

Cuando estamos hablando de un Estado con pocos recursos o que vive en la escasez, el proceso de descentralización significaría el reparto de recursos. A esto también está vinculada la idea de la solidaridad entre territorios, entre pueblos. Está bien iniciar un proceso de descentralización, pero siempre teniendo en cuenta que este proceso se realiza en un marco muchísimo más amplio, que implicaría un pacto de Estado y la idea de que el proceso de descentralización no puede, de ninguna manera, suponer que van a incrementarse las desigualdades, no solamente entre los ciudadanos del territorio ecuatoriano, sino de los distintos territorios autónomos o con autonomía. No sé si habría que pensar en autonomía de regiones concretas o más bien unificarle de las dos fuerzas, entonces, habría que pensar en mecanismos de descentralización pero que incorporen los mecanismos que lograsen la solidaridad o el equilibrio y la compensación.

Más allá de lo administrativo, la sociedad ecuatoriana está fragmentada. ¿Se puede articular el

proceso de descentralización con ese condicionante?

Para eso no tengo una respuesta. En el caso español tuvimos algunos problemas, no exactamente iguales, y se llegó a distintas soluciones: había territorios que tenían la característica de nación, en el sentido de que había una población con un lenguaje particular, identificada en un territorio concreto y con unos lazos culturales homogéneos. Allí había algunas comunidades que hoy son autónomas como el País Vasco, Catalunya, Galicia o Andalucía, de modo que en este caso sí se siguió este criterio de identificación de esas personas. Pero hay otras comunidades no históricas, que nosotros le llamamos artificiales, utilizando la vieja estructura administrativa que España tenía en la dictadura o bien, incluso, generando nuevas estructuras. Así por ejemplo encontramos comunidades autónomas pluriprovinciales y uniprovinciales.

Se puede pensar que la descentralización es realmente una alternativa en la democratización, cuando el esquema de democracia tradicional está cuestionado...

La descentralización tradicionalmente ha sido defendida, desde una postura de izquierda, porque se supone que acerca la participación de los ciudadanos. Pero creo que habría que pensar en el modelo de democracia que queremos. Los entes municipales sí pueden trabajar por esa democratización, incluso por la idea de receptividad de acercar los asuntos a los ciudadanos, la resolución de los asuntos a los ciudadanos, pero me parece esencial que todo se ha-

ga desde una perspectiva en la que el Estado central tenga la misión y la convicción y el compromiso de garantizar la equidad social entre todos los ciudadanos.

¿Cómo empatar esto de entre lo local y lo global?

Son procesos que pueden ser perfectamente complementarios. La globalización puede ser entendida en el sentido que permite también el resurgir y la extensión de las culturas locales y de los hábitos locales. También podríamos hablar de la globalización desde el punto de vista de la ciudadanía cosmopolita, que sería la idea de que empiezan a tener mucha importancia ideas tales como la participación. En el ámbito local yo creo que hay que mirarlo desde una manera positiva y complementaria.

A nivel de educación, por ejemplo, se supone que el Estado cedería sus acciones. Frente a eso los maestros que reciben ingresos fijos o que tienen cierta estabilidad se negarían a que los municipios sean quienes los administre, ¿cómo trabajar esos procesos de negociación entre las administraciones y entre los distintos actores sociales?

El proceso de descentralización en Ecuador debería iniciarse si hay el consenso político - social, grupos políticos que tengan representación en el Parlamento ecuatoriano y al mismo tiempo los movimientos sociales más importantes. Si el Estado pretende pasar competencias a los territorios descentralizados tiene que, al mismo tiempo, dotarles de capacidad económica, financiera,

administrativa, técnica, de formación, para poner en marcha esas competencias. Es decir que primero hay que hablar de centralidad y de cierto nivel de homogeneidad para que en el proceso de descentralización haya equidad.

Hay otro concepto que es cuestionado: el paternalismo del Estado. ¿Cuál es el papel del Estado en la descentralización?

Creo que el papel que los ciudadanos están otorgando a los entes locales, en el caso español, tiene dos características: prestadores de servicios y las instancias donde se hace efectiva esta idea de la democratización. Para los ciudadanos españoles las comunidades autónomas son vistas como gobiernos eficaces y que entienden mejor que el Estado central cuales son los problemas del territorio. El papel del Estado está definido en torno al conflicto de equidad.

El Estado es quien garantiza la equidad social, territorial, lo que no puede ocasionar de ninguna manera, el proceso de descentralización.

La idea de la desigualdad y la idea de que algunos territorios, por su posición privilegiada, tengan un grado de desarrollo más elevado y tengan mayores oportunidades es un papel que el Estado tiene la obligación de tener en cuenta. No puede haber descentralización con inequidad. *

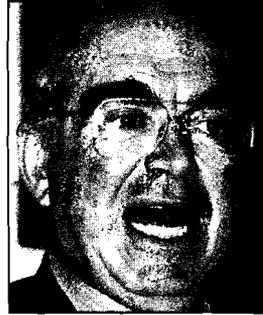
Las guerrillas dejaron *de ser románticas utopías, se alimentan del narcotráfico y son culpables de una guerra fratricida en el vecino país.*

Ecuador es voluble y tiene que estar listo

¿Es la integración una solución al problema de la violencia en el grupo andino?

El tema de la violencia y de la seguridad es un problema regional evidentemente. Tiene sus efectos en la integración. En el grupo andino hemos analizado las situaciones particulares de Colombia, Ecuador, Venezuela y Perú. Cada uno con sus propios problemas, cada uno con sus posibilidades de riesgo y de amenaza. Los unos por el fenómeno de la guerrilla y del narcotráfico; otros por las amenazas a la democracia. Y en general, casi todos, por la parálisis en el desarrollo económico... Somos una agrupación de países que estamos ahora sufriendo una situación de receso económico grave que se ha reflejado en la propia marcha del grupo andino.

¿Se puede hablar de la colombianización de la región?



Augusto Ramírez Ocampo fue *canciller de Colombia en la presidencia de Belisario Betancourt. Trabaja para la Unesco.*

En cuanto a las amenazas más inmediatas por supuesto el tema colombiano es el que se ha trabajado con mayor profundidad a nivel de grupo andino y especialmente lo que eso significa desde el punto de vista de la situación actual del conflicto armado, de las oportunidades que estamos trabajando para una resolución del conflicto por la vía de la negociación política, el ejemplo tremendo del narcotráfico en la violencia en Colombia que ha amenazado gravemente a sus instituciones y que inclusive ha contribuido a acelerar un proceso de corrupción que no habíamos vivido en Colombia. El narcotráfico ha servido de gran combustible de la violencia, tanto porque contribuye a la financiación de los paramilitares que confiesan estar recibiendo aproximadamente el 80 por ciento de sus ingresos de esa fuente, como por la presencia

también de la financiación del narcotráfico en la guerrilla, particularmente en las FARC, en donde se estima que del orden del 60 por ciento de dineros del narcotráfico está en este momento sirviendo para ellos. El tema del narcotráfico lo veo como una amenaza sustancial muy seria para los países vecinos.

¿Cómo afecta a los países vecinos el problema colombiano?

Indudablemente se han venido contagiando los problemas colombianos en Venezuela, que se ha constituido en un lavadero de dinero del narcotráfico. Ecuador también está involucrado, algunas veces como refugio temporal y otras como punto de variaciones de los combatientes.

No es para nada descartable dada la vecindad muy grande de departamento del Putumayo con sus departamentos limítrofes que ya incluso el problema de los cultivos mismos se haya trasladado al Ecuador.

En el Ecuador todavía se mira con cierta admiración lo que significa la guerrilla. Se piensa en una posibilidad de revolución estilo ché Guevara. ¿Se necesita vivir en Colombia para tener la verdadera dimensión del problema?

La verdad es que la guerrilla sí ha perdido su romanticismo. La guerrilla y el paramilitarismo en Colombia han degradado de tal manera la guerra que en este momento ni se aplica el derecho internacional humanitario -que es un derecho imperativo se ata a la sociedad civil- se comete masacres, se usan armas prohibidas, se lleva a cabo el terrorismo... de tal manera que, lejos de ser una

epopeya, lo que constituye el conflicto armado en Colombia es una salvaje guerra. En los países vecinos, así como sienten los riesgos que ocasiona las convulsiones que he descrito, se ignora realmente el problema. La guerrilla no es la misma que en los años 60. Vive de dineros de los narcotraficantes. Y de eso hay que estar conscientes. Es una amenaza y un riesgo para el Ecuador y para los países vecinos porque son los principales caminos para el suministro de las armas y las municiones para los grupos irregulares. Toda la dinamita que se usa para los ataques terroristas en Colombia proviene de fábricas ecuatorianas. Es con la dinamita ecuatoriana con la cual se están tumbando las torres eléctricas en Colombia y explotando los oleoductos. La verdadera utopía debe ser que los seres humanos vivan con dignidad.

¿Qué le salva a Colombia en este momento?

Que a pesar de las trepidaciones de nuestras instituciones, y a pesar de guerrilla y paramilitares, las instituciones se han podido mantener en pie y en particular la democracia. La democracia colombiana sigue gozando de buena salud a pesar de las dificultades y por contraste con algunas partes del continente seguimos manteniendo sólidas esa institución que nos ha distinguido como la democracia más antigua de Latinoamérica.

Se dice que en el Ecuador también hay grupos armados. Sin embargo, las autoridades hablan de delinquentes comunes y colombianos y de la necesidad de poner

cuidado en la frontera norte. ¿Cree que debe mirar también al interior?

Dios quiera que la guerrilla o el paramilitarismo no hagan nefastas en ninguno de los países vecinos. Ambos grupos han hecho la afirmación categórica de que no van a incursionar más allá de las fronteras. Ellos han manifestado como una enorme preocupación el problema. En el Ecuador sí han existido contactos de tiempo atrás. Los países vecinos tienen que estar muy alerta para efectos de combatir el narcotráfico y para evitar que se reproduzcan los factores que nos han llevado al problema de Colombia.

Parece que el Ecuador que es muy vulnerable es ese sentido debe tener los oídos y los ojos muy abiertos. Ecuador ha superado su conflicto con el Perú y eso le permite en este momento pasar toda su estrategia de seguridad a la frontera.

Es una frontera muy porosa, extensa y selvática por la que efectivamente es fácil pasar con armas, municiones o contrabando de otro género, constituyéndose en un serio peligro.

¿Hay maneras de trazar estrategias regionales para enfrentar el problema? ¿O la solución está en manos de EE.UU.?

Diría que hay un cierto consenso en el sentido de ver estrategias regionales. En primer lugar el sistema interamericano de seguridad saltó hecho trizas a la raíz de la guerra de las Malvinas. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, no resistió la prueba por lo tanto hoy el continente prácticamente

no tiene un sistema de seguridad.

¿Cómo reconstruir esas iniciativas?

Hay una serie de esfuerzos para ello. Diría que el más serio se ha llevado a cabo en América Central. Ahí se apunta a cambiar el concepto de seguridad que marcó las posiciones de América Latina durante la guerra fría, o sea, la tesis de seguridad nacional y del enemigo interno para modernizarla en gobiernos de las posguerra fría. Hoy realmente hay que hablar de seguridad democrática, de seguridad ciudadana, de seguridad cooperativa para afrontar las nuevas amenazas que son más o menos las que hemos descrito: narcotráfico, la violación constante de los derechos humanos los peligros que acechan la democracia y la protección del medio ambiente. Esa es la nueva agenda para constituir lo que debe ser la seguridad.

En ese nuevo concepto lo primero es el ser humano. Y eso implica a todos los sectores: Estado, sociedad civil, Fuerzas Armadas, instituciones regionales. En ese sentido el tratado de seguridad democrática que suscribieron en 1995 los países centroamericanos después de sufrir las más serias y dolorosas experiencias por la confrontación tanto entre países como dentro de ellos, puede servir de modelo para la región. *

La corrupción es una enfermedad.

El problema tiene cura a partir del diálogo y del sentido de pertinencia de las leyes. La ciudadanía es clave.

Corrupción: la sociedad sí tiene su parte



David Pezzulo es consultor para América Latina. Ha trabajado en el Miami Herald y fue director de Leadership International.

¿Qué tienen que hacer los medios para enfrentar el tema de la corrupción?

El papel primordial de los medios de comunicación es informar a la población de lo que está pasando sobre el tema de la corrupción y hacerlo de una manera clara y precisa. Pero es más importante tratar de ayudar a recomendar soluciones, trabajar con la sociedad civil en aportar e insistir en la necesidad de reglas claras que vayan más allá de la denuncia.

Se habla de que la corrupción es un mal endémico. ¿Entonces?

No hay recetas para acabar con la corrupción. Es cierto. Se trata de un problema sistemático, estructural. Por ello la labor de los medios tiene que ser parte de un esfuerzo de la sociedad civil en el que se busquen soluciones a nivel estructural. En Ecuador la temática de la corrupción en los últimos años, tiene

que ver con banca... pero sabemos que hay un trasfondo, una estructura que permite y facilita la corrupción. En este sentido los medios solo pueden abrir canales de participación amplia para la ciudadanía, para que participe de la búsqueda de soluciones. Una cosa fundamental es que los medios tienen que advertir a la sociedad que es un proceso que va a tomar tiempo. No hay solución rápida.

A las denuncias de corrupción vienen las respuestas de impunidad y con ella, la frustración nacional. ¿Entonces?

La frustración es muy válida y creo que es una situación que comparte la mayoría del mundo. Sin embargo, siempre hay medidas a tomar. Digamos, en el caso bancario, por ejemplo, que no se puede recuperar el dinero y que hay trabas en el proceso de buscar a las personas responsables, es natural que exista

el sentimiento de frustración. En Estados Unidos hace unos 15 años hubo un caso bancario en el que se perdieron trescientos mil millones de dólares. Hasta ahora 7 mil personas han ido a la cárcel por ello, y no se ha recuperado ni el diez por ciento del dinero. Sin embargo lo importante, y es parte de un enfoque más amplio, es trabajar con el resto de la sociedad en reformar el sistema que permite estos abusos. Lo importante es el cambio de estructura.

En general hay buenas leyes. Pero nadie las cumple... ¿Entonces qué hacer? ¿Dónde está el problema?

Creo que el problema está en que las leyes no han sido hechas con la participación de toda la ciudadanía. Entonces, la ciudadanía no siente respeto por esas leyes. Creo que eso nos lleva a cuestionar el sentido de la participación ciudadana, en el verdadero sentido de la democracia. Se necesita de pesos y contra pesos para construir un sistema racional, funcional de anticorrupción. Eso implica que varios se involucren en el problema, que se sienten más personas en la mesa del diálogo. Por eso involucradas, vos y yo hacemos un trato como va haber peso y contra peso tiene que haber más personas en la mesa, de lo contrario la ley no es una abstracción absoluta.

A la ley puesta viene la trampa. ¿Por qué?

Yo nací en una ciudad donde somos muy mañosos, Nueva York, y he vivido en Pakistán, en Nicaragua, en otros países, porque la corrupción es un mal mundial y, sí, uno aprende a sobrevivir

en un sistema e interioriza un montón de hábitos y reacciones. Cuando uno no cree en los reglamentos entonces parte del juego es saber violarlos. Por eso creo que la única manera es involucrarse en crear las reglas y darles un sentido de pertenencia. El que se involucra normalmente no las viola.

Hemos pasado en muchos países por un proceso de transición de una estructura anterior que no funcionó muy bien y que, con el tiempo, funcionó muy mal. Ahora estamos en el medio, reformando estructuras, pero todavía no agarramos el paso completo. Es un proceso lento en el que hay que empezar a cambiar estructuras.

¿Una nueva estructura solo es válida con el compromiso de toda la sociedad?

Así es. Estas leyes, estas estructuras, estas nuevas instituciones tienen que pertenecer al ciudadano. Si le pertenecen no las viola. En eso hay experiencias concretas en muchos otros países que pueden ayudar. Pero, una cosa es clave: son los ecuatorianos quienes tienen que llevar su propuesta, diseñarla, establecerla, evaluarla... No hay recetas internacionales para la lucha contra la corrupción. Su éxito va a depender de los ecuatorianos.

Pero nadie cree en las instituciones ni en las leyes ni en la justicia...

Es, sin duda, una crisis y ha llegado a un punto agudo en el mundo. Las instituciones en el mundo entero están pasando por una transición muy profunda. Evidentemente hay una ruptura institucional. Hemos heredado institucio-

nes que ya no responden a la realidad por eso no hay confianza en ellas.

Si el problema es estructural, de un proceso de años, ¿de dónde parte ese proceso?

Bueno, primero, de la educación. Luego de la verdadera participación democrática. La ciudadanía tiene que recuperar el orgullo de ser honesta. Y de esa apropiación de nuevas estructuras, vendrá recién el cambio. El proceso, realmente, no es difícil. Bastará con que cada quien cumpla con su responsabilidad. Pero el mal está tan enquistado en la sociedad, que lo complica. Sin embargo, es posible el cambio.

Usted habla de los medios... pero éstos también han perdido credibilidad. ¿Cómo restablecer esa credibilidad?

En los medios siempre hay presión y nunca hay libertad absoluta ni en los Estados Unidos ni en Francia ni en China... pero creo que vamos en un proceso de incremento y profesionalismo, independencia y facilidad en el acceso a la información. Los medios mismos tienen que cuidarse, ser autocríticos. Cuando hay corrupción sistemática todos estamos involucrados de cierta manera, el sistema no está completamente limpio de influencia. Por eso es que también tenemos, como medios, que construir mecanismos que funcionen, que respondan a una ética, que obliguen a cierta responsabilidad. Las instituciones viven o mueren gracias al apoyo ciudadano. También los medios: el éxito de los medios está en esa relación de confianza y credibilidad frente a sus lectores.

¿Un código de ética explícito?

Puede ser muy útil. Pero no solo eso. Un código de ética o un código de responsabilidades, aunque no esté escrito, se debe hacer a la manera de los ecuatorianos. Los principios son universales y es necesario crear sanciones internas, sanciones morales, exigir el cumplimiento de ciertas responsabilidades. Si esperamos que el empleado público juegue con ciertas reglas los medios también deben ser sujetos a reglas claras internamente.

Hay la percepción de que los grandes corruptos, los de cuello blanco, tienen asilo seguro en Estados Unidos y Estados Unidos habla de programas de anticorrupción. ¿Qué pasa?

Sé que hay mucha frustración porque los culpables o supuestos culpables pueden irse y después es muy difícil que el peso de la ley llegue a ellos. Pero hay maneras de llegar y esto es responsabilidad del Gobierno de Ecuador. El Gobierno debe hacer que las leyes de los Estados Unidos funcionen. Recordemos que los EE.UU. con todos sus problemas, tienen una estructura legal bastante organizada y siempre hay manera de hacerla funcionar. Pero sin voluntad política del Ecuador, no se puede solucionar el problema de la corrupción. *

Las manifestaciones de segregación *subsisten. El asunto radica no en discursos sobre la tolerancia sino en la inclusión y respeto a lo diverso.*

En el país no hay conciencia del racismo

¿Cómo entender, en plena era de la globalización, la prevalencia de racismos y nacionalismos exacerbados?

La globalización fortalece las identidades locales, étnicas, religiosas. De ahí se entiende que se intensifique, a veces por reacción a esa homogeneización, la necesidad de diferencias no sin contenido político. Ahí cabe preguntar si ese tipo de cultura universal, sin fronteras, en donde todo el mundo iba a entender, funciona o si se trata de la coexistencia de lo global y lo local.

Los estados republicanos han sido forjados con base en la idea de igualdad pero mantiene formas racistas. ¿Podrá comparar las formas de racismo en EE.UU. y Ecuador?

En los Estados Unidos, por ejemplo, se admite que hay racismo. Acá, en el



Amalla Pallares vive en los Estados Unidos. Tiene un doctorado en Ciencias Políticas. Actualmente da clases en la U. de Illinois.

Ecuador, se maneja el discurso de que no hay racismo. Eso hace que no se detecte el problema y que nadie haga nada por combatirlo. Hay diferentes discursos raciales en diferentes períodos históricos pero hay diferentes proyectos raciales al mismo tiempo. Eso lo hace complejo. No hay una sola manera de pensar al negro o al latino sino muchas. En el caso de un portorriqueño, por ejemplo, discriminado por negro y por latino. Todo eso agudiza el problema racial. La diferencia está en en que los EE.UU. se han creado formas institucionales para tratar el tema racial.

Hay discursos raciales que incluso han llegado a niveles de querer comprobar genéticamente que el negro es menos inteligente que el blanco como en aquel libro tan polémico titulado 'La curva de la campana'?

El coeficiente intelectual es una típica manera de entender a la diferencia racial como biológica, como una esencia. Eso nace en los siglos XIX y XX. Se manejaba ideológicamente un discurso biológico. En esa época se medían los cráneos y eso era una ciencia. Querían demostrar que los que tenían cráneos más pequeños -hombres y mujeres- tenían menos talento. Ya se ha superado esa época de la craneometría y se dan nuevas formas de racismo biológico como esto de querer demostrar que los negros son menos inteligentes que los blancos por el coeficiente intelectual, sin considerar otros factores como la educación, salud, alimentación. Es decir, pobreza.

El negro en EE.UU. ha podido entrar al sistema. En el Ecuador, no. Está marcado por estereotipos. Es decir, a más de negro es pobre, vago y una serie de adjetivos racistas. ¿Eso quiere decir que hay más racismo acá que en los EE.UU.?

A partir de la lucha por los derechos civiles en los años 60 se logra formar un importante sector de clase media negra. Eso no significa que estereotipos se han eliminado en los EE.UU. Tampoco que no hay negros pobres y que aún no tienen acceso a las escuelas, a la salud y que aun sin víctimas de segregación. Lo que sí es cierto es que allá hay instituciones y un marco político que ha ayudado, hay una conciencia sobre la existencia del racismo. Vuelvo a lo que dije anteriormente, en el Ecuador no hay esa conciencia de que existe racismo.

El discurso del mestizaje, en el

caso ecuatoriano, siempre está ligado a aquellos rasgos que definen lo que no es indio. ¿No es ese un problema de identidad?

El problema es que la identidad se forma siempre en relación a un otro. En esa dialéctica se va formando la identidad. Por eso es que la identidad racial es en contrapunto a el indígena en el caso ecuatoriano. Lo interesante en el Ecuador es que el mestizaje es no solamente una práctica sino como una ideología. Al volvernos mestizos de alguna manera se ha construido un imaginario: "Ecuador como es una nación mestiza". Pero la discriminación tiene toda una jerarquía: el que es más rubio, el que es menos indio, el que es más indio. Es decir, los mestizos no estamos exentos del racismo. Entre nosotros mismos establecemos diferencias que tienen que ver hasta con cánones de belleza.

Pero ese estereotipo ha cambiado. en los concursos de belleza, por ejemplo, la negra, la latina, aparecen como un signo marcado de belleza. ¿O no?

Cuando en el Ecuador se eligió a una Miss Ecuador negra se dio todo un rechazo de parte de la sociedad. Los organizadores siguieron un patrón internacional pero acá se iba en contra de lo que se piensa como deseable. Ese racismo se ve también en los otros concursos, de la Sarañusta en Otavalo en el que no puede participar en la reina mestiza, por ejemplo.

¿El discurso indigenista o antirracista sin aplicación en la vida cotidiana habla de una limpieza de conciencia?

Sí hay esa tónica y es justamente porque no hay conciencia del racismo. Los problemas de las poblaciones negras o indígenas del Ecuador siguen. El nivel de pobreza es terrible. La discriminación es innegable.

¿Qué efecto tuvo eso de lo políticamente correcto en los Estados Unidos? ¿Funcionó contra el racismo?

Bueno, ese fue un invento de la derecha para caricaturizar a las propuestas de la izquierda. Y creo que fueron efectivos. Funcionó su estrategia y todo el mundo se la tomó en serio. A nivel simbólico y de códigos, sí cambió.

Hay instancias en que la sociedad civil dice ser tolerante frente a las diferencias, no solamente a nivel racial sino religioso, de comportamiento sexual, etc.

La noción de la tolerancia no implica real diálogo ni comunicación. Es como que nosotros, los de la cultura dominante, vamos a tolerar, aguantar o tener paciencia a los diferentes cuando realmente somos una sociedad multicultural. El problema no es de tolerancia sino de inclusión de los excluidos. Es un proceso que no va a llegar en un día.

En una democracia, no solo el Estado o los partidos tienen una voz sino los movimientos sociales. El discurso público, si realmente se toma en serio la inclusión, se puede llegar a tener políticas de incorporación incluso en el pénsum educativo en los que no están las historias de los negros o los indígenas.

¿Cómo hacer que esas demandas de la sociedad tengan eco en regímenes partidistas que están distanciados de esa base social y que

desconozcan, por ejemplo, el problema del racismo?

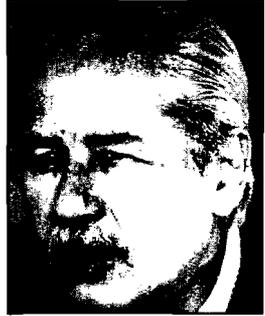
Creo que los ecos se tienen en cuanto haya movilización social. Si ahora en los EE.UU. hay toda una respuesta, unas instituciones que están ahí, es por una gran movilización social que se dio cuando se produjo la lucha por los derechos civiles. En el Ecuador empieza esa movilización, con la Asamblea, con los acontecimientos de los últimos años. Y supongo que los partidos tendrán que cambiar en algo su estructura partidista. Los políticos tienen que, en algún momento, responder a las demandas de quienes votaron por ellos. Pero no se puede comparar, las realidades son totalmente diferentes.

En el caso de los indígenas sí han logrado cierta inclusión pero no han logrado combatir el racismo. ¿Por qué?

Así es. Si bien han llegado a tener ciertas instancias de participación en la política, no han logrado combatir el racismo. Hay que tomar en cuenta que cuando los indígenas plantearon el proyecto de plurinacionalidad, incluso se vio como una amenaza dentro de las esferas del poder.*

La crisis económica y política *tiene que ver con el neocolonialismo. La creación de un bloque regional puede ser la salida a los problemas.*

América Latina es huérfana de la política



Heinz Dieterich es alemán. Doctor en Ciencias Sociales y Economía. Coautor de 30 libros, entre ellos 'El nuevo orden mundial'.

La democracia está en crisis sobre todo en América Latina. ¿Qué condiciones hay para una verdadera democracia en el continente?

El tipo de democracias formales que tenemos en el Primer Mundo tienen una precondition para su funcionamiento que es un determinado ingreso per cápita. Cuando hay una satisfacción de las necesidades básicas de los ciudadanos entonces la gente puede ser civilizada, ética y democrática en su convivencia. Pero cuando ese sustento material de la democracia no existe, cuando la gente vive en la miseria económica, en el desempleo, las escuelas son inevitables. Para mejorar las democracias en América Latina hay que mejorar la condición de vida de las personas. Esto a su vez requiere renegociar el papel neocolonial de América Latina en la división internacional del trabajo. Mientras el

Primer Mundo se queda con el 84 por ciento de la riqueza mundial, las democracias en el resto de la sociedad global no pueden funcionar.

Se ha dicho que América Latina potencialmente es rica y que una mayor redistribución de la riqueza es posible. ¿Se puede hablar de culpables?

Los responsables principales de la situación que vive el Tercer Mundo son las elites del Primer Mundo y las elites respectivas nacionales. Hay que entender a las elites internacionales y nacionales como un sistema integrado en el cual las nacionales imponen y realizan los intereses de las elites internacionales. Por ejemplo, el pago de la deuda externa es un interés de los banqueros de Francfort o de Washington, pero es la elite nacional la que utiliza su Estado

para cobrar esa deuda externa. Por eso no hay soluciones nacionales hoy día.

Se habla de condonaciones, re-negociaciones, posiciones como el no pago... ¿y la deuda privada?

La deuda externa tiene dos partes: la pública y la privada, que a su vez son contratadas con instituciones de los estados del Primer Mundo o con los bancos del Primer Mundo. En el caso de las deudas públicas entre estados sería relativamente fácil llegar a acuerdos de condonación para alivianar la carga de la deuda. Cuando la deuda es entre entidades privadas, la pregunta es quién asume esa pérdida de ingresos de los banqueros si se condona la deuda. Y esto presenta un problema de poder mayor. Hoy sabemos lo suficiente sobre la deuda para poder demostrar que en gran parte es fraudulenta y gran parte fue contratada bajo las dictaduras militares, que el sistema de cobrar intereses sobre intereses es antiético, y que por ende tenemos todas las armas éticas y jurídicas para combatir esa sangría permanente de los pueblos. Los que se benefician de esa sangría no están dispuestos a cambiar la situación como hemos visto tanto en la iniciativa del Jubileo 2000 como en las iniciativas de los países pobres más altamente endeudados. Hay una sola manera de reducir la carga de la deuda latinoamericana: crear el bloque latinoamericano que Cardoso trata de formar actualmente en Brasil y renegociar la deuda externa bajo la amenaza de la moratoria unilateral de los países latinoamericanos.

Con instituciones tan fragmentadas, con ausencia de políticas

estatales a largo plazo, con problemas internos y locales se vuelve una utopía pensar en negociaciones en bloque...

Es cierto. En esto hay un gran déficit de los actores sociales latinoamericanos. Desde los partidos políticos hasta los sindicatos y las universidades públicas. No existe un proyecto estratégico acerca de lo que puede y debe ser la patria grande en las próximas décadas. Ha habido una destrucción total de la idea de un bloque regional de poder.

No hay un proyecto educativo y científico latinoamericano para el futuro. No lo hay en lo político. No lo hay en lo económico y no lo hay en lo militar. Brasil ha iniciado el desarrollo de un primer submarino nuclear que es parte integral del proyecto de Cardoso de finalmente unir al menos a América del Sur en ese bloque internacional de poder que necesitamos. Pero eso es apenas un inicio de lo que tendría que ser una dinámica hemisférica. Y es un inicio que por la premura de tiempo podría no llegar a fructificar. En consecuencia necesitamos un proyecto educativo latinoamericano integrado, un mercado latinoamericano protegido y un proyecto militar integrado para pasar, de objetos de la historia a sujetos del futuro.

En ese escenario en el que no hay proyectos nacionales y en los que la globalización es un cuco, los militares en América Latina están pensando en sus propios intereses de poder y en acciones políticas neodictatoriales en lugar de constituirse en apoyo de intereses nacionales o globales. ¿O no?

Las Fuerzas Armadas en América Latina son un factor clave de poder. De tal manera que cualquier proyecto de futuro tiene que posicionarse frente a ellas. La bandera de trabajar con los militares ese nuevo proyecto de la patria grande debería ser la praxis de Bolívar que decía que "la única justificación de un ejército es que defienda las fronteras hacia afuera". Es decir, hay que lograr que los militares patrióticos y democráticos respalden la integración del bloque regional e impidan con su apoyo que los militares golpistas interfieran en ese proceso de transición.

Da la impresión que los problemas rebasan la capacidad de reacción de América Latina...

A Estados Unidos le gustaría repetir en América Latina lo que logró en la Unión Soviética: dividir los grandes países en partes independientes para dominarlos mejor. Esto es notorio en el caso de Brasil y actualmente en Colombia y se debe al interés estratégico de Washington de controlar la Amazonia. Quitarle a los países latinoamericanos el control de la Amazonia les daría el control sobre la biodiversidad.

¿Dentro de los gobernantes de la región hay conciencia de ello? ¿Por qué no hay acciones?

Yo creo que los políticos de la región tienen la información necesaria y una que otra cabeza ilustre para entender esa dinámica global, hemisférica y nacional. Es decir, su falta de reacción enérgica frente a esos proyectos del Primer Mundo, no es un problema de conocimiento sino de sus intereses de elite. Ellos acotan las directrices de la

Unión Europea y de EE.UU. porque esto les mantiene su condición de elite. Y sobre este cálculo político toman su decisión. La triste realidad política latinoamericana es el resultado de ello.

La izquierda tampoco ha sabido vender un proyecto. Si bien no han gobernado han sido culpables al no salir a la palestra con proyectos de consenso. Siguen en el panfleto de los 70 ¿No son igualmente culpables que las elites?

Sí. La clase política esté en el poder o no tiene muy claro que la única posibilidad de cambiar las cosas en sus países reside en la integración soberana e independiente de nuestros países en el bloque regional de poder. Si no se cambia la situación de dependencia neocolonial, ningún partido en el poder, sea de derecha, de centro o de izquierda, puede elevar la calidad de vida de las mayorías. Los partidos de izquierda que sí quieren llegar al poder no pueden romper el estado neocolonial y por lo mismo no han planteado proyectos que lesionen esa relación de dependencia. No tenemos proyectos estratégicos para el futuro latinoamericano. Estamos en la orfandad política. Parece que ahora Cardoso quiere hacer un intento de salir de esa orfandad política. Ojalá que funcione.. *

El desprestigio de la política responde a estereotipos. Los ciudadanos tienen su culpa en el mal funcionamiento de la democracia.

No es buena idea satanizar a los partidos

¿Se puede hablar de crisis de los partidos políticos en el Ecuador?

Depende de lo que se entienda por crisis. Hay muchos autores que dicen que hay crisis en los partidos, crisis de los partidos o crisis de la política. Son tres cosas distintas. Desde una perspectiva un tanto técnica funcionalista, prefiero pensar que una crisis llega porque no se cumple una determinada función. ¿Cuáles serían las funciones de un partido político? Una de ellas es participar en una competencia electoral. En el caso de Ecuador ¿los partidos políticos ecuatorianos participan en competencias electorales? Sí. ¿Presentan candidatos para esta competencia electoral? Sí. ¿Crean o desarrollan una serie de valores y de propuestas a partir de los cuales los ciudadanos pueden conocer la realidad política y tener su propia visión respecto de lo que es la realidad? Sí.



Flavia Freidenberg es española. Trabaja en la Universidad de Salamanca, en el Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal.

Que el ciudadano se identifique o no con dichas propuestas es otra cosa. Pero hasta allí tenemos tres funciones que los partidos hacen: sí compiten a elecciones, sí presentan candidatos, sí venden sus propuestas. En esa medida yo diría que los partidos no están en crisis, pues cumplen sus objetivos.

¿Entonces dónde está el problema?

En el vínculo entre el Estado y la sociedad civil. Los partidos ecuatorianos están más cerca del Estado que de las demandas de la sociedad civil. Ahí sí, lo que hay es una crisis en la percepción de los partidos.

¿Crisis de representatividad?

No estoy tan segura de ello. Hay grupos que sí se sienten representados en los partidos y esos grupos forman parte de la sociedad. Lo que sí hay es una cri-

sis de percepción hacia los partidos y también de funcionamiento de los partidos, en el sentido de que los partidos ecuatorianos -para hablar en general- tienen problemas para gobernar.

El puente entre partidos y sociedad civil no funciona. ¿Dónde está esa ruptura?

Los partidos representan a personas, representan a grupos. El problema está en que el partido no funciona como una correa de transmisión del individuo particular, del ciudadano de a pie. Es cierto que el ciudadano común no se siente representado. En la última encuesta de latinobarómetro, el ciudadano ecuatoriano, en un 52 por ciento, no se siente próximo a ningún partido político y tiene, en un 79 por ciento desconfianza hacia los partidos.

Usted habla de crisis en la percepción de los partidos. ¿No hay también una percepción errada de la democracia?

Así es. Más grave que la crisis de percepción de los partidos es la percepción de las instituciones democráticas en el Ecuador. Los cuadros del latinobarómetro indican que la gente está bastante desencantada con la democracia. Y creo que quizá hay un error en la concepción de la democracia.

Pero la democracia formal ha estado cuestionada desde hace mucho tiempo.

En términos generales todos pedimos todo de la democracia, pero la democracia como tal es una democracia formal. La democracia son procedimientos. Hay millones de definiciones de democracia, pero, fundamentalmente y

sobre todo lo que se ha acordado en América Latina, es pensar la democracia en términos procedimentales y creo que hay una crisis en respecto a esa democracia procedimental.

¿Cuál es la percepción errada acerca de la democracia en el Ecuador?

A los ciudadanos les da lo mismo un régimen democrático a uno no democrático en un 28 por ciento y creen un gobierno autoritario es mejor que la democracia en un 23 por ciento... La crisis está ahí. Eso tiene que ver con que la gente percibe que las instituciones del sistema político en general, entre ellos los partidos políticos, que no responden a las demandas de los ciudadanos.

¿Dónde está la distancia entre el ciudadano común y los partidos políticos?

En que los políticos no funcionan como correos de transmisión de las necesidades y demandas de sus votantes. Hay cierta inmovilidad en los partidos -por eso se habla de dueños de los partidos- y no hay ese proceso a partir del cual cualquier ciudadano común puede ir a un partido político, trabajar en él, presentar sus demandas, sus necesidades, disputar, proyectar o desarrollar proyecto para presentar en el Congreso y que esto llegue a través de un consenso. Es decir hay un problema interno dentro de los partidos políticos.

Hay una desilusión del ciudadano común frente a lo que han hecho los partidos en los 20 años de democracia: se mantienen en la palestra Hurtado, Borja, Febres Cordero, Bucaram... y no más.

¿Por que?

Eso es cierto pero no es solamente culpa de los partidos. La gente que está en los partidos, está con una meta: alcanzar el poder y hasta cambiar el mundo en términos mas ideales, llevar su propia propuesta a las instituciones del Estado. ¿Qué responsabilidad tienen los ciudadanos en que esa gente esté todavía en esos partidos?, ¿qué responsabilidad tiene cada uno de los ciudadanos en elegir a uno u otro? Cuando llegan las opciones, esos líderes están ahí porque tienen un apoyo electoral.

Si no tuvieran apoyo electoral ellos mismos se moverían para que su partido funcionará.

¿El ciudadano común está evadiendo su responsabilidad?

Creo que sí. La democracia permite que eso no suceda. Hay leyes y procedimientos que simplemente no se cumplen. Por ejemplo, tiene que haber un mayor control de los ciudadanos sobre sus gobernantes y para ello lo que hay que desarrollar son mecanismos de control eficientes y efectivos. Nosotros llamamos a eso "rendición de cuentas". Hay defensorías del pueblo, hay tribunales. Y si no los hubiera, sería cuestión de crearlos. Me pregunto qué hacemos como ciudadanos para controlar a las instituciones porque mi miedo es satanizar a los partidos. Pareciera ser que la culpa de todo la tienen los partidos.

Pero no se puede dudar del prestigio que tiene la clase política...

Eso es porque siempre está el estereotipo de por medio, está el estereotipo regional, el estereotipo partidista, el este-

reotipo ideológico.

Se ha dicho que el Ecuador tiene una cultura autoritaria. ¿Se refleja eso en la percepción frente a las instituciones democráticas?

No me gustaría ser tan radical en esa afirmación. Pero sí se refleja una falta de noción de lo que es realmente la democracia. Hay que fortalecer la democracia y no esperar peras ni manzanas de la democracia. La democracia no es una panacea, pero es lo mejor que tenemos. Que alguien me cuente, otra cosa... Es muy peligroso que en el Ecuador se piense lo contrario.

Creo que hay que desarrollar una cultura para la democracia, hay que enseñarles a nuestros hijos a nuestros chicos que es posible vivir muy bien en democracia y que lo que hay que hacer es mejorar las condiciones de vida de la gente no cambiando las instituciones sino mejorándolas efectivamente. Lo que hay que hacer es que los partidos se acerquen a las demandas y necesidades de las personas. Hay que crear mecanismos de rendición de cuentas. Y hay que alejar esa idea de que el ciudadano puede elegir y tumbar al mismo tiempo a quien está en el poder o suprimir y clausurar congresos...

Para ello están los mecanismos de la democracia. Y eso no han entendido ni los ciudadanos, ni los políticos ni las mismas elites que, en ambos casos (Mahud y Bucaram), ayudaron a romper con la democracia. *